TUS LIBROS



EL PAÍS DE LA BRUMA

Sir Arthur Conan Doyle

Lectulandia

Conan Doyle, que había ganado una fortuna con sus criaturas de papel, acabó dedicándola a sus entrevistas con los espíritus del aire. *El país de la bruma*, último libro de la serie del profesor Challenger, es casi un minucioso retablo de las creencias y prácticas espiritistas, en las que el autor acabó creyendo a pies juntillas, en su afán por superar la pérdida de sus seres más queridos.

También Challenger lo hizo, tras una extraordinaria aventura, que le deparó vislumbrar «un futuro sin los límites del estrecho horizonte de la muerte, inmenso, lleno de posibilidades y creaciones infinitas gracias a la conciencia de la supervivencia de la personalidad, el carácter y el trabajo».

Arthur Conan Doyle

El país de la bruma

Tus libros - 148

ePub r1.0
Karras 23.05.2020

Título original: *The Land of Mist*
Arthur Conan Doyle, 1926
Traducción, apéndice y notas: Nuria Hernández de Lorenzo
Ilustraciones: José Ignacio Samper

Editor digital: Karras
ePub base r2.1

Índice de contenido



ARTHUR CONAN DOYLE (1859-1930)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés en su primera edición, publicado simultáneamente por Hutchinson, en Londres, y Doubleday, Doran, en Garden City, Nueva York, en 1926.

Las ilustraciones, originales de José Ignacio Samper, han sido realizadas expresamente para esta edición.

I

En el que nuestros enviados especiales se disponen a empezar

El gran profesor Challenger ha sido utilizado en la ficción de manera sumamente indecorosa e imperfecta. Un osado autor lo colocó en situaciones románticas e imposibles para ver cómo reaccionaba ante ellas. Y él reaccionó hasta el punto de emprender un proceso por difamación, una apelación, fracasada por anulación, un alboroto en Sloane Street[1], dos ataques personales y la pérdida de su puesto de profesor de fisiología en la Escuela de Higiene Subtropical de Londres. Por lo demás, el asunto transcurrió más pacíficamente de lo que habría sido de esperar.

Pero empezaba a perder parte de su ardor. Su inmensa espalda se había abatido. La negra barba asiria en forma de pala estaba salpicada de mechones blancos; sus ojos eran un poquito menos agresivos, su sonrisa menos engreída y su voz tan potente como siempre, pero menos dispuesta a acallar con sus gritos cualquier conato de oposición. Sin embargo, era peligroso y todos los que le rodeaban lo soportaban a duras penas. El volcán no se había extinguido, retumbaba constantemente, amenazando con alguna nueva explosión. La vida todavía tenía mucho que enseñarle, y él era un poco menos intolerante para aprender.

El cambio que se había producido tuvo lugar un día determinado. El día de la muerte de su esposa. Aquel pajarillo de mujer había anidado en el corazón del gran hombre. Él abrigaba toda la ternura y caballerosidad que los fuertes pueden tener hacia los débiles. Dándole todo, ella se lo ganó todo, como toda mujer discreta y de naturaleza dulce. Y cuando murió repentinamente, víctima de una virulenta neumonía que siguió a una gripe, el hombre se tambaleó y se vino abajo. Volvió a levantarse, sonriendo tristemente, como un boxeador golpeado, dispuesto a librar muchos más asaltos con el Destino. Pero ya no era el mismo hombre, y de no haber sido por la ayuda y la compañía de su hija Enid, nunca se habría recobrado del

golpe. Con inteligentes mañas, ella le indujo a concentrarse en cuestiones que pudieran excitar su temperamento combativo e irritar su intelecto, hasta que empezó a vivir otra vez en el presente y no en el pasado. Solamente cuando lo vio agitarse en las controversias, ser violento con los periodistas y ofensivo en general con quienes le rodeaban, tuvo la seguridad de que estaba en el buen camino de la recuperación.

Enid Challenger era una muchacha extraordinaria que se merece un párrafo aparte. Gracias al cabello negro como el azabache de su padre y a los ojos azules y el cutis fresco de su madre, era una mujer de aspecto imponente, si no hermosa. Era tranquila, pero muy fuerte. Desde su infancia tuvo que elegir entre tomar partido contra su padre o dejarse aplastar y convertirse en un mero autómata manejado por sus enérgicas manos. Era lo suficientemente fuerte como para defender sus opiniones de un modo suave y elástico, susceptible de plegarse a los caprichos de él para después reafirmarse cuando éstos habían pasado. En los últimos tiempos, sentía que aquella presión constante era demasiado opresiva, y la había mitigado buscándose una profesión propia. De cuando en cuando, hacía trabajos esporádicos para la prensa londinense, y los realizaba de tal manera que su nombre empezaba a ser conocido en Fleet Street[2]. Para encontrar aquella oportunidad había contado con la ayuda de un viejo amigo de su padre, y posiblemente del lector: el señor Edward Malone, de la *Daily Gazette*.

Malone seguía siendo el mismo irlandés atlético que tiempo atrás se ganara un puesto en el equipo internacional de *rugby*, pero la vida también le había moderado, haciendo de él un hombre más serio y reflexivo. Guardó un montón de cosas cuando empaquetó definitivamente sus últimas botas de fútbol. Puede que sus músculos se hubiesen debilitado y sus articulaciones estuvieran más rígidas, pero su intelecto había ganado en actividad y profundidad. Muerto el muchacho, nació el hombre. Su aspecto había cambiado poco, pero su bigote era más espeso, su espalda un poco encorvada, y en su frente se perfilaban algunas arrugas. Las circunstancias de la posguerra y los nuevos problemas del mundo habían dejado su huella.[3] Por lo demás, se había hecho un nombre en el mundo periodístico y, en menor medida, en el literario. Permanecía soltero, aunque había quien pensaba que sus lazos con ese estado eran más bien precarios, pues la señorita Enid Challenger bien podía desatarlos con sus hermosas manos blancas. Desde luego, eran buenos amigos.

Era una tarde de domingo del mes de octubre, y las luces empezaban a parpadear a través de la niebla que envolvía Londres desde primera hora de la

mañana. La casa del profesor Challenger en Victoria West Gardens[4] estaba en un tercer piso. Una espesa capa de bruma se deslizaba por las ventanas, mientras el sordo rumor del atenuado tráfico del domingo se elevaba desde la invisible carretera de abajo, perfilada tan sólo por manchas dispersas de monótono resplandor. El profesor Challenger estaba sentado con sus arqueadas piernas tendidas hacia el fuego, y las manos en las profundidades de los bolsillos de sus pantalones. Su atuendo tenía algo de la excentricidad del genio, pues llevaba una camisa de cuello holgado, una corbata de seda marrón con un gran nudo, y un batín de terciopelo negro, atuendo que, en combinación con su luenga barba, le daba un aspecto de artista maduro y bohemio. Sentada junto a él, arreglada para salir con un gorro, una falda corta de color negro y todos los demás artilugios de la moda con los que las mujeres se las ingenian para deformar las bellezas de la naturaleza, estaba su hija, mientras Malone, sombrero en mano, esperaba junto a la ventana.



—Deberíamos marcharnos ya, Enid. Son casi las siete —dijo.

Estaban escribiendo conjuntamente una serie de artículos sobre las sectas religiosas de Londres y todos los sábados por la tarde salían juntos para examinar alguna nueva y obtener material para el número de la semana siguiente de la *Gazette*.

—No empieza hasta las ocho, Ted. Tenemos tiempo de sobra.

—¡Siéntese, caballero! ¡Siéntese! —tronó Challenger, tirándose de la barba como solía hacer cuando se ponía de mal humor—. Nada me fastidia más que tener a alguien de pie detrás de mí. Sé que es un vestigio atávico y de miedo a las puñaladas, pero todavía persiste. Así está mejor. Por el amor de Dios, ¡deje el sombrero! Tiene un aire perpetuo de ir a coger el tren.

—Así es la vida de los periodistas —dijo Malone—. Si perdemos el perpetuo tren, nos quedamos en tierra. Hasta Enid empieza a comprenderlo. Sin embargo, como has dicho, tenemos tiempo suficiente.

—¿Por dónde vais? —preguntó Challenger.

Enid consultó su práctico cuadernito de reportero.

—Llevamos siete. Hemos estado en la abadía de Westminster, para ver a la Iglesia en su manifestación más pintoresca; en Santa Ágata, para la Alta Iglesia, y en Tudor Place, para la Baja Iglesia. Luego visitamos la catedral de Westminster para ver a los católicos, Endell Street para ver los presbiterianos, y Gloucester Square para los unitarianos. Pero esta noche vamos a tratar de darle un poco de variedad. Vamos a ver a los espiritistas[5].

Challenger resopló como un búfalo furioso.

—Y la semana que viene, supongo, iréis a un manicomio —dijo—. No irá a decirme, Malone, que esa gente de los fantasmas tiene iglesias propias.

—Lo he estado comprobando —dijo Malone—. Siempre compruebo los hechos y las cifras objetivas antes de comenzar un trabajo. Cuentan con más de cuatrocientas iglesias registradas en Gran Bretaña.

Los bufidos de Challenger resonaron como si hubiera una manada entera de búfalos.

—Me parece que la necedad y la credulidad del género humano no tiene límites. *¡Homo sapiens! ¡Homo idioticus!* ¿A quién le rezan? ¿A los fantasmas?

—Eso es lo que queremos averiguar. Tenemos que recoger información sobre ellos. Ni que decir tiene que comparto plenamente su opinión, pero últimamente veo con cierta frecuencia a Atkinson, del hospital de Saint Mary. Es un cirujano prometedor.

—He oído hablar de él…, es de la especialidad de cerebroespinal…

—Eso es. Un hombre sensato, considerado como una autoridad de la investigación psíquica, que es el nombre que recibe la nueva disciplina que se ocupa de esta materia.

—¡Menuda ciencia!

—Bueno, así se llama. Por lo que parece, él se toma en serio a esa gente. Yo le consulto cuando necesito una referencia, pues conoce perfectamente la bibliografía. Los califica como «pioneros de la raza humana».

—Unos pioneros que la llevan a la confusión total —gruñó Challenger—. ¡Bibliografía, dice! ¿Qué bibliografía tienen ellos?

—Sí, eso fue otra sorpresa. Atkinson tiene quinientos volúmenes, pero se queja de que su biblioteca psíquica es muy incompleta. Fíjese, hay obras francesas, alemanas e italianas aparte de las nuestras.

—Menos mal; gracias a Dios, toda esta locura no se limita a la pobre y vieja Inglaterra. ¡La estupidez es contagiosa!

—¿Tú has leído algo, padre? —preguntó Enid.

—¡Leer yo eso! ¡Yo, con todas las cosas que me interesan y sin tiempo para dedicarme siquiera a la mitad de una de ellas! ¡Enid, a veces eres inconcebiblemente absurda!

—Perdona, padre. Has hablado con tanta seguridad, que he creído que a lo mejor sabías algo sobre la cuestión.

Challenger giró su cabezota y su feroz mirada de león quedó posada en su hija.

—¿Es que tú concibes que un cerebro lógico, un cerebro de primer orden, necesita leer y estudiar para detectar una absurdidad manifiesta? ¿Voy a tener que estudiar matemáticas para confutar a quien afirme que dos y dos son cinco? ¿Debo estudiar otra vez física y desbaratar mis *principia* porque un estúpido pícaro insista en que una mesa puede elevarse en el aire en contra de la ley de la gravedad? ¿Hacen falta quinientos volúmenes para informarnos sobre una cosa que ha quedado demostrada en los tribunales cada vez que un impostor es descubierto? ¡Enid, me avergüenzo de ti!

Su hija se echó a reír alegremente.

—Bueno, papá, deja ya de rugir. Me rindo. De hecho, yo tengo la misma impresión que tú al respecto.

—No obstante —intervino Malone—, algunos hombres cualificados los apoyan. En mi opinión, hombres como Lodge, Crookes[6] y demás no pueden tomarse a risa.

—No sea absurdo, Malone. Todas las grandes mentes tienen su lado débil. Es una especie de reacción contra el sentido común. De repente, uno se

tropieza con una vena de auténticos desatinos. Eso les ocurre a esos tipos. No, Enid: yo no he leído sus argumentos, ni tengo intención de hacerlo; hay cosas inaceptables. ¿Si volvemos a plantear los viejos problemas, cómo vamos a dilucidar los nuevos? Esta cuestión ha sido saldada por el sentido común, la ley de Inglaterra y la aprobación universal de todos los europeos cuerdos.

—¡Así que no hay más que hablar! —dijo Enid.

—No obstante —continuó el profesor—, estoy dispuesto a reconocer que, ocasionalmente, pueden darse excusas por malentendidos sobre la cuestión —bajó la voz y sus grandes ojos grises se clavaron tristes en el vacío—. He conocido casos en los que hasta el intelecto más frío, incluso mi propio intelecto, ha flaqueado por un momento.

Malone lo miró con avidez profesional.

—¿Y bien, señor?

Challenger vaciló, como si estuviera sosteniendo una lucha contra sí mismo. Quería hablar, pero las palabras le resultaban dolorosas. Después, con un gesto brusco e impaciente, se lanzó a relatar la historia:

—No te lo he contado, Enid. Era algo demasiado…, demasiado íntimo. Y quizá demasiado absurdo. Me avergüenzo de haberme sentido tan turbado. Pero mi experiencia servirá para demostrar que hasta el más equilibrado es susceptible de inopinadas sorpresas.

—¿Y bien, señor?

—Ocurrió tras la muerte de mi esposa. Usted la conocía, Malone. Puede figurarse lo que aquello fue para mí. Sucedió la noche siguiente a la cremación… ¡Fue horrible, Malone, horrible! Vi cómo su adorado cuerpecillo descendía y descendía…, y después el resplandor de las llamas y el estruendo metálico de la puerta —su corpachón se estremeció y se pasó la manaza peluda por los ojos—. No sé por qué le cuento esto, pero es que la conversación nos ha traído hasta aquí. Puede servirle de advertencia. Aquella noche, la noche siguiente a la cremación, me quedé sentado en el salón. Ella estaba conmigo —añadió señalando a Enid con un gesto—. Se había quedado dormida en una silla, la pobre niña. Usted conoce la casa de Rotherfield, Malone. Estábamos en el salón grande. Yo me encontraba cerca de la chimenea. La habitación estaba envuelta en tinieblas, al igual que mi mente. Debería haberla mandado a la cama, pero estaba reclinada en su silla y no quería despertarla. Debía de ser la una de la madrugada; recuerdo que la luna brillaba detrás de la vidriera de colores de la ventana. Yo estaba sumido en sombrías meditaciones. Entonces, de repente, sentí un ruido.

—¿Y entonces, señor?

—Al principio era bajo, solamente un tic. Luego se hizo más alto y claro: un inconfundible ra-ta-ta. Y aquí viene la extraña coincidencia, un suceso de los que se convierten en leyenda en labios de los crédulos. Seguramente sabrá que mi mujer tenía un modo peculiar de llamar a la puerta. En realidad, tocaba una musiquilla con los nudillos. Yo también la utilizaba para que los dos supiéramos cuando llamaba el otro. Pues bien, tuve la impresión, naturalmente, mi mente se encontraba perturbada, en un estado anormal, de que los golpecitos adoptaban la forma del ritmo familiar de su llamada. No conseguí ubicarlos. Puede imaginar la ansiedad con que lo intenté. Sonaban sobre mí, en las molduras. Perdí la noción del tiempo. Quizá se repitieron alrededor de una docena de veces, por lo menos.

—¡Pero papá! ¡Y no me lo dijiste!

—No, pero te desperté. Te pedí que te quedaras allí sentada, sin hablar, un ratito.

—Sí, ya me acuerdo.

—Bueno, estuvimos así un rato, pero no pasó nada. No se produjo ningún otro ruido. Naturalmente, había sido una ilusión. Quizás algún insecto de la madera. Mi cerebro añadió el ritmo. Así es como nos engañamos y actuamos como niños. Pero aprendí de la experiencia. Me di cuenta de que hasta un hombre inteligente puede ser engañado por sus sentimientos.

—Pero ¿cómo sabe que no era su esposa, señor?

—¡Eso sería absurdo, Malone! ¡Absurdo! Le he dicho que la vi entre las llamas. ¿Qué quedó de ella?

—Su alma, su espíritu.

Challenger movió la cabeza con tristeza.

—Cuando aquel cuerpo amado se deshizo en sus elementos, cuando sus gases se esfumaron en el aire y sus residuos sólidos se convirtieron en un polvo gris, llegó el fin. No quedó nada. Ella había desempeñado su papel maravillosamente, con nobleza. Todo había terminado. La muerte todo lo acaba, Malone. Esas teorías del alma son como el animismo[7] de los salvajes. Es una superstición, un mito. Como fisiólogo[8] podría obtener el crimen o la virtud mediante el control vascular o la estimulación cerebral. Podría transformar a un Jekyll en un Hyde mediante una operación quirúrgica. Otros lo hacen mediante sugestión psicológica. El alcohol lo consigue. Las drogas lo consiguen. ¡Es absurdo, Malone, absurdo! La mentira cae por su propio peso, como los árboles. No hay mañana siguiente…, sólo noche, noche eterna… y el largo reposo para el caminante exhausto.

—Es una filosofía triste.

—Mejor una filosofía triste que falsa.

—Es probable. Hacer frente a lo peor es un gesto viril y valiente. No puedo llevarle la contraria. Mi razón está con usted.

—¡Pero mi instinto me dice lo contrario! —exclamó Enid—. No, no, me niego a creerlo —agregó rodeando con sus brazos el cuello de toro de su padre—. Papá, no puedes decirme que tú, con tu complicado cerebro y tu maravillosa personalidad quedarás reducido a algo inánime, después de la muerte, como un reloj roto.

—Cuatro cubos de agua y una bolsa de sal —dijo Challenger, mientras se desasía con una sonrisa del abrazo de su hija—. Eso es tu papá, hija mía; más vale que te vayas haciendo a la idea. Bueno, son ya las ocho menos veinte. Malone, si le es posible, vuelva por aquí para relatarme sus aventuras con los locos.

II

En el que se describe una velada en extraña compañía

La relación amorosa entre Enid Challenger y Edward Malone carece de todo interés para el lector, por la sencilla razón de que carece de todo interés para quien esto escribe. El aliciente invisible e imperceptible de esta criatura nonata es normal en todas las personas jóvenes. En esta crónica trataremos de asuntos no tan normales y de mayor interés. Si hacemos referencia a ello es sólo con el fin de justificar las relaciones cordiales, francas e íntimas que se ponen de manifiesto en la narración. Si el género humano ha mejorado visiblemente en algo, por lo menos en los países anglocélticos, es en la disminución de las afectaciones gazmoñas y de los engaños intencionados propios del pasado, y en que los jóvenes y las jóvenes se tratan en condiciones de igualdad y camaradería franca y sincera.

Un taxi llevó a los aventureros por Edgware Road hasta una bocacalle llamada Helbeck Terrace. A mitad de la calle, la monótona línea de casas de ladrillo se quebraba en una cavidad iluminada, donde un arco arrojaba un torrente de luz hacia la calle. El coche se detuvo y el hombre abrió la portezuela.

—Ésta es la iglesia espiritista, señor —dijo. Luego, mientras saludaba agradeciendo la propina, añadió con la voz asmática de quienes trabajan a la intemperie—: Yo la llamo la de las tonterías, señor.

Una vez descargada su conciencia, subió a su asiento y, un momento después, su faro trasero se convirtió en un círculo menguante en medio de la oscuridad. Malone se echó a reír.

—*Vox populi*[9], Enid. En la actualidad, la opinión pública no pasa de ahí.

—Nosotros tampoco llegamos mucho más lejos en este asunto.

—Sí, pero estamos dispuestos a presenciar una demostración. No creo que el taxista quisiera. ¡Por Júpiter! ¡Sería una fatalidad que no pudiéramos entrar!

Ante la puerta se congregaba una multitud y, desde lo alto de la escalinata, un hombre vuelto hacia ella agitaba los brazos para mantenerlos atrás.

—Es inútil, amigos. Lo siento muchísimo, pero no podemos hacer absolutamente nada. Ya nos han amenazado dos veces con denunciarnos por exceso de público —luego, en tono burlón, agregó—: Que yo sepa, ninguna iglesia normal ha tenido problemas. No, no señor.

—He venido hasta aquí desde Hammersmith[10] —gritó una voz.

La luz reveló el rostro ansioso y anhelante de quien hablaba, una mujer menuda vestida de negro y con un niño en los brazos.

—Usted ha venido por la clarividencia[11], señora —respondió inteligentemente el portero—. A ver, deme su nombre y dirección; le escribiré y la señora Debbs le concederá una sesión[12] gratuita. Eso es mejor que probar fortuna entre la multitud, pues ni con la mejor voluntad del mundo pueden ser atendidos todos. De esta forma podrá estar a solas con ella. No, caballero, es inútil empujar… ¿Quiénes son ustedes?… ¿De la prensa? —había cogido a Malone por el codo—. ¿Ha dicho de la prensa? La prensa nos boicotea, caballero. Y si duda de mis palabras, eche un vistazo a la lista semanal de ceremonias religiosas en *The Times* del sábado. Si nos guiáramos por lo que ahí se dice, el espiritismo no existe… ¿Qué periódico, caballero?… La *Daily Gazzette*: Bueno, bueno, eso es otra cosa. ¿Y la dama también? Un artículo especial…, ¡cielo santo! Péguese a mí, señor, y veremos qué puedo hacer. Cierra las puertas, Joe. Es inútil, amigos. Cuando contemos con más fondos para el edificio, tendremos más espacio para ustedes. Señorita, por aquí, si es tan amable.

El portero los condujo calle abajo y por una bocacalle hasta una puertecilla sobre la que brillaba un farol rojo.

—Tendré que colocarlos en la tribuna, porque en la sala no quedan localidades de pie.

—¡Madre mía! —exclamó Enid.

—Tendrán buena visibilidad, señorita, e incluso puede que una lectura para ustedes si tiene suerte. Con frecuencia los que están más cerca del médium tienen más posibilidades. ¡Por aquí, señor!

Entraron en un sucio cuartito cuyas roñosas paredes de cal estaban cubiertas de sombreros y abrigos. Una mujer delgada y austera, cuyos ojos brillaban detrás de sus gafas, se calentaba las flacas manos cerca de la chimenea.

De espaldas al fuego, en la tradicional actitud británica[13], se encontraba un hombre grande y gordo de rostro inexpresivo, bigote pelirrojo e inquietos

ojos de color azul pálido, semejantes a los de un marinero de alta mar. Completaban el grupo un hombrecillo calvo con unas enormes gafas de concha y un joven muy atractivo y atlético vestido con un traje azul.

—Los demás han pasado a la tribuna, señor Peeble. Sólo quedan cinco asientos para nosotros —dijo el hombre gordo.

—Ya lo sé, ya lo sé —respondió Peeble, que a la luz resultó ser un hombre nervioso, fibroso y reseco—. Pero son de la prensa, señor Bolsover. Van a escribir un artículo especial para la *Daily Gazzette*. Malone y Challenger. Éste es el señor Bolsover, nuestro presidente. Ésta es la señora Debbs, de Liverpool, la famosa clarividente. Aquí está el señor James, y este joven alto es el señor Hardy Williams, nuestro enérgico secretario. El señor Williams se encarga de recoger fondos para el edificio. Vigilen sus bolsillos cuando el señor Williams ande cerca.

Todos se echaron a reír.

—La colecta será más tarde —comentó el señor Williams, sonriendo.

—Nuestra mejor colecta sería un artículo bueno y lleno de entusiasmo —declaró el fornido presidente—. ¿Ha estado alguna vez en una reunión, caballero?

—No —respondió Malone.

—Supongo que no sabrá mucho sobre esto.

—No, en efecto.

—Bien, bien, en ese caso, debemos esperar comentarios desfavorables. Al principio todos se lo toman por el lado chistoso. Usted redactará una reseña muy cómica. Yo no veo qué gracia tiene el espíritu de la difunta mujer de uno, pero eso es cuestión de gusto y también de conocimiento. Si no saben, ¿cómo pueden tomárselo en serio? No se lo reprocho. Nosotros también éramos así en otro tiempo. Yo era uno de los hombres de Bradlaugh[14], y seguí a Joseph MacCabe hasta que mi querido padre me sacó de allí.

—¡Hizo bien! —exclamó la médium de Liverpool.

—Fue cuando descubrí que tenía poderes propios. Lo vi como los estoy viendo a ustedes ahora.

—¿Compartía él nuestras ideas?

—Sabía lo mismo que yo. Pero avanzan asombrosamente en el otro lado si las personas adecuadas se ponen en contacto con ellos.

—¡Ya es la hora! —anunció el señor Peeble cerrando su reloj de golpe—. Usted debe colocarse a la derecha de la silla, señora Debbs. Usted primero. A continuación, usted, señor Presidente. Después, ustedes dos y yo. Póngase a la

izquierda, señor Hardy Williams, y dirija los cantos. Necesitan entrar en ambiente y usted puede conseguirlo. ¡Vamos, por favor!

La tribuna ya estaba llena, pero los recién llegados se abrieron paso hasta la parte delantera en medio de un comedido murmullo de bienvenida. El señor Peeble exhortó y empujó, y al cabo aparecieron dos asientos que ocuparon Enid y Malone. La situación era perfecta para ellos, pues les permitía tomar notas libremente al abrigo de la gente que tenían delante.

—¿Qué te parece? —susurró Enid.

—Todavía no tengo una impresión clara.

—Yo tampoco —dijo Enid—, pero de todos modos me parece muy interesante.

Las personas sinceras siempre resultan interesantes, se esté de acuerdo con ellas o no, y no podía ponerse en duda que aquella gente era sumamente sincera. La sala estaba llena a rebosar y abajo se veían hileras e hileras de rostros mirando hacia arriba, curiosamente de aspecto similar. Predominaban las mujeres, pero los hombres no eran muchos menos. No eran distinguidos ni intelectuales, pero sí, indudablemente, sanos, honrados y sensatos. Pequeños comerciantes, vigilantes, artesanos de clase superior, mujeres de clase media baja cansadas de las tareas domésticas, algún que otro joven en busca de nuevas sensaciones. Éstas fueron las impresiones que causó la audiencia en la mente observadora de Malone.

El corpulento presidente se levantó y alzó la mano.

—Amigos míos —dijo—, una vez más, hemos tenido que excluir a gran número de personas que deseaban estar con nosotros esta noche. El problema radica en los fondos del edificio; el señor Williams, aquí a mi izquierda, estará encantado de tener noticias suyas. La semana pasada, en el hotel en el que me hospedaba habían colgado el siguiente cartel en el mostrador de recepción: «No se aceptan cheques». Pero el hermano Williams no utiliza ese lenguaje. Compruébenlo por sí mismos —la audiencia se echó a reír. Evidentemente, el ambiente reinante era más el de una sala de conferencias que el de una iglesia—. Solamente una cosa antes de sentarme. No estoy aquí para hablar. He venido a permanecer sentado, y es lo que voy a hacer. Sé que lo que voy a pedirles es duro. Quiero que los espiritistas dejen de asistir los domingos por la noche, pues ocupan las plazas destinadas a quienes vienen a conocernos. Pueden asistir a la ceremonia matinal. Pero es mejor para la causa que se deje sitio a los que nos quieren conocer. Ustedes ya tuvieron la posibilidad y pueden dar gracias a Dios. Hay que dar una oportunidad al prójimo.

El presidente se dejó caer pesadamente en su asiento.

El señor Peeble se levantó de un salto. Era evidente que era el hombre para todo que surge en todas las sociedades y que en muchos casos termina siendo su autócrata. Con su rostro flaco e impaciente y sus manos inquietas, más que un cable cargado de electricidad, parecía un manojo de alta tensión. Daba la impresión de que las puntas de sus dedos crepitaban.

—¡Himno primero! —gritó.

Se oyó entonces el zumbido de un armonio y el público se levantó. El himno era hermoso, y lo entonaron enérgicamente:

El mundo sintió el aliento inquieto
de los cielos eternos,
y las almas triunfantes de la muerte
regresaron a la tierra

Las voces tenían una resonancia jubilosa al entonar el estribillo.

Por eso celebramos nuestra alegría,
por eso cantamos con gozo.
¿Oh, Sepultura, dónde está tu victoria?
¿Oh, Muerte, dónde está tu guadaña?

Sí, aquella gente era sincera. Y no parecían menos inteligentes que los demás. No obstante, al mirarlos, Enid y Malone sentían una gran compasión. Qué triste dejarse engañar en una cuestión tan profunda como aquélla; ser embaucados por impostores que utilizaban sus sentimientos más sagrados y sus amados muertos para estafarlos. ¿Qué sabían ellos de las leyes de la evidencia; de los fríos e inmutables decretos de las leyes científicas? ¡Pobre gente fervorosa y honrada, engañada así!

—¡Bien! —exclamó el señor Peeble—. Solicitamos al señor Munro, de Australia, que lleve a cabo la invocación.

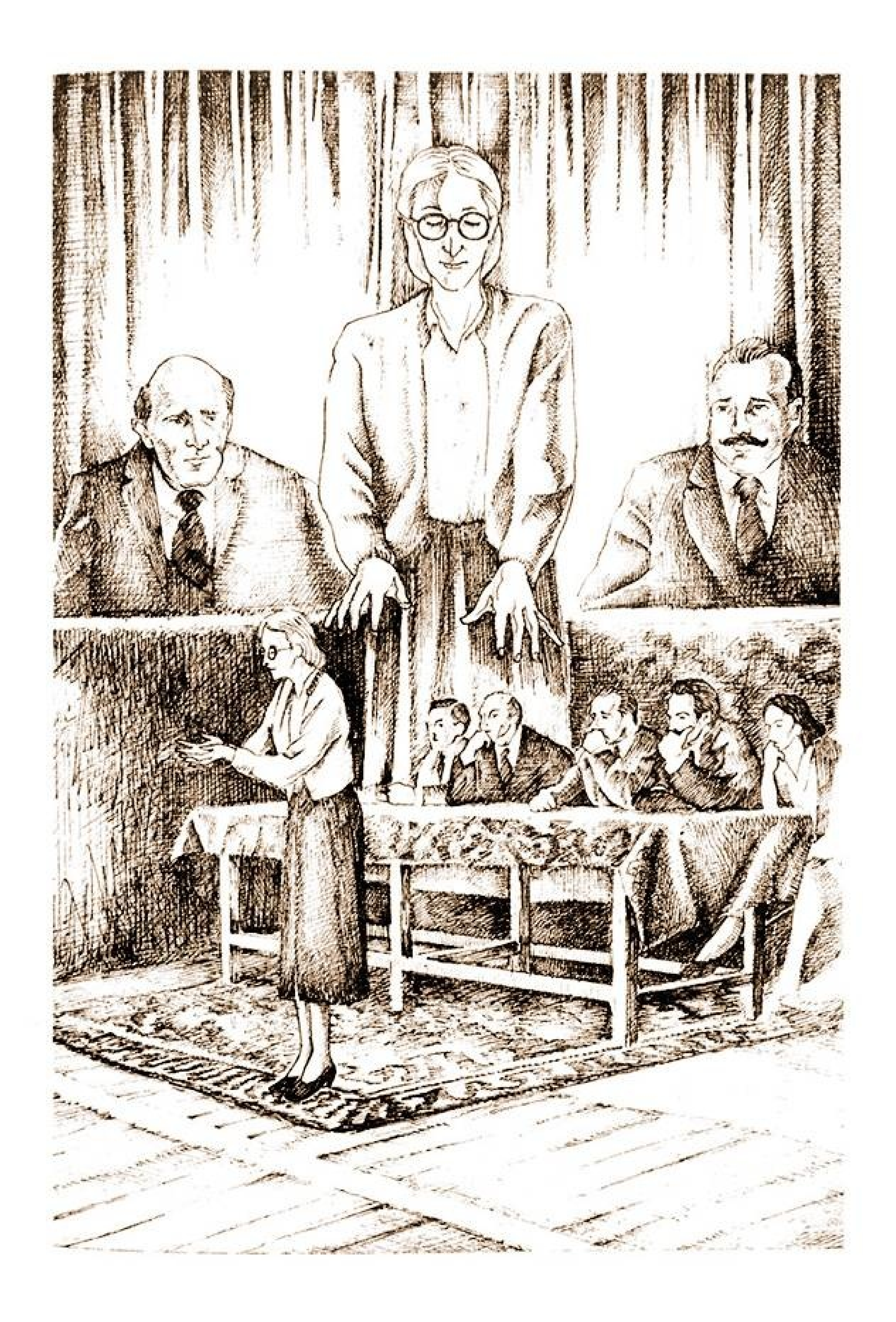
Un viejo de aspecto estrafalario, con barba muy poblada y ojos llameantes, se puso en pie y permaneció unos momentos con los ojos bajos. Luego inició una plegaria, muy simple y espontánea. Malone anotó la primera frase: «Oh, Padre, somos muy ignorantes y no sabemos con certeza cómo aproximarnos a Ti, pero te rezaremos lo mejor que sepamos». Dijo todo aquello en tono humilde. Malone y Enid intercambiaron una rápida y comprensiva mirada.

Cantaron otro himno, menos espléndido que el primero, y seguidamente el presidente anunció que, el señor James Jones, del norte de Gales[15] iba a pronunciar un discurso en trance[16], en el que expresaría las opiniones de su conocido control[17]: lasha el atlante[18].

El señor James Jones, vigoroso y decidido hombrecillo vestido con un desgastado traje de cuadros, se dirigió a la parte delantera de la tribuna, y, después de permanecer alrededor de un minuto como enfrascado en profundos pensamientos, se estremeció violentamente y empezó a hablar. Hay que confesar que, salvo por una cierta mirada fija y vidriosa, nada indicaba que el señor James Jones, del norte de Gales, fuera el orador. Conviene constatar, asimismo, que, así como el señor Jones se estremeció al principio, también al público le tocaría estremecerse después. Sin necesidad de que lo dijera, quedó claro que un espíritu de la Atlántida puede aburrir mortalmente. Comenzó a desgranar en tono monótono una serie de perogrulladas y necedades, mientras Malone comentaba a Enid con un susurro que, si Alasha era un ejemplar representativo de la especie, valía más que su tierra nativa permaneciera hundida por mucho tiempo en el océano Atlántico. Cuando salió de su trance con otro estremecimiento bastante melodramático, el presidente se levantó de inmediato, con una presteza que indicaba a las claras que no estaba dispuesto a exponerse a que el atlante regresara.

—Esta noche contamos entre nosotros con la presencia —gritó— de la señora Debbs, conocida clarividente de Liverpool[19]. La señora Debbs está, como muchos sabrán, generosamente dotada de los diversos dones del espíritu de los que nos habla san Pablo[20], entre ellos el de la discreción de espíritus. Estos fenómenos están sujetos a leyes que escapan a nuestro control, pero es esencial que haya un ambiente favorable, y la señora Debbs solicita sus buenos deseos y sus oraciones mientras procura ponerse en contacto con algún ser luminoso del otro lado que pueda honrarnos con su presencia esta noche.

El presidente ocupó su asiento y la señora Debbs se levantó entre discretos aplausos. Muy alta, pálida y delgada, de nariz aguileña y ojos que brillaban intensamente tras sus gafas de montura dorada, se colocó de pie frente a la expectante audiencia. Tenía la cabeza inclinada, como si estuviera escuchando.



—¡Vibraciones! —exclamó al fin—. Necesito vibraciones que me ayuden. Toquen una estrofa en el armonio, por favor.

El instrumento comenzó a tocar *Jesús, Amante de mi alma*. El público permaneció en silencio, expectante y un poco sobrecogido. La sala no estaba demasiado bien iluminada, y los rincones quedaban envueltos en sombras. La médium seguía con la cabeza inclinada, como aguzando el oído. Después alzó una mano y la música cesó.

—¡Luego! ¡Luego! Cada cosa a su tiempo —dijo la mujer dirigiéndose a un acompañante invisible. Después miró al público—: Tengo la sensación de que esta noche las condiciones no son muy buenas. Haré todo lo que pueda, y ellos también. Pero antes debo hablar con ustedes.

Y habló. Lo que dijo sonó a oídos de los dos nuevos como un torrente de palabras ininteligibles. Era un discurso inconexo, aunque de vez en cuando una frase o una afirmación llamaba su atención. Malone se guardó la pluma en el bolsillo. Era una pérdida de tiempo recoger las palabras de una demente. Un espiritista que estaba sentado cerca de él se percató de su desconcierto y se le acercó.

—Se está afinando. Tiene que captar la frecuencia de onda —susurró—. Es una cuestión de vibraciones. ¡Mire, ahí tiene!

La mujer se había interrumpido en mitad de una frase. De pronto, extendió su largo brazo y apuntó su índice tembloroso. Señalaba a una anciana que estaba sentada en la segunda fila.

—¡Usted! Sí, usted, la de la pluma roja. No, usted no. La dama gorda de delante. ¡Sí, usted! Se está formando un espíritu detrás de usted. Se trata de un hombre. Es un hombre alto, alrededor de un metro ochenta. Frente despejada, ojos de color gris o azul, barbilla alargada, bigote castaño, arrugas en el rostro. ¿Le reconoce, amiga? —la mujer gorda parecía alarmada, pero negó con la cabeza—. Bueno, vamos a ver si puedo ayudarla. Lleva un libro en la mano…, es un libro marrón con cierre. Parece un libro de contabilidad de los que hay en las oficinas. Distingo las palabras «Seguros Caledonia». ¿Le dice eso algo? —la mujer gorda frunció los labios y negó de nuevo—. Bien, puedo decirle un poco más. Murió tras una larga enfermedad. Veo problemas del pecho…, asma.

La mujer gorda seguía sin inmutarse, pero una mujer menuda, desabrida y de rostro congestionado, que se sentaba dos sillas más allá, se levantó de un salto.

—Es mi marido, señora. Dígale que no quiero saber nada más de él.

Dicho aquello, se sentó muy resuelta.

—Sí, eso es. Ahora se acerca a usted. Estaba más cerca de la otra. Quiere pedirle perdón. Usted sabe que no se deben abrigar malos sentimientos hacia los muertos. Olvide y perdone. Todo ha terminado. Tengo un mensaje para usted. Es el siguiente: «¡Puedes hacerlo, tienes mi bendición!». ¿Le dice eso algo? —la mujer airada asintió complacida—. Muy bien —de pronto, la vidente señaló con el dedo un grupo de gente que había junto la puerta—. Es para el soldado.

Un soldado de caqui la miró espantado desde la parte delantera del grupo.

—¿Quién pregunta por mí? —inquirió.

—Es militar. Lleva galones de cabo. Es un hombre corpulento de pelo canoso. Lleva una insignia amarilla en los hombros. Distingo las iniciales J. H. ¿Le conoce?

—Sí, pero está muerto —dijo el soldado.

No había entendido que se encontraba en una iglesia espiritista, y todos aquellos actos eran un misterio para él. Los que le rodeaban se lo explicaron rápidamente.

—¡Dios mío! —gritó el soldado, y se esfumó entre el regocijo general.

Entre tanto, Malone estaba pendiente del murmullo incesante de la médium, que hablaba con alguien que no se veía.

—¡Sí, sí, esperad vuestro turno! ¡Habla en voz alta, mujer! Bien, colócate cerca de él. ¿Cómo voy a saberlo yo? Bueno, lo haré si puedo.

Parecía un conserje de teatro poniendo orden en una fila.

Su siguiente tentativa resultó un catastrófico fracaso. Un hombre fuerte de pobladas patillas negó rotundamente que tuviera nada que ver con un anciano caballero que afirmaba ser pariente suyo. La médium trabajó con una paciencia admirable, volviendo una y otra vez con detalles distintos, pero no consiguió ningún progreso.

—¿Es usted espiritista, amigo?

—Sí, desde hace diez años.

—Entonces sabe que a veces surgen dificultades.

—Sí, me hago cargo.

—Piénselo detenidamente. Puede que lo comprenda más adelante. Ahora debemos dejarlo así. Sólo lo siento por su amigo.

Se produjo una pausa, que Enid y Malone aprovecharon para hacerse confidencias en voz baja.

—¿Qué te parece, Enid?

—No lo sé. Estoy confusa.

—Yo creo que es una cuestión de conjeturas y de complicidad a partes iguales. Todos pertenecen a la misma Iglesia, y, como es natural, conocen la vida de los demás. Y si no la conocen, pueden hacer averiguaciones.

—Alguien ha comentado que era la primera vez que venía la señora Debbs.

—Sí, pero han podido aleccionarla fácilmente. Es una combinación de charlatanería y trucos amañados. O por lo menos, eso tiene que ser, pues figúrate lo que supondría de lo contrario.

—También podría ser telepatía.

—Sí, también hay algo de eso. ¡Escucha! Ha empezado otra vez.

Su siguiente tentativa resultó más afortunada. Un hombre lúgubre del fondo de la sala reconoció enseguida la descripción y las declaraciones de su fallecida esposa.

—Oigo el nombre de Walter.

—Sí, soy yo.

—¿Le llamaba Wat?

—No.

—Bueno, pues ahora le llama Wat. «Dígale a Wat que le dé un beso a los niños». He entendido eso. Está preocupada por los niños.

—Siempre lo estaba.

—Es normal, porque ellos no cambian. Los muebles. Dice algo de los muebles. Dice que los ha malvendido. ¿Es verdad eso?

—Pues a lo mejor, ¿qué pasa?

El público se echó a reír. Era extraña, pero humana y natural, la eterna fusión de lo solemne y lo cómico.

—Tiene un mensaje: «Ese hombre pagará lo estipulado y no habrá problemas. Sé bueno, Wat, y conoceremos aquí una felicidad mayor que la que conocimos en la Tierra».

El hombre se llevó una mano a los ojos. Mientras la vidente permanecía en pie con aire irresoluto, el alto y joven secretario se incorporó a medias y le susurró algo al oído. La mujer dirigió una rápida mirada hacia la izquierda, donde se encontraban los visitantes.

—Volveré a ello —dijo.

Después hizo otras dos descripciones al público, ambas más bien vagas y reconocidas con cierta reserva. Curiosamente, siempre aludía a detalles que no podía distinguir a simple vista por la distancia. Así, por ejemplo, cuando se refería a un espíritu que según ella se había formado al fondo de la sala, mencionó el color de sus ojos y algún detalle de su rostro. Malone anotó la

información con el propósito de emplearla para hacer una crítica destructiva. Precisamente cuando tomaba nota, la mujer alzó la voz. Al levantar la vista percibió que tenía vuelta la cabeza y que las gafas lanzaban destellos en su dirección.

—Normalmente no hago lecturas desde la tribuna —dijo la mujer, mirándole ora a él ora al público—, pero esta noche tenemos aquí a unos amigos que quizá estén interesados en ponerse en contacto con los espíritus. Se está perfilando una presencia detrás del caballero del bigote, el caballero que está sentado cerca de la joven. Sí, señor, detrás de usted. Se trata de un hombre de estatura media tirando a baja. Es viejo; tiene más de sesenta años, el pelo blanco, la nariz corva y una barbita blanca de las llamadas de chivo. Por lo que deduzco no es pariente, sino amigo. ¿Le resulta familiar, caballero?

Malone negó con la cabeza despectivamente.

—Podría ser la descripción de cualquier hombre viejo —le susurró a Enid.

—Vamos a tratar de acercarnos un poco más. Tiene el rostro surcado por profundas arrugas. Yo diría que en vida fue un hombre muy irritable. Tenía modales bruscos y nerviosos. ¿Se orienta usted?

Malone volvió a negar.

—¡Qué tontería! ¡Es una tontería mayúscula! —murmuró.

—Bien, parece muy impaciente, así que haremos lo que podamos por él. Lleva un libro en la mano. Es un libro científico. Lo está abriendo; veo gráficos. Quizá lo escribió él… o puede que lo utilizara para dar clase. Sí, asiente. Lo usaba para dar clase. Era profesor —Malone continuó impertérrito —. Me parece que ya no le puedo ayudar más. ¡Ah! Hay una cosa. Tiene un lunar encima de la ceja derecha.

Malone se sobrecogió como si hubiera sentido un aguijonazo.

—¿Un lunar? —exclamó.

Las gafas lanzaron otro destello.

—Dos lunares; uno grande, y otro pequeño.

—¡Dios mío! —exclamó Malone—. ¡Es el profesor Summerlee!

—Ah, ya lo ha reconocido. Tiene un mensaje: «Saludos al viejo…». Es un nombre largo y empieza por C. No lo entiendo. ¿Le dice algo?

—Sí.

Al cabo de un instante, la mujer se había vuelto de espaldas y estaba describiendo otra cosa u otra persona. Pero en la tribuna, tras ella, había dejado a un hombre estupefacto.

En aquel momento se produjo una interrupción imprevista de la ceremonia que sorprendió al público tanto como a los dos visitantes. De

pronto entró y se situó junto al presidente un hombre alto, pálido y con barba, vestido como un artesano bien situado, que extendió la mano con un ademán reposado e imponente, como si estuviese acostumbrado a ejercer su autoridad. Luego se volvió a medias y dijo algo al señor Bolsover.

—Éste es el señor Miromar, de Dalston —anunció el presidente—. El señor Miromar tiene que darnos un mensaje. Siempre es un placer para nosotros saber del señor Miromar.

Los reporteros sólo distinguían a medias el rostro del recién llegado, pero ambos quedaron impresionados por la nobleza de su porte y por el gran tamaño de su cabeza, que delataba una capacidad intelectual fuera de lo común. Cuando habló, su voz clara y agradable resonó por toda la sala.

—Me han conminado a anunciar este mensaje allí donde haya oídos para escucharlo. Algunos de los presentes están preparados para escucharlo; por eso he venido. Ellos desean que el género humano comprenda gradualmente la situación, para aminorar el pánico y la conmoción. Yo soy uno de los elegidos para transmitir la noticia.

—¡Me temo que se trata de un lunático! —susurró Malone mientras escribía con ahínco apoyándose en las rodillas.

Se advertía en el público una propensión generalizada a la sonrisa. No obstante, había algo en la voz y en los modales de aquel hombre que los hacía estar pendientes de cada una de sus palabras.

—Las cosas han llegado al límite. La idea misma de progreso se ha convertido en algo material. Por progreso se entiende desplazarse a toda velocidad; enviar mensajes rápidamente; construir máquinas nuevas. Pero eso supone una desviación de las aspiraciones verdaderas. Solamente hay un verdadero progreso: el progreso espiritual. La humanidad lo alaba con hermosas palabras, pero sigue avanzando por el falso camino de la ciencia material. La Inteligencia Central es consciente de que en medio de la apatía reinante existen algunas dudas genuinas que, superados los viejos credos, reclaman, legítimamente, nuevos indicios. Por eso nos fueron enviados indicios nuevos; indicios que hicieron resplandecer la verdad de la vida después de la muerte con la misma claridad que el sol en el cielo. Pero los científicos se rieron de ellos; las Iglesias los condenaron; se convirtieron en el blanco de las críticas de los periódicos y todos los rechazaron con desprecio. Fue el último error nefasto de la humanidad.

El público lo miraba absorto. Las especulaciones de carácter general sobrepasaban su horizonte mental, pero aquello era perfectamente accesible a su entendimiento. Se levantó un murmullo de aprobación y asentimiento.

—La situación se hizo irremediable. Era imposible dominarla. Por lo tanto, se imponía un aviso más terminante, ya que el don del cielo había sido rechazado. Entonces sobrevino la desgracia. Diez millones de jóvenes fueron abatidos y muertos. El doble de ellos quedaron mutilados. Era la primera advertencia de Dios a la humanidad. Pero fue en vano. Siguió prevaleciendo el despiadado materialismo. Nos fueron concedidos unos años de gracia, pero, salvo los débiles movimientos del espíritu promovidos en Iglesias como ésta, no se produjeron cambios. Las naciones siguieron acumulando pecados sobre pecados, y los pecados siempre deben ser expiados. Rusia se convirtió en una cloaca. Alemania no se arrepintió de su terrible materialismo, causa principal de la guerra. España e Italia se sumieron en oleadas sucesivas de ateísmo y superstición. Francia carecía de ideales religiosos. En Gran Bretaña, sembrada de sectas fosilizadas y carentes de vida, reinaba la confusión y el aturdimiento. Estados Unidos hizo un mal uso de sus magníficas oportunidades y, en lugar de comportarse como un solícito hermano menor con la Europa destruida, paralizó la reconstrucción económica con sus peticiones de dinero y deshonró la firma de su propio presidente al no adherirse a la Liga de Paz[21], que era la única esperanza para el futuro. Todos han pecado, pero algunos más que otros, y su castigo será proporcional. El castigo está cerca. He aquí las palabras exactas que me han pedido que transmita. Las leo para no falsearlas en lo más mínimo —sacó entonces una hoja de papel del bolsillo y leyó:

»No queremos sembrar el temor entre la gente, sino que empiecen a cambiar por dentro y a cultivar su parte espiritual. No pretendemos que la gente se ponga nerviosa, sino prepararlos mientras aún quede tiempo. El mundo no puede seguir así, pues está abocado a la autodestrucción. Por encima de todo, debemos barrer la negra nube de la teología, que se ha interpuesto entre la humanidad y Dios —plegó el papel y volvió a metérselo en el bolsillo.

»Éste es el anuncio del que soy portador. Proclamad la noticia allí donde veáis que una ventana se abre en un alma. Anunciad: “¡Arrepentíos! ¡Reformaos! La hora está próxima”.

Hizo una pausa, y parecía que estaba a punto de marcharse. El encanto había quedado roto. El público se removió y volvió a acomodarse en sus asientos. Entonces surgió una voz del fondo de la sala.

—¿Se trata del fin del mundo, caballero?

—No —respondió el desconocido secamente.

—¿Se trata del Segundo Advenimiento? —preguntó otra voz.

—Sí.

Entonces, con paso ligero, se abrió paso entre las sillas de la tribuna y se quedó junto a la puerta. Cuando Malone volvió a mirar hacia allí, se había marchado.

—Es uno de los fanáticos del Segundo Advenimiento —dijo a Enid en un susurro—. Hay muchos como él: cristadelfianos, ruselianos[22], estudiosos de la Biblia y qué sé yo. Pero éste era impresionante.

—Muy impresionante —dijo Enid.

—Estoy convencido de que las palabras de nuestro amigo han despertado un gran interés —dijo el presidente—. El señor Miromar simpatiza sinceramente con nuestro movimiento, aunque no puede decirse que pertenezca a él de hecho. De todos modos, siempre es bienvenido a nuestras tribunas. Por lo que respecta a su profecía, yo creo que el mundo ya ha sufrido bastantes males como para predecir más. Si ha de ser como anuncia nuestro amigo, no podemos hacer nada para evitarlo. Sólo cabe seguir adelante con nuestras tareas diarias, hacerlas lo mejor que podamos y esperar el acontecimiento con la confianza de que recibiremos la ayuda del más allá. Aunque mañana sea el día del Juicio Final —añadió con una sonrisa—, hoy no dejaré de ocuparme de mi tienda de ultramarinos de Hammersmith. Ahora continuemos con la ceremonia.

El joven secretario hizo un enérgico llamamiento solicitando dinero e insistió en el asunto de los fondos para el edificio:

—Es una pena que queden más personas fuera, en la calle, que dentro del edificio un domingo por la noche. Todos prestamos nuestros servicios sin percibir un penique. La señora Debbs ha tenido que pagarse su viaje para venir. Pero necesitamos por lo menos mil libras para empezar. Uno de los hermanos presentes hipotecó su casa para ayudarnos. Ése es el espíritu vencedor. Ahora veamos qué pueden hacer por nosotros esta noche.

Circularon por la sala una docena de platos, mientras todos entonaban un himno con el acompañamiento de un abundante tintineo de monedas. Mientras tanto, Enid y Malone hablaban en voz baja.

—Ya sabes que el profesor Summerlee murió el año pasado, en Nápoles.

—Sí, lo recuerdo bien.

—Y que «el viejo C» era tu padre, naturalmente.

—Ha sido verdaderamente extraordinario.

—Pobre amigo Summerlee. Él creía que la supervivencia después de la muerte era un absurdo. Y ahora lo tenemos aquí, o eso parece.

Los platos volvieron, desgraciadamente llenos en su mayor parte de sopa de cobre, y fueron depositados encima de la mesa, donde el secretario calculó su valor con ojos ávidos. Luego, el hombrecillo peludo de Australia pronunció una bendición tan simple como la oración de apertura. No era necesario citar a los Apóstoles ni imponer las manos para hacer sentir que sus palabras procedían de un corazón humano y que podían llegar directamente a un corazón divino. Después el público se levantó y entonó su último himno de despedida, un himno de fácil melodía y estribillo dulce y triste que decía así: «Que Dios os proteja hasta que nos volvamos a encontrar». Enid se sorprendió al notar que le corrían lágrimas por las mejillas. Los métodos directos de aquella gente seria y sencilla la habían conmovido más que todas las magníficas ceremonias y la solemne música del órgano de la catedral.

El señor Bolsover, el fornido presidente, estaba en la sala de espera con la señora Debbs.

—Bueno, supongo que serán implacables con nosotros —dijo riendo—. Estamos acostumbrados, señor Malone. No nos importa. Pero algún día verá cómo las cosas cambian. Pero quizás algún día sus artículos se volverán en contra suya.

—Trataré el asunto con imparcialidad, puede estar seguro.

—Bien; no pedimos otra cosa.

La médium estaba apoyada en la repisa de la chimenea, con aire austero y distante.

—Parece usted cansada —dijo Enid.

—No, señorita, yo nunca me canso haciendo el trabajo de los espíritus. Ellos se encargan de que no me canse.

—Perdone, ¿conocía al profesor Summerlee? —aventuró Malone.

La médium negó con un gesto.

—No, caballero, no. La gente siempre piensa que los conozco. No conozco a ninguno. Ellos vienen y yo los describo.

—¿Cómo capta el mensaje?

—Lo oigo. Los estoy oyendo todo el tiempo. Todos ellos, pobrecillos, quieren ser recibidos y tiran de mí, me agarran y me acosan cuando estoy en la tribuna. «¡Ahora yo, yo, yo!». Eso es lo que oigo. Hago lo que puedo, pero no puedo ocuparme de todos.

—¿Pueden decirme algo del caballero de las profecías? —preguntó Malone al presidente.

El señor Bolsover se encogió de hombros con una sonrisa de desaprobación.

—Es un independiente. Lo vemos de vez en cuando, como si fuera un cometa que nos atraviesa. A propósito, recuerdo que tiempo atrás profetizó la guerra. Yo también soy un hombre práctico. Basta con el mal que padecemos cada día. Tenemos suficiente en metálico; no necesitamos letras para el futuro. ¡Y ahora, buenas noches! Trátenos lo mejor que pueda.

—Buenas noches —respondió Enid.

—Buenas noches —dijo la señora Debbs—. A propósito, señorita, usted también es médium. ¡Buenas noches!

Al cabo de un momento volvieron a salir a la calle y respiraron a pleno pulmón el fresco aire nocturno. Se agradecía después de haber permanecido en aquella sala atestada. Un minuto después llegaron a la bulliciosa Edgware Road y Malone llamó un taxi para que volviera a llevarlos a Victoria Gardens.

NOTA DEL AUTOR

La clarividencia en las iglesias espiritistas

La calidad de este fenómeno, tal y como se exhibe en las iglesias espiritistas o templos, como los espiritistas suelen llamarlos, varía mucho. Es tan incierto, que muchas congregaciones lo han abandonado por completo, puesto que se ha convertido en fuente de escándalos más que de edificación. Sin embargo, en ciertas ocasiones, cuando las condiciones son buenas, la audiencia favorable, y el médium está en buena forma, los resultados son absolutamente asombrosos. Yo me hallaba presente en una ocasión en que el señor Tom Tyrell, de Blackburn, en una sesión improvisada que se celebró en Doncaster[23], ciudad que él no conocía, no solamente dio descripciones sino también el nombre de una serie de personas que fueron reconocidas por los diferentes individuos a los que señaló. También he sabido que el señor Vout Peters dio cuarenta descripciones de una ciudad extranjera (Lieja[24]), en la que no había estado nunca, con un solo fallo, que posteriormente se explicó. Tales resultados están muy por encima de las coincidencias. Está aún por determinar cuál pueda ser su verdadera *raison d’être*[25]. A veces he tenido la impresión de que el vapor que se hace visible como un sólido en

ectoplasma[26] puede llenar la sala en su estado más volátil, y que el espíritu que llega con él puede aparecer de repente, como una estrella fugaz invisible se hace visible cuando cruza la atmósfera de la Tierra. Sin duda, este ejemplo no es más que una analogía, pero puede sugerir una línea de pensamiento.

Recuerdo dos ocasiones en Boston, Massachusetts, en que presencié cómo los clérigos hacían clarividencia en los peldaños del altar con absoluto éxito. Me pareció una reproducción admirable de las condiciones en que los apóstoles enseñaban «no sólo con palabras, sino también con poder». Todo esto debe regresar a la religión cristiana antes de que sea revitalizada y se le restituya su poder prístino. No obstante, no puede hacerse en un día. Necesitamos menos fe y más conocimiento.

III

En el que el profesor Challenger expresa su opinión

Enid ya había subido al taxi y Malone iba a hacer lo propio, cuando alguien gritó su nombre y apareció corriendo calle abajo. Era un hombre alto, apuesto, de mediana edad, e iba bien vestido. Tenía el rostro cuidadosamente afeitado y la expresión satisfecha del cirujano con éxito.

—¡Hola, Malone! ¡Esperen!

—¡Hombre, si es Atkinson! Enid, permíteme que te lo presente. Éste es el señor Atkinson, del hospital Saint. Mary, a quien me refería al hablar con tu padre. ¿Quiere que le llevemos? Vamos hacia Victoria.

—¡Magnífico! —el cirujano entró con ellos en el taxi—. Me he quedado pasmado al verle en una reunión espiritista.

—Estábamos sólo por interés profesional. La señorita Challenger y yo somos periodistas.

—¡Ah, claro! Supongo que seguirá en la *Daily Gazzette*, como antes. En ese caso, cuenten con un nuevo lector, porque querré saber cómo han interpretado el espectáculo de hoy.

—Tendrá que esperar hasta el domingo que viene. El artículo forma parte de una serie.

—Ah, vaya, no voy a poder esperar tanto. ¿Qué les ha parecido?

—La verdad es que no lo sé. Mañana tendré que leer atentamente mis anotaciones, meditarlo y cambiar impresiones con mi colega. Ella posee intuición, tan valiosa en los asuntos religiosos.

—¿Y qué le dice su intuición, señorita Challenger?

—Algo bueno, sí, ¡bueno! ¡Pero qué mezcla tan rara!

—Sí, en efecto. Yo he estado varias veces y siempre salgo con las mismas impresiones contradictorias. Parece, en parte, ridículo y en parte, quizá, falso, y, sin embargo, tiene algo que es claramente maravilloso.

—Pero usted no es periodista. ¿Qué estaba haciendo allí?

—Es que me interesa mucho. Desde hace años me dedico al estudio de los fenómenos psíquicos. No soy un convencido, pero simpatizo con ellos, y tengo el suficiente sentido de la proporción como para darme cuenta de que, aunque parezca que soy yo quien está juzgando el asunto, cabe la posibilidad de que sea el asunto el que me esté juzgando a mí —Malone asintió.

»Es inmenso. Se darán cuenta cuando profundicen más en ello. Son media docena de grandes materias en una. Y todo está en manos de esa gente buena y humilde que, luchando contra el desaliento y los fracasos personales, lo han llevado adelante durante más de setenta años. Es muy similar al surgimiento del cristianismo, que estuvo dirigido por sus seguidores y por esclavos hasta que fue extendiéndose poco a poco a los estamentos superiores. Transcurrieron trescientos años entre la iluminación del esclavo de César y la del propio César[27].

—¡Pero ese predicador! —objetó Enid.

El señor Atkinson se echó a reír.

—Se refiere a nuestro amigo de la Atlántida, ¿verdad? ¡Qué pesado ha sido ese hombre! Confieso que no sé cómo interpretar las actuaciones de ese tipo. Creo que es un caso de sugestión y de manifestación pasajera de una vertiente oculta de la personalidad que se dramatiza de ese modo. De lo único que estoy seguro es de que el que llega con ese espantoso cargamento de tópicos no es un habitante de la Atlántida. ¡Bueno, ya hemos llegado!

—Tengo que entregar a esta joven sana y salva a su padre —dijo Malone —. Quédese con nosotros, Atkinson. Al profesor le gustará mucho conocerle.

—¡A estas horas! ¡Seguro que me echa escaleras abajo!

—Eso son habladurías —dijo Enid—. En realidad no es tan terrible. Algunas personas le desagradan, pero estoy segura de que no es su caso. ¿No quiere hacer la prueba?

—Si usted me lo pide, subiré encantado.

Los tres atravesaron el portal brillantemente iluminado y llegaron al ascensor.

Challenger, ataviado ahora con un batín de color azul vivo, los esperaba ansioso. Miró a Atkinson como un fiero bulldog habría mirado a un perro desconocido. No obstante, la inspección pareció satisfacerle, porque masculló que se alegraba de conocerle.

—He oído mencionar su nombre, caballero, y también su creciente prestigio. El año pasado, su resección[28] de la médula suscitó un gran interés, según tengo entendido. Pero ¿también usted estaba con esos locos?

—Bueno, si quiere usted llamarlos así —dijo Atkinson echándose a reír.

—Cielo santo, ¿y cómo quiere que los llame si no? Ahora recuerdo que mi joven amigo, aquí presente —Challenger siempre aludía a Malone como si fuera un prometedor niño de diez años—, me comentó que estaba usted estudiando la materia —estalló en groseras carcajadas—. En ese caso, el estudio de la humanidad propiamente dicho se reduce a los fantasmas, ¿no, señor Atkinson?

—En realidad, papá no sabe nada al respecto, así que no se sienta ofendido —dijo Enid—. Papá, te aseguro que te habría interesado.

Relató brevemente sus aventuras, interrumpida por una serie de comentarios acompañados de gemidos, gruñidos y exclamaciones sarcásticas. Cuando refirió el episodio de Summerlee, Challenger ya no pudo contener su indignación y su desprecio. El viejo volcán entró en erupción y arrojó sobre sus interlocutores un torrente de invectivas incandescentes.



—¡Granujas blasfemos! —gritó—. ¡Pensar que no han podido dejar al pobre Summerlee en paz en su tumba! En vida de él tuvimos nuestras diferencias, y debo reconocer que me vi obligado a formarme una opinión moderada de su inteligencia, pero, si saliera de su tumba, seguramente nos diría algo que merecería ser escuchado. Es un disparate; un disparate perverso e indecente, a juzgar por las apariencias. Me niego a que un amigo mío sea utilizado como un pelele para regocijo de una audiencia de estúpidos. ¡Que no se rieron! Deberían haberlo hecho al oír a un hombre culto, un hombre al que he conocido en condiciones de igualdad, decir tales desatinos. Digo que son desatinos. No me contradiga, Malone. ¡No pienso consentirlo! Su mensaje podría haber sido la postdata de una carta escrita por una colegiala. ¿No es una tontería proviniendo de esa fuente? ¿Está usted de acuerdo, señor Atkinson? ¡No! Esperaba algo mejor de usted.

—Pero ¿y la descripción?

—Por el amor del cielo, ¿dónde han dejado sus cerebros? ¿Es que los nombres de Summerlee y Malone no aparecen relacionados con el mío en unas noveluchas que han alcanzado cierta fama?**[29]** ¿No es del dominio público que ustedes dos, inocentes, están investigando una Iglesia cada semana? ¿No era evidente que tarde o temprano acudirían a una reunión espiritista? ¡Era la oportunidad de ganar una conversión! Han colocado el cebo y el pobre merluzo de Malone se lo ha tragado nada más acercarse. Aquí lo tenemos, con el anzuelo colgando todavía de su estúpida boca. Sí, Malone, es necesario hablar claro, y usted lo tiene que oír.

Al profesor se le había erizado la negra cabellera, y miraba a todos con expresión feroz.

—Muy bien, estamos de acuerdo en que deben expresarse todas las opiniones —dijo Atkinson—. Y usted, caballero, parece estar muy autorizado para dar un veredicto negativo. Pero yo le contestaré con una cita de Thackeray**[30]**, que respondió lo siguiente a alguien que le llevaba la contraria: «Lo que dice usted es natural, pero, si hubiese visto lo que yo he visto, quizá cambiaría de opinión». Quizás alguna vez se decida a investigar la materia, pues el alto lugar que ocupa en el mundo científico otorgaría un gran valor a su opinión.

—Si ocupo un alto lugar en el mundo científico, como dice usted, es porque me he concentrado en las cosas útiles y he descartado las que no están muy claras o son absurdas. Yo no me conformo con estudiar una cuestión de manera superficial; siempre entro de lleno. Este asunto lo he examinado y sólo he hallado fraudes y locuras.

—Ambas cosas se hallan juntas en ocasiones —dijo Atkinson— y, sin embargo… Bueno, Malone, estoy lejos de mi casa y es tarde. Con su permiso, profesor. Ha sido un honor conocerle.

Malone se marchaba también, así que los dos amigos charlaron durante unos minutos antes de ir cada uno por su camino, Atkinson, hacia Simpole Street, y Malone, a South Norwood, donde vivía en la actualidad.

—¡Es un gran hombre! —dijo Malone entre risas—. No debe darse por ofendido. No pretende hacer daño. Es espléndido.

—Claro que lo es. Pero si hay algo que podría inclinarme a convertirme en un espiritista acérrimo, es ese tipo de intolerancia. Está muy extendida, aunque generalmente se expresa en tono de fría mofa y no con ruidosas carcajadas. Yo prefiero la última reacción. A propósito, Malone, si le interesa profundizar en esta materia, quizá yo pueda ayudarle. ¿Ha oído hablar de Linden?

—Linden, el médium profesional. Sí, me han comentado que es un verdadero sinvergüenza.

—Ya, eso suelen decir de ellos. Pero será mejor que juzgue por sí mismo. El invierno pasado se desencajó la rótula y yo se la traté; desde entonces mantenemos una relación de amistad. No resulta siempre fácil verle y, como es natural, lo normal es pagarle unos pequeños honorarios, creo que una guinea[31], pero si le interesa tener una sesión, podría intentarlo.

—¿Cree que es auténtico?

Atkinson se encogió de hombros.

—Supongo que todos optan por la vía más fácil. Lo único que puedo decirle es que nunca le he sorprendido en ninguna trampa. Deberá juzgar usted personalmente.

—Así lo haré —respondió Malone—. Voy a dedicarme seriamente a este asunto. Además, también tiene interés para los lectores. Cuando esté menos ocupado, le escribiré, Atkinson, y podremos estudiar más a fondo la cuestión.

IV

Donde se describen los extraños sucesos de Hammersmith

El artículo de la Comisión Conjunta (pues ése era el glorioso nombre del equipo) despertó interés y suscitó polémicas. Apareció acompañado de un desautorizador editorial del subdirector cuya intención era aplacar susceptibilidades entre sus lectores ortodoxos, como quien dice: «Hay que dar cuenta de estas cosas, aunque usted y yo sepamos que, por muy verdaderas que parezcan, son un peligro». Malone recibió multitud de cartas, a favor y en contra, prueba de la vigencia de la cuestión en el pensamiento de la gente. Los artículos anteriores habían suscitado solamente alguna que otra protesta entre los católicos tradicionalistas o los evangélicos[32] implacables, pero en este caso su saca del correo estaba llena. La mayoría de las cartas se burlaban de la idea de la existencia de fuerzas psíquicas, y otras procedían de remitentes que, cualesquiera fuesen sus conocimientos sobre las fuerzas psíquicas, todavía no dominaban la ortografía. En muchos casos los espiritistas estaban tan poco satisfechos como los demás, pues, aunque su relato se había ajustado a la verdad, Malone ejerció el privilegio periodístico de subrayar el lado humorístico de la reunión.

Transcurrida una semana, una mañana, apareció una voluminosa persona en el pequeño despacho en el que el señor Malone trabajaba. El botones que precedía al corpulento visitante dejó sobre su mesa una tarjeta en la que figuraba el siguiente nombre: «James Bolsover, Comerciante, High Street, Hammersmith». No era otro que el simpático presidente de la reunión del domingo anterior. Éste agitó con aire acusador un periódico mirando a Malone, pero en su rostro afable había una sonrisa.

—Bien, bien —dijo—. Ya le pronostiqué que se dejaría llevar por el lado humorístico.

—¿No le parece que el relato se atiene a la realidad?

—Sí, señor Malone, estoy convencido de que la joven y usted han hecho todo lo que han podido por nosotros. Pero, como es natural, usted no sabe

nada y todo le parece raro. Si lo piensa detenidamente, lo verdaderamente raro sería que entre todos los hombres inteligentes que han dejado este mundo no encontraran la manera de comunicarse con nosotros.

—Pero esas comunicaciones son a veces muy estúpidas.

—Sí, también deja este mundo mucha gente estúpida. Y no cambian. Debe tener en cuenta que nunca se sabe cuál es el mensaje que hace falta. Ayer, la señora Debbs recibió la visita de un sacerdote. Se sentía terriblemente apenado porque había perdido a su hija. La señora Debbs recibió varios mensajes de ella en los que comunicaba que se encontraba bien y que lo único que la entristecía era la pena de su padre. «Eso no sirve de nada. Cualquiera me diría lo mismo. Ésa no es mi hija», dijo él. Entonces, de pronto, ella dijo: «No sabes cuánto me gustaría que no te pusieras el alzacuello con una camisa de color». Parecía un mensaje trivial, pero el hombre se echó a llorar. «Es ella. Siempre me regañaba por los cuellos», dijo entre sollozos. En esta vida, lo que cuentan son las cosas insignificantes; los detalles domésticos e íntimos, señor Malone.

Malone negó con la cabeza.

—A cualquiera le llamaría la atención un cuello de sacerdote sobre una camisa de color.

El señor Bolsover se echó a reír.

—Es usted un adversario difícil. Yo también lo fui hace años, así que no se lo reprocho. Pero he venido a verle para una cosa muy concreta. Supongo que usted estará muy ocupado; yo también, así que iré al grano. En primer lugar, quería decirle que todos nuestros miembros sensatos han quedado satisfechos con su artículo. El señor Algernon Mailey me ha escrito diciéndome que será bueno para nosotros, y, si él está complacido, todos estamos complacidos.

—¿Mailey, el abogado?

—Mailey, el reformista religioso. Así se le conocerá en el futuro.

—Y bien, ¿qué más?

—Sólo quería decirle que, si la joven y usted quisieran profundizar más en el asunto, estamos dispuestos a ayudarlos. Sepa que no lo hacemos por obtener publicidad, sino por su propio bien, porque, sinceramente, tampoco deseamos mucha publicidad. Yo organizo sesiones psíquicas en mi casa sin médium profesional, y si usted quisiera…

—Nada me agradaría más.

—Entonces tienen que venir… los dos. Normalmente no admito a mucha gente de fuera. No permitiría que entrara en mi casa ningún investigador de

los fenómenos psíquicos. ¿Por qué voy a molestarme para que después me insulten con sus sospechas y sus artimañas? Nos tratan como si creyeran que carecemos de sentimientos. Pero usted es una persona con una dosis normal de sentido común. Eso es lo único que pedimos.

—Pero yo no creo. ¿No será eso una rémora?

—En absoluto. Mientras sea imparcial y no altere las condiciones, no hay problema. A los espíritus sin cuerpo les molesta la gente desagradable tanto como a los espíritus con cuerpo. Sea amable y educado, como lo sería con cualquier persona.

—Eso puedo prometérselo.

—A veces son extraños —dijo el señor Bolsover, adoptando un aire pensativo—. Conviene abordarlos por el lado bueno. No se les permite hacer daño a los humanos, pero todos hacemos cosas que no nos están permitidas, y ellos también son humanos. Recordará que a un corresponsal de *The Times* le abrieron la cabeza con una pandereta en una de las sesiones de los hermanos Davenport. Estuvo muy mal, naturalmente, pero lo hicieron. A ningún amigo le han abierto la cabeza. Hubo otro caso en Stepney[33]. Participaba en la sesión un prestamista. Una víctima que había llegado al suicidio por su culpa se metió en el médium. Agarró al prestamista por el cuello y estuvo a punto de matarlo. Pero tengo que marcharme, señor Malone. Nos reunimos una vez a la semana, desde hace cuatro años, sin falta. Los jueves a las ocho en punto. Avísenos con un día de antelación y conseguiré que el señor Mailey le reciba. Él, mejor que yo, puede responder a sus preguntas. ¡Hasta el próximo jueves! Muy bien.

Y el señor Bolsover salió del despacho.

Quizá Malone y Enid Challenger estaban más impresionados por su breve experiencia de lo que habían reconocido, pero ambos eran personas sensatas que opinaban que había que agotar todas las posibles causas naturales exhaustivamente antes de ampliar las fronteras de lo posible. Ambos sentían el mayor de los respetos por el privilegiado intelecto de Challenger y se sintieron afectados por sus tajantes opiniones, aunque Malone, en las frecuentes discusiones en las que se vio envuelto, no podía dejar de reconocer que la opinión de un hombre inteligente sin experiencia tiene en realidad menos valor que la de un hombre de la calle con conocimientos directos.

En estas discusiones, un día sí y otro también, tenía como interlocutor a Mervin, director del periódico psíquico *Dawn*, que se ocupaba de todas las manifestaciones de lo oculto, desde la ciencia de los rosacruces a las extrañas religiones de los estudiosos de la Gran Pirámide[34], o de los que sostenían el

origen judío de los anglosajones rubios y de ojos azules. Mervin era un hombre menudo y vivaz, dotado de una inteligencia de primer orden que le habría permitido alcanzar las más lucrativas cotas de su profesión de no haber sido por su decisión de sacrificar su porvenir mundano para contribuir a aquello que él consideraba una gran verdad. Como Malone estaba sediento de conocimiento y Mervin era igualmente amigo de dispensarlo, los camareros del Club Literario se las veían y se las deseaban para conseguir que se levantaran de la mesa del rincón de la ventana en la que solían almorzar.

Contemplando la larga curva gris del Embankment[35] y el noble río con su panorama de puentes, la pareja se demoraba sobre el café fumando cigarros y charlando sobre algunos aspectos de aquel amplísimo y absorbente tema, que había abierto nuevos horizontes ante el pensamiento de Malone.

Una advertencia de Mervin impacientó y casi llegó a enfadar a Malone. Éste sentía la repulsa irlandesa hereditaria hacia todo lo que supusiera una imposición. Lo que trataba de imponérsele en aquella ocasión le pareció insidioso y especialmente molesto.

—Tengo entendido que va a asistir a una sesión de la familia Bolsover —dijo Mervin—. Naturalmente, son conocidos entre los nuestros, aunque muy pocos han sido invitados, por lo que puede considerarse un privilegiado. Es evidente que le ha caído en gracia.

—Considera que mi artículo fue imparcial.

—La verdad es que tampoco era un gran artículo del otro mundo, pero, comparado con las necedades deprimentes y obtusas que suelen dedicarnos, destaca porque al menos posee algunos vestigios de dignidad, equilibrio y sentido de la proporción.

Malone hizo un ademán de modestia con su cigarro.

—Indudablemente, las sesiones de Bolsover y otras similares no tienen una gran influencia en los verdaderos fenómenos psíquicos. Son como los toscos cimientos de un edificio, que ciertamente contribuyen a sustentarlo, pero que se olvidan en cuanto se habita. Es la estructura superior lo que debemos construir. De tomar en serio los periódicos baratos que sólo ofrecen informaciones sensacionalistas, se diría que todo se reduce a fenómenos psíquicos, fantasmas y casas encantadas. Ciertamente, estos fenómenos psíquicos tienen su utilidad. Fascinan al investigador y le animan a seguir adelante. Personalmente, después de haberlos visto todos, no me interesa verlos de nuevo. Lo que sí me interesa es captar mensajes importantes del más allá.

—Sí, puedo apreciar la diferencia tal y como usted la plantea. Pero yo, personalmente, soy tan agnóstico respecto a los mensajes como a los fenómenos.

—Se comprende. San Pablo era un buen psíquico. Lo explica con tanta claridad que ni sus ignorantes traductores pudieron esconder los significados reales ocultos, como habían hecho en tantos casos.

—¿A qué texto se refiere?

—Conozco bastante bien mi Nuevo Testamento, pero no al pie de la letra. Se trata del pasaje en el que dice que el don de las lenguas, que fue un fenómeno evidente y extraordinario, era para los ignorantes, mientras que las profecías, es decir, los verdaderos mensajes espirituales, eran para los elegidos[36]. En otras palabras, que los espiritistas con experiencia no necesitan de los fenómenos.

—Consultaré el pasaje.

—Lo encontrará en la Epístola a los Corintios, creo. A propósito, si es cierto que las cartas de Pablo se leían en voz alta y la gente las comprendía, aquellas antiguas congregaciones debían de tener un nivel intelectual bastante alto.

—Eso es un hecho reconocido, ¿no?

—Bueno, es un ejemplo concreto de ello. Pero me estoy desviando del asunto. Lo que quería decirle es que no debe tomar muy en serio el circo espiritista de Bolsover. Es auténtico dentro de lo que cabe, que no es mucho, la verdad. La obsesión por los fenómenos es como una enfermedad. Conozco a algunos de los nuestros, sobre todo mujeres, que continuamente van de un gabinete de sesiones a otro, viendo lo mismo una y otra vez, algunas veces cosas auténticas y otras, mucho me temo, falsedades. ¿Qué pueden sacar en claro de ahí como almas, como ciudadanos o como lo que sea? No, cuando el pie está firmemente asentado en el primer peldaño, no hay que pararse a anotar el tiempo de permanencia, sino subir al siguiente y pisarlo con la misma firmeza.

—Comprendo bastante su opinión. Pero, de todos modos, sigo teniendo los pies sobre la tierra.

—¿Sobre la tierra? —exclamó Marvin—. ¡Dios mío! Hoy se imprime el periódico y tengo que ir sin falta a la imprenta. Ya ve, teniendo una tirada de unos diez mil ejemplares, hacemos las cosas modestamente, no como sus plutócratas[37] de la prensa diaria. La plantilla de personal del periódico soy yo.

—Antes me ha dicho que quería hacerme una advertencia.

—Sí, quería advertirle una cosa —súbitamente, el rostro vivaz y delgado de Mervin adoptó una expresión intensamente seria—. Si tiene usted algún prejuicio religioso o de otro tipo profundamente arraigado que pueda inducirle a rechazar este asunto después de haberlo investigado, no lo investigue; podría ser peligroso.

—¿Qué quiere decir peligroso?

—A ellos no les molestan las dudas sinceras, ni las críticas sinceras, pero, si se los trata mal, son peligrosos.

—¿Quiénes son ellos?

—¿Que quienes son? Eso me pregunto yo. Guías[38], controles, entidades psíquicas de cualquier tipo. La identidad de los ejecutores de la venganza o, mejor dicho, de la justicia, es lo de menos. Lo importante es que existen.

—¡Tonterías, Mervin!

—Yo no estaría tan seguro.

—¡Tonterías perniciosas! Eso es volver a las viejas supersticiones teológicas medievales. ¡Me sorprende en un hombre tan racional como usted!

Mervin sonrió; tenía la risa fácil, pero sus ojos, enmarcados por sus pobladas cejas rubias, seguían tan serios como siempre.

—Es posible que con el tiempo cambie de opinión. En este asunto hay aspectos extraños. Como amigo suyo, quiero que lo sepa.

—Bien, entonces, explíquemelo.

Incitado por el interés de Malone, Mervin entró de lleno en la cuestión. Brevemente resumió la historia y el destino de una serie de hombres que, en su opinión, habían entablado un juego desigual con aquellas fuerzas, se convirtieron en un obstáculo y tuvieron que sufrir por ello. Le habló de jueces que dictaron sentencias en contra de la causa movidos por los prejuicios; de periodistas que inventaron casos falsos con fines sensacionalistas y para desacreditar el movimiento; de otros que entrevistaron a médiums para reírse de ellos o que, después de empezar a investigar, se retiraron alarmados dando una opinión negativa cuando en lo más profundo de su alma sabían que los hechos eran ciertos. Era una lista impresionante por su extensión y la precisión de los datos, pero Malone no estaba dispuesto a dejarse convencer.

—Seleccionando los casos, estoy seguro de que puede obtenerse una lista similar relativa a cualquier cosa. El señor Jones dijo que Rafael era un chapucero, y el señor Jones murió de una angina de pecho; luego es peligroso criticar a Rafael. Ése parece ser su argumento.

—Si usted quiere interpretarlo así…

—Mírelo desde otra perspectiva. Fíjese en Morgate. Siempre ha sido un enemigo, porque es un materialista convencido, pero está prosperando; ahora le han dado una cátedra.

—Es un incrédulo sincero. Naturalmente. ¿Por qué no?

—Y Morgan, que en una ocasión desenmascaró a unos médiums.

—Si verdaderamente eran falsos, prestó un servicio.

—¿Y qué me dice de Falconer, que ha escrito cosas tan duras sobre ustedes?

—¡Ah, Falconer! ¿Sabe algo de la vida privada de Falconer? No. Bueno, pues créame: ha tenido su merecido. Él no sabe por qué. Algún día, estos caballeros compararán sus notas, y es posible que se den cuenta. De todos modos, está sufriendo las consecuencias.

Prosiguió relatando la terrible historia de un hombre que consagró su considerable talento a la destrucción del espiritismo pese a estar convencido de su autenticidad, porque ello le beneficiaba materialmente. El final era horrible; demasiado horrible para Malone.

—¡Oh, dejémoslo ya, Marvin! —exclamó, perdiendo la paciencia—. Diré lo que piense, ni más ni menos; no voy a alterar mis opiniones por miedo a usted o a sus fantasmas.

—En ningún momento le he pedido tal cosa.

—Pero ha estado a punto. Esas cosas que me cuenta parecen puras supersticiones. De ser ciertas, la policía intervendría.

—Sí, si nosotros fuéramos los responsables. Pero es algo que se nos escapa de las manos. No obstante, Malone, por si acaso, le he advertido, y ahora puede hacer lo que quiera. ¡Adiós! Puede llamarme siempre que quiera a la oficina del *Dawn*.

Hay una prueba infalible para averiguar si un hombre es de genuina sangre irlandesa. Basta situarle frente a una puerta en cuyo pomo figure escrito: «Empujar» o «Tirar». Un inglés obedecerá como un hombre razonable. El irlandés, menos sensato y más individualista, reaccionará de inmediato y con vehemencia haciendo lo contrario. Así era Malone. La bienintencionada advertencia de Mervin sólo sirvió para despertar su espíritu de rebeldía. Cuando fue a buscar a Enid para llevarla a la sesión de Bolsover, su incipiente simpatía por el tema había disminuido considerablemente. Challenger se despidió de ellos farfullando e inclinando la cabeza con las cejas arqueadas y los ojos cerrados, como solía hacer cuando tenía ganas de guasa.

—Ya sabes que llevas la polvera, mi querida Enid. Si ves algún espécimen de ectoplasma especialmente bueno en el transcurso de la velada, no te olvides de tu padre. Lo tengo todo preparado: el microscopio y los reactivos químicos. A lo mejor te encuentras con un duende. Cualquier rosilla que me traigas será bienvenida.

Los bramidos salvajes de sus carcajadas los persiguieron hasta el ascensor.

El establecimiento comercial del señor Bolsover resultó ser un eufemismo para designar una anticuada tienda de ultramarinos en la zona más bulliciosa de Hammersmith. Cuando el taxi se detuvo, las campanas de la iglesia vecina estaban anunciando que faltaba un cuarto de hora para las ocho en punto, y la tienda estaba llena de gente, así que Enid y Malone se quedaron paseando por la calle. Al cabo de un momento llegó otro taxi y de él descendió un hombre corpulento, de aspecto descuidado y con una larga barba, vestido con un traje de *tweed*[39] de Harris. Consultó su reloj y empezó a pasearse, hasta que reparó en ellos.

—¿Son ustedes por casualidad los dos periodistas que van a asistir a la sesión?… Me había parecido. El bueno de Bolsover está muy ocupado, así que han hecho bien en esperar. Ese hombre es un santo a su manera.

—Supongo que es usted el señor Algernon Mailey, ¿verdad?

—Sí. Yo soy el hombre cuya credulidad constituye un grave motivo de preocupación entre sus amigos, como decían el otro día en uno de esos panfletos.

Tenía una risa tan contagiosa que acabaron por echarse a reír con él. Ciertamente, aquel hombre de cuerpo atlético, algo envejecido, pero todavía notable, con aquella voz viril y la expresión enérgica y a la vez simpática de su rostro, distaba mucho de parecer inestable.

—Todos estamos marcados por lo que de nosotros dicen nuestros adversarios —dijo—. Me pregunto qué dirán de ustedes.

—No queremos parecer lo que no somos, señor Mailey —dijo Enid—. Nosotros aún no somos creyentes.

—Me parece muy bien. Deberán tomarse su tiempo. Es, con diferencia, la cuestión más importante del mundo, así que vale la pena tomarse tiempo para considerarla bien. Yo tardé muchos años. Puede culparse a la gente. Merece reprobación la gente que lo descuida, pero no es reprochable obrar con cautela en el momento de analizarlo. Como ustedes saben, ahora estoy firmemente convencido, porque sé que es verdad. Existe una gran diferencia entre creer y saber. Yo doy muchas conferencias, pero nunca pretendo convertir a mi

audiencia. No creo en las conversiones repentinas, porque son frívolas y superficiales. Lo único que quiero es presentar los hechos con la mayor claridad posible. Me limito a decir la verdad y por qué sabemos que es verdad. Ahí termina mi cometido. Pueden tomarlo o dejarlo. Si son sensatos, explorarán los caminos que les he indicado. Si no lo son, perderán su oportunidad. No me gusta presionar a nadie, ni hacer proselitismo, porque es asunto suyo, no mío.

—Me parece una actitud muy razonable —dijo Enid, gratamente impresionada por los modales francos de aquel hombre a quien acaban de conocer.

En aquel momento estaban a plenamente iluminados por la claridad del escaparate de Bolsover. Enid miró a Mailey detenidamente, reparando en su ancha frente, sus ojos grises de expresión curiosa, pensativos y al mismo tiempo ávidos, su barba pajiza, que cubría la enérgica línea de la barbilla. Era la imagen de una personalidad sólida, totalmente distinta a la del fanático que ella había imaginado. Su nombre había aparecido mucho en los periódicos en aquellos últimos tiempos, siempre como uno de los protagonistas de la larga batalla, y Enid recordaba que, cuando se le mencionaba, su padre solía responder con un bufido.

—¡No quiero ni imaginar lo que pasaría si encerraran en una habitación al señor Mailey con papá! —le dijo a Malone.

Malone se echó a reír.

—Es como la pregunta aquella que se hacía a los niños en el colegio: ¿Qué ocurriría si una fuerza irresistible golpeara un obstáculo invencible?

—¡Ah, es usted la hija del profesor Challenger! —dijo Mailey con aire interesado—. Una gran figura del mundo científico, sí señor. ¡Qué mundo tan magnífico sería si reconociera sus propias limitaciones!

—No comprendo a qué se refiere.

—El mundo científico es el principal responsable de nuestro materialismo. Nos ha proporcionado la ayuda del bienestar, si es que se puede decir que el bienestar nos sirve de algo. Por lo demás, ha sido como una maldición, porque, adoptando el nombre de progreso, nos ha hecho concebir la falsa impresión de que estamos progresando, cuando, en realidad, estamos retrocediendo inexorablemente.

—En eso discrepo totalmente con usted, señor Mailey —dijo Malone, impacientándose al escuchar una afirmación que le parecía dogmática—. Considere la telegrafía sin hilos. Las señales de S.O.S. en alta mar. ¿No es eso un beneficio para la humanidad?

—Sí, en algunos casos funciona. Yo valoro mi lámpara eléctrica de lectura, que es fruto de la ciencia. Como le he dicho, nos proporciona bienestar y, a veces, seguridad.

—Entonces, ¿por qué la desprecia?

—Porque oculta lo esencial: el propósito de la vida. No estamos en este planeta para desplazarnos a cincuenta millas[40] por hora en un automóvil, ni para cruzar el Atlántico en avión, ni para enviar mensajes con o sin hilos. Eso no son más que los adornos de la vida. Sin embargo, los hombres de ciencia nos han dejado tan fascinados con esas fruslerías que nos olvidamos del objetivo principal.

—No le comprendo.

—No es la velocidad lo que importa, sino el objeto del viaje. No importa cómo se envíe un mensaje, sino el valor que éste pueda tener. En todas las etapas, el llamado progreso puede llegar a ser un mal y, sin embargo, cuando empleamos esa palabra la confundimos con el verdadero progreso, y nos imaginamos que estamos haciendo aquello para lo que Dios nos envió a la tierra.

—¿Y para qué nos envió?

—Para prepararnos para la siguiente fase de la vida. La preparación debe ser mental y espiritual, pero nosotros descuidamos ambas. Para llegar a ser hombres y mujeres buenos en la vejez; menos egoístas, más abiertos, más afables y tolerantes. Para eso estamos aquí. Esto es una fábrica de almas, y está produciendo artículos defectuosos. Pero… ¡Vaya! —se echó a reír con sus contagiosas carcajadas—. Estoy pronunciando una conferencia en plena calle. Es la fuerza de la costumbre. Mi hijo dice que al apretar el tercer botón de mi chaleco pronuncio automáticamente una conferencia. Pero ahí viene el bueno de Bolsover a rescatarlos.

El respetable tendero los había visto por la ventana y salió de inmediato desabrochándose el blanco delantal.

—¡Buenas tardes a todos! No voy a permitir que se queden fuera esperando, con el frío que hace. Además, el reloj manda y ya es la hora. No está bien hacerse esperar. Puntualidad para todos; ése es mi lema, y el suyo. Mis muchachos cerrarán la tienda. Por aquí; tengan cuidado con el barril de azúcar.

Se abrieron paso entre cajas de frutos secos y pilas de quesos, y finalmente pasaron entre dos grandes barriles, a través de los cuales el corpulento tendero pasaba a duras penas. Más allá, una estrecha puerta comunicaba con la vivienda, contigua al establecimiento. Bolsover subió por

la estrecha escalera, abrió una puerta, y los visitantes se encontraron en una habitación de proporciones considerables, en la que había varias personas sentadas alrededor de una gran mesa. Estaba la señora Bolsover, grandullona, alegre y tan rolliza como su marido. Sus tres hijas tenían el mismo aire lozano. Había también una mujer anciana, que debía de ser pariente, y otras dos señoras de aspecto normal y corriente, que les fueron presentadas como vecinas y espiritistas. El único hombre que quedaba era un tipo menudo y de pelo canoso, rostro agradable y ojos de mirada rápida y chispeante, que estaba sentado en un rincón, frente al armonio.

—Es el señor Smiley, nuestro músico —dijo Bolsover—. No sé qué haríamos sin él. Se ocupa de las vibraciones. El señor Mailey podría contarles mucho sobre eso. Señoras, ya conocen ustedes al señor Mailey, nuestro buen amigo. Y éstas son las dos personas que quieren conocernos: la señorita Challenger y el señor Malone.

La familia Bolsover en pleno sonrió afablemente, pero la anciana que no les habían presentado se levanté) y los miré) con gesto adusto.

—Sean ustedes bienvenidos, aunque no los conozco —dijo—. Pero debemos advertirles que necesitamos que se comporten de un modo manifiestamente respetuoso. Nosotros respetamos a los resplandecientes y no toleraremos que se los insulte.

—Le aseguro que somos personas muy serias e imparciales —dijo Malone.

—Ya hemos recibido una buena lección. No hemos olvidado lo sucedido con Meadow, señor Bolsover.

—No, no, señora Seldon. No volverá a repetirse. Aquello fue un gran disgusto —agregó Bolsover volviéndose hacia los visitantes—. Ese hombre acudió como invitado nuestro y, cuando se apagaron las luces, empezó a tocar a los asistentes con un dedo para hacerlos creer que era la mano de un espíritu. Luego lo contó todo en un artículo en la prensa como la prueba de que éramos unos impostores, cuando el único fraudulento había sido él.

Malone estaba francamente sorprendido.

—Le aseguro que nosotros somos incapaces de semejante conducta.

La vieja dama se sentó y los miró con cautela. Mientras tanto, Bolsover trajinaba alrededor preparando las cosas.

—Siéntese usted aquí, señor Mailey. Señor Malone, ¿quiere sentarse entre mi mujer y mi hija? ¿Dónde le gustaría sentarse, señorita?

Enid se sentía bastante nerviosa.

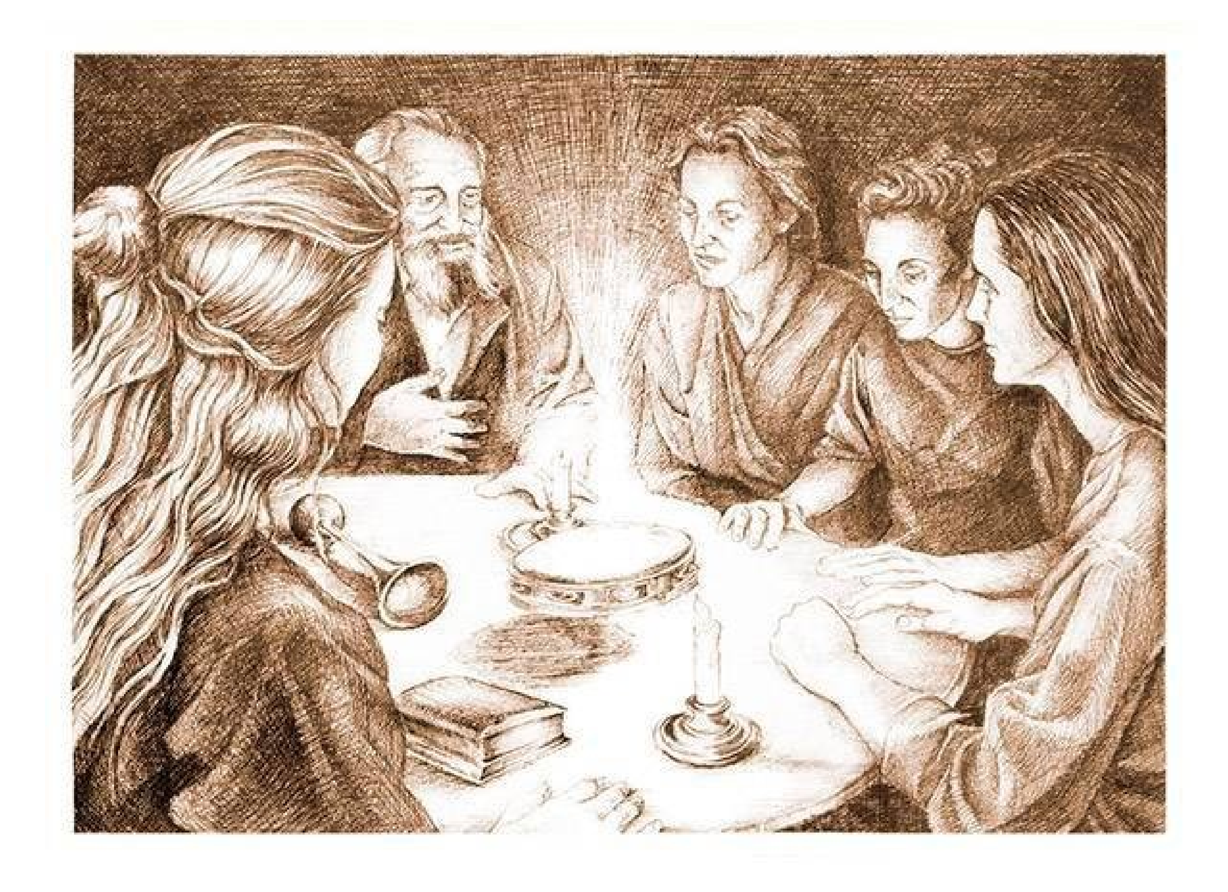
—Creo que me gustaría sentarme junto al señor Malone —dijo.

Bolsover sonrió y le hizo un guiño a su mujer.

—Es natural, claro.

Todos se acomodaron en sus asientos. El señor Bolsover había apagado la luz eléctrica, pero ardía una vela en el centro de la mesa. Malone pensó que la escena parecía sacada de un cuadro de Rembrandt[41]. La habitación estaba envuelta en sombras, pero la luz amarillenta alumbraba, oscilante, el círculo de rostros: las facciones sencillas, enérgicas y redondeadas de los Bolsover; la sólida línea del grupo de su familia; el semblante afilado y austero de la señora Seldon; los ojos áridos y la barba amarilla de Mailey; los rostros ajados y cansados de las dos espiritistas y, finalmente, el perfil firme y noble de la muchacha sentada junto a él. De repente, el mundo entero se reducía a aquel pequeño grupo, intensamente concentrado en su objetivo.

Esparcida sobre la mesa había una curiosa colección de objetos, todos ellos utensilios muy usados. Había una bocina de latón estropeada, muy descolorida; una pandereta, una caja de música y otras cosas más pequeñas.



—Nunca sabemos qué pueden necesitar —dijo Bolsover, señalándolos con un ademán—. Si Chiquitita nos pide algo que no está, se enfada muchísimo… ¡es asombroso!

—Chiquitita tiene un temperamento muy suyo —comentó la señora Bolsover.

—¿Y por qué no iba a tenerlo, la pobre? —dijo la dama austera—. Espero que tenga lo suficiente como para dar buenas lecciones a investigadores y demás. A veces me sorprende que se moleste siquiera en venir.

—Chiquitita es nuestra niña guía —dijo Bolsover—. La oirán dentro de un momento.

—Espero que venga —dijo Enid.

—Bueno, todavía no nos ha tallado nunca, salvo cuando el tal Meadows se apoderó de la bocina y la sacó del círculo.

—¿Quién es el médium? —preguntó Malone.

—Bueno, ni siquiera nosotros lo sabemos. Yo creo que todos contribuimos. Puede ser, porque yo aporto en la misma medida que los demás. Y mamá también es una ayuda.

—Nuestra familia es como una cooperativa —dijo su mujer, y todos se echaron a reír.

—Yo creía que hacía falta un médium.

—Es lo normal, pero no es necesario —dijo Mailey con su voz grave y cargada de autoridad—. Crawford lo dejó bastante claro en las sesiones de Gallagher cuando demostró, pesando las sillas, que todos los miembros del grupo perdían de doscientos gramos a un kilo por sesión, aunque la médium, que era la señorita Kathleen, llegaba a perder entre cuatro y seis kilos. En esta larga serie de sesiones…, ¿cuántas exactamente, señor Bolsover?

—Cuatro años, sin interrupción.

—La larga serie ha hecho que todos evolucionemos en cierta medida, de modo que todos conseguimos un rendimiento medio alto, en lugar de tener a una sola persona con un rendimiento extraordinariamente alto.

—¿Rendimiento de qué?

—Magnetismo animal[42], ectoplasma…, poder, en resumidas cuentas. Ésa es la palabra de sentido más amplio. Cristo ya la utilizó: «Mucho poder ha salido de mí». En griego es *dunamis*[43], pero los traductores no lo comprendieron y la transcribieron como «virtud». Si un buen erudito griego que también hubiera estudiado en profundidad las ciencias ocultas volviera a traducir el Nuevo Testamento, nos encontraríamos con muchas revelaciones. Nuestro estimado Ellis Powell hizo algo en ese sentido. Su muerte fue una pérdida para el mundo.

—Sí, en efecto —dijo Bolsover con actitud reverente—. Pero ahora, antes de ponernos a trabajar, señor Malone, quiero que tenga en cuenta un par de

cosas. ¿Ve las manchas blancas en la bocina y en la pandereta? Son puntos luminosos que nos permiten ver dónde están. La mesa es nuestra mesa del comedor, de buen roble británico. Puede examinarla si quiere. Pero verá cosas que no dependerán de la mesa. Y ahora, señor Smiley, apagaremos las luces y usted tocará *La Roca de los Siglos*.

El armonio resonó en la oscuridad y todos se pusieron a cantar. Cantaban armoniosamente, pues las muchachas tenían voces frescas y buen oído. Grave y vibrante, la solemne melodía parecía más impresionante porque, de todos los sentidos, el único que actuaba era el oído. Apoyaron las manos ligeramente sobre la mesa, tal y como se les dijo, y les advirtieron que no cruzaran las piernas. Malone, que rozaba la mano de Enid, sentía, por su temblor, que estaba nerviosa. Pero la voz jovial y agradable de Bolsover alivió considerablemente la tensión.

—Es suficiente —dijo—. Tengo la sensación de que esta noche las condiciones son buenas. Además, el ambiente está frío. Ahora les pido que me acompañen en una oración.

La oración, sincera y sencilla, pronunciada en la oscuridad, una oscuridad absoluta rota tan sólo por el resplandor rojizo del fuego de la chimenea, produjo su efecto.

—Oh, gran Padre nuestro —dijo la voz—. Tú que estás más allá de nuestros pensamientos y que, sin embargo, llenas nuestras vidas, líbranos de todo mal esta noche y concédenos el privilegio de ponernos en contacto, aunque sólo sea por una hora, con quienes moran en un plano superior al nuestro. Tú eres nuestro Padre y también el suyo. Permútenos encontrarnos en hermandad por un momento, para conocer algo más sobre la vida eterna que nos aguarda y así sobrellevar mejor los años de espera en este mundo inferior.

Terminó con el padrenuestro, al que todos se unieron. Después guardaron silencio, expectantes. Se oía el monótono rugir del tráfico y algún chirrido ocasional de frenos de los coches que pasaban por la calle. En el interior, el silencio era absoluto. Enid y Malone tenían todos los sentidos alerta, los nervios de punta y la mirada fija en la oscuridad.

—Nada, mamá —dijo Bolsover al cabo—. Es porque hay desconocidos. Vibraciones nuevas. Tiene que afinarlas para conseguir la armonía. Toque otra melodía, señor Smiley.

De nuevo sonó el armonio. Todavía estaba tocando cuando una voz de mujer gritó:

—¡Pare! ¡Pare! ¡Están aquí!

De nuevo esperaron sin ningún resultado.

—¡Sí! ¡Sí! Oigo a Chiquitita. Está aquí, seguro. Estoy segura.

Silencio de nuevo, y entonces ocurrió algo maravilloso para los visitantes y habitual para el grupo.

—¡Buenas tardes! —gritó una voz.

Se produjo una algarabía de saludos y risas de bienvenida, mientras todos hablaban a la vez.

—¡Buenas tardes, Chiquitita! ¡Ya estás aquí, querida! ¡Sabía que vendrías! ¡Bien hecho, pequeña guía!

—¡Buenas tardes! —respondió la voz—. Chiquitita está muy contenta de ver a mamá, a papá y a los demás. ¡Oh, qué hombre tan grande con barbas! Mailey, el señor Mailey, ya le conocía de antes. Él es el gran Mailey y yo la pequeña niña. ¡Me alegro de verle, señor Grande!

Enid y Malone escuchaban asombrados, pero sin sentirse nerviosos, pues el grupo aceptaba aquello con la mayor naturalidad. La voz era muy fina y aguda; mucho más de la que podría producirse con falsete. Eso era seguro. También era seguro que no había ninguna niña en la sala, a menos que la hubieran introducido a escondidas después de apagar la luz. Eso era posible. Pero parecía que la voz salía del centro de la mesa. ¿Cómo podía llegar una niña hasta allí?

—Es fácil llegar, caballero —dijo la voz, respondiendo a sus pensamientos—. Papá es un hombre fuerte. Papá ha dejado a Chiquitita sobre la mesa. Ahora enseño lo que papá no puede hacer.

—¡La bocina se ha levantado! —gritó Bolsover.

El pequeño círculo de pintura rosa luminosa se elevó sin ruido y empezó a oscilar sobre sus cabezas.

—¡Sube y golpea el techo! —gritó Bolsover.

Subió, y en lo alto sonó un golpeteo metálico. Entonces la voz aguda habló desde arriba:

—¡Papá es listo! Papá ha subido la bocina hasta el techo con la caña de pescar. Pero ¿cómo hace papá la voz? ¿Qué dices tú, guapa señorita inglesa? Aquí tienes un regalo de Chiquitita.

Algo blando aterrizó en el regazo de Enid, que lo tocó con la mano.

—Es una flor…, un crisantemo. ¡Gracias, Chiquitita!

—¿Es una aportación[44]? —preguntó Mailey.

—No, no, señor Mailey —dijo Bolsover—. Estaban en el jarrón que hay encima del armonio. Háblele, señorita Challenger. Que sigan las vibraciones.

—¿Quién eres, Chiquitita? —preguntó Enid, mirando la mancha que oscilaba por encima de ella.

—Soy una niña pequeña negra. Una niña pequeña negra de ocho años.

—Vamos, querida —dijo la madre afectuosamente, con su voz sonora—. Tenías ocho años cuando viniste por primera vez, y de eso hace cuatro años.

—Hace años para vosotros. Para mí todo es el mismo momento. Hago mi trabajo como una niña de ocho años. Cuando termine el trabajo, Chiquitita se convertirá en Grande en un día. Aquí el tiempo no es como allí. Yo siempre tengo ocho años.

—Lo normal es que crezcan exactamente igual que nosotros aquí —dijo Mailey—. Pero cuando hay algún trabajo para el que se necesita un niño, siguen siendo niños. Es una especie de atrofia del crecimiento.

—Ésa soy yo. «Envoltura reposante»[45] —dijo la voz, orgullosa—. Aprendo buen Inglaterra[46] cuando el hombre grande está aquí.

Todos se echaron a reír. Aquel diálogo no podía ser más simpático e informal. Enid susurró al oído de Malone:

—Pellízcame de vez en cuando, Edward, para asegurarme de que no estoy soñando.

—También tengo que pellizcarme a mí mismo.

—¿Qué hay de tu canción, Chiquitita? —preguntó Bolsover.

—¡Ah, sí, cómo no! Chiquitita va a cantar para vosotros.

Empezó entonces a cantar una sencilla canción, pero, al cabo de un momento, su voz se desvaneció en un chillido y la bocina se estrelló contra la mesa.

—¡Vaya, se ha agotado la energía! —dijo Mailey—. Creo que un poco más de música no nos vendrá mal. *Guíanos, Luz de Bondad*, Smiley.

Entonaron a coro el hermoso himno. Cuando terminaban una estrofa, sucedió algo asombroso; asombroso, por lo menos, para los novicios, pues los miembros del grupo no hicieron ningún comentario.

La bocina todavía relucía sobre la mesa, cuando se oyeron en lo alto dos voces, que aparentemente pertenecían a un hombre y a una mujer, y se unieron en perfecta armonía a la canción. Luego el himno terminó y volvió a reinar el silencio. Se produjo una tensa espera.

El silencio fue interrumpido por una profunda voz masculina surgida de la oscuridad. Hablaba en un inglés culto, bien modulado, con un nivel muy superior al de los buenos de los Bolsover.

—Buenas noches, amigos. Parece que hoy contamos con un buen nivel de energía.

—Buenas noches, Luke. ¡Buenas noches! —gritaron todos—. Es nuestro guía maestro —aclaró Bolsover—. Es un espíritu superior, de la sexta esfera.

Él nos instruye.

—Puede que les parezca superior —dijo la voz—. ¿Pero qué soy yo en comparación con los que me instruyen? La sabiduría no es mía. Yo no tengo ningún mérito. Lo único que hago es transmitirla.

—Siempre es así —dijo Bolsover—. Nunca se jacta de nada. Es señal de su categoría.

—Veo que se encuentran entre ustedes dos investigadores. ¡Buenas noches, señorita! Usted no sabe nada de sus propios poderes ni de su destino. Pero averiguará lo que debe saber. Buenas noches, caballero; usted se halla en el umbral de grandes conocimientos. ¿Hay alguna materia en especial sobre la que les interesaría escuchar algunas palabras? Veo que está tomando notas.

En efecto, Malone había soltado su mano e iba anotando en taquigrafía, a oscuras, todo lo que iba sucediendo.

—¿De qué quieren que hable?

—Del amor y del matrimonio —sugirió la señora Bolsover, dando un codazo a su marido.

—Bien, diré unas palabras sobre el particular. No me extenderé mucho, pues otros esperan. La habitación está llena de espíritus. Espero que comprendan que hay un hombre, y sólo uno, para cada mujer, y solamente una mujer para cada hombre. Cuando ambos se encuentran vuelan juntos y ya serán siempre uno en la cadena infinita de la existencia. Hasta que se encuentran, todas las uniones son meros accidentes insignificantes. Más tarde o más temprano, todas las parejas se completan. Puede que no sea aquí. Puede que sea en la próxima esfera, donde los sexos se encuentran como en la Tierra. O puede tardar más. Pero todo hombre y toda mujer tienen su afín, y lo encontrarán. De los matrimonios de la Tierra quizá sólo sea permanente uno de cada cinco. Los demás son accidentales. El verdadero matrimonio es del alma y del espíritu. El acto sexual es un mero signo externo desprovisto de significado y absurdo, incluso pernicioso, cuando le falta lo que debería simbolizar. ¿Me he explicado con claridad?

—Con mucha claridad —dijo Mailey.

—Algunos tienen un compañero que no les corresponde. Otros no tienen compañero, lo cual es mejor. Pero, tarde o temprano, todos encontrarán el compañero que les corresponde. De eso no cabe duda. No crea que no tendrá necesariamente a su actual marido cuando vaya al otro mundo.

—¡Alabado sea Dios! ¡Gracias, Dios mío! —gritó una voz.

—No, señora Melder. Lo que aquí nos mantiene unidos es el amor, el verdadero amor. Él va por su camino. Usted, por el suyo. Quizá se encuentren

en planos diferentes. Algún día cada uno encontrará el suyo, cuando recuperen su juventud, como ocurrirá aquí.

—Está usted hablando de amor; ¿se refiere al amor sexual? —preguntó Mailey.

—¿Dónde vamos a parar? —murmuró la señora Bolsover.

—Aquí no nacen niños. Eso sólo ocurre en el plano terrestre. El gran maestro se refería a este aspecto del matrimonio cuando dijo: «No habrá matrimonio ni entrega en el matrimonio». ¡No! Es algo más puro, más profundo, más maravilloso; una conjunción de las almas, una fusión absoluta de intereses y conocimiento sin pérdida de la individualidad. Lo más próximo que tienen es la primera gran pasión, demasiado maravillosa para expresarla físicamente cuando dos enamorados de alma digna se conocen en el plano de ustedes. Posteriormente encuentran una expresión más baja, pero su corazón sabrá siempre que la primera unión de las almas, delicada y exquisita, fue la mejor. Así nos ocurre a nosotros. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué ocurre si una mujer ama a dos hombres por igual? —preguntó Malone.

—Eso ocurre raramente. Casi siempre ella sabe cuál de los dos está más cerca de ella en realidad. Si de verdad amara a dos, sería prueba de que ninguno es su afín verdadero, pues éste estará siempre muy por encima de los demás. Naturalmente, si ella…

La voz vaciló y la bocina cayó.

—¡Canten *Los ángeles vuelan a nuestro alrededor*! —gritó Bolsover—. Smiley, toque ese viejo armonio. Las vibraciones están a cero.

Después de la música hubo otro silencio, y, a continuación, se oyó una lúgubre voz. Enid nunca había oído una voz tan triste. Tenía la resonancia que producen las paladas de tierra sobre el ataúd. Al principio parecía un profundo murmullo. Luego se transformó en una oración; una oración latina, al parecer, pues en dos ocasiones se oyó la palabra *Domine,* y en una, la palabra *peccavimus*[47]. Un ambiente indescriptible de tristeza y desolación inundó la habitación.

—Por el amor de Dios, ¿qué es esto? —preguntó Malone.

Los miembros del grupo estaban igualmente perplejos.

—Debe de ser algún pobre tipo de las esferas inferiores, creo yo —dijo Bolsover—. Los ortodoxos dicen que hay que evitarlos. Pero yo creo que debemos apresurarnos a ayudarlos.

—¡Muy bien, Bolsover! —exclamó Mailey de todo corazón—. ¡Vamos a ello, rápido!

—¿Podemos hacer algo por usted, amigo?

Hubo un silencio.

—No sabe. No comprende las condiciones. ¿Dónde está Luke? Él sabrá lo que hay que hacer.

—¿Qué ocurre, amigo? —preguntó la agradable voz del guía.

—Hay un pobre infeliz. Queremos ayudarle.

—¡Ah! Sí, sí, ha venido de la oscuridad exterior —dijo Luke en tono compasivo—. No sabe. No comprende. Vienen aquí con una idea fija, y, cuando descubren que la realidad es muy distinta de lo que les habían enseñado las Iglesias, se sienten desvalidos. Algunos se adaptan y siguen adelante. Otros, no. Éstos vagan sin cambiar, como este hombre. Era un clérigo fanático e intolerante. Ésta es la cosecha de su siembra en la Tierra: sembrada en la ignorancia y recogida en la miseria.

—Pero ¿qué le pasa?

—No sabe que está muerto. Camina en la bruma. Todo es una pesadilla para él. Lleva años así. A él se le antoja una eternidad.

—¿Por qué no le dice…, por qué no le da instrucciones?

—No podemos. Nosotros…

La bocina se estrelló.

—¡Música, Smiley, música! Ahora mejorarán las vibraciones.

—Los espíritus superiores no pueden ponerse en contacto con los que permanecen atados a la Tierra —dijo Mailey—. Se encuentran en zonas de vibraciones muy diferentes. Somos nosotros quienes estamos cerca de ellos y podemos ayudarlos.

—¡Sí, ustedes! ¡Ustedes! —gritó la voz de Luke.

—Señor Mailey, háblele. ¡Usted le conoce!

El bajo murmullo se había vuelto a quebrar hasta transformarse en el mismo sonsonete monótono.

—Amigo, quiero decirle unas palabras —dijo Mailey con voz firme y clara. El murmullo cesó y se notó que la invisible presencia escuchaba con suma atención—. Amigo, sentimos mucho el estado en que se encuentra. Ha fallecido. Nos está viendo y se pregunta por qué nosotros no le vemos. Está en el otro mundo. Pero no lo sabe, porque no es como esperaba. No ha sido recibido como imaginaba, ya que se lo había imaginado de forma errónea. Comprenda que todo está bien, que Dios es bueno y que alcanzará la felicidad si eleva su mente y reza pidiendo ayuda, y sobre todo si piensa menos en su situación y más en la de las pobres almas que le rodean.

Tras un intervalo de silencio, Luke volvió a tomar la palabra.

—Le ha oído. Quiere darle las gracias. Ahora vislumbra levemente su estado. Esa luz irá creciendo en su interior. Quiere saber si puede volver a venir.

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó Bolsover—. Muchos vienen de vez en cuando para contarnos sus progresos. Que Dios le bendiga, amigo. Venga siempre que pueda.

El murmullo cesó y reinó de nuevo la paz. Se oyó entonces la voz aguda de Chiquitita.

—Todavía queda mucha energía. Nube roja está aquí. Enséñenle lo que puede hacer, si papá quiere.

—Nube Roja es nuestro control indio. Normalmente interviene cuando hay que hacer fenómenos puramente físicos. ¿Estás ahí, Nube Roja?

Se oyeron tres fuertes golpes, como un martillo golpeando madera, en la oscuridad.

—¡Buenas noches, Nube Roja!

De lo alto surgió una nueva voz, lenta y entrecortada que hablaba trabajosamente.

—¡Buenos días, jefe! ¿Cómo estar pieles rojas? ¿Cómo estar los inditos? Rostros desconocidos en la tienda esta noche.

—Buscan sabiduría, Nube Roja. ¿Puedes mostrar lo que sabes hacer?

—Yo intentar. Esperar un momento. Hacer lo que pueda.

Se produjo otro largo silencio cargado de expectación. Después los novicios volvieron a experimentar algo milagroso.

Surgió un tenue resplandor en la oscuridad. Parecía una espiral de vapor luminoso. Se desplazó rápidamente de un lado a otro y después trazó un círculo en el aire. Poco a poco se condensó hasta formar un disco circular resplandeciente como del tamaño de una ventana de ojo de buey. No despedía ningún reflejo a su alrededor; era simplemente un círculo cortado limpiamente en las sombras. En una ocasión se acercó al rostro de Enid y Malone lo vio claramente a su lado.

—¡Pero si lo sostiene una mano! —gritó sintiendo un súbito recelo.

—Sí, hay una mano materializada[48] —dijo Mailey—. La veo claramente.

—¿Quiere que le toque, señor Malone?

—Sí, si es posible.

La luz se desvaneció, y al cabo de un momento Malone sintió una presión en una de sus manos. Volvió hacia arriba la palma y sintió claramente el contacto de tres dedos sobre ella. Eran tres dedos cálidos de adulto. Cerró sus propios dedos y tuvo la impresión de que la mano se desvanecía al agarrarla.

—¡Se ha marchado! —exclamó.

—¡Sí! A Nube Roja no se le dan muy bien las materializaciones. Quizá no le proporcionamos el tipo adecuado de energía. Pero sus luces son excelentes.

Surgieron otras. Eran nubes diferentes que se movían lentamente, y pequeños destellos móviles semejantes a luciérnagas. Al mismo tiempo, los dos visitantes sintieron un viento frío en la cara. No era una ilusión, pues Enid notó que el pelo se le alborotaba sobre la frente.

—Están notando ráfagas de viento —dijo Mailey—. Algunas de esas luces parecen lenguas de fuego, ¿verdad? El Pentecostés[49] ya no parece algo tan remoto e imposible, ¿verdad?

La pandereta se había elevado, y gracias a la mancha de pintura luminosa vieron que trazaba círculos en el aire. Al cabo de un momento descendió y fue tocando la cabeza de todos, uno a uno. Luego, con un tintineo, bajó temblando hasta la mesa.

—¿Por qué una pandereta? Parece que siempre se trata de una pandereta —comentó Malone.

—Es un instrumento pequeño muy adecuado —le explicó Mailey—. El único que muestra automáticamente por su ruido por dónde está volando. No se me ocurre ningún otro, a excepción de una caja de música.

—Nuestra caja vuela dando vueltas que es un primor —dijo el señor Bolsover—. No se da cuerda mientras vuela. Y, además, es una caja pesada.

—Pesa nueve libras[50] —dijo Bolsover—. Bueno, parece que hemos llegado al final. No creo que consigamos nada más por esta noche. No ha sido una mala sesión; yo diría que ha sido una sesión normal. Debemos esperar un poco antes de encender la luz. Y bien, Malone, ¿qué le ha parecido? Explíquenos sus reparos antes de marcharnos. ¿Sabe? Eso es lo peor de ustedes, los investigadores. Frecuentemente, se reservan sus dudas, y finalmente quedan sin resolver, cuando lo más fácil es aclararlas en su momento. Con nosotros se muestran muy agradables y educados, pero luego, en sus informes, escriben que somos una pandilla de timadores.

A Malone le dolía la cabeza, y se pasó la mano por la frente.

—Me siento confuso —dijo—, pero impresionado. Oh, sí, ciertamente impresionado. Había leído estas cosas, pero es muy distinto verlas personalmente. Lo que más me influye es la evidente sinceridad y cordura de todos ustedes. Eso está fuera de toda duda.

—Bien. Vamos progresando —dijo Bolsover.

—Estoy tratando de imaginar las objeciones que plantearía alguien que no estuviera presente. Tendré que responder a ellas. En primer lugar, todo esto es

muy extraño. Lo que he visto no se parece en nada a nuestra idea de los espíritus.

—Debemos adaptar nuestras teorías a la realidad —dijo Mailey—. Hasta ahora, lo que hemos hecho ha sido adaptar la realidad a nuestras teorías. Debe recordar que esta noche hemos tratado, con el debido respeto a nuestros amables invitados, con un tipo de espíritu simple, primitivo y terrenal, que cumple una función muy definida, pero que no constituye un tipo representativo. Sería como tomar a un estibador de puerto por el prototipo de inglés.

—También está Luke —dijo Bolsover.

—Sí, naturalmente, él es mucho más elevado. Usted le ha oído y puede juzgar. ¿Alguna otra cosa, Malone?

—¡Sí, la oscuridad! Todo se hace en la oscuridad. ¿Por qué todas las mediaciones deben ir asociadas a la oscuridad?

—Se refiere usted a la mediación física. Ésta es la única rama del espiritismo que requiere oscuridad. Se trata de algo puramente químico, como la oscuridad del cuarto de revelado de los fotógrafos. Preserva la delicada sustancia física emanada del cuerpo humano que constituye la base de estos fenómenos. Con el fin de condensar esta misma sustancia vaporosa y contribuir a su solidificación se utiliza un armario. ¿Me explico con claridad?

—Sí, pero es una pena, de todos modos. Hace que todo tenga un horrible aire de engaño.

—A veces lo hacemos con la luz encendida, señor Malone —dijo Bolsover—. No sé si Chiquitita se habrá marchado ya. ¡Espere un momento! ¿Dónde están las cerillas? —encendió la vela, que hizo parpadear a todos después del largo período de oscuridad—. Ahora veamos qué podemos hacer.

Entre los variados objetos esparcidos sobre la mesa para que sirvieran de juguete a las extrañas fuerzas había una bandeja redonda de madera. Bolsover la miró fijamente. Todos la miraron fijamente. Se habían levantado, pero ninguno estaba a una distancia menor de tres pies[51].

—¡Por favor, Chiquitita, por favor! —gritó el señor Bolsover.

Malone apenas podía creer lo que estaban viendo sus ojos. La bandeja comenzó a moverse. Tembló y después comenzó a golpetear la mesa, del mismo modo que se mueve la tapa de una olla hirviente.

—¡Súbela, Chiquitita!

Todos aplaudían.

Iluminado plenamente por la vela, el círculo de madera se levantó sobre su borde y permaneció así, temblando, como si tratara de mantener el

equilibrio.

—Haz tres reverencias, Chiquitita.

El disco se levantó y se inclinó hacia delante tres veces. Luego volvió a caer sobre su base y permaneció inmóvil.

—Me alegro muchísimo de que lo haya visto —dijo Mailey—. Es la telequinesia[52] en su manifestación más simple y decisiva.

—¡Nunca lo habría creído! —exclamó Enid.

—Ni yo tampoco —dijo Malone—. He ampliado mi conocimiento de lo que es posible. Señor Bolsover, gracias a usted ahora tengo una visión más amplia de las cosas.

—¡Me alegro, señor Malone!

—Sigo ignorando qué fuerza provoca estos fenómenos. En cuanto a los propios fenómenos, en este momento y a partir de ahora, no tengo la menor duda. Sé que son verdaderos. Buenas noches a todos. Ni la señorita Challenger ni yo olvidaremos nunca la velada que hemos pasado bajo su techo.

Cuando salieron a la calle y sintieron el frío y vieron los taxis que volvían llenos del teatro o del cine, les pareció que estaban en otro mundo. Mailey se quedó con ellos mientras llegaba un taxi.

—Sé exactamente cómo se siente —dijo con una sonrisa—. Mira a toda esta gente apresurada y satisfecha de sí misma y le maravilla pensar lo poco que saben de las posibilidades de la vida. ¿No siente el impulso de pararlos? ¿No le gustaría decírselo? Pero ellos sólo pensarían que es usted un mentiroso o un lunático. Es una situación extraña, ¿verdad?

—Por el momento estoy completamente desorientado.

—Mañana por la mañana lo verá todo claro otra vez. Resulta curioso lo fugaces que son estas impresiones. Se convencerán a sí mismos de que han estado soñando. Bueno, adiós; y, si puedo ayudarles en su investigación en el futuro, no dejen de decírmelo.

Los amigos, pues aún no podía llamárseles propiamente enamorados, permanecieron absortos durante el trayecto a casa. Cuando llegaron a Victoria Gardens, Malone acompañó a Enid hasta la puerta del piso, pero no entró con ella. Por algún motivo, los comentarios sarcásticos de Challenger, que normalmente le resultaban simpáticos, le habrían puesto nervioso en aquel momento. Le oyó saludar en el vestíbulo.

—Y bien, Enid, ¿dónde traes el fantasma? Sácalo del bolso y suéltalo en el suelo para que lo veamos.

Su aventura de aquella noche terminó como había empezado, con unas estruendosas carcajadas que le persiguieron hasta el ascensor.

V

En el que nuestros enviados tienen una experiencia extraordinaria

Malone, sentado en la mesa lateral de la sala de fumadores del Club Literario, tenía ante sí las impresiones de Enid sobre la sesión, que, por cierto, eran muy sutiles y minuciosas, y se esforzaba por combinarlas con su propia experiencia. Un grupo de hombres fumaba y charlaba junto a la chimenea. No molestaban al periodista, que, al igual que mucha gente, pensaba que su cerebro y su pluma trabajaban mejor con el estímulo de saber que formaba parte de un mundo atareado. No obstante, al cabo de un momento, alguien que reparó en su presencia llevó la conversación hacia los fenómenos psíquicos, y desde ese momento le resultó más difícil mantenerse al margen. Se recostó en su asiento y escuchó.

Se encontraba allí Polter, el famoso novelista, hombre brillante y de sutil ingenio, que utilizaba en muchas ocasiones para eludir la verdad evidente y defender alguna opinión imposible por el placer del ejercicio dialéctico vacío. En aquel momento acaparaba la atención de un público que le admiraba, pero que no era del todo incondicional.

—La ciencia —decía— está barriendo gradualmente del mundo las telarañas de la superstición. El mundo era como una vieja buhardilla polvorienta, y el sol de la ciencia está penetrando, inundándolo de luz, y el polvo va posándose en el suelo.

—Al hablar de ciencia —dijo alguien maliciosamente—, se estará usted refiriendo, naturalmente, a hombres como sir William Crookes, sir Oliver Lodge, sir William Barrett, Lombroso, Richet[53] y demás.

Polter no estaba acostumbrado a que le contradijeran y, en las escasas ocasiones en que eso ocurría, se volvía desagradable.

—No, caballero, no me refiero a esas ridiculeces —respondió con una mirada llameante—. Ningún nombre, por eminente que sea, puede

considerarse representante de la ciencia cuando pertenece a una minoría insignificante de científicos.

—En ese caso, es un chiflado —dijo Pollifex, el artista, que normalmente ejercía de esbirro de Polter.

Su contrincante en la discusión, un tal Millworthy, periodista independiente, no estaba dispuesto a dejarse silenciar tan fácilmente.

—Entonces, Galileo fue un chiflado en su época —dijo—. Y Harvey[54], otro, porque la gente se reía de la circulación de la sangre.

—Lo que aquí está en juego es la circulación de la *Daily Gazzette* —dijo Marrible, el gracioso del club—. Si son capaces de publicar en sus páginas esas falsas proezas sensacionalistas, no creo que les importe lo más mínimo lo que es verdad y lo que no lo es.

—Lo que yo no comprendo es que se hable de esas cosas fuera de las comisarías —dijo Polter—. Es un despilfarro de energía; una perversión del pensamiento humano que conduce a un callejón sin salida. Todavía quedan muchas cosas obvias y materiales por examinar. Prosigamos con esta tarea.

En el grupo se encontraba también Atkinson, el cirujano, que escuchaba sin decir nada. Pero entonces habló:

—Yo creo que los intelectuales deberían dedicar más tiempo al estudio de las cuestiones psíquicas.

—Menos —respondió Polter.

—Imposible menos que nada. No le prestan la menor atención. Hace algún tiempo, quise presentar una serie de casos de comunicación telepática en la Royal Society[55]. Mi colega Wilson, el zoólogo, también quería leer una ponencia. Presentamos nuestras propuestas al mismo tiempo. La suya fue aceptada y la mía no. El título de su ponencia era: *El aparato reproductor del escarabajo pelotero*.

Hubo una risotada general.

—Pues a mí me parece muy bien —dijo Polter—. El humilde escarabajo pelotero es, por lo menos, un hecho, cosa que no se puede afirmar de los fenómenos psíquicos.

—Sin duda sus opiniones estarán bien fundadas —dijo el malicioso de Millworthy, joven apacible de modales aterciopelados y voz cantarina—. Yo no tengo tiempo de leer cosas serias, así que me gustaría que me dijera cuál de los tres libros del doctor Crawford considera usted el mejor.

—Nunca he oído hablar de ese hombre.

Millworthy hizo como si se sorprendiera infinitamente.

—¡Cielo santo, caballero! Pero si él es la autoridad. Si lo que usted quiere son auténticos experimentos de laboratorio, ésos son los libros que le interesan, pues de lo contrario, hablar del asunto sería como explicar la ley de la zoología y confesar que nunca ha oído hablar de Darwin[56].

—Pero eso no es una ciencia —dijo Polter recalcando las palabras.

—Lo que carece de cualquier fundamento científico —replicó Atkinson, un poco acalorado— es establecer una ley sobre cuestiones que no ha estudiado. Es esa dialéctica la que me ha llevado a acercarme al espiritismo, máxime si comparo la ignorancia dogmática con la seria búsqueda de la verdad que llevan a cabo los grandes espiritistas. Muchos de ellos trabajaron durante veinte años para establecer sus conclusiones.

—Pero sus conclusiones no son válidas porque defienden una opinión preconcebida.

—Olvida que libraron una larga batalla antes de definir esa opinión. Conozco a unos cuantos, y todos ellos tardaron mucho en convencerse.

Polter se encogió de hombros.

—Bueno, pueden quedarse con sus fantasmas si eso les hace más felices, pero yo seguiré con los pies bien plantados en la tierra.

—O hundidos en el lodo —dijo Atkinson.

—Prefiero quedarme en el lodo con la gente cuerda a volar por los aires con una bandada de lunáticos —dijo Polter—. Conozco a varios espiritistas y creo que se dividen en dos categorías: estúpidos y picaros.

Malone, que al principio escuchaba con interés, empezó a sentirse cada vez más indignado. De pronto se inflamó.

—Mire, Polter —dijo, mientras giraba su silla hacia el grupo—, son los estúpidos y los necios como usted quienes entorpecen el progreso del mundo. Reconoce que no ha leído nada sobre esta materia, y me imagino que tampoco ha visto nada, pero, no obstante, se sirve de la posición y del nombre que se ha ganado en otros campos para desacreditar a una serie de personas que, independientemente de sus ideas, se caracterizan por su sinceridad y su clarividencia.

—¡Vaya! —exclamó Polter—. No tenía noticias de que hubiera llegado usted a tanto. No se atreve a decirlo así en sus artículos. Entonces, usted también es espiritista. Eso desautoriza un tanto sus opiniones, ¿no le parece?

—Yo no soy espiritista, sino un investigador de verdad, algo que usted no ha sido nunca. Usted los llama picaros y estúpidos; pues bien, pese a que los conozco poco, estoy seguro de que hay entre ellos hombres y mujeres de tal categoría que usted no les llega ni a la suela de los zapatos.

—¡Vamos, Malone! —gritaron mía o dos voces.

Polter, el insultado, se puso en pie.

—Los hombres como usted son los responsables de que este club se quede vacío —gritó mientras salía—. No pienso volver por aquí para que me insulten.

—¡Caramba, Malone, lo ha conseguido!

—He tenido la tentación de ayudarle con un puntapié. ¿Qué derecho tiene a tratar sin miramientos los sentimientos y las creencias de los demás? Por el hecho de que él haya tenido éxito y la mayoría de nosotros no, piensa que nos hace un favor con su presencia.

—¡Amigo irlandés! —dijo Atkinson, dándole unas palmaditas en el hombro—. ¡Descanse, espíritu perturbado, descanse! Quería hablar un momento con usted. La verdad es que estaba esperando aquí porque no quería interrumpirle.

—¡Ya he tenido suficientes interrupciones! —gritó Malone—. ¿Cómo iba a trabajar oyendo los rebuznos de ese maldito burro?

—Está bien, sólo quería decirle una cosa. Tengo una sesión con Linden, el famosos médium del que le hablé, en el Colegio Psíquico, esta tarde. Me sobra una entrada. ¿Le apetece venir?

—¿Que si quiero ir? ¡Naturalmente!

—Tengo otra entrada. Se la habría ofrecido a Polter si no se hubiese puesto tan grosero. A Linden no le importan los escépticos, pero le molestan los que van a mofarse. ¿A quién puedo dársela?

—Puede venir la señorita Enid Challenger. Ya sabe que trabajamos juntos.

—Sí, naturalmente. ¿La avisará usted?

—Desde luego.

—Es esta tarde, a las siete en punto. En el Colegio Psíquico, en Holland Park.

—Sí, tengo la dirección. Muy bien, allí estaremos la señorita Challenger y yo sin falta.

Una vez más, nuestra pareja se dispuso a afrontar una nueva aventura psíquica. Recogieron a Atkinson en Eimpole Street y después recorrieron la larga y concurrida carretera de circunvalación que va de Oxford Street y Bayswater hasta Notting Hill y las majestuosas mansiones victorianas de Holland Park. Delante de una de ellas se detuvo el taxi; se trataba de un edificio grande e imponente un poco retirado de la carretera. Los recibió una atildada doncella. La lámpara coloreada del vestíbulo arrojaba una luz suave

sobre el linóleo reluciente y las maderas enceradas, y arrancaba destellos de las estatuas de mármol blanco del rincón. Con su intuición femenina, Enid notó enseguida que se trataba de un establecimiento bien dirigido y equipado, gestionado por un director eficiente. Dicho director resultó ser una encantadora dama escocesa que los recibió en el vestíbulo y saludó al señor Atkinson como a un viejo amigo. Ella, a su vez, fue presentada a los periodistas como la señora Ogilvy. Malone ya estaba enterado de que ella y su marido eran fundadores y directores, con gran esfuerzo financiero y de trabajo, de aquel destacado instituto, que constituía el centro de los experimentos psíquicos en Londres.

—Linden y su esposa ya han subido —dijo la señora Ogilvy—. Él dice que las condiciones son favorables. Los demás están en el salón. ¿Quieren charlar con ellos unos minutos?

Se había reunido un número considerable de personas para asistir a la sesión; entre ellos, viejos estudiosos psíquicos con cierto interés; otros, principiantes que miraban a su alrededor con ojos asombrados, preguntándose qué iba a ocurrir a continuación. Un hombre alto que estaba de pie junto a la puerta se volvió, y ante ellos apareció la barba de león y el rostro cordial de Algernon Mailey. Enseguida estrechó la mano a los recién llegados.

—¿En busca de una nueva experiencia, señor Malone? Su relato de la última me pareció muy imparcial. Es usted aún un neófito, pero ya ha cruzado las puertas del templo. ¿Está usted asustada, señorita Challenger?

—Cómo podría estarlo sabiendo que está usted aquí.

Él se echó a reír.

—Ciertamente una sesión de materialización es un poco distinta de las demás; podría decirse que más impresionante. Le resultará muy instructiva, Malone, pues atañe a la fotografía psíquica y a otras cuestiones. A propósito, debería intentar sacar una foto psíquica. El famoso Hope trabaja arriba.

—Siempre he pensado que eso sí que es un fraude.

—Todo lo contrario; yo diría que es el fenómeno mejor demostrado, el que facilita pruebas más duraderas. Yo he estado más de diez veces en sesiones con todas las garantías posibles de autenticidad. El verdadero problema no es que se preste al fraude, sino que puede ser explotado por parte del periodismo rastrero que sólo se ocupa de los sucesos sensacionales. ¿Conocen a alguno de los asistentes?

—No, no conocemos a nadie.

—Esa dama alta y bien parecida es la duquesa de Rossland. También han venido lord y lady Montnoir, la pareja de mediana edad que está cerca de la

chimenea. Son personas honestas y buenas, de los pocos miembros aristócratas que han mostrado seriedad y coraje moral en esa cuestión. La dama que no para de hablar es la señorita Badley, que vive para las sesiones. Es una frecuentadora de salones de moda, hastiada, a la búsqueda de nuevas sensaciones: siempre visible, siempre audible, siempre vacía. No conozco a los dos caballeros. He oído a alguien comentar que eran investigadores de la universidad. El caballero corpulento que está junto a la dama de negro es sir James Smith; han perdido a dos hijos en la guerra. Ese hombre alto y moreno es un tipo extravagante llamado Barclay, que, según tengo entendido, vive en una habitación y raramente sale si no es para asistir a una sesión.

—¿Y el hombre de las gafas de concha?

—Es un imbécil pomposo llamado Weatherby; de esos que rondan los oscuros límites de la masonería[57] y hablan con susurros y respeto de misterios en los que no hay ningún misterio. Para él, el espiritismo, con sus misterios completamente reales e imponentes, es algo vulgar, porque aporta consuelo a la gente común. Por el contrario, prefiere leer ensayos sobre los cultos paladianos, ritos escoceses antiguos y aceptados, y figuras bafométicas. Eliphas Levi es su profeta.

—Parece muy erudito —dijo Enid.

—O muy absurdo. Pero ¡hola! Ahí llegan unos amigos comunes. Acababa de entrar el matrimonio Bolsover, con su aire acalorado, desaliñado y afable. El espiritismo es el mejor igualador de clases; la limpiadora con poderes psíquicos es superior al millonario que carece de ellos. Los Bolsover y los aristócratas no tardaron en confraternizar. Precisamente cuando la duquesa acababa de pedir que la admitieran en el grupo del tendero, entró la señora Ogilvy.

—Creo que ya estamos todos —dijo—. Ha llegado el momento de subir.

La sala en la que se celebraban las sesiones era un aposento amplio y confortable, situado en el primer piso, amueblado con varias butacas dispuestas en círculo y un diván con dosel que hacía las veces de cabina. Allí esperaban el médium y su mujer. El señor Linden era un hombre de aspecto apacible, facciones grandes, constitución robusta, ancho pecho, sin barba, cuyos ojos azules tenían una expresión soñadora, y el pelo, muy rubio y rizado, abultado en la coronilla. Parecía de mediana edad. Su mujer, bastante más joven, tenía la expresión vivaz y lastimera del ama de casa cansada; su mirada rápida y crítica se dulcificaba hasta la adoración cuando se posaba en su marido. Su función consistía en explicar lo que ocurría y proteger los intereses de su marido cuando estaba inconsciente.

—Que los asistentes ocupen sus lugares, por favor —dijo el médium—. Es preferible que alternen los sexos, si son ustedes tan amables. No crucen las piernas, para no interrumpir la corriente. Si se produce una materialización, no traten de tocarla, pues podrían hacerme daño.

Los dos sabuesos de la Sociedad de Investigación cruzaron una mirada de complicidad. Mailey se dio cuenta.

—Tiene usted razón —dijo—. He visto dos casos de hemorragia peligrosa en el médium producida por esa misma causa.

—¿Por qué? —preguntó Malone.

—Porque el ectoplasma empleado se extrae del médium. Retrocede sobre él como una banda elástica que se estira y se suelta. Cuando atraviesa la piel produce magulladuras. Cuando sale por la membrana mucosa, provoca hemorragias.

—Y cuando no sale de ninguna parte, no pasa nada —dijo el investigador con una sonrisa.

—Explicaré el procedimiento en pocas palabras —dijo la señora Ogilvy cuando todos estuvieron sentados—. El señor Linden no entra en ningún momento en la cabina. Se sienta fuera, y, como se le distingue con la luz roja, verán con sus propios ojos que no deja su asiento. La señora Linden se sienta al otro lado. Permanece allí para regular y explicar. Antes de empezar, queremos que examinen la cabina. También rogamos que uno de ustedes cierre la puerta por dentro y se responsabilice de la llave.

La cabina no era más que una especie de carpa hecha con colgaduras, separada de la pared y colocada sobre una plataforma maciza. Los investigadores revolvieron el interior, buscando, y pisaron con fuerza en las tablas. Todo parecía resistente.

—¿Para qué sirve? —le preguntó Malone a Mailey en un susurro.

—Hace las veces de depósito y de lugar de condensación del vapor ectoplásmico del médium, que, si no, se dispersaría por la habitación.

—Es bien sabido que también puede servir para otros fines —comentó uno de los investigadores, que estaba escuchando la conversación.

—Cierto —respondió Mailey filosóficamente—. Yo soy partidario de obrar con cautela y de supervisarlo todo.

—En cualquier caso, en esta ocasión parece a prueba de trampas, pues el médium se sienta fuera.

Los dos investigadores estaban de acuerdo en ese extremo.

El médium y su esposa se sentaron a ambos lados de la cabina. Se apagó la luz; una lamparilla roja situada cerca del techo permitía distinguir

claramente los las siluetas. A medida que los ojos se acostumbraban, se distinguían algunos detalles.

—El señor Linden comenzará con unas lecturas de clarividencia —anunció la señora Linden.

Al verla así sentada, junto a la cabina, con las manos sobre el regazo, con aire de propietaria, Enid se sonrió, pensando en la señora Jarley y su museo de cera.

Linden, que no estaba en trance, empezó con la clarividencia. No fue muy buena. Quizá, la mezcla de influencias del alto número de asistentes de todo tipo, tan cercanos, resultaba demasiado perturbadora. Esa excusa adujo cuando nadie reconoció algunas de sus descripciones. Pero a Malone le impresionaron más las que sí se reconocieron, porque era evidente que se atribuían al médium palabras que no había dicho. Eran desvaríos de los asistentes de los que no tenía la culpa el médium, pero, en cualquier caso, resultaba desconcertante.

—Veo a un hombre joven de ojos marrones y largos bigotes.

—¡Oh, cariño, cariño! ¡Has vuelto! —exclamó la señorita Badley—. Diga, ¿trae algún mensaje?

—Envía su amor y dice que no olvida.

—¡Oh, es una prueba! ¡Es exactamente lo que habría dicho mi querido muchacho! Fue mi primer amante —agregó dirigiendo una sonrisa afectada a los que la rodeaban—. Nunca deja de venir. El señor Linden lo ha traído muchas veces.

—Un joven vestido de caqui está tomando forma a la izquierda. Veo un símbolo sobre su cabeza. Podría ser una cruz griega.

—¡Jim…, tiene que ser Jim! —gritó lady Smith.

—Sí. Está asintiendo con la cabeza.

—Y la cruz griega es probablemente una hélice —dijo sir James—. Estaba en las fuerzas aéreas.

Malone y Enid estaban sobresaltados. Mailey también se sentía inquieto.

—Esto no es bueno —le susurró a Enid—. ¡Espere un momento! Verá cosas mejores.

Se produjeron varios reconocimientos válidos y, a continuación, le dieron a Malone la descripción de alguien que se parecía a Summerlee. Pero él, prudentemente, lo descartó, pues cabía la posibilidad de que Linden hubiera asistido a la otra sesión. La demostración de la señora Debbs le había parecido mucho más convincente que la de Linden.

—¡Espere un momento! —repitió Mailey.

—Ahora, el médium tratará de obtener materializaciones —dijo la señora Linden—. Si aparecen las figuras, les ruego que no las toquen, a menos que se solicite expresamente. Victor les dirá si pueden tocarlas. Victor es el control del médium.

El médium se había acomodado en su silla y empezó a realizar profundas y prolongadas inspiraciones y a expeler después el aire con un silbido por entre los labios. Finalmente se tranquilizó y pareció sumirse en un profundo coma, con la barbilla hundida en el pecho. De repente habló, pero parecía que su voz estaba mejor modulada y era más refinada que antes.

—¡Buenas noches a todos! —dijo la voz.

Hubo un murmullo general:

—Buenas noches, Victor.

—Me temo que las vibraciones no son demasiado armoniosas. El elemento escéptico está presente, pero creo que no es predominante, de modo que cabe esperar resultados. Martin Pie Ligero está haciendo lo que puede.

—Es el control indio —susurró Mailey.

—Creo que convendría que pusieran el gramófono. Siempre es mejor un himno, pero no existen inconvenientes reales si la música es seglar. Ponga lo que considere mejor, señora Ogilvy.

Se oyó el chasquido de una aguja que todavía no había encontrado los surcos. A continuación resonó *Guíanos, Luz de Bondad*. El público comenzó a cantar en voz baja. A continuación, la señora Ogilvy lo cambió por *Oh, Dios, nuestro auxilio en los tiempos pasados*.

—A menudo, ellos mismos cambian los discos —dijo la señora Ogilvy—, pero esta noche no hay energía suficiente.

—Oh, sí —dijo la voz—. Hay energía suficiente, señora Ogilvy, pero queremos conservarla para las materializaciones. Martin dice que se están formando muy bien.

En aquel momento, la cortina de la parte delantera de la cabina armario empezó a agitarse y se abombó como si detrás hubiera una fuerte corriente de aire. Al mismo tiempo, todos los que estaban en el círculo sintieron una brisa, unida a una sensación de frío.

—Tengo frío —susurró Enid, estremeciéndose.

—No es un sentimiento subjetivo —respondió Mailey—. El señor Harry Price lo ha comprobado con lecturas termométricas. Y también el profesor Crawford.

—¡Dios mío! —gritó una voz sobresaltada.

Era la del pomposo aficionado a los misterios, que se encontraba de pronto ante un misterio real. Las cortinas de la cabina se habían abierto y acababa de salir una figura humana deslizándose sin ruido. A un lado se perfilaba claramente la silueta del médium. Al otro estaba la señora Linden, que se había puesto en pie. Y entre ambos, la pequeña figura negra y vacilante, que parecía aterrorizada ante su propia situación. La señora Linden la tranquilizó con palabras alentadoras.

—No te alarmes, querida. No pasa nada. Nadie te hará daño.

—Es alguien que no ha traspasado nunca la frontera —explicó a los presentes—. Como es natural, le resulta muy extraño. Tan extraño como a nosotros nos parecería si nos viéramos de pronto trasladados a su mundo. Muy bien, querida. Veo que estás ganando fuerza. ¡Bien hecho!

La figura avanzó. Todos tenían los ojos clavados en ella, embelesados. La señorita Badley prorrumpió en carcajadas histéricas. Ni Malone ni Enid sentían ningún miedo, pero les consumía la curiosidad. Resultaba maravilloso percibir el fluir ordinario de la vida en la calle y encontrarse frente a semejante imagen.

La figura se movió lentamente hasta situarse cerca de Enid, entre la luz roja y ella. Inclinándose, pudo distinguir su silueta. Pertenecía a una mujer menuda, anciana, de facciones angulosas y bien definidas.

—¡Es Susan! —gritó la señora Bolsover—. Oh, Susan, ¿no me reconoces?

La figura se volvió y asintió.

—Sí, sí, querida, es tu hermana Susie —exclamó su marido—. Siempre iba vestida de negro. ¡Susan, háblanos!

Hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Normalmente no hablan la primera vez que vienen —dijo la señora Linden, cuyo aire aburrido y grave contrastaba con la emocionada reacción del grupo—. Me temo que no podrá mantenerse en estado sólido mucho tiempo. ¡Miren! ¡Se ha marchado!

La figura había desaparecido. Se produjo un movimiento de retroceso hacia el armario, pero a los observadores les pareció verla hundirse en el suelo antes de llegar. En cualquier caso, ya no estaba.

—¡Gramófono, por favor! —dijo la señora Linden.

Los asistentes se relajaron y se recostaron en sus asientos con un suspiro. En el gramófono sonó una melodía animada. De pronto las cortinas se abrieron y apareció una segunda figura.

Era una muchacha joven con el pelo suelto sobre la espalda. Avanzó rápidamente y con total seguridad hasta el centro del círculo.

La señora Linden se echó a reír con aire satisfecho.

—Ahora verán algo bueno —dijo—. Es Lucille.

—¡Buenas noches, Lucille! —gritó la duquesa—. Nos conocimos el mes pasado, como recordarás, cuando tu médium estuvo en Maltraver Towers.

—Sí, sí, señora, la recuerdo. Tiene usted un hijo pequeño, Tommy, en nuestro lado de la vida. ¡No, no, no está muerto, señora! Nosotros estamos mucho más vivos que ustedes. ¡Todos los alegres y los traviesos están con nosotros!

Hablaba con una voz alta y clara, con un domino perfecto del idioma.

—¿Les enseño lo que hacemos aquí? —dijo iniciando un gracioso baile, deslizándose mientras silbaba melodiosamente, como un pájaro—. La pobre Susan no ha podido hacer esto. Susan no tiene práctica. Lucille sabe utilizar un cuerpo constituido.

—¿Me recuerdas, Lucille? —preguntó Mailey.

—Le recuerdo, señor Mailey. Hombre grande con barba amarilla.

Por segunda vez en su vida, Enid tuvo que pellizcarse para demostrarse que no estaba soñando. ¿Era aquella criatura llena de gracia, que acababa de sentarse en el centro del círculo, una verdadera materialización de ectoplasma, utilizada en aquel momento como objeto de expresión por un alma fallecida? ¿O se trataba de una ilusión de los sentidos, o quizá de un truco? Cabían las tres posibilidades. Era absurdo pensar que podía ser una ilusión, pues todos la percibían de la misma manera. ¿Sería un truco? Pero, con toda certeza, aquélla no era la mujer menuda y vieja. Era mucho más alta y rubia, no morena. Y la cabina no tenía truco. Lo habían examinado meticulosamente. Entonces era cierto. Sin embargo, de ser cierto, veía ante sí una infinidad de posibilidades nuevas. ¡Era, con diferencia, el acontecimiento más grandioso del mundo!

Entre tanto, Lucille se comportaba con tanta naturalidad, y la situación era tan normal, que hasta los más nerviosos se relajaron. La muchacha contestaba alegremente a las preguntas que le llovían de todos lados.

—¿Dónde vivías, Lucille?

—Quizá sea mejor que conteste yo a esa pregunta —intervino la señora Linden—. Ahorraremos energía. Lucille se educó en Dakota del Sur, en Estados Unidos, y falleció a la edad de catorce años. Hemos verificado algunas de sus declaraciones.

—¿Te alegras de haber muerto, Lucille?

—Me alegro por mí. Pero lo siento por mi madre.

—¿Te ha vuelto a ver tu madre desde entonces?

—La pobre mamá es una caja cerrada. Lucille no puede abrir la tapa.

—¿Eres feliz?

—Oh, sí, enormemente feliz.

—¿Está bien que hayas vuelto?

—¿Lo permitiría Dios si no estuviera bien? ¡Tienes que ser un hombre muy perverso para preguntar eso!

—¿Cuál es tu religión?

—Éramos católicos.

—¿Es ésa la verdadera religión?

—Todas las religiones son buenas si consiguen que te sientas mejor.

—Entonces no tiene importancia.

—Lo que importa es lo que la gente hace en su vida diaria, no sus creencias.

—Dinos más cosas, Lucille.

—Lucille tiene poco tiempo. Hay otros que quieren venir. Si Lucille emplea demasiada energía, los demás tendrán menos. ¡Oh, Dios es bueno y bondadoso! Vosotros, pobre gente que vivís en la Tierra, no sabéis lo bueno y lo bondadoso que es porque aquí abajo todo está gris. Pero está gris por vuestro propio bien. Es para daros la oportunidad de ganar todas las cosas hermosas que os esperan. Pero solamente sabréis lo maravilloso que es cuando lleguéis aquí.

—¿Tú lo has visto?

—¡Verlo! ¿Cómo se va a poder ver a Dios? No, no. Él está a nuestro alrededor y en nosotros, y en todas las cosas, pero nosotros no le vemos. Pero he visto a Cristo. ¡Oh, Él era glorioso, glorioso! ¡Y ahora, adiós, adiós!

Retrocedió a la cabina y se hundió en las sombras.

Lo que sucedió a continuación fue una tremenda experiencia para Malone. Una figura pequeña, morena, bastante ancha, de mujer, salió despacio de la cabina. La señora Linden la animó y después se acercó al periodista.

—Es para usted. Puede romper el círculo. ¡Acérquese a ella!

Malone avanzó y contempló, sobrecogido, el rostro de la aparición. Se encontraban a unos pocos centímetros de distancia. ¡Sin duda, aquella cabeza grande y la silueta sólida y cuadrada le resultaban familiares! Acercó un poco más el rostro; casi la rozaba. Forzó la vista. Le parecía que las facciones eran semifluidas, que adoptaban formas, como si una mano invisible las estuviera modelando en una sustancia blanda.



—¡Madre! —gritó—. ¡Madre!

En aquel mismo instante, la figura tendió ambas manos en un gesto frenético de alegría. Al parecer, el movimiento rompió su equilibrio y desapareció.

—Es la primera vez que viene. No podía hablar —dijo la señora Linden, con su habitual gravedad—. Era su madre.

Malone regresó a su asiento aturdido. Una cosa así sólo puede comprenderse con toda su fuerza cuando le ocurre a uno personalmente. ¡Su madre! Después de diez años en la tumba, la había visto de pie frente a él. ¿Podría jurar que era su madre? No, no podía. Y, sin embargo, tenía la certeza moral. Estaba conmocionado en lo más profundo.

Pero otras maravillas vinieron a desviar sus pensamientos. Un joven había salido velozmente de la cabina y se había plantado frente a Mailey.

—¡Hola, Jock! ¡Querido Jock! —dijo Mailey—. Es mi sobrino —explicó a los demás—. Siempre viene cuando estoy con Linden.

—La fuerza está disminuyendo —dijo el joven, con voz clara—. No puedo quedarme mucho tiempo. Me alegro de verte, tío. Nosotros vemos claramente con esta luz, aunque vosotros no.

—Sí, ya lo sé. Caramba, Jock. Quería contarte que le dije a tu madre que te había visto, y ella me respondió que la Iglesia le enseña que eso estaba mal.

—Lo sé. Y que yo era un demonio. ¡Son tonterías, tonterías, tonterías, y las tonterías caerán!

Su voz se quebró en un sollozo.

—La culpa no es de ella, Jock; es lo que cree.

—¡No, no, no la culpo a ella! Algún día se dará cuenta de que es la verdad. Se acerca el día en que toda la verdad se hará manifiesta y todas las Iglesias corrompidas serán barridas de la faz de la Tierra con sus crueles doctrinas y sus caricaturas de Dios.

—¡Pero, Jock, te estás volviendo un hereje!

—¡El amor, tío! ¡El amor! Eso es lo único que cuenta. ¿Qué importancia tienen las creencias si se es dulce, bondadoso y desinteresado como Cristo lo fue?

—¿Has visto a Cristo? —preguntó alguien.

—Todavía no. Quizá llegue el momento.

—Entonces, ¿no estás en el cielo?

—Hay muchos cielos. Yo estoy en uno muy humilde. Pero, de todos modos, es glorioso.

Mientras dialogaban, Enid había adelantado la cabeza. Sus ojos se habían acostumbrado a la luz y ahora veía con más claridad que antes. El hombre que se encontraba a unos pocos metros de ella no era humano. De eso no le cabía ninguna duda y, sin embargo, los detalles eran muy sutiles. Algo tenía su extraño color amarillo blanquecino que contrastaba con los rostros de los que le rodeaban. Algo, también, tenía la curiosa rigidez de su porte, como si llevara un corsé.

—Y ahora, Jock —dijo Mailey—, dirige unas palabras al grupo. Cuéntales algo de tu vida.

—Oh, tío, no me es posible.

—Vamos, Jock, nos encanta escucharte.

—Enseña al rebaño qué es la muerte —comenzó a decir la figura—. Dios quiere que lo sepan. Por eso nos deja regresar. No es nada. El cambio es el mismo que se produce al entrar en una habitación contigua. Es difícil creer que uno está muerto. Yo no me lo creía. No lo supe hasta que vi al viejo Sam, a quien conocía, pues estaba seguro de que él había muerto. Luego volví con mi madre. Y —su voz se quebró— no quiso recibirme.

—No importa, querido Jock —dijo Mailey—. Entrará en razón.

—¡Enséñales la verdad! ¡Enséñasela! Oh, es mucho más importante que todas las cosas de las que hablan los hombres. Si durante una semana los periódicos concedieran a los fenómenos psíquicos la misma atención que prestan al fútbol, todos lo sabrían. Es la ignorancia lo que impide…

Los observadores advirtieron una especie de ráfaga de luz que se dirigía a la cabina, y el joven desapareció.

—Se ha terminado la energía —dijo Mailey—. Pobre muchacho; ha aguantado hasta el final. Siempre fue así. Así murió.

Se produjo una larga pausa. El gramófono volvió a sonar. Después, las cortinas se movieron y salió algo. La señora Linden se puso en pie de un salto e hizo retroceder a la figura con un ademán. Por primera vez, el médium se removió en su asiento y gimió.

—¿Qué sucede, señora Linden?

—Estaba a medio formar —respondió—. La parte inferior de su rostro no se había materializado. Algunos podrían haberse asustado. Creo que no tendremos nada más esta noche. La fuerza ha disminuido mucho.

Y así fue, en efecto. Poco a poco fueron encendiéndose luces. El médium quedó postrado en su asiento, muy pálido, con la frente bañada en sudor, mientras su mujer le atendía con diligencia, le desabrochaba el cuello de la camisa y le mojaba la cara con un vaso de agua. El público se dividió en pequeños grupos para charlar sobre lo que habían presenciado.

—Ha sido emocionante, ¿verdad? —exclamó la señorita Badley—. Muy apasionante. Es una lástima que no hayamos podido ver al que venía con la cara semimaterializada.

—Muchas gracias, pero yo ya he visto suficiente —dijo el místico pomposo, cuya afectación se había esfumado sin dejar rastro—. Confieso que ha sido demasiado para mis nervios.

El señor Atkinson se unió a los investigadores psíquicos.

—Bueno, ¿qué les ha parecido? —les preguntó.

—Lo he visto mejor hecho en Maskelyne's[58] Hall —dijo uno.

—¡Vamos, Scott! —dijo el otro—. No tienes derecho a decir eso. Tú mismo has reconocido que la cabina no tenía truco.

—Tampoco tienen truco los grupos que salen al escenario en Maskelyne's.

—Sí, pero Maskelyne es el dueño del escenario. Y éste no es el escenario de Linden. No tiene ninguna máquina.

—*Populus vult decipi*[59] —respondió el otro, encogiéndose de hombros —. Prefiero reservarme la opinión.

Se alejó de allí con la dignidad de quien no se deja engañar, mientras su compañero, más racional, seguía discutiendo con él mientras se marchaban.

—¿Ha oído eso? —dijo Atkinson—. Ciertos investigadores psíquicos son absolutamente incapaces de asimilar las pruebas. Malgastan su inteligencia buscando la manera de desviarse cuando el camino está claramente trazado

ante ellos. Cuando el género humano evolucione y alcance su nuevo reino, estos intelectuales constituirán la retaguardia absoluta.

—No, no —dijo Mailey, echándose a reír—. Son los obispos los destinados a estar en la retaguardia. Los veo marcando el paso, como un solo cuerpo, con sus polainas y sus sotanas; los últimos en alcanzar la verdad espiritual en el mundo entero.

—Vamos —dijo Enid—, no hay que caer en la intolerancia. Todos son buenas personas.

—Claro que lo son. Es una cuestión que tiene bastante que ver con la fisiología. Son un grupo hombres viejos, y el cerebro viejo tiene esclerosis y no puede registrar las impresiones nuevas. No es culpa suya, pero el hecho está ahí. Está muy callado, Malone.

Malone estaba pensando en una figura pequeña, regordeta y oscura que había agitado las manos alborozada cuando él le habló. Con esa imagen en la mente, abandonó aquel salón de los milagros y salió a la calle.

VI

En el que se dan a conocer al lector los hábitos de un notorio criminal

Dejaremos por el momento al reducido grupo con el que hemos realizado nuestra primera exploración de estas brumosas e indefinidas, y a la vez inmensamente importantes, regiones y experiencias del pensamiento humano. De los investigadores pasaremos a los investigados. Vengan conmigo; visitaremos al señor Linden en su propia casa y examinaremos las luces y las sombras que dan forma a la vida de un médium profesional.

Para llegar hasta él hemos de atravesar la concurrida vía pública de Tottenham Court Road, flanqueada por las grandes tiendas de muebles, y nos adentraremos por una callecita de casas iguales que conduce, en dirección Este, al Museo Británico[60]. Tullis Street es el nombre de la calle, y 40, su número. Hela aquí, una de las vulgares casas de la hilera, de fachada plana y pintura deslustrada, con unos peldaños flanqueados por una barandilla que conducen a una puerta descolorida. Junto al ventanal, una gran Biblia de cantos dorados colocada sobre una mesita redonda reconforta al visitante tímido. Con la llave maestra de la imaginación abrimos la deslucida puerta, recorremos el oscuro pasillo y subimos por una estrecha escalera. Son casi las diez de la mañana y, sin embargo, hemos de buscar al famoso obrador de milagros en la cama. Ello es debido a que, como acabamos de ver, la noche anterior ha celebrado una agotadora sesión y tiene que reponer fuerzas por la mañana.

En el momento de nuestra inoportuna pero invisible visita se encontraba sentado en la cama, recostado en unos almohadones y con la bandeja del desayuno sobre las rodillas. Su aspecto habría despertado la hilaridad de quienes rezaban con él en los humildes templos espiritistas o se sentaban con temor reverencial en alguna de las sesiones donde él había mostrado las modernas manifestaciones de los dones del Espíritu. La débil luz del día descubría su palidez enfermiza, y su mata de cabello rizado caía, despeinada,

sobre su ancha frente de intelectual. El escote abierto de su camisa de noche revelaba un cuello ancho de toro, y la capacidad de su tórax y la anchura de sus hombros demostraban que se trataba de un hombre de considerable fuerza física. Comía su desayuno con avidez mientras conversaba con su esposa, una mujer menuda y vivaz de ojos negros que estaba sentada a un lado de la cama.



—Entonces, ¿te pareció una buena reunión, Mary?

—Medianamente buena, Tom. Había dos de esos investigadores pateando y molestado a todo el mundo. ¿Tú crees que la gente de la Biblia habría presenciado algún fenómeno de haber tenido en el local a gente de ese tipo? «Con una misma voluntad», dicen las Escrituras.

—¡Naturalmente! —exclamó Linden con entusiasmo—. ¿La duquesa quedó complacida?

—Sí, creo que fue de su agrado. También estaba el señor Atkinson, el cirujano. Había un periodista nuevo que se llama Malone. Lord y lady Montnoir recibieron testimonios, así como sir James Smith y el señor Mailey.

—Yo no quedé satisfecho con la clarividencia —dijo el médium—. Esos estúpidos no hacían más que distraerme. «Seguro que ése es mi tío Sam», y otras tonterías. Me confunde tanto que no veo nada claro.

—¡Y lo peor es que creen que están ayudando! Lo único que consiguen es aturdirte a ti y engañarse a sí mismos. Conozco el problema.

—Pero entré bien en trance y, afortunadamente, se produjeron algunas materializaciones buenas. Sin embargo, fue extenuante. Esta mañana estoy agotado.

—Te hacen trabajar muy duro, querido. Quiero que vayamos a Margate**[61]** para que te repongas.

—Sí, a lo mejor podemos marcharnos una semana por Pascua. Estaría bien. Hacer lecturas o clarividencia me es indiferente, pero las sesiones físicas son un verdadero sufrimiento. No soy tan malo como Hallows. Dicen que se limita a quedarse tumbado en el suelo, pálido y gimiendo delante de todos.

—¡Sí! —exclamó la mujer con amargura—. Y después le dan *whisky*, y así le enseñan a depender de la botella, y consiguen que haya otro médium borracho. Los conozco bien. ¡Mantente alejado de ellos, Tom!

—Sí, los que nos dedicamos a esto deberíamos limitarnos a las bebidas no alcohólicas. Lo ideal sería también que fuéramos vegetarianos, pero no puedo predicar tal cosa mientras me zampo unos huevos fritos con beicon. ¡Caramba, Mary! Son las diez y media y esta mañana viene mucha gente a verme. Hoy voy a ganar bastante.

—Luego lo das con la misma rapidez con la que lo ganas, Tom.

—Bueno, es que a veces me topo con casos tristes. Mientras vayamos tirando, ¿para qué queremos más? Espero que ellos, los de arriba, cuiden de nosotros.

—Ya han decepcionado a muchos otros médiums pobres que realizaron un buen trabajo en su día.

—La culpa es de los ricos, no de los espíritus —replicó Tom Linden acaloradamente—. Me enfurezco cuando pienso en esa gente, lady Fulana y condesa Mengana, que hablan de todas las comodidades que tuvieron y son capaces de permitir que quienes se las dieron mueran en la cuneta o se pudran en el asilo de pobres. El pobrecillo Tweedy, Soames, y todos viviendo de pensiones de vejez mientras los periódicos hablan del dinero que ganan los médiums y un maldito conjurador gana más que todos nosotros juntos con una mala imitación y dos toneladas de máquinas para ayudarse.

—No te preocupes, querido —exclamó la mujer del médium posando su delgada mano en la encrespada cabellera de su hombre—. Con el tiempo las cosas se ven tal y como son, y todo el mundo paga el precio que le corresponde según lo que ha hecho.

Linden se echó a reír.

—Es mi carácter galés, que se manifiesta cuando me enfado. Que los conjuradores se queden con su sucio dinero y que los ricos sigan con sus bolsas bien cerradas. Me pregunto para qué se creen que está el dinero. Lo más divertido que se les ocurre a algunos es emplearlo para pagar los servicios funerarios. Si yo tuviera el dinero que tienen ellos…

En aquel momento sonaron unos golpecitos en la puerta.

—Perdone, señor. Su hermano Silas está abajo.

La pareja cruzó una mirada de consternación.

—Más problemas —dijo la señora Linden con tristeza.

Linden se encogió de hombros.

—¡Muy bien, Susan! —gritó—. Dile que ahora mismo bajo. Querida, haz el favor de entretenerle un momento. Yo bajo dentro de un cuarto de hora.

En menos tiempo del prometido se encontraba en la sala del primer piso, donde su mujer se esforzaba en vano por sostener una conversación agradable con el visitante. Éste era un hombre grande, de constitución pesada, bastante parecido a su hermano mayor, aunque en él la afabilidad del médium se había degradado hasta la brutalidad. Tenía la misma mata de pelo rizado, pero no llevaba barba ni bigote, de manera que su pronunciada mandíbula quedaba al descubierto. Estaba sentado junto a la ventana, con las pecosas manos sobre las rodillas. Una parte muy importante del señor Silas Linden residía en aquellas manos, pues había sido un boxeador profesional formidable, y en una ocasión llegó a competir por el título de Inglaterra de los pesos welter[62]. Ahora, como delataba su manchado traje de *tweed* y sus botas viejas y desgastadas, había caído en una mala racha, que trataba de sobrellevar sableando a su hermano.

—Buenos días, Tom —le dijo con voz ronca. En cuanto su mujer salió de la sala, añadió—: ¿No tendrás una gota de *whisky* por ahí? Esta mañana tengo dolor de cabeza. Anoche me encontré en el Admiral Vernon con uno del viejo equipo. Fue un reencuentro estupendo; no había visto a esos muchachos desde mis mejores días en el *ring*.

—Lo siento, Silas —dijo el médium sentándose detrás de su escritorio—. No tengo nada en casa.

—Tienes cosas espiritosas[63], pero no precisamente bebidas —dijo Silas —. Bueno, con lo que cuesta una copa me conformo. Si llevas un Bradbury encima, me servirá, porque últimamente no consigo nada.

Tom Linden sacó un billete de una libra del escritorio.

—Aquí tienes, Silas. Siempre que yo tenga algo, una parte será tuya. Pero la semana pasada tenías dos libras. ¿Ya han desaparecido?

—¡Desaparecido! Eso digo yo —respondió mientras se guardaba el billete en el bolsillo—. Verás, Tom, quiero hablar contigo muy seriamente, de hombre a hombre.

—Sí, Silas, ¿de qué se trata?

—¿Ves esto? —le preguntó señalándole un bulto que tenía en la parte de atrás de la cabeza—. ¡Es un hueso! ¿Lo ves? No tiene remedio. Me lo hice en el N.S.C.[64], cuando dejé a Curly Jenkins K.O.[65] en el tercer asalto. Aquella noche yo quedé K. O. para la vida. Puedo participar en espectáculos de boxeo y en encuentros de exhibición, pero el boxeo de verdad se acabó para mí. Mi derecha ya no es lo que era.

—Es muy triste, Silas.

—¡Qué triste ni qué demonios! Pero eso no viene al caso. Lo que importa es que tengo que hacer algo para ganarme la vida, y quiero saber cómo. Un viejo boxeador como yo no tiene demasiadas oportunidades. Sólo nos quieren de gorilas en las tabernas a cambio de beber gratis. Lo que yo quiero saber, Tom, es si me puedo hacer médium.

—¿Médium?

—¿Por qué diablos me miras de esa manera? Si a ti te va bien, también será bueno para mí.

—Pero tú no eres médium.

—¡Vamos, hombre! Deja eso para los periódicos. Todo queda en familia. Entre tú y yo, ¿cómo lo haces?

—No lo hago. Yo no hago nada.

—Y consigues cuatro o cinco libras a la semana. No me cuentes cuentos. A mí no me engañas. Mira, Tom, yo no soy como esos pánfilos que te untan bien por pasar una hora a oscuras. Tú y yo estamos en las mismas condiciones. ¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Pues los golpes, por ejemplo. Te he visto sentado ahí, en tu escritorio, como si nada, y de pronto han empezado a oírse golpes en respuesta a tus preguntas que venían de ahí arriba, encima de la estantería. Es un buen truco; siempre los dejas pasmados. ¿Cómo lo haces?

—Te he dicho que no hago nada. Es algo externo a mí.

—¡Y unas narices! Puedes contármelo con toda tranquilidad, Tom. Seré como una tumba. Si aprendo a hacerlo, me soluciono la vida.

Por segunda vez en lo que iba de mañana, la vena galesa del médium se adueñó de él.

—Eres un granuja desvergonzado y blasfemo, Silas Linden. Hombres como tú que pretenden introducirse de ese modo son los que desprestigian nuestro movimiento. Tú, que me conoces, deberías saber que yo no soy un farsante. ¡Sal de mi casa, canalla desagradecido!

—¡Cierra el pico! —rugió el rufián.

—Sal de aquí o te echaré yo mismo aunque seas mi hermano.

Silas apretó los puños y, por un momento, adoptó un aire violento. Pero después, en previsión de posibles favores futuros, se dominó.

—Está bien, está bien, no pretendía herirte —gruñó dirigiéndose hacia la puerta—. Supongo que podré intentarlo sin tu ayuda —pero cuando llegó a la puerta volvió a dominarle la ira—. ¡Maldito hipócrita mentiroso! ¡Me las pagarás, tramposo!

Y se marchó dando un fuerte portazo.

La señora Linden acudió corriendo junto a su marido.

—¡Ese canalla! ¡Es un bruto! —dijo—. Le he oído gritar. ¿Qué quería?

—Quería que le contara lo que hay que saber para ser médium. Cree que se trata de un truco y que se lo puedo enseñar.

—¡Zoquete estúpido! Bueno, no hay mal que por bien no venga; así no se atreverá a asomar más su cara por aquí.

—¿Ah, no?

—Si se le ocurre aparecer, le daré con la puerta en las narices. Pensar que te está dando estos disgustos… ¡Pero si estás temblando!

—Supongo que precisamente soy médium porque tengo un carácter impresionable. Alguien dijo que los médiums somos poetas en un grado mayor. Pero eso nos perjudica cuando hay que ponerse a trabajar.

—Voy a curarte.

Colocó sus pequeñas manos encallecidas sobre su alta frente y se quedó callada.

—¡Ya me siento mejor! —exclamó él—. Muy bien, Mary. Voy a fumarme un cigarrillo en la cocina y me olvidaré de todo.

—No, viene alguien —respondió su mujer mirando por la ventana—. ¿Te sientes con fuerzas para verla? Es una mujer.

—Sí, sí. Ya me encuentro bien. Dile que pase.

Al cabo de un instante entró la mujer, que era un personaje enlutado, pálido y trágico, cuyo aspecto hablaba por sí solo. Linden le indicó que se sentara en una silla apartada de la luz. Luego consultó sus papeles.

—Es usted la señora Blount, ¿verdad? ¿Tenía cita?

—Sí. Quería preguntar…

—Por favor, no me pregunte nada. Eso me confunde.

La estaba observando con la mirada del médium en sus ojos grises; una mirada que envuelve y atraviesa a las personas en lugar de observarlas.

—Ha hecho usted bien en venir, muy bien. Hay alguien cerca de usted que quiere darle un mensaje urgente que no admite dilación. Entiendo mi nombre… Francis… sí, Francis.

La mujer unió las manos.

—Sí, sí, es el nombre.

—Un hombre moreno, muy triste, muy serio…, sí, muy muy serio. Hablará. ¡Debe hablar! Es urgente. Dice: «Campanilla». ¿Quién es Campanilla?

—Sí, sí, él me llamaba así. ¡Oh, Frank, Frank, Háblame! ¡Habla!

—Está hablando. Tiene la mano sobre su cabeza. Dice «Campanilla, si haces lo que te propones, se interpondrá entre nosotros un abismo que tardaremos años en salvar». ¿Le dice algo eso?

La mujer se levantó de un salto.

—Lo significa todo. Oh, señor Linden, ésta era mi última oportunidad. Si hubiera fallado…, si hubiera descubierto que le había perdido de verdad, habría hecho lo necesario para reunirme con él. Me habría envenenado esta misma noche.

—Gracias a Dios, la he salvado. Es algo terrible quitarse la vida, señora, porque va en contra de las leyes de la naturaleza, y las leyes de la naturaleza no pueden violarse sin recibir un castigo a cambio. Me alegro de haber podido salvarla. Quiere decirle algo más. Su mensaje es: «Si sigues viviendo y cumpliendo con tu deber, estaré siempre a tu lado, mucho más cerca de lo que lo estuve en vida. Mi presencia te envolverá y te protegerá, a ti y a nuestros tres hijos».

Se produjo entonces un cambio prodigioso. La mujer pálida y ajada que poco antes entrara en la habitación le miraba ahora de pie, con las mejillas sonrosadas y una sonrisa en los labios. Cierto es que las lágrimas surcaban su rostro, pero eran lágrimas de alegría. Juntó las manos, temblando convulsivamente.

—¡No ha muerto! ¡No ha muerto! ¿Cómo puede estar muerto si me habla y está más cerca de mí que nunca? ¡Oh, es maravilloso! Oh, señor Linden, ¿qué puedo hacer por usted? ¡Me ha salvado usted de una muerte vergonzosa! ¡Me ha devuelto a mi marido! ¡Qué poder tan divino posee usted!

El médium, que era un hombre muy emotivo, también lloraba.

—No diga nada más, mi querida señora. No he sido yo. Yo no hago nada. Puede darle las gracias a Dios, quien, en su clemencia, permite a algunos de sus mortales distinguir a los espíritus y transmitir sus mensajes. Está bien, está bien. Mis honorarios ascienden a una guinea, si puede usted pagarla. Venga a verme otra vez si vuelve a encontrarse en dificultades.

—Ahora me conformo —exclamó la mujer, secándose las lágrimas— con esperar la voluntad de Dios y cumplir con mi deber en el mundo hasta el día en que se decida que volvamos a unirnos.

La viuda se marchó de la casa llena de gozo. Por su parte, Tom Linden también quedó con la impresión de que aquel feliz episodio había disipado la niebla que había traído la visita de su hermano, pues no hay satisfacción mayor que dar felicidad y ver los efectos beneficiosos del poder propio. Cuando acababa de sentarse entró otro cliente. Se trataba en aquella ocasión de un elegante hombre de mundo con el cabello cano, ataviado con una levita, cuyos enérgicos ademanes denotaban que concedía un gran valor al tiempo.

—Es usted el señor Linden, ¿verdad? He oído hablar de sus poderes, caballero. Según me han dicho, es capaz de captar indicios de una persona si toca un objeto que le haya pertenecido.

—A veces puede ocurrir. No depende de mí.

—Me gustaría someterle a una prueba. Aquí traigo una carta que he recibido esta mañana. ¿Puede probar sus poderes con ella?

El médium cogió la carta doblada e, inclinándose en su asiento, la apretó contra su frente. Permaneció cerca de un minuto con los ojos cerrados. Luego le devolvió el papel.

—No me gusta —dijo—. Presiento algo malo. Veo a un hombre vestido de blanco y de rostro moreno. Escribe sobre una mesa de bambú. Hace calor. Esta carta viene del trópico.

—Sí, de Centroamérica.

—No puedo decirle nada más.

—¿Así de limitados son los espíritus? Yo creía que lo sabían todo.

—No lo saben todo. Su poder y sus conocimientos son tan limitados como los nuestros. Pero en un caso como éste los espíritus no intervienen. Lo que acabo de hacer recibe el nombre de psicometría[66], que es, según se cree, un poder del alma humana.

—Bueno, hasta ahora ha respondido usted bien. Este hombre, que es mi enviado, quiere que me asocie con él e invierta en una perforación petrolífera. ¿Debo hacerlo?

Tom Linden sacudió la cabeza.

—Caballero, estos poderes se nos conceden a algunos para consuelo de la humanidad y como prueba de nuestra mortalidad. Nunca se concibieron para fines mundanos. Cuando se hace tal uso de ellos siempre surgen problemas, tanto para el médium como para el cliente. No quiero meterme en ese asunto.

—El dinero no es inconveniente —dijo el hombre mientras sacaba una cartera de su bolsillo interior.

—No, caballero, no me dé nada. Soy pobre, pero nunca he hecho mal uso de mi don.

—¡Entonces no sé para qué demonios sirve ese don! —exclamó el visitante, levantándose de su asiento—. Todo eso me lo dicen igualmente clérigos autorizados, y usted no lo es. Aquí tiene su guinea, pero que quede claro que no he recibido nada a cambio.

—Lo siento, caballero, pero no puedo violar una norma. Hay una dama a su lado; a su izquierda…; es una mujer anciana…

—¿Será posible? —exclamó el financiero dirigiéndose hacia la puerta.

—Lleva un gran broche de oro, con una esmeralda, prendido en el pecho.

El hombre se quedó inmóvil, dio media vuelta y le miró fijamente.

—¿De dónde se ha sacado eso?

—La estoy viendo ahora mismo.

—¡Caramba! ¡Es el broche que llevaba siempre mi madre! ¿Dice que la está viendo?

—No, se ha marchado.

—¿Cómo era? ¿Qué hacía?

—Era su madre. Eso ha dicho. Estaba llorando.

—¡Llorando! ¡Mi madre! Si alguien merece estar en el cielo es ella. ¡Y en el cielo nadie llora!

—No en el cielo imaginario, pero sí en el verdadero. Nosotros somos los únicos que podemos hacerlos llorar. Ha dejado un mensaje.

—¡Dígamelo!

—El mensaje es: «¡Oh, Jack! ¡Jack! Cada vez te alejas más de mí».

El hombre hizo un gesto despectivo.

—He sido un estúpido al darle mi nombre cuando fijamos la cita. Ha hecho averiguaciones, ¿verdad? Pero sus trucos de nada le servirán conmigo. ¡Ya he tenido bastante! ¡No quiero oír nada más!

Por segunda vez en lo que iba de mañana, un visitante furioso salió dando un portazo.

—No le ha gustado su mensaje —le explicó Linden a su mujer—. Era de su pobre madre. Está inquieta por él. ¡Señor! Si la gente supiera estas cosas,

encontraría en ellas más ayuda que en todos los ritos y ceremonias.

—Bueno, Tom, no es culpa tuya que no lo sepan —respondió su esposa —. Hay dos mujeres esperando para verte. No tienen cita previa, pero parecen muy afligidas.

—Tengo un poco de dolor de cabeza. Todavía no me he recuperado de lo de anoche. En eso, Silas y yo somos iguales. Nuestro trabajo nocturno nos pesa a la mañana siguiente. Las recibiré a ellas y a nadie más, porque no quiero despedir a unas personas afligidas si puedo evitarlo.

Entraron dos mujeres circunspectas y vestidas de negro. La mayor de las dos, de aspecto severo, aparentaba alrededor de cincuenta años, y la otra, la mitad de esa edad.

—Tengo entendido que sus honorarios ascienden a una guinea —dijo la mayor, dejando la suma encima de la mesa.

—Para quienes se lo pueden permitir —respondió Linden.

Lo cierto era que, normalmente, la guinea circulaba en sentido contrario.

—Oh, sí, puedo permitírmelo —dijo la mujer—. Me encuentro en una triste situación y me han dicho que quizá pueda usted ayudarme.

—Bueno, la ayudaré si puedo. Para eso estoy aquí.

—He perdido a mi pobre marido en la guerra. Le mataron en Ypres[67]. ¿Podría ponerme en contacto con él?

—Al parecer, no trae usted ninguna influencia. No capto ninguna impresión. Lo siento, pero estas cosas no dependen de nosotros. Capto el nombre de Edmund. ¿Se llamaba así?

—No.

—¿Y Albert?

—No.

—Lo siento, pero parece que hay confusión; quizá se trate de vibraciones cruzadas y una mezcla de mensajes, como cuando se confunden dos telegramas cruzados.

—¿Le puede ayudar en algo el nombre de Pedro[68]?

—¡Pedro! ¡Pedro! No, no capto nada. ¿Era un hombre mayor?

—No, no era mayor.

—No percibo nada.

—Verdaderamente para quien quería el consejo era para esta hija mía. Mi marido podría decirme qué debo hacer. Se ha comprometido con un joven, mecánico de profesión, pero hay algún inconveniente que otro, y quiero saber qué debo hacer.

—Denos algún consejo —dijo la joven mirándole con frialdad.

—La aconsejaría si pudiera, querida. ¿Ama usted a ese hombre?

—Oh, sí, no está mal.

—Pues, si es eso lo único que siente por él, yo le olvidaría. Ese tipo de matrimonios no traen más que infelicidad.

—¿Entonces, ve que no va a ser feliz?

—Veo que hay muchas probabilidades de que no lo sea. Creo que debería tener cuidado.

—¿Ve si surge alguien más?

—Todos, hombres y mujeres, encuentran a su pareja antes o después, en un lugar u otro.

—Entonces, ¿encontrará ella a su pareja?

—Por supuesto, sí.

—¿Tendré familia? —preguntó la muchacha.

—Lo siento, pero eso no puedo decírselo yo.

—Y dinero…, ¿tendrá dinero? Estamos desanimadas, señor Linden, y necesitamos un poco…

En aquel momento se produjo una interrupción sumamente sorprendente. La puerta se abrió de par en par y la menuda señora Linden entró precipitadamente en la habitación, pálida y con los ojos llameantes.

—Son policías, Tom. Me acaban de avisar. ¡Salgan de esta casa, lloronas hipócritas! ¡Oh, que estúpida he sido! He sido una estúpida por no darme cuenta de lo que eran en realidad.

Las dos mujeres se habían puesto en pie.

—Sí, ha llegado usted demasiado tarde, señora Linden —dijo la de más edad—. Ya hemos entregado el dinero.

—¡Recójanlo! ¡Recójanlo! Está encima de la mesa.

—No. Ya lo hemos entregado. Nos ha adivinado el porvenir. Tendrá noticias nuestras, señor Linden.

—¡Impostoras! ¡Hablando de engaños cuando ustedes son las mayores farsantes! No las habría recibido si no hubiera sido por compasión.

—De nada les sirve reprendernos —respondió la mayor de ellas—. Cumplimos con nuestro deber; nosotras no hemos hecho la ley. Mientras haya ley, es nuestro deber hacerla cumplir. Debemos denunciar el caso en la central.

Tom Linden parecía aturdido por la sorpresa pero, cuando las policías se marcharon, pasó un brazo por los hombros de su mujer, que sollozaba, y trató de consolarla lo mejor que pudo.

—La mecanógrafa de la comisaría mandó avisarnos —dijo—. ¡Oh, Tom, es la segunda vez! —exclamó—. Tendrás que ir a la cárcel y hacer trabajos forzados.

—Mira, cariño, mientras sepamos que no hacemos ningún mal y que realizamos el trabajo de Dios lo mejor que podemos, debemos aceptar lo que venga de buen grado.

—Pero ¿dónde estaban ellos? ¿Cómo han podido engañarte así? ¿Dónde estaba tu guía?

—Sí, Victor —dijo Linden mirando hacia el techo mientras sacudía la cabeza—, ¿dónde estabas? Tengo que hablar muy seriamente contigo. ¿Sabes una cosa, querida? —añadió mirando a su mujer—. Del mismo modo que un médico nunca puede tratar su propio caso, un médium está desamparado cuando se trata de él. Así es la ley. Y, sin embargo, debería haberme dado cuenta. Me sentía totalmente desorientado. No tenía inspiración de ninguna clase. Ha sido un estúpido sentimiento de pena y de compasión el que me ha hecho seguir adelante cuando en realidad no tenía ningún mensaje real. Bueno, querida Mary, aceptaremos lo que nos espera con presencia de ánimo. Quizá no tengan pruebas suficientes para acusarnos y, con un poco de suerte, el juez no será tan ignorante como los demás. Debemos mantener la esperanza.

A pesar de sus valientes palabras, el médium temblaba y se estremecía por culpa de la impresión. Su mujer le tocó con las manos, y estaba tratando de calmarle cuando Susan, la criada, que nada sabía del problema, hizo pasar a otra visita en la habitación. No era otro que Edward Malone.

—No va a poder atenderle —dijo la señora Linden—. El médium está indispuesto. No verá a nadie esta mañana.

Pero Linden había reconocido a su visitante.

—Es el señor Malone, de la *Daily Gazette*. Estuvo anoche con nosotros. Fue una buena sesión, ¿verdad, caballero?

—¡Maravillosa! —respondió Malone—. Pero ¿qué les ocurre?

Marido y mujer le contaron sus tribulaciones.

—¡Qué vileza! —exclamó Malone, asqueado—. Estoy convencido de que la opinión pública no está al corriente del modo en que se aplica esta ley, pues de lo contrario se organizaría un escándalo. La estratagema de los agentes provocadores nunca se había utilizado en la justicia británica. Pero en cualquier caso, Linden, usted es un verdadero médium. La ley sólo castiga a los farsantes.

—En la ley británica no existen médiums verdaderos —dijo Linden, muy apesadumbrado—. Supongo que el delito es mayor cuanto más auténtico es el médium. Por el simple hecho de ser médium y aceptar dinero ya se es culpable. Pero ¿cómo van a vivir los médiums si no aceptan dinero? Es un trabajo como otro cualquiera, que exige una dedicación plena. Uno no puede ser carpintero durante el día y un médium de primera por las noches.

—¡Que ley tan perversa! Parece que trata de borrar deliberadamente cualquier prueba física de los poderes espirituales.

—Así es, exactamente. Si el diablo dictase una ley, sería precisamente ésa. Se supone que su función consiste en proteger a los ciudadanos, y, sin embargo, hasta hoy nadie se ha quejado. Todas las denuncias se basan en trampas tendidas por la policía. Y, sin embargo, la policía sabe tan bien como usted y como yo que en todas las fiestas benéficas que se celebran en las iglesias hay un vidente y un adivinador del porvenir.

—Me parece monstruoso. ¿Y qué le ocurrirá ahora?

—Me figuro que me llegará una citación. Luego se celebrará un juicio, y después tendré que pagar una multa o ir a la cárcel. Ésta es la segunda vez.

—Pero sus amigos declararán a su favor y le pondremos un buen abogado para que le defienda.

Linden se encogió de hombros.

—Uno nunca sabe quiénes son sus amigos. A la hora de la verdad, se esfuman sin dejar rastro.

—Pues yo, por mi parte, no le daré la espalda —dijo Malone con vehemencia—. Manténgame al corriente de lo que vaya sucediendo. De todos modos, he venido a verle porque quería preguntarle una cosa.

—Lo siento mucho, pero en este momento no estoy en condiciones —respondió Linden levantando una mano temblorosa.

—No, no, no se trata de nada psíquico. Solamente quería preguntarle si la presencia de una persona fuertemente escéptica podría paralizar todos sus fenómenos.

—No necesariamente. De todas formas, como es natural, dificulta las cosas. Si están callados y son razonables, podemos conseguir resultados. Pero no saben nada, no respetan ninguna norma y echan a perder nuestras sesiones. El otro día vino el viejo Sherbank, el médico. Cuando se oyeron los golpes en la mesa, dio un salto, apoyó la mano en la pared y gritó: «¡Vamos, dé un golpe contra la palma de mi mano dentro de cinco segundos!». Como no lo consiguió, declaró que todo era una farsa y salió de la habitación. Muchos no

quieren reconocer que estos fenómenos se rigen por leyes fijas, como cualquier otro.

—Bueno, debo confesarle que el hombre en el que estoy pensando puede llegar a ser poco razonable en extremo. Se trata del gran profesor Challenger.

—Ah, sí, he oído que es un caso difícil.

—¿Le daría usted una sesión?

—Sí si usted lo desea.

—No querrá venir a su casa ni a ningún sitio que usted elija, pues imagina todo tipo de cables y artilugios. Tendría que acudir usted a su casa de campo.

—No me negaría si con ello pudiera convertirle.

—¿Cuándo le viene bien?

—No puedo hacer nada hasta que haya concluido este desagradable asunto. Tendrá que ser dentro de un mes o dos.

—Bien, entonces me mantendré en contacto con usted hasta entonces. Cuando las cosas vuelvan a la normalidad, diseñaremos nuestra estrategia y veremos si podemos presentarle los hechos de la misma forma en que se me presentaron a mí. Entre tanto, permítame brindarle mi más absoluta solidaridad. Formaremos un comité de amigos, y haremos todo lo que esté en nuestra mano para ayudarle.

VII

En el que el notorio criminal recibe lo que la ley británica considera su merecido

Antes de seguir adelante con las aventuras psíquicas de nuestros protagonistas, no estaría de más ver cómo se portó la ley británica con el perverso señor Tom Linden.

Las dos policías regresaron triunfantes a la comisaría de Bardsley Square, donde el inspector Murphy, que las había enviado, esperaba su denuncia. Murphy era un hombre de aspecto agradable, rostro sonrosado y negros bigotes, cuyos modales descarados y paternalistas con las mujeres no estaban justificados ni por su edad ni por su virilidad. Estaba sentado ante un montón de papeles esparcidos en su escritorio oficial.

—Bueno, chicas —dijo al ver entrar a las dos mujeres—, ¿ha habido suerte?

—Creo que ha sido un éxito, señor Murphy —dijo la policía mayor—. Tenemos las pruebas que quería.

El inspector tomó una lista manuscrita de preguntas que tenía sobre el escritorio.

—¿Siguieron mis indicaciones? —preguntó.

—Sí. Le dije que mi marido había muerto en Ypres.

—¿Y qué hizo?

—Bueno, me miró con compasión.

—Forma parte del juego, naturalmente. Tendrá motivos para compadecerse a sí mismo cuando zanjemos este asunto. No dijo: «Usted es soltera y nunca ha estado casada», ¿verdad?

—No, no dijo nada de eso.

—Bueno, un tanto en contra de sus espíritus, ¿no es cierto? Impresionará al tribunal. ¿Qué más?

—Empezó a buscar nombres. Ninguno correspondía.

—¡Bien!

—Me creyó cuando le dije que la señorita Bellinger era hija mía.

—¡Estupendo! ¿Utilizó la treta de Pedro?

—Sí, y pensó en el nombre, pero no consiguió nada.

—Ah, es una pena. De todos modos, no adivinó que Pedro es su pastor alsaciano. Se creyó el nombre. Con eso nos vale. Sirve para que el jurado se ría e incline el veredicto a nuestro favor. ¿Y qué hay de la buenaventura? ¿Hicieron lo que les indiqué?

—Sí, le pregunté por el novio de Amy. No nos dijo nada concreto.

—¡Muy astuto! Conoce su oficio.

—Pero sí llegó a decir que no sería feliz si se casaba con él.

—¿Ah, sí? Bueno, si exageramos eso un poco, tendremos lo que queremos. Ahora siéntense y dicten su declaración aprovechando que lo tienen todo reciente. Luego pueden repasarlo juntas y buscar la mejor manera de presentarlo. Amy también debe redactar la suya.

—Muy bien, señor Murphy.

—Luego solicitaremos la orden judicial. Como saben, todo depende del magistrado al que se presente el caso. Por ejemplo, el señor Dalleret dejó libre a un médium el mes pasado. No nos sirve. Y el señor Lancing ha estado mezclado con esa gente. El señor Melrose es un materialista inflexible. Podríamos contar con él, y llevar a cabo el arresto en el momento más conveniente. Sería intolerable que no lográramos una condena.

—¿No podría declarar en nuestro favor algún ciudadano?

El inspector se echó a reír.

—Se supone que protegemos a los ciudadanos pero, entre ustedes y yo, nadie nos ha pedido protección hasta la fecha. No hemos recibido ninguna denuncia. Por lo tanto, debemos defender la ley lo mejor que sepamos. Mientras exista, debemos hacer que se cumpla. Bueno, ¡hasta luego, chicas! Quiero tener el informe a eso de las cuatro.

—¿Sacaremos algo de todo esto? —dijo la mujer mayor con una sonrisa.

—Sea paciente, querida mía. Si conseguimos una multa de veinticinco libras, a algún sitio tendrá que ir a parar el dinero, es decir, a los fondos de la policía, pero a lo mejor sobra algo. De todas formas, anótenlo todo, que eso ya se verá.

A la mañana siguiente, la criada, asustadísima, irrumpió en el modesto despacho de Linden.

—Disculpe, señor, ha llegado un agente de policía.

El hombre de azul iba pisándole los talones.

—¿Es usted Linden? —dijo, y, tras tenderle una hoja de papel doblada, se marchó.

La afligida pareja, cuya vida estaba dedicada a consolar a los demás, en aquel momento necesitaba desesperadamente consuelo para sí. Abrazados, leyeron juntos el triste documento:

> A la atención de Thomas Linden, Tullis Street n.º 40, N.W.
>
> Con fecha de hoy, el inspector de policía Patrick Murphy presenta una denuncia, a tenor de la cual usted, Thomas Linden, residente en el citado domicilio, el día 10 de noviembre afirmó ante Henrietta Dresser y Amy Bellinger que adivinaba el porvenir, con el fin de engañar y embaucar a ambas damas, súbditas de Su Majestad. Por ello se le requiere para que comparezca ante el magistrado del juzgado de Bardsley Square el próximo miércoles, día 17, a las 11 de la mañana, para responder a la citada denuncia.
>
> Fechado el 10 de noviembre
>
> Firmado: B. J. Withers



Aquella misma tarde, Mailey fue a ver a Malone y estudiaron el documento. Juntos visitaron a Summerway Jones, sagaz abogado y serio estudioso de los fenómenos psíquicos. También era gran aficionado a la caza del zorro, buen boxeador y hombre que llevaba un soplo de aire fresco a las salas de justicia más mustias. Al ver la citación, hizo un ademán de desaliento.

—¡El pobre diablo no tiene ninguna posibilidad! —dijo—. Puede considerarse afortunado por haber recibido una citación, porque, normalmente, en estos casos, la policía actúa por mandato judicial, llevándose a la persona en el momento y reteniéndola toda la noche en el calabozo para juzgarla a la mañana siguiente, sin defensor. Naturalmente, los policías son muy listos, y eligen siempre a magistrados católicos o materialistas. Luego, en virtud de la estupenda sentencia de Lawrence, Presidente del Tribunal Supremo, que, según tengo entendido, fue la primera que dictó en tan alto cargo, la profesión de médium y la realización de milagros constituyen intrínsecamente delitos criminales, sean legítimos o no; por consiguiente, la defensa basada en la inocencia no sirve para nada. Es un método a medio camino entre la persecución religiosa y el chantaje policial. Y en cuanto a la opinión pública, ¡le trae sin cuidado! ¿Qué más les da? Si no quieren que les lean el porvenir, no van. Es la mayor estupidez y la ignominia más grave de nuestra legislatura.

—Escribiré todo esto —dijo Malone, ardiendo en furia céltica—. ¿Cómo se llama la ley?

—Existen dos leyes, a cuál más corrompida, ambas aprobadas mucho antes de que se empezara a hablar del espiritismo: la Ley de Brujería, que data del reinado de Jorge II[69], ya demasiado absurda, que, por eso, sólo se aplica cuando no se puede aplicar la otra, y la Ley de Vagabundería de 1824, que se aprobó para controlar a los gitanos vagabundos que iban por los caminos, concebida únicamente para aplicarla en esos casos —mientras hablaba, buscó entre sus papeles—. Aquí tengo el texto de esa barbaridad de ley: «Toda persona que afirme tener poderes de adivinación del porvenir, o que engañe y manipule a súbditos de Su Majestad sirviéndose de artimañas, trucos o artefactos engañosos, será considerada delincuente y vagabundo», etc., etc. Ambas leyes juntas habrían reprimido a los primeros cristianos con la misma eficacia que la persecución romana.

—Menos mal que ya no los echan a los leones —dijo Malone.

—¡Pero sí a los asnos! —exclamó Mailey—. Ahora se arroja a la pobre gente a los asnos, que son los leones modernos. Pero ¿qué vamos a hacer?

—¡No tengo la menor idea! —dijo el abogado, rascándose la cabeza—. ¡No hay remedio posible!

—¡Maldita sea! —exclamó Malone—. No podemos darnos por vencidos tan fácilmente. Sabemos que ese hombre es honrado.

Mailey se volvió y le estrechó la mano.

—No sé si se considerará ya espiritista —dijo—, pero es usted el tipo de persona que necesitamos. En nuestro movimiento hay muchos cobardes que adulan a los médiums en los buenos momentos que desaparecen ante el menor indicio de acusación. Gracias a Dios, todavía quedan algunos incondicionales, como Brookes, Rodwin y sir James Smith. Entre todos podremos reunir cien o doscientas libras.

—¡Estupendo! —exclamó el abogado alegremente—. Si están dispuestos a luchar, pelearemos hasta el final.

—¿Qué les parece si buscamos un Consejero del Rey[70]?

—Los consejeros no trabajan en este tipo de juzgados. Déjenlo en mis manos; lo haré mejor que nadie, Tengan en cuenta que he defendido muchos casos como éste. Así serán menores los gastos.

—Bien; estamos con usted. Y contaremos con el respaldo de unos cuantos hombres buenos.

—Lo mínimo que podemos hacer es pregonarlo a los cuatro vientos —dijo Malone—. Yo creo en los ingleses. Son flemáticos y estúpidos, pero razonables en el fondo. No aceptarán una injusticia si logramos hacerles comprender la verdad.

—Para eso haría falta una trepanación —dijo el abogado—. Bueno, usted dedíquese a lo suyo y yo me dedicaré a lo mío. Ya veremos qué resulta de todo esto.

Por fin llegó la mañana decisiva. Linden se sentó en el banquillo frente al señor Melrose, el temible juez, hombre pulcro, de mediana edad, cuya mandíbula se asemejaba a un cepo. El señor Melrose era conocido por su severidad hacia los adivinadores del porvenir y todos aquellos que predijeran el futuro, aunque pasaba las pausas entre juicio y juicio leyendo a los profetas de los deportes, ya que era un apasionado de las carreras de caballos. Su elegante abrigo *beige* y su flamante sombrero se veían habitualmente en el hipódromo siempre que se celebraba una carrera que estuviera a su alcance. Aquella mañana estaba un poco malhumorado cuando levantó la vista de la relación de cargos y examinó al acusado. La señora Linden se había reservado

un sitio debajo del banquillo, y de vez en cuando daba unas palmaditas en la mano al acusado. La sala estaba llena a rebosar, pues muchos de los clientes del detenido habían acudido para manifestar su simpatía.

—¿Hay defensor de este caso? —preguntó el señor Melrose.

—Sí, su señoría —respondió Summerway Jones—. ¿Puedo plantear una objeción antes de iniciar la vista?

—Si lo estima conveniente, señor Jones, adelante.

—Con todos los respetos, solicito que emita su fallo antes de proceder con el caso. Mi cliente no es vagabundo, sino un respetable miembro de la comunidad que vive en su propia casa, que paga tasas e impuestos y tiene los mismos derechos que cualquier otro ciudadano. Se le juzga ahora en virtud de la sección cuarta de la Ley de Vagabundería de 1824 cuyo título es el siguiente: «Ley que castiga a las personas ociosas y de conducta escandalosa, delincuentes y vagabundos». Como bien expresan estas palabras, el propósito de esta ley era mantener a raya a los gitanos y a otros proscritos que en aquella época infestaban el país. Solicito de Su Señoría que declare que mi defendido no entra en el ámbito de aplicación de dicha ley y que, por tanto, no procede aplicarle las penas por ella previstas.

El magistrado negó con la cabeza.

—Me temo, señor Jones, que ha habido demasiados precedentes para que pueda interpretarse ahora la ley de manera restrictiva. Solicito que el abogado que lleva la acusación en nombre del comisario de policía llame a declarar a sus testigos.

Un hombre de largas patillas, menudo y rechoncho como un toro se puso en pie y, con voz estridente, dijo:

—Llamo a Henrietta Dresser.

La policía de más edad subió al estrado con la presteza de quien está acostumbrado a hacerlo. En la mano llevaba un cuaderno de notas abierto.

—Es usted policía, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Tengo entendido que estuvo vigilando la casa del acusado la víspera de su visita. ¿Es así?

—Así es, señor.

—¿Cuántas personas entraron?

—Catorce, señor.

—Catorce personas. Y tengo entendido que la tarifa del acusado es de dieciséis peniques[71].

—Sí.

—¡Siete libras en un día! Unos honorarios bastante buenos si se piensa que la mayoría de los hombres honrados se contentan con cinco chelines[72].

—¡Eran los tenderos! —gritó Linden.

—Le ruego que no interrumpa. Su eficiente representante legal lo hará cuando sea oportuno —dijo el magistrado con severidad.

—Y bien, Henrietta Dresser —prosiguió el acusador, acomodándose los lentes—. Oigamos lo que ocurrió cuando usted y Amy Bellinger visitaron al acusado.

La agente de policía ofreció una relación veraz en líneas generales, que leyó de su cuaderno. No era una mujer casada, pero el médium había aceptado su afirmación de que sí lo era. Titubeó buscando varios nombres, aparentemente desconcertado. Para terminar, respondió a varias preguntas acerca del futuro de su supuesta hija, a quien en realidad no le unía ningún parentesco, y había predicho que no sería feliz en su matrimonio.

—¿Alguna pregunta, señor Jones? —preguntó el magistrado.

—¿Se presentó ante este hombre como una persona necesitada de consuelo? ¿Trató él de ofrecérselo?

—Supongo que podría decirse que sí.

—Según tengo entendido, se fingió muy apenada.

—Traté de dar esa impresión.

—¿No considera que eso es hipocresía?

—Estaba cumpliendo con mi deber.

—¿No vio ninguna señal de poderes psíquicos o algo fuera de lo normal? —preguntó el fiscal.

—No, me pareció un hombre normal y muy agradable.

El siguiente testigo fue Amy Bellinger, que subió al estrado con su cuaderno de notas en la mano.

—¿Señoría, puedo preguntarle si es en este orden en el que los testigos deben prestar declaración? —preguntó el señor Jones.

—¿Por qué no? —respondió el magistrado—. Deseamos conocer con exactitud los hechos, ¿no es así?

—Nosotros sí, pero probablemente el señor Jones, no —terció el abogado de la acusación.

—Evidentemente, es un método que tiene por objeto garantizar que el testimonio de ambos testigos coincide —dijo Jones—. Quiero poner de manifiesto que estas relaciones de los hechos han sido meticulosamente preparadas y cotejadas.

—Como es natural, la policía prepara su caso —dijo el magistrado—. Por lo tanto, es un procedimiento perfectamente legítimo, señor Jones. Y ahora, que el testigo proceda con la lectura de su declaración.

En efecto, concordaba exactamente con la anterior.

—¿Formuló usted preguntas sobre su prometido? Usted no tenía prometido —dijo el señor Jones.

—Así es.

—Entonces, ¿es cierto que contaron una larga serie de mentiras?

—Sí, pero con una finalidad legítima.

—¿Considera usted que el fin justifica los medios?

—Cumplía instrucciones.

—Unas instrucciones recibidas de antemano, ¿no es cierto?

—Sí, en efecto. Nos indicaron lo que teníamos que preguntar.

—Creo —intervino el magistrado—, que las policías han prestado declaración correctamente y con imparcialidad. ¿La defensa cuenta con algún testigo, señor Jones?

—Se encuentran presentes en esta sala varias personas que se han beneficiado de las actividades del acusado como médium. He citado a declarar a una mujer que, conforme a su declaración, se salvó del suicidio aquella misma mañana gracias a las palabras del médium. Cuento con otro caballero que era ateo y había perdido toda fe en la vida futura. Se convirtió radicalmente gracias a su experiencia con los fenómenos psíquicos. Puedo presentar a eminentes científicos y literatos que testificarán sobre la autenticidad de los poderes del señor Linden.

El magistrado negó con la cabeza.

—Como usted muy bien sabe, señor Jones, esos testimonios se alejan bastante de la cuestión. Ha quedado claramente establecido en las sentencias del presidente del Tribunal Supremo y de otros que la ley de este país no reconoce los poderes sobrenaturales de ninguna clase, y que el uso de dichos poderes con mediación de pago constituye en sí mismo un delito. Por lo tanto, su propuesta de presentar testigos no puede acogerse, pues supondría una pérdida de tiempo para este tribunal. No obstante, estoy dispuesto a escuchar sus observaciones una vez concluida la intervención del abogado de la acusación.

—Con su venia, Señoría, quiero declarar que, de atenernos a la jurisprudencia citada, condenaríamos igualmente a todos los personajes sagrados o santos conocidos, puesto que hasta los santos tienen que vivir y, por tanto, precisan una remuneración.

—Si está haciendo referencia a los tiempos de los Apóstoles, señor Jones —respondió el magistrado severamente—, me permito recordarle que la era apostólica pasó, y que la reina Ana[73] ha muerto. Semejante argumento es indigno de su inteligencia. Y ahora, caballero, si no tiene nada más que añadir…

El fiscal pronunció un breve discurso con grandes ademanes y agitando sus lentes como si blandiera un puñal imaginario contra las alegaciones espiritistas. Habló de la miseria de la clase trabajadora y de como, pese a todo, unos cuantos charlatanes se hacían ricos propugnando la autenticidad de tesis malévolas y blasfemas. Como ya había observado el juez, el hecho de que los poderes fueran reales nada tenía que ver con el problema, aunque no podía sostenerse la veracidad de los poderes frente a las pruebas aportadas por las dos agentes de policía, que habían desempeñado su desagradable cometido de un modo ejemplar, obteniendo únicamente desatinos a cambio de su dinero. ¿Correrían mejor suerte otros clientes? Los parásitos se multiplicaban dedicados al comercio de sentimientos de padres afligidos. De una vez por todas, había que infligirles un castigo ejemplar para que aprendieran que hay que ganarse la vida con un trabajo honrado.

El señor Summerway Jones replicó lo mejor que pudo. Comenzó señalando que se estaban aplicando las leyes con fines distintos a aquellos para las que fueron concebidas (el magistrado replicó a esto que ese extremo ya había sido tomado en consideración). Criticó la manera de llevar el caso en su totalidad. Para empezar, las acusaciones se fundaban en pruebas aportadas por agentes provocadores, los cuales, suponiendo que se hubiese cometido un acto delictivo, eran claros incitadores y participantes en el mismo. Y, con frecuencia, las multas obtenidas se desviaban para fines directamente relacionados con la policía.

—¡Supongo, señor Jones, que no estará poniendo en duda la honradez de la policía!

Los policías eran humanos y tenían una tendencia natural a hacer excepciones con las cuestiones que afectaban a sus intereses. Todos aquellos casos eran montajes. En realidad, ningún ciudadano había presentado ni denuncia ni solicitud de protección. El fraude podía darse en cualquier profesión, y, si un hombre gastaba deliberadamente una guinea en un médium falso, tenía el mismo derecho de protección que un inversor que colocara su dinero en una mala empresa en el mercado bursátil. Mientras la policía perdía el tiempo en aquellos casos haciéndose pasar por plañideros dolientes, descuidaba la vigilancia de las verdaderas ramificaciones criminales. La

aplicación de la ley podía calificarse de arbitraria. En numerosas celebraciones, y entre ellas, le constaba, las fiestas de la policía, solían contratarse los servicios de adivinadores del porvenir y quirománticos[74].

Varios años atrás, el *Daily Mail* lanzó una clamorosa campaña contra los adivinadores del porvenir. La defensa presentó como testigo al presidente de dicho periódico, el fallecido lord Northcliffe[75]. Se demostró que uno de sus periódicos tenía una sección de quiromancia y que los honorarios percibidos se repartían a partes iguales entre el quiromántico y los propietarios. No citaba el caso con ánimo de mancillar la memoria de aquel gran hombre, sino con el fin de poner de manifiesto hasta qué punto era absurda la aplicación actual de ley. Independientemente de las opiniones personales de los miembros del tribunal, era innegable que muchos ciudadanos útiles e inteligentes consideraban el poder de los médiums como una manifestación extraordinaria del poder del espíritu en aras de la mejora de la raza. ¿No consideraba el tribunal que, en un momento histórico caracterizado por la preponderancia del materialismo, era una política funesta utilizar todo el peso de la ley para aplastar una corriente que, en su más alta manifestación, podía contribuir a la regeneración de la humanidad? En cuanto al hecho indudable de que la información suministrada a las dos agentes de policía no era cierta, y al hecho de que el médium no detectó la falsedad de sus afirmaciones, la explicación era muy sencilla: según las leyes psíquicas, para obtener buenos resultados es indispensable que las condiciones sean armoniosas, pues las mentiras provocan una gran confusión. Si el tribunal aceptara por un momento la hipótesis espiritista, comprendería que es absurdo esperar que los seres angelicales descendieran para responder a las preguntas de dos personas que actuaban hipócritamente con fines mercenarios.

Así fue, en líneas generales, la defensa del señor Summerway Jones, que hizo llorar al señor Linden y sumió al escribano del magistrado en un profundo sopor. El juez concluyó rápidamente con el asunto.

—Por lo que parece, señor Jones, sus argumentos se dirigen contra la ley, cuando usted sabe que la redacción de las leyes no se cuenta entre mis competencias. Yo me limito a aplicar la ley sin poner en tela de juicio su contenido, aunque quiero dejar constancia de que estoy completamente de acuerdo con ella. Hombres como el acusado son como setas venenosas, fruto de una sociedad corrupta, y cualquier intento de equiparar sus vulgaridades con las hazañas de los santos de la antigüedad o de pretender que han recibido dones similares merece la reprobación de los hombres sensatos. En cuanto a usted, Linden —añadió fijando sus ojos severos en el prisionero—, lamento

decirle que es un criminal reincidente, ya que una condena anterior no ha servido para reformar sus malos hábitos. Por lo tanto, le condeno a dos meses de trabajos forzados sin opción a multa.

La señora Linden dejó escapar un grito.

—Adiós, querida, no temas —dijo el médium, mirándola desde el banquillo.

Al cabo de un instante le condujeron a toda prisa a la celda.

—Pero si lo único que ha hecho en su vida ha sido consolar a todos —gimió la mujer—. No hay hombre más bueno que él en todo Londres.

—Ni tan útil, en mi opinión —dijo Mailey—. Me atrevería a decir que ni todos los hombres citados en la Guía Crockford[76] bajo la dirección de los arzobispos serían capaces de demostrar los hechos de la religión como yo he visto que Tom Linden los demuestra ni de convertir a un ateo como he visto a Linden hacerlo.

—¡Es una vergüenza! —exclamó Malone, indignado.

—Las alusiones a la vulgaridad tenían hasta gracia —dijo Jones—. Como si los Apóstoles hubieran sido hombres muy cultos. Bueno, he hecho todo lo que he podido. No tenía esperanzas, y ha sucedido lo que me esperaba. Una auténtica pérdida de tiempo.

—De ninguna manera —respondió Malone—. Este juicio servirá, al menos, para hacer pública una injusticia. Había periodistas en la sala. Con toda seguridad, alguno de ellos tendrá sentido común. Denunciarán la injusticia.

—Ellos no —respondió Mailey—. Es inútil recurrir a la prensa. ¡Dios mío, que enorme responsabilidad asumen sin saber que lo pagarán caro!; lo digo porque ya he tenido la ocasión de hablar con alguno de ellos cuando lo estaban pagando.

—Pues bien, yo seré el primero en decir la verdad —dijo Malone—, y creo que no seré el único. Los periodistas son más inteligentes e independientes de lo que ustedes creen.

Pero resultó que Mailey estaba en lo cierto. Después de dejar a la señora Linden en su casa vacía volvió a Fleet Street y compró un ejemplar del *Pinnet*. En cuanto lo abrió, le llamó la atención un titular alarmista:

JUICIO A UN IMPOSTOR EN EL TRIBUNAL CORRECCIONAL
Confunde a un perro con un hombre
¿Quién es Pedro?
Sentencia ejemplar

Malone estrujó el periódico con rabia.

«Es natural que los espiritistas estén tan resentidos —pensó—. Tienen buenas razones para ello».

En efecto, el pobre Tom Linden tuvo mala prensa. Ingresó en prisión vituperado por todos. El *Planet*, periódico vespertino cuya tirada dependía de los pronósticos deportivos del Capitán Dudas, afirmaba que la adivinación del futuro era algo absurdo. *Honest John*, semanario involucrado en los mayores fraudes del siglo, opinaba que la falta de honradez de Linden era un escándalo público. Un párroco de un país rico escribió una carta a *The Times* para expresar su indignación ante el hecho de que alguien pretendiera vender los dones del espíritu. El *Churchman*[77] comentó que tales incidentes eran consecuencia de la creciente falta de fe, mientras que el *Freethinker*[78] vio en ellos una vuelta a la superstición. Para terminar, el señor Maskelyne hizo una demostración pública de cómo se llevaban a cabo ese tipo de trucos, obteniendo grandes beneficios de taquilla. De tal suerte, durante unos cuantos días, Tom Linden fue lo que los franceses denominan un *succès d'exécration*[79]. Después, el mundo siguió girando y él quedó abandonado a su destino.

VIII

En el que tres investigadores tienen un encuentro con un alma sumida en las tinieblas

A su regreso de una cacería en África central, lord Roxton realizó una serie de expediciones alpinas que satisficieron y sorprendieron a todos menos a él mismo.

—Las cumbres de los Alpes se están convirtiendo en un verdadero guirigay —decía—. Exceptuando el Everest, ya no queda en el mundo ningún lugar mínimamente aislado.

Su llegada a Londres se celebró con una cena organizada en su honor en el Travellers por la Sociedad de Caza Mayor. Se trataba de un acto privado y no asistieron periodistas, pero el discurso de lord Roxton quedó grabado *verbatim*[80] en las mentes de todos los asistentes y perdurará en los anales de la Historia. Tras sufrir durante veinte minutos el tormento de la florida y encomiástica disertación del presidente, se levantó en el estado de confusa indignación que se apodera de los bretones cuando se les hace objeto del reconocimiento público.

—¡Caramba! ¡Por Júpiter! ¡Vaya! —fue su discurso, tras el cual volvió a tomar asiento y se puso a transpirar profusamente.

Malone se enteró del regreso de lord Roxton por McArdle, el hosco y pelirrojo director del periódico, que seguía, año tras año, esclavizado en la más rutinaria de las tareas, mientras la cúpula de su calva iba ganándole terreno a la cabellera pelirroja. Conservaba su buen olfato para las noticias de interés, y fue precisamente ese sentido el que le hizo llamar a su presencia a Malone una mañana de invierno. Quitándose de la boca la larga boquilla de cristal que utilizaba para fumar, miró pestañeando a su subordinado a través de sus gafas redondas.

—¿Sabía que lord Roxton ha regresado a Londres?

—No me había enterado.

—Pues sí, ha vuelto. Sin duda sabrá que resultó herido en la guerra. Ha estado al mando de una pequeña compañía en África oriental, haciendo su guerra particular, hasta que una bala para elefantes le atravesó el pecho. Debe de haberse recuperado, pues de lo contrario no podría haberse dedicado a escalar montañas. Es un diablo de hombre y está tramando algo nuevo.

—¿Qué es lo último? —preguntó Malone mirando una hoja de papel que McArdle agitaba entre los dedos.

—Precisamente es eso lo que le concierne a usted. He pensado que podrían investigar juntos, pues me parece un asunto interesante. Ha aparecido un editorial en el *Evening Standard*.

Se lo tendió. Decía lo siguiente:

> A juzgar por el singular anuncio aparecido en las columnas de un conocido diario, el famoso lord John Roxton, tercer hijo del duque de Pomfret, anda a la búsqueda de nuevos mundos por conquistar. Tras haber probado todas las hazañas deportivas posibles en el globo terráqueo, ahora parece interesarse por las de las confusas, oscuras y dudosas regiones de la investigación psíquica. Al parecer, está dispuesto a comprar un espécimen auténtico de casa encantada, y solicita información sobre cualquier manifestación violenta o peligrosa que se haya investigado. Como lord John Roxton es un hombre de carácter resuelto y uno de los mejores tiradores con revólver de Inglaterra, queremos advertir a todos los amigos de las bromas pesadas que lo más prudente es mantenerse al margen y dejar este asunto a esos seres que, según dicen, son tan inmunes a las balas como sus defensores al sentido común.

McArdle leyó la última frase con una risita irónica.

—Creo que son alusiones personales, amigo Malone, pues, si no es usted defensor, va camino de ello. Pero ¿no le parece que entre los dos podrían despertar a un fantasma y escribir un par de columnas sobre él?

—Puedo ir a ver a lord Roxton —dijo Malone—. Supongo que seguirá viviendo en su casa de Albany. De todas maneras pensaba visitarle, así que no me cuesta nada proponérselo.

Así, a la caída de la tarde, cuando las luces de las farolas disipan las tinieblas de Londres, el periodista se adentró una vez más por Vigo Street y se acercó al conserje en la oscura entrada del anticuado edificio. Sí, lord John Roxton estaba en casa, pero en compañía de un caballero. Le entregaría su tarjeta. Al cabo de un momento, el conserje regresó diciendo que, a pesar de encontrarse con una visita, lord Roxton recibiría a Malone de inmediato. Al cabo de un instante, le introdujo en las viejas y lujosas habitaciones rebosantes de trofeos de guerra y de caza. Su propietario le esperaba de pie en la puerta, con la mano extendida, alto, delgado, austero, con el mismo rostro flaco y quijotesco de antaño. No había cambiado en nada, salvo quizá en el

detalle de que su nariz aguileña parecía más pronunciada, y sus cejas, más pobladas sobre sus ojos desafiantes e inquietos.

—¡Hola, muchacho! —exclamó—. Esperaba verte aparecer por mi guarida. Iba a ir a la oficina a visitarte. ¡Pasa! ¡Pasa! Permíteme presentarte al reverendo Charles Mason.

Un clérigo altísimo y muy delgado se levantó lentamente del gran sillón de mimbre y le tendió una mano huesuda. Malone se fijó en sus ojos grises, de mirada sobria y muy humana, que escrutaban los suyos, y en su amplia sonrisa de bienvenida, que dejó entrever una dentadura magnífica. Tenía el rostro ajado y marcado por el cansancio; era el rostro fatigado de un luchador espiritual, pero también el de un hombre bondadoso y simpático. Malone había oído hablar de aquel vicario de la Iglesia de Inglaterra, que había dejado su minúscula parroquia y la iglesia que él mismo había construido para predicar libremente las doctrinas de la cristiandad enriquecidas con los nuevos conocimientos psíquicos.

—¡Vaya, parece que no me libro de los espiritistas! —exclamó.

—Y nunca se librará, señor Malone —respondió el enjuto clérigo sonriendo—. El mundo nunca se librará hasta que haya absorbido esta nueva ciencia que Dios nos envía. No se puede huir de ella porque es demasiado grande. En esta gran ciudad no existe ningún lugar de reunión de hombres y mujeres donde no termine por surgir. Y, sin embargo, la prensa no lo refleja.

—Ese reproche no puede hacérselo a la *Daily Gazette* —dijo Malone—. Probablemente habrá leído mis descriptivos artículos.

—Sí, los leo. Al menos son mejores que los horrendos desatinos sensacionalistas con que suele obsequiarnos la prensa londinense, y eso cuando no lo ignoran completamente. Leyendo un periódico como *The Times* uno no sabría nunca de la existencia de este movimiento esencial. La única alusión que consigo recordar se encontraba en un editorial: el gran periódico anunciaba que creería en ello cuando se demostrara que servía para adivinar cuáles eran los caballos ganadores en un boleto de apuestas.

—¡Vaya utilidad! —exclamó lord Roxton—. ¡Yo habría dicho lo mismo! ¡Hay que ver!

El sacerdote adoptó una actitud grave y movió la cabeza de un lado a otro.

—Esto me hace recordar el propósito de mi visita —dijo. Se volvió hacia Malone—. Me he tomado la libertad de visitar a lord Roxton en relación con su anuncio para decirle que, si lleva a cabo esa búsqueda con buena voluntad, me parece una aventura loable, pero que, si se lo toma como una aventura deportiva más y persigue a una pobre alma prisionera en la Tierra con el

mismo ánimo con que persiguió al rinoceronte blanco del Lido, estará jugando con fuego.

—Verá, padre, yo me he pasado la vida jugando con fuego y no es nada nuevo para mí. Lo que quiero decir es que, si quiere que contemple este asunto de los fantasmas desde el punto de vista religioso, no hay nada que hacer, porque la Iglesia de Inglaterra en la que me eduqué ya colma mis muy modestas necesidades. Pero si, como usted dice, existe cierto peligro, entonces merece la pena, ¡vaya que sí!

El reverendo Charles Mason esbozó una bondadosa y afable sonrisa.

—Es incorregible, ¿verdad? —le dijo a Malone—. En fin, lo único que puedo desearle es que llegue a comprenderlo de una manera más profunda.

Seguidamente se levantó para marcharse.

—¡Espere un momento, padre! —gritó lord Roxton apresuradamente—. Cuando exploro algo nuevo, lo primero que hago es buscar a un nativo simpático. Me parece que usted es mi hombre. ¿No quiere venir conmigo?

—¿Adónde?

—Siéntese y se lo contaré —se puso a revolver en una pila de cartas que tenía sobre el escritorio—. ¡Una buena selección de fantasmas! —dijo—. Estoy siguiendo el rastro de más de veinte sólo en la primera recogida. Pero ésta tiene muchas posibilidades de ser la ganadora. Léala usted mismo. Una casa solitaria, un hombre que se vuelve loco, unos inquilinos que se cierran con cerrojo por las noches, un horrible espectro. ¡Tiene buena pinta, vaya que sí!

El sacerdote leyó la carta frunciendo las cejas.

—Parece un mal asunto —dijo.

—Bueno, ¿y si me acompaña? ¡Ja! A lo mejor puede ayudarme a limpiar la casa.

El reverendo Mason sacó un calendario de bolsillo.

—Tengo una misa para excombatientes el miércoles, y una conferencia esa misma noche.

—Pero podríamos ir hoy.

—Está lejos.

—Nada de eso. Está a un paso de aquí, en Dorsetshire[81]. A tres horas de distancia.

—¿Cuál es su plan?

—Bueno, yo me conformo con pasar una noche en la casa.

—Si hay una pobre alma atribulada, para mí es un deber. Muy bien, iré.

—Supongo que habrá sitio para mí —solicitó Malone.

—¡Naturalmente, muchacho! Me imagino que ese viejo tipo pelirrojo del periódico te ha mandado precisamente para eso. Ah, ya me lo imaginaba. Bien, por fin podrás escribir sobre una aventura que no es una estupidez, ¡vaya que no! A las ocho en punto sale un tren de Victoria. Nos veremos allí. Yo aprovecharé para hacer una visita al viejo Challenger.

Cenaron juntos en el tren y después regresaron todos a su compartimiento de primera clase, que es el medio de transporte más caliente y cómodo del mundo. Roxton, mientras fumaba un gran cigarro, no dejaba de hablar de su visita a Challenger.

—El entrañable viejo es el mismo de siempre. Un par de veces se lanzó directamente a mi cuello con su estilo personal e inconfundible. Dice que se me debe de estar reblandeciendo el cerebro si creo que pueda existir algo semejante a un fantasma de verdad. «Cuando uno se muere, se muere y se acabó». No dejaba de repetir este alegre estribillo. ¡Llegó a decir que, contemplando a sus contemporáneos, la extinción del género humano le parece una cosa maravillosa! «Es la única esperanza del mundo. Figúrese qué perspectivas terribles si sobrevivieran», añadió. Quería darme una botella de cloro para que rociara al fantasma. Yo le dije que, si mi automática no sirve para pararle los pies a un fantasma, nada sirve. Dígame, padre, ¿es la primera vez que asiste a un safari de este tipo?

—Se lo está tomando demasiado a la ligera, lord John —dijo el sacerdote con aire circunspecto—. Es evidente que no tiene ninguna experiencia. En respuesta a su pregunta le diré que he tratado de ayudar en casos similares varias veces.

—¿Y se lo toma en serio? —preguntó Malone, que ya estaba tomando notas para su artículo.

—Muy muy en serio.

—En su opinión, ¿qué son esas influencias?

—Yo no soy una autoridad en la materia. Seguramente conoce a Algernon Mailey, el abogado. Él podrá facilitarle hechos y cifras. Quizá yo abordo la cuestión desde un punto de vista más instintivo y emotivo. Recuerdo las explicaciones de Mailey sobre el libro del profesor Bozzano sobre los fantasmas, que describe más de quinientos casos de autenticidad comprobada; cada uno de ellos, por separado, bastaría para establecer un caso *a priori*. También Flammarion lo ha estudiado. No se puede desechar y ridiculizar semejantes pruebas.

—He leído a Bozzano y a Flammarion —dijo Malone—, pero, de todos modos, me interesan sus experiencias y conclusiones personales.

—Está bien, pero, si cita mis palabras textuales, tenga en cuenta que no me considero una autoridad en ciencias psíquicas. Puede que haya personas más sabias que tengan otra explicación. Sin embargo, lo que he visto me ha hecho llegar a ciertas conclusiones. Una de ellas es la idea de que existe cierta parte de verdad en el concepto teosófico de las conchas.

—¿Qué es eso?

—Ellos consideraban que todos los cuerpos espirituales cercanos a la Tierra eran conchas vacías o cáscaras de los que se había separado la entidad real. Naturalmente, en la actualidad sabemos que una afirmación general de tales características es absurda, pues no captaríamos las magníficas comunicaciones que conseguimos si no procedieran de inteligencias superiores. Pero debemos guardarnos de las generalizaciones. No todas son inteligencias superiores. Algunas son tan bajas que, en mi opinión, la criatura es meramente externa, y se trata de una apariencia más que de una realidad.

—Pero, entonces, ¿por qué se quedan ahí?

—Sí, ésa es la cuestión. Por lo general, se acepta la teoría de que existe el cuerpo natural, como san Pablo lo llama, que se disuelve con la muerte, y, por otro, el cuerpo etéreo o espiritual, que sobrevive y funciona en un plano etéreo. Éstos son los elementos esenciales. Pero quizá nos compongamos de muchos más elementos; puede existir un cuerpo mental que se difunda sobre cualquier punto en el que se haya experimentado una gran tensión mental o emotiva, que sea un torpe simulacro automático y, sin embargo, tenga nuestro aspecto y nuestros pensamientos.

—Bien —comentó Malone—, es una explicación satisfactoria hasta cierto punto, pues me parece inconcebible que un asesino y su víctima se pasen siglos enteros volviendo a escenificar el crimen. ¿Qué sentido tendría eso?

—Tienes mucha razón, joven amigo —dijo lord Roxton—. Un compañero mío, Archie Soames, el caballero Jock, tenía un viejo caserón en Berkshire[82]. Pues bien, allí había vivido Nell Gwynne, y él estaba dispuesto a jurar que se la había encontrado una decena de veces en el pasillo. Archie nunca se arredraba ante el gran salto del Grand National[83], pero ¡por Júpiter!, se encogía de miedo al pasar por esos pasillos por la noche. Algunas mujeres son imponentes, de acuerdo, pero ¡caramba!, tampoco hay que exagerar. Lo que quiero decir es que hay ciertos límites, ¡vaya que sí!

—En efecto —respondió el sacerdote—. Es imposible imaginar que el alma real de una personalidad tan enérgica como la de Nell pueda pasarse siglos paseando por esos pasillos. Pero si por casualidad en aquella casa la

hubiera concomido alguna obsesión o alguna inquietud, podría interpretarse que proyectó una concha y dejó allí una imagen-pensamiento de sí misma.

—Antes ha dicho que usted había tenido algunas experiencias.

—Tuve una antes de saber nada de espiritismo. No tengo muchas esperanzas de que me crean, pero les aseguro que es verdad. Siendo muy joven, fui párroco en el Norte. En una casa del pueblo había un duende, una de esas influencias malévolas que causan tantas contrariedades. Me ofrecí voluntario para exorcizarlo. En la Iglesia tenemos un método oficial de exorcismo[84], como ustedes sabrán, así que pensé que estaba bien pertrechado. Me situé en el salón, que era el centro de las perturbaciones. Todos los miembros de la familia se arrodillaron junto a mí y leí el oficio. ¿Qué creerán que ocurrió? —el adusto rostro de Mason se descompuso en una suave carcajada llena de humor—. Justo cuando llegué al amén y se suponía que la criatura se escabullía cabizbaja, la gran piel de oso de la chimenea se levantó sobre uno de sus extremos y me envolvió con toda naturalidad. Me avergüenzo al confesar que salí de la casa en dos saltos. Entonces comprendí que los procedimientos religiosos formales no surten ningún efecto.

—Entonces, ¿qué surte efecto?

—Es posible que la bondad y la razón consigan algo. Verán, varía mucho. Algunas criaturas apegadas a la Tierra o interesadas en la Tierra son neutrales, como estos simulacros o conchas de los que les hablo. Otros son buenos en el fondo, como los monjes de Glastonbury[85], que se han manifestado de una forma tan maravillosa en estos últimos años, tal y como cuenta Bkligh Bond. Les une a la Tierra un recuerdo piadoso. Otros son niños traviesos, como los duendes. Y algunos, espero que unos pocos, son criaturas fuertes, malévolas, de una maldad indescriptible, demasiado cargados de materia como para elevarse sobre nuestro planeta terrestre; tan cargados de materia, que sus vibraciones pueden ser lo suficientemente bajas como para ser captadas por la retina humana y hacerse visibles. Si en vida han sido personas bestiales, crueles y taimadas, siguen siendo crueles y taimadas, pero con más poder para hacer daño. Nuestro sistema de la pena capital libera monstruos malvados de este tipo, que mueren con vitalidad intacta, que pueden utilizar para vengarse.

—Este fantasma de Dryfont tiene un expediente increíblemente malo — dijo lord Roxton.

—Exacto. Por eso estoy en contra de la frivolidad. Tengo la impresión de que se trata del tipo de criatura que les digo. Como el pulpo que tiene su guarida en alguna cueva del océano y sale como una silenciosa y horrenda aparición para atacar a un bañista incauto, así me imagino yo a un espíritu que

se desliza en la oscuridad de la casa poseída para atacar a todo aquel a quien pueda hacer daño.

Malone empezaba a preocuparse seriamente.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Y no contamos con ninguna protección?

—Sí, creo que sí. Si careciéramos de ella, una criatura semejante sería capaz de arrasar la Tierra. Estamos protegidos porque existen también fuerzas blancas, además de las fuerzas de las tinieblas. Podemos llamarlos «ángeles de la guarda», como los católicos, o «guías», o «controles», pero, sea cual sea su nombre, existen de verdad y nos protegen del mal en el plano espiritual.

—¿Y qué me dice del tipo que se volvió loco, padre? ¿Dónde estaba su guía cuando el fantasma le envolvió con la alfombra? ¡Ja!

—Quizá el poder de nuestros guías depende de nuestra propia valía. Durante un tiempo, el mal logra siempre vencer, pero al final se impone el bien. Así es mi experiencia de la vida.

Lord Roxton sacudió la cabeza.

—Si es verdad que al final vencerá el bien, parece tan larga la batalla que creo que la mayoría no viviremos para ver el final. Y, si no, piensen en los malditos explotadores del caucho, a los que me enfrenté en el río Pumatoyo. ¿Dónde están ahora? ¡Ja! La mayoría de ellos, en París, pasándoselo bien. Y los pobres negros que asesinaron, ¿qué ha sido de ellos?

—Sí, a veces nos hace falta fe. Debemos recordar que no vemos el final. «Continuará en nuestra próxima fase» es la conclusión de cualquier historia de una vida. Por eso, lo que nos cuentan del otro mundo tiene un enorme valor para nosotros; es como una especie de anticipo de lo que nos espera en el próximo capítulo.

—¿Dónde puedo investigar sobre ese capítulo? —preguntó Malone.

—Hay muchos libros maravillosos, aunque el mundo todavía no haya aprendido a apreciarlos, que recogen hechos de la vida del más allá. Recuerdo un incidente, pueden interpretarlo como una parábola si quieren, pero en realidad es algo más. Un rico que había muerto llegó a la puerta de una hermosa mansión. Pero su guía lo alejó de allí con tristeza. «No es para ti. Es la casa de tu jardinero». Le muestra entonces una miserable choza. «No nos diste ningún material de construcción. Ha sido lo único que hemos podido construir». Ése puede ser el siguiente capítulo de la historia de los que se hacen millonarios con el caucho.

Roxton lanzó una cruel carcajada.

—A alguno que otro lo dejé en una choza de seis pies de longitud por dos de profundidad —dijo—. No se escandalice, padre. Quiero decir que yo no

amo a mi vecino como a mí mismo, y nunca lo amaré. A algunos los odio como al veneno.

—Debemos odiar el pecado. Yo, por mi parte, nunca he sido lo suficientemente fuerte como para separar el pecado del pecador. ¿Cómo voy a predicar cuando soy tan humano y tan débil como cualquiera?

—Ésa es la única predicación que puedo escuchar —dijo lord Roxton—. El tipo del púlpito está por encima de mi cabeza. Si baja a mi nivel podrá sacar algo de mí. Bueno, como esta noche no vamos a dormir demasiado y queda una hora para llegar a Dryfont, lo mejor será que procuremos descansar.

Eran más de las once cuando llegaron a su destino. La noche estaba tan fría que se había formado escarcha cuando el grupo llegó a su destino. La estación del pueblo marítimo estaba prácticamente desierta, pero un hombre bajito y grueso, envuelto en un abrigo de pieles, se adelantó corriendo a recibirlos y los saludó de manera afectuosa.

—Soy el señor Belchamber, propietario de la casa. Encantado de conocerlos, caballeros. Recibí su telegrama, lord Roxton, y todo está en regla. Ha sido muy amable al venir. Si puede hacer algo para aliviar mi carga, le estaré muy agradecido.

El señor Belchamber los condujo hasta el pequeño hotel de la estación, donde tomaron unos sándwiches y café que había tenido la amabilidad de encargar. Mientras comían, les habló de sus tribulaciones.

—Yo no soy un hombre rico, caballeros. Soy un ganadero retirado y todos mis ahorros son tres casas. Villa Maggiore es una de ellas. La conseguí barata, eso es cierto. Pero ¿cómo iba yo a pensar que era cierta la historia del médico loco?

—Cuéntenos la historia —dijo lord Roxton mordiendo un sándwich.

—Vivió en la época de la reina Victoria[86]. Yo le conocí. Era un hombre alto, nervudo, de rostro sombrío, hombros caídos y andares arrastrados. Decían que había pasado toda la vida en la India, y algunos pensaban que ocultaba algún crimen, porque nunca aparecía por el pueblo y eran contadas las veces que salía antes del anochecer. En una ocasión, le rompió una pata a un perro con una piedra y se habló de denunciarle por ello, pero la gente le tenía miedo, y nadie quiso acusarle. Los niños pequeños pasaban de largo corriendo, pues siempre estaba sentado, ceñudo y melancólico, en el ventanal, hasta que un día no salió a recoger la leche, ni tampoco al día siguiente. Cuando echaron abajo la puerta le encontraron muerto en la bañera,

sumergido en un baño de sangre, pues se había abierto las venas. Se llamaba Tremayne. Aquí nadie le ha olvidado.

—¿Y, a pesar de todo, compró usted la casa?

—Yo cambié el papel de las paredes, la pinté, la fumigué y renové el exterior. Se habría podido decir que era una casa nueva. Luego se la alquilé al señor Jenkins, de la destilería. Duró tres días. Bajé la renta, y entró el señor Beale, el tendero retirado. Fue él quien se volvió loco, loco de atar, al cabo de una semana. Y desde entonces la tengo vacía; me cuesta sesenta libras de mis ingresos, sin contar los impuestos que pago por ella. ¡Caballeros, si ustedes pueden hacer algo, háganlo, por el amor de Dios! De lo contrario, gano más quemándola.

Villa Maggiore se encontraba a una media milla del pueblo, en la falda de una colina baja. El señor Belchamber los condujo hacia allí y los acompañó hasta la misma puerta del vestíbulo. Verdaderamente, era una casa deprimente, con un enorme tejado que casi cubría las ventanas superiores. A la luz de la luna vislumbraron el jardín, que era una maraña de escuálida vegetación invernal, que en algunos sitios casi ocultaba el sendero. La finca estaba envuelta en una quietud lóbrega y siniestra.

—La puerta no está cerrada con llave —dijo el propietario—. Encontrarán unas sillas y una mesa en la sala, a la izquierda del vestíbulo. He mandado que enciendan allí el fuego. Encontrarán también un cubo lleno de carbón. Estarán bastante cómodos. Me disculparán si no entro con ustedes, pero es que mis nervios ya no son lo que eran.

Y con unas palabras de disculpa, el dueño se marchó y se quedaron solos ante su tarea.

Lord Roxton tenía una potente linterna eléctrica. Al abrir la mohosa puerta, un túnel de luz recorrió el lúgubre pasillo sin alfombrar, que desembocaba en una escalera de madera, ancha y recta, que a su vez conducía al piso de arriba. Había puertas a ambos lados del pasillo. La de la derecha daba a una gran habitación triste y desnuda, cuyo único contenido era un cortacésped abandonado en un rincón y una pila de libros y periódicos viejos. A la izquierda había otra estancia de las mismas proporciones, que resultaba mucho más acogedora. En el hogar ardía un hermoso fuego, había algunos muebles —tres butacas y una mesa de pino—, una jarra de agua, un cubo de carbón y algún otro objeto. Estaba alumbrada por una gran lámpara de aceite. El sacerdote y Malone se acercaron al fuego, pues hacía mucho frío. Mientras tanto, lord Roxton se concentró en los preparativos. Sacó su pistola automática de una bolsita de mano y la colocó sobre la repisa de la chimenea.

Luego sacó un paquete de velas y colocó dos, previamente encendidas, en el vestíbulo. Por último cogió un ovillo de estambre y ató varios hilos a través del pasillo trasero y de la puerta de enfrente.

—Echaremos un vistazo a la casa —dijo cuando terminó sus preparativos —. Luego, podemos esperar aquí lo que venga.

El pasillo del segundo piso se bifurcaba en el rellano de la escalera. A la derecha había dos amplias habitaciones desnudas y polvorientas, con el papel de las paredes arrancado a tiras y el suelo lleno de yeso desparramado. A la izquierda había una única habitación grande, en las mismas condiciones de abandono. Fuera se encontraba el cuarto de baño de trágico recuerdo, con su alta bañera de cinc todavía en su sitio. En su interior había grandes manchas rojas, y aunque no eran más que marcas de herrumbre, parecían reminiscencias terribles del pasado. Malone se sorprendió al ver que el sacerdote se tambaleaba y se apoyaba contra la puerta. Se había puesto pálido como un cadáver y sudaba copiosamente por la frente. Sus dos compañeros le ayudaron a bajar por la escalera, y permaneció un rato sentado, como si estuviera exhausto, antes de hablar.

—¿De verdad no han sentido nada ninguno de los dos? —preguntó—. La verdad es que yo tengo facultades de médium y estoy muy expuesto a las impresiones psíquicas. Ésta en particular ha sido horripilante.

—¿Qué ha sentido, padre?

—Es difícil describir estas cosas. Ha sido una sensación abrumadora de desánimo, una desolación absoluta. Ha afectado todos mis sentidos. Se me ha nublado la vista. Percibía un terrible olor a putrefacción. Me he quedado sin fuerzas. Créame, lord Roxton, lo que vamos a afrontar esta noche no va a ser nada agradable.

El aventurero estaba excepcionalmente serio.

—Eso empiezo a pensar —dijo—. ¿Se encuentra con fuerzas para afrontar la tarea?

—Siento haber sido tan débil —respondió el señor Mason—. Me quedaré hasta el final, por supuesto. Cuanto peor sea el caso, más necesaria será mi ayuda. Ahora ya me encuentro bien —agregó con su sonrisa jovial mientras sacaba una vieja pipa de brezo del bolsillo—. Ésta es la mejor medicina para los nervios irritados. Me quedaré aquí sentado fumando hasta que me necesiten.

—¿Tiene alguna idea de la forma que adoptará? —le preguntó Malone a lord Roxton.

—Será algo visible, de eso no cabe duda.

—Eso es lo que no consigo comprender, a pesar de todo lo que he leído —dijo Malone—. Todas las autoridades coinciden en que existe una base material, y en que esta base material procede del cuerpo humano. Llámese ectoplasma o como se quiera, es de origen humano, ¿no?

—En efecto —respondió Mason.

—Bien, en ese caso, ¿debemos suponer que este doctor Tremayne cobra forma tomando la sustancia de nosotros?

—En mi modesta opinión, en la mayoría de los casos los espíritus hacen eso. Cuando el espectador siente que se queda frío, que se le erizan los cabellos y todo lo demás, en realidad está percibiendo la misma pérdida de vitalidad que puede provocar un desmayo o incluso la muerte. Quizás antes me ha quitado vitalidad a mí.

—Entonces, ¿supone que nosotros no tenemos facultades de médium? ¿Cree que no hemos dado nada?

—Hace poco he leído un informe completo sobre un caso —respondió el señor Mason—. El profesor Neillson, de Islandia, lo había seguido de cerca y lo describió él mismo. En aquel caso, un espíritu malvado solía descender sobre un desafortunado fotógrafo de la ciudad, obtenía sus reservas de él y luego volvía y las utilizaba. Decía abiertamente: «Dame tiempo para bajar donde sea y te mostraré lo que soy capaz de hacer». Era una criatura formidable, y les costó muchísimo dominarla.

—Empiezo a pensar, joven amigo, que nos hemos metido en camisa de once varas —dijo lord Roxton—. Bueno, hemos hecho todo lo posible. El pasillo está bien iluminado. No puede bajar nadie por la escalera si no es rompiendo el estambre. Lo único que nos queda ahora es esperar.

Y esperaron. Transcurrió mucho rato. Habían colocado un reloj en la descolorida repisa de la chimenea, y sus manecillas avanzaron lentamente de la una a las dos y de las dos a las tres. Fuera, una lechuza ululaba tristemente en la oscuridad. La villa se encontraba en un camino vecinal, y no había sonido humano alguno que los pusiera en contacto con la realidad. El padre dormitaba en su asiento. Malone fumaba sin parar. Lord Roxton ojeaba una revista. Ocasionalmente se oían extraños golpecitos y crujidos en el silencio de la noche. Pero nada más, hasta que, de pronto…

Alguien bajaba por la escalera.

No cabía duda alguna. Se trataba de pasos, furtivos pero inconfundibles. ¡Crac, crac, crac! Luego llegó al rellano. Después a su puerta. Todos se incorporaron en sus asientos, y Roxton empuñó su automática. ¿Había entrado? La puerta estaba entornada, pero no se había abierto más. No

obstante, tenían la sensación de que no estaban solos, de que alguien los observaba. Al cabo de un instante, los pasos se alejaron. Débiles y rápidos, mucho más rápidos que antes. Se podría haber dicho que era un mensajero que se apresuraba a regresar con información para el gran señor que acechaba en las tinieblas del piso de arriba.

Los tres permanecieron callados, mirándose.

—¡Por Júpiter! —exclamó lord Roxton, finalmente.

Tenía el semblante pálido, pero firme. Malone garabateó unas notas y la hora exacta. El sacerdote rezaba.

—Estamos en un aprieto —dijo lord Roxton después de una pausa—. No podemos dejarlo así. Tenemos que llegar hasta el fondo. No tengo inconveniente en decirle, padre, que yo, que he perseguido a un tigre herido por la espesura de la jungla, nunca he sentido lo que siento ahora. Si buscaba sensaciones, ya las tengo. Pero voy para arriba.

—Subamos —respondieron sus compañeros levantándose de sus asientos.

—¡Quédate aquí, muchacho! Y usted también, padre. Los tres haremos demasiado ruido. Los llamaré si los necesito. Mi idea es salir sigilosamente y esperar sin moverme en la escalera. Si esa cosa, sea lo que sea, vuelve a venir, tendrá que pasar a través de mí.

Salieron los tres al pasillo. Las velas arrojaban sendos círculos de luz, y la escalera estaba intensamente iluminada, aunque la parte alta permanecía envuelta en tinieblas. Roxton se sentó en mitad de la escalera, pistola en mano. Se llevó un dedo a los labios y con un ademán impaciente ordenó a sus amigos que se retiraran a la habitación. Una vez allí, éstos se sentaron frente al fuego, esperando y esperando.

Pasó media hora, tres cuartos, y entonces, por fin, ocurrió. Hubo un ruido de pasos apresurados, la reverberación de un tiro, un forcejeo y un golpe fuerte, como de una caída, seguido de un grito de auxilio. Temblando de horror, salieron corriendo al vestíbulo. Lord Roxton estaba tendido en el suelo, con el rostro hundido en un montón de yeso y escombros. Cuando lo incorporaron parecía medio aturdido y sangraba por unas raspaduras que tenía en la mejilla y en las manos. En lo alto de la escalera, las sombras parecían más negras y más espesas que antes.

—Me encuentro bien —dijo Roxton mientras le llevaban a la silla—. Déjenme un momento para recobrar las fuerzas y libraré otro asalto con el demonio, porque, si éste no es el demonio, yo estoy ahora mismo en la luna.

—En esta ocasión no debería ir solo —dijo Malone.

—No debería haber subido nunca —agregó el sacerdote—. Pero cuéntenos lo ocurrido.

—La verdad es que ni yo mismo lo sé. Me quedé sentado, tal y como me dejaron, de espaldas al descansillo del segundo piso. De repente oí una carrera. Percibí una forma oscura justo encima de mí. Me volví a medias y disparé. Al cabo de un instante, algo me estrelló contra el suelo, como si fuera un monigote. Después me cayó encima una lluvia de yeso. Es todo lo que puedo contarles.

—No creo que debamos profundizar más —dijo Malone—. Ya está convencido de que se trata de algo sobrehumano, ¿verdad?

—No me cabe la menor duda.

—Pues bien, entonces ya ha tenido su experiencia. ¿Qué más quiere?

—Yo, por mi parte, quiero algo más —dijo el señor Mason—. Creo que es necesaria nuestra ayuda.

—Pues a mí me da la impresión de que somos nosotros quienes precisamos de ayuda —dijo lord Roxton frotándose la rodilla—. Vamos a necesitar un médico antes de terminar. Pero estoy con usted, padre. Creo que debemos llegar hasta el final. Si tú no quieres, joven amigo…

La sola insinuación puso en ebullición la sangre irlandesa de Malone.

—¡Subo yo solo! —gritó echando a andar hacia la puerta.

—No, por favor. Yo voy con usted.

El sacerdote le siguió apresuradamente.

—¡No irán sin mí! —gritó lord Roxton cojeando tras ellos.

Llegaron juntos al pasillo iluminado por las velas y envuelto en sombras. Malone tenía la mano puesta en la balaustrada y el pie en el primer escalón cuando sucedió.



¿Qué fue? Ni ellos mismos lo supieron. Sólo vieron que las sombras negras de lo alto de la escalera se volvieron más espesas, se fundieron y adoptaron una forma definida, semejante a la de un murciélago. ¡Dios santo! ¡Se movía! ¡Avanzaba rápida y silenciosamente hacia abajo! Negra, negra como la noche, gigantesca, mal definida, semihumana y absolutamente maligna y horripilante. Los tres hombres gritaron y se dirigieron a tientas hacia la puerta. Lord Roxton agarró el pomo y la abrió de par en par. Era demasiado voluminosa; la cosa estaba sobre ellos. Notaron un contacto glutinoso y caliente, un olor purulento, a putrefacción, un rostro espantoso no del todo formado y unos miembros retorcidos. Al cabo de un instante, los tres yacían en el camino de grava de la entrada, aturdidos y horrorizados, después de haber sido arrojados desde la casa. La puerta se había cerrado de golpe.

Malone lanzó un quejido y Roxton un juramento, pero el sacerdote permaneció en silencio mientras se reunían, sobrecogidos y magullados, pero con un horror interior que hacía insignificante cualquier daño físico. Se quedaron allí, congregados a la luz de la luna, con los ojos vueltos hacia el rectángulo negro de la puerta.

—Ya es suficiente —dijo Roxton por fin.

—Más que suficiente —dijo Malone—. No volvería a entrar en esa casa aunque pusieran Fleet Street a mis pies.

—¿Están heridos?

—Ultrajados, degradados. ¡Oh, ha sido repugnante!

—¡Asqueroso! —exclamó Roxton—. ¿Han sentido el hedor? ¿Y el calor purulento?

Malone lanzó un grito de asco.

—¡No tenía facciones, salvo los espantosos ojos! ¡Estaba semimaterializado! ¡Era horrible!

—¿Y qué va a pasar con las luces?

—¡Al diablo con las luces! Que se consuman. ¡No pienso volver a entrar!

—Bueno, Belchamber puede venir por la mañana. A lo mejor nos está esperando en la cafetería.

—Sí, vamos a la cafetería. Regresemos a la humanidad.

Malone y Roxton dieron media vuelta, pero el sacerdote se quedó donde estaba. Había sacado un crucifijo del bolsillo.

—Pueden marcharse —dijo—. Yo vuelvo a entrar.

—¿Cómo? ¿En la casa?

—Sí, en la casa.

—¡Padre, eso es una locura! Le romperá el cuello. Somos como peleles en sus garras.

—Bueno, pues que me lo rompa. Yo vuelvo.

—¡De ninguna manera! ¡Vamos, Malone, sujétale!

Pero ya era demasiado tarde. En dos saltos, el señor Mason llegó a la puerta, la abrió, pasó y cerró desde dentro. Cuando sus compañeros trataron de seguirle, oyeron un crujido metálico al otro lado. El padre acababa de echar el cerrojo. Había una gran hendidura en el lugar que antes ocupaba el buzón. A través de ella, lord Roxton le exhortó a regresar.

—¡Quédense ahí! —dijo en tono tajante el sacerdote—. Tengo que cumplir con mi deber. Saldré cuando haya terminado.

Al cabo de un momento se puso a hablar. Su voz amable, cálida y afectuosa resonó en el vestíbulo. Desde fuera sólo pudieron oír fragmentos: una oración; una exhortación; un saludo bondadoso. Al mirar por la rendija, Malone distinguió la figura recta y oscura a la luz de la vela, con la espalda vuelta hacia la puerta y la cara hacia las sombras de la escalera, con el crucifijo enarbolado en la mano derecha.

Su voz se sumió en el silencio y a continuación sucedió otro de los milagros de aquella azarosa noche. Una voz le respondió. Era un sonido que los oyentes no había percibido en su vida: una articulación gutural, áspera, bestial, indescriptiblemente amenazadora. Dijo algo corto, pero fue respondido al instante por el sacerdote, cuya voz sonaba más aguda, alterada por la emoción. Dio la impresión de que articulaba una exhortación, e inmediatamente recibió la respuesta de la horripilante voz del más allá. Una y otra vez, sin tregua, se oyó el discurso y la respuesta, unas veces más corta y otras más larga, oscilando en todos los registros de la súplica, la discusión, el rezo, el consuelo; todo, menos la censura. Impresionados en lo más profundo, Roxton y Malone se agazaparon junto a la puerta, captando fragmentos de aquel diálogo inverosímil. Luego, tras una espera que les pareció que se prolongaba durante siglos, aunque sólo había transcurrido una hora, el señor Mason pronunció el Padre Nuestro en voz alta, exultante y plena. ¿Era una ilusión, o realmente le acompañaba una voz que surgía de las sombras? Al cabo de un momento se apagó la luz y el sacerdote salió con la bolsa de lord Roxton. A la luz de la luna, su rostro tenía un aspecto cadavérico, pero parecía animado y feliz.

—Creo que lo encontrará todo dentro —dijo dándole la bolsa.

Roxton y Malone le cogieron cada uno de un brazo y se lo llevaron corriendo al camino.

—¡Por Júpiter! ¡No se vuelva a escapar! —gritó el aristócrata—. Padre, se merece usted una colección de Cruces de Victoria[87].

—No, no, era mi obligación. Pobre hombre, necesitaba ayuda desesperadamente. Yo no soy más que un pecador, como él, y sin embargo he podido prestársela.

—¿Le ha ayudado?

—Eso espero. Sólo he sido un humilde instrumento de fuerzas superiores. La casa ya no está encantada. Me lo ha prometido. Pero no quiero hablar de ello ahora. Probablemente me será más fácil dentro de unos días.

El propietario y las camareras miraron con asombro a los tres aventureros, que aparecieron en el café cuando despuntaba la fría mañana invernal con su luz mortecina. Parecía que todos habían envejecido cinco años aquella noche. El señor Mason, en plena reacción, se dejó caer en un sofá de la humilde cafetería y se quedó dormido al instante.

—¡Pobre hombre! ¡Tiene muy mal aspecto! —exclamó Malone.

En efecto, su semblante pálido y ojeroso y sus largos miembros inertes parecían los de un cadáver.

—Le haremos tragar una taza de té caliente —respondió lord Roxton mientras se calentaba las manos en el fuego que acababa de encender la camarera—. ¡Por Júpiter! A nosotros tampoco nos vendrá mal tomar un poco. Bueno, muchacho, hemos conseguido lo que buscábamos. Yo he tenido mi sensación, y tú tu tema periodístico.

—Y él tiene la salvación de un alma. Debemos reconocer que nuestros fines parecen muy humildes comparados con el suyo.

Tomaron el primer tren a Londres, y les correspondió un compartimiento para ellos solos. Mason apenas había dicho nada, y parecía ensimismado en sus pensamientos. De repente se dirigió a sus acompañantes.

—Perdonen, ¿les importaría rezar conmigo un instante?

Lord Roxton hizo una mueca.

—Le advierto, padre, que yo no tengo mucha práctica.

—Arrodíllense conmigo, por favor. Necesito su ayuda.

Se arrodillaron cada uno a un lado, y el padre en el centro. Malone tomó nota mental de la oración.

—Padre, somos todos hijos Tuyos, criaturas débiles e indefensas a merced del Destino y de las circunstancias. Te ruego que mires con misericordia a Rupert Tremayne, un hombre que se alejó de Ti y que ahora está en las

tinieblas. Ha caído bajo, muy bajo, porque tiene un corazón orgulloso que no cede y una mente cruel rebosante de odio. Pero ahora se volverá hacia la luz y por eso te ruego que tengas piedad de él y de una mujer, Emma, que, por amor a él, ha caído en las tinieblas. Que ella le eleve, tal y como ha tratado de hacer. Que juntos rompan las cadenas de los malos recuerdos que los mantienen atados a la Tierra. Que a partir de esta noche puedan ascender hacia la luz gloriosa que al final brilla siempre, hasta sobre los más bajos.

Se pusieron en pie.

—¡Ya me encuentro mejor! —exclamó el sacerdote golpeándose el pecho con su huesuda mano y esbozando una gran sonrisa—. ¡Vaya noche! ¡Dios mío, vaya noche!

NOTA DEL AUTOR

Espíritus prisioneros en la Tierra

Este capítulo puede considerarse sensacionalista, pero lo cierto es que todos los sucesos que relata están perfectamente documentados. El episodio de Nell Gwynne, mencionado por lord Roxton, me lo relató el coronel Cornwallis West como ocurrido en una casa de campo suya. Visitantes que se encontraron al fantasma en los pasillos y que después vieron el retrato de Nell Gwynne colgado en la sala de estar exclamaron: «Ésa es la mujer con la que me encontré».

La aventura del terrible ocupante de la casa abandonada ha sido tomada con muy pocos cambios de la experiencia de lord St. Audries en una casa encantada cerca de Torquay[88]. Este valiente soldado contaba su experiencia en *The Weekly Dispatch* (Diciembre, 1921), y está admirablemente narrado en la obra de Violet Tweedale *Phantoms of the Dawn*. En cuanto a la conversación mantenida entre el clérigo y el espíritu preso en la Tierra, la misma autora ha descrito una similar en la crónica de las aventuras de lord y lady Wynford en el castillo de Glamis (*Ghosts I Have Seen*, pág. 175).

De dónde saca un espíritu de estas características su provisión de energía material es un problema sin resolver. Probablemente sea de algún individuo

cercano con poderes de médium. En el interesantísimo caso citado por el reverendo Chas. Mason en la narración y observado con suma atención por la Sociedad de Investigación Psíquica de Reykjavik, Islandia, la formidable criatura apegada a la Tierra proclamaba cómo conseguía su vitalidad. Este hombre había sido en vida un pescador de carácter brutal y violento que se suicidó. Se aferró al médium y le siguió a las sesiones de la Sociedad, causando una confusión y una alarma indescriptibles, hasta que fue exorcizado por el mismo procedimiento descrito en el relato. En los *Proceedings of the American Society of Psychic Research* y en la revista del Colegio Psíquico, *Psychic Research*, de enero de 1925, apareció una pormenorizada narración. Hay que destacar que Islandia está muy avanzada en ciencias psíquicas, y en proporción con su población y con sus posibilidades se halla probablemente a la cabeza de todos los demás países. El obispo de Reykjavik es presidente de la sociedad psíquica, lo que constituye probablemente una lección para nuestros prelados, cuya desvinculación del estudio de estas materias es poco menos que un escándalo. La cuestión se refería a la naturaleza de la ciencia y a su destino en el Más Allá, aunque, según creo, hay menos estudiosos de la materia entre nuestros guías espirituales que entre personas de cualquier otra profesión.

IX

En el que se presentan unos fenómenos muy físicos

Malone parecía destinado a verse involucrado en los problemas de la familia Linden, pues, tras presenciar el desenlace de la historia del desafortunado Tom, se vio involucrado de una forma mucho más desagradable con su indeseable hermano.

El episodio comenzó una mañana con una llamada telefónica de Algernon Mailey.

—¿Está libre esta tarde?

—A su servicio.

—Verá, Malone, usted es un hombre corpulento. Si no me equivoco, jugó en la selección irlandesa de *rugby*, ¿verdad? No le asustan las peleas, ¿verdad?

Malone esbozó una sonrisa.

—Puede contar conmigo.

—Puede que sea algo realmente fuerte. Es probable que tengamos que enfrentarnos a un boxeador profesional.

—¡Perfecto! —exclamó Malone alegremente.

—Y necesitamos otro hombre para hacer el trabajo. ¿Conoce a algún tipo que se anime a venir sólo por afán de aventura? Si entiende algo de fenómenos psíquicos, tanto mejor.

Malone vaciló un momento, pero luego tuvo una inspiración.

—Roxton —dijo—. No es ningún cobarde, y puede ser útil en una pelea. Creo que conseguiré localizarlo. Está muy interesado en el espiritismo desde la experiencia de Dorsetshire.

—¡Bien! Tráigale. Si no puede venir, tendremos que afrontar la tarea nosotros solos. A las tres de la tarde en Belshaw Gardens, S. W. número 41, junto a la estación de Earl’s Court. ¿De acuerdo?

Malone llamó de inmediato a lord Roxton.

—¿Qué hay, joven amigo?… ¿Una pelea? Claro, por supuesto. Pero… Estaba pensando que tengo una partida de golf en Richmond Deer Park, pero esto me parece más atractivo… ¿Cómo? Muy bien. Allí nos veremos.

Y así, a eso de las tres, Mailey, lord Roxton y Malone se encontraban sentados alrededor de la chimenea, en el confortable salón del abogado. Su esposa, una mujer dulce y muy hermosa, que era su compañera en la vida espiritual y en la material, se encontraba allí para darles la bienvenida.

—Bueno, querida, tú no intervienes en este acto —dijo Mailey—. Te retirarás discretamente entre bastidores. Si oyes ruido de pelea, no te preocupes.

—¡Cómo no me voy a preocupar, querido! Puedes resultar herido.

Mailey se echó a reír.

—En todo caso, resultarán dañados tus muebles. Es lo único que debes temer, querida. Además, todo es por el bien de la causa. Con eso siempre se soluciona todo —explicó a sus visitantes mientras su mujer salía de mala gana de la habitación—. Estoy convencido de que se dejaría llevar a la hoguera por la causa. Tiene un gran corazón, rebosante de ternura, y sabe que sería maravilloso para este planeta envuelto en las tinieblas que la gente se liberara de la sombra de la muerte y conociera la gran felicidad que nos espera. ¡Por Júpiter!, ella me inspira… Bueno —prosiguió echándose a reír—. Ahora debo ir al grano. Tenemos que pensar en algo muy diferente, algo tan horrible y vil como ella es hermosa y buena. Se trata del hermano de Tom Linden.

—He oído hablar de ese tipo —dijo Malone—. Yo he practicado un poco el boxeo y todavía soy miembro del N.S.C. Silas Linden estuvo a punto de ser campeón de los welter.

—De él se trata. Está sin trabajo y se le ha ocurrido la idea de ganarse la vida como médium. Como es natural, algunos espiritistas, entre los que me contaba yo, nos lo tomamos en serio, porque todos apreciamos a su hermano. En muchos casos estos poderes se dan en familias enteras, por lo que sus pretensiones nos parecían razonables, así que lo pusimos a prueba anoche.

—Y bien, ¿qué ocurrió?

—Yo sospechaba del tipo desde el principio. Comprenderán que un médium tiene pocas posibilidades de engañar a un espiritista con experiencia. Cuando se producen engaños es a costa de las personas ajenas al movimiento. Lo observé atentamente desde el principio, y me senté cerca de la cabina. Al cabo de un rato, apareció vestido de blanco. Tal y como habíamos acordado previamente, rompí el contacto con mi mujer, que estaba sentada a mi lado, y

le sentí pasar junto a mí. Naturalmente, iba de blanco. Con unas tijeras que llevaba corté un trozo de tela del borde de la túnica.

Mailey sacó un triángulo de tela blanca del bolsillo.

—Ahí lo tiene. Es una tela muy ordinaria. Sin duda el tipo llevaba su camisa de dormir.

—¿Por qué no le desenmascaró de inmediato? —preguntó lord Roxton.

—Porque había varias damas presentes, y yo era el único hombre robusto.

—Bien, entonces, ¿qué propone?

—Lo he citado aquí a las tres y media. Debe de estar a punto de llegar. A menos que se haya dado cuenta de que a su túnica le falta un trozo de tela, no creo que sospeche por qué quiero verle.

—¿Qué va a hacer?

—Bueno, depende de él. Hemos de pararle los pies a toda costa. Impostores como él perjudican enormemente nuestra causa. Cuando un pícaro que no sabe nada se mete en esto por dinero, perjudica enormemente el trabajo de los médiums auténticos. Como es natural, la opinión pública los juzga a todos por el mismo rasero. Con su ayuda, podré hablar con ese tipo en condiciones de igualdad, cosa que resultaría imposible estando yo solo. ¡Por Júpiter, ya está aquí!

Se oyeron unos pasos enérgicos en el pasillo. Al cabo de un momento se abrió la puerta y entró en la sala Silas Linden, falso médium y exboxeador. Sus ojos, pequeños y torvos, semiocultos bajo la espesa maraña de sus cejas, lanzaron en derredor una mirada recelosa. Luego esbozó una sonrisa forzada y saludó con la cabeza a Mailey.

—Buenos días, señor Mailey. Anoche tuvimos una buena velada, ¿no es cierto?

—Siéntese, Linden —dijo Mailey, señalándole una silla—. Precisamente quería hablarle de lo de anoche. Fue un engaño.

El semblante tosco de Silas Linden enrojeció de furia.

—¿Cómo dice? —gritó bruscamente.

—Usted nos engañó. Se disfrazó para hacerse pasar por un espíritu.

—¡Es usted un maldito mentiroso! —exclamó Linden—. No hice nada de eso.

Mailey cogió el trozo de tela de su bolsillo y se lo extendió sobre las rodillas.

—¿Y qué me dice de esto? —preguntó.

—Sí, ¿qué pasa con eso?

—Lo corté de la vestimenta blanca que llevaba. Se lo corté yo mismo cuando estaba de pie delante de mí. Si examina la camisa encontrará el lugar. Es inútil, Linden. El juego ha terminado. No puede negarlo.

Durante un momento, el hombre se quedó totalmente desconcertado. A continuación, prorrumpió en un torrente de improperios.

—¿A qué juego se refiere? —gritó, dirigiendo a todas partes su mirada furiosa—. ¿Se han creído que me pueden tomar el pelo impunemente como si fuera un primo? ¿Qué es esto, una estratagema o qué? Les advierto que se han equivocado de hombre si lo que quieren es engañarme.

—De nada le va a servir armar un escándalo o ponerse violento, Linden —dijo Mailey sin perder la compostura en ningún momento—. Podría llevarle mañana mismo a los tribunales, pero por el bien de su hermano no quiero ningún escándalo público. No saldrá de esta habitación hasta que firme un papel que tengo aquí, en mi escritorio.

—¿Ah, no? ¿De verdad? ¿Quién va a impedírmelo?

—Nosotros.

Los tres hombres le cerraron el paso a la puerta.

—¡Ustedes! ¡Muy bien, inténtenlo! —exclamó haciéndoles frente enfurecido, apretando los puños.

No respondieron; los tres lanzaron el grito de guerra, posiblemente una de las expresiones más antiguas del ser humano. En cuestión de un instante, Linden estaba sobre ellos disparando sus puños con una fuerza terrorífica. Mailey, que había practicado el boxeo en su juventud, paró un golpe, pero el siguiente le cogió desprevenido y le derribó contra la puerta. Lord Roxton rodó a un lado, pero Malone, con el instinto del jugador de *rugby*, agachó la cabeza y agarró al boxeador por las rodillas. Si un hombre es más fuerte que uno cuando está de pie, lo mejor es tumbarlo para entorpecer sus movimientos. Linden se desplomó, golpeándose con un sillón antes de llegar al suelo. Se arrastró sobre una rodilla, y luego se incorporó de una sacudida, pero Malone le derribó de nuevo y Roxton le asió por el cuello con sus manos huesudas. Silas Linden, que en el fondo era un cobarde, se sintió intimidado.



—¡Déjenme! —gritó—. ¡Me rindo!

Estaba tendido en el suelo, inmovilizado, con Malone y Roxton sobre él.

Mailey se había incorporado, pálido y tembloroso después de su caída.

—¡Me encuentro bien! —gritó respondiendo a una voz femenina que le hablaba desde el otro lado de la puerta—. No, todavía no, querida, pero dentro de poco podrás entrar. Bueno, Linden, no hace falta que se ponga de pie, pues puede hablar perfectamente desde donde está. Tiene que firmar este papel antes de salir de aquí.

—¿Qué papel es ése? —refunfuñó Linden cuando Roxton aflojó la manos en su cuello.

—Se lo leeré.

Mailey lo cogió del escritorio y leyó en voz alta.

> Yo, Silas Linden, declaro en este documento que me he comportado como un pícaro y un canalla al hacerme pasar por un espíritu, y juro que nunca más en mi vida fingiré ser médium. Si rompiera este juramente, esta confesión firmada se utilizará para acusarme ante el tribunal correccional.

—¿Lo firmará?

—¡No, maldita sea!

—¿Quiere que siga apretando? —preguntó lord Roxton—. A lo mejor, cuando empiece a ahogarse, le entra un poco de sentido común… ¡Ja!

—No hace falta —dijo Mailey—. Tenemos pruebas suficientes para denunciarle al tribunal correccional. Así demostraremos a la opinión pública que estamos decididos a mantener limpia nuestra casa. Le concedo un minuto para que lo piense, Linden, y después llamaré a la policía.

El impostor no tardó ni un minuto en decidirse.

—De acuerdo —dijo con resentimiento—. Firmaré.

Le permitieron que se levantara con la advertencia de que si intentaba cualquier cosa no saldría tan bien parado como la primera vez. Pero no le quedaban ganas de pelea, y garabateó con letra grande y tosca «Silas Linden» al final de la hoja sin decir palabra. Los tres hombres firmaron a su vez como testigos.

—¡Y ahora, fuera de aquí! —dijo Mailey con brusquedad—. ¡En el futuro busque algún trabajo honrado y deje en paz las cosas sagradas!

—¡Ahórrese sus gazmoñerías hipócritas! —respondió Linden.

Así, se marchó, gruñendo y jurando, perdiéndose en la oscuridad exterior de la que había salido.

En cuanto se hubo marchado, la señora Mailey entró corriendo para asegurarse de que su marido se encontraba bien. Una vez satisfecha con respecto a este particular, se lamentó de su silla rota, pues como buena mujer cuidaba con orgullo todos los detalles de su humilde hogar.

—No te inquietes, querida. Es un bajo precio el que hemos tenido que pagar para arrojar del movimiento a ese canalla. No se marchen, amigos. Quiero hablar con ustedes.

—Dentro de un momento serviremos el té.

—Quizá nos sentaría mejor algo más fuerte —dijo Mailey y, en efecto, los tres estaban agotados pues, al desaparecer el peligro, sus energías les habían abandonado. Roxton, que había disfrutado enormemente con todo ello, estaba pictórico de vitalidad, pero Malone se sentía molido y Mailey había escapado por poco a una lesión seria provocada por aquel potente puño.

—Me he enterado —comentó Mailey mientras todos se sentaban alrededor del fuego— de que este canalla le ha estado sacando dinero al pobre Tom Linden durante años. Era una especie de chantaje, pues había amenazado con denunciarle. ¡Por Júpiter! —exclamó de pronto, asaltado por una súbita inspiración—, eso explica entonces la investigación policial. ¿Por qué iban a

elegir a Linden entre todos los médiums de Londres? Ahora recuerdo que Tom me contó que su hermano le había pedido que le enseñara a ser médium, y que él se había negado.

—¿Podría haberle enseñado? —preguntó Malone.

Mailey meditó un momento la respuesta.

—Bueno, quizá sí —dijo finalmente—. Pero creo que Silas Linden, como falso médium, sería mucho menos peligroso que Silas Linden como verdadero médium.

—No le comprendo.

—Los poderes de médium se pueden adquirir —dijo la señora Mailey—. Podría incluso decirse que es contagioso.

—Ése era el significado de la imposición de las manos en la Iglesia primitiva —explicó Mailey—. Era la concesión de poderes taumatúrgicos[89]. Ahora no podemos hacerlo con tanta rapidez. Pero si un hombre o una mujer acude a una sesión con deseos de adquirirlos, sobre todo si la sesión en cuestión se hace en presencia de un verdadero médium, existe la posibilidad de que reciba los poderes.

—Pero ¿por qué ha dicho que sería peor que como médium falso?

—Porque podría utilizar esos poderes para hacer el mal. Le aseguro, Malone, que lo que se cuenta de la magia negra y de las entidades malignas no son invenciones del enemigo. Ese tipo de cosas suceden alrededor de médiums perversos. Se puede descender a un terreno similar al conocido por la gente como brujería[90]. Negarlo sería incurrir en una mentira.

—Los semejantes se atraen —explicó la señora Mailey, que era tan buena oradora como su marido—. Cada uno tiene lo que se merece. Si se asiste a una sesión cuyos asistentes son gente malvada, los visitantes serán malvados.

—Entonces, ¿es cierto que el espiritismo tiene una vertiente peligrosa?

—¿Conoce algo en este mundo que no la tenga cuando se utiliza mal o se exagera? La vertiente peligrosa existe completamente al margen del espiritismo ortodoxo, y nuestra ciencia es el método más eficaz para luchar contra ella. Yo creo que la brujería de la Edad Media era algo muy real, y que la mejor manera de enfrentarse a tales prácticas es cultivar los poderes superiores del espíritu. Desentenderse completamente de ello equivaldría a ceder terreno a las fuerzas del mal.

Lord Roxton intervino de forma inesperada.

—El año pasado, cuando estuve en París —dijo—, conocí a un tal La Paix, que andaba metido en cuestiones relacionadas con la magia negra.

Organizaba sesiones y cosas por el estilo. En realidad no era algo del todo malo, pero tampoco puede decirse que fuera muy espiritual.

—Como periodista, me gustaría tener algún contacto con esa otra vertiente para poder informar objetivamente sobre la cuestión —dijo Malone.

—Me parece muy bien —asintió Mailey—. Queremos que todo se conozca.

—Entonces, joven amigo, si me concedes una semana de tu tiempo y vienes a París, te presentaré a La Paix.

—Es curioso, yo también le tenía preparada una visita a París a nuestro amigo —dijo Mailey—. El doctor Maupuis, del Institut Métapsychique, me ha invitado a presenciar algunos de los experimentos que está realizando con un médium de Galitzia[91]. Lo que más me interesa del espiritismo es su aspecto religioso, precisamente, pero los científicos del Continente[92] no se ocupan en absoluto de él; no obstante, en lo relativo al examen fiel y minucioso de los fenómenos psíquicos van por delante de todos, salvo del pobre Crawford, de Belfast, que era único en su género. Le prometí a Maupuis que iría a verle; además, es cierto que está obteniendo ciertos resultados maravillosos y, en ciertos aspectos, bastante alarmantes.

—¿Por qué alarmantes?

—Últimamente, las materializaciones que consigue no tienen ningún atributo humano. Esto está confirmado con fotografías. Pero no le diré más, porque prefiero que lo aborde sin prejuicios, si es que viene.

—Naturalmente que iré —dijo Malone—. Estoy seguro de que mi jefe querrá enviarme.

En aquel momento llevaron el té, interrumpiendo la conversación del mismo modo irritante en que nuestras necesidades corporales entorpecen nuestras más elevadas ocupaciones. Pero Malone estaba demasiado interesado como para dejarse distraer.

—Ha mencionado las fuerzas del mal. ¿Es que alguna vez se ha puesto en contacto con ellas?

Mailey miró a su mujer y sonrió.

—Continuamente —dijo—. Forma parte de nuestro trabajo. Es nuestra especialidad.

—Tenía entendido que cuando se producía una intrusión de ese tipo la ahuyentaban.

—No necesariamente. Si podemos ayudar a algún espíritu inferior, le ayudamos, y nuestro único método es animarle a que nos cuente sus tribulaciones. La mayoría no son perversos. Son pobres criaturas, ignorantes y

atrofiadas que sufren las consecuencias de las ideas limitadas y falsas que aprendieron en este mundo. Tratamos de ayudarlos… y lo conseguimos.

—¿Y cómo saben que lo consiguen?

—Porque posteriormente nos mantienen informados de sus progresos. Nuestra gente pone en práctica estos métodos con frecuencia. Se llaman «grupos de rescate».

—He oído hablar de los grupos de rescate. ¿Dónde podría asistir a alguno? Cada vez me siento más atraído por esto. Constantemente se abren nuevas incógnitas. Si quisiera ayudarme a ver este nuevo aspecto de la cuestión lo consideraría como un gran favor.

Mailey se quedó pensativo.

—Nosotros no queremos hacer un espectáculo de estas pobres criaturas, aunque, por otro lado, si bien todavía no podemos considerarle a usted espiritista, ha tratado la cuestión con cierta comprensión y simpatía.

Dirigió una mirada interrogativa a su mujer, que sonrió y asintió.

—Está bien, tiene nuestro permiso. Verá, nosotros tenemos nuestro propio grupo de rescate, y hoy, a las cinco en punto, celebramos nuestra reunión semanal. Nuestro médium es el señor Terbane. Normalmente nos reunimos los tres y el señor Charles Mason, el sacerdote. Pero, si ustedes están interesados en vivir la experiencia, tendremos mucho gusto en que se queden. Terbane llegará inmediatamente después del té. Trabaja como mozo de estación, y no puede disponer libremente de su tiempo. Sí, el poder psíquico en sus variadas manifestaciones se alberga en humildes moradas, pero no cabe duda de que ésa ha sido su principal característica desde el principio; los antiguos profetas eran pescadores, carpinteros, fabricantes de tiendas, camelleros… En la actualidad, los más altos dones psíquicos de Inglaterra residen en un minero, en un operario textil, en un mozo de estación, en un marinero y en una mujer de la limpieza. Así, la historia se repite, y el necio magistrado que juzgó a Tom Linden no era otro sino Félix, el juez de Pablo[93]. La antigua rueda sigue girando.

X

De Profundis[94]

Todavía estaban tomando el té cuando llegó el señor Charles Mason. La investigación psíquica es una de las mejores maneras de crear estrechas relaciones espirituales; por eso, Roxton y Malone, que solamente habían visto a Mason en una ocasión, se sentían más unidos a él que a otras personas a las que conocían desde hacía años. La relación estrecha y vital es uno de los rasgos característicos de esta comunión. Cuando apareció en el umbral el clérigo, delgado y desgarbado, con su ajado y demacrado rostro iluminado por una sonrisa llena de humanidad que dignificaba su mirada grave, ambos sintieron que acababa de entrar un amigo de toda la vida. Su saludo fue igualmente cordial.

—¡Todavía investigando! —exclamó mientras les estrechaba la mano—. Esperemos que su próxima experiencia no sea tan horripilante como la primera.

—¡Por Júpiter, padre! —exclamó Roxton—. Desde entonces tengo el ala del sombrero desgastada de tantas veces como me lo he quitado pensando en usted.

—Pero ¿qué hizo? —preguntó la señora Mailey.

—¡No, no! —exclamó Mason—. Intenté, con mis modestos métodos, servir de guía a un alma sumida en las tinieblas. No hablemos más de ello. Pero ahora estamos aquí para hacer exactamente lo mismo y para saber lo que hacen nuestros queridos amigos semana a semana. El señor Mailey fue quien me enseñó a intentarlo.

—Sí, la verdad es que tenemos mucha práctica —dijo Mailey—. Usted ya ha visto lo suficiente como para saberlo, Mason.

—No acabo de comprenderlo del todo —exclamó Malone—. ¿Podrían aclararme un poco la cuestión? Por ahora, he aceptado su hipótesis de que estamos rodeados por espíritus materiales, ligados a la Tierra, que se

encuentran en unas extrañas condiciones que no comprenden y que necesitan consejos y orientación. Ésa sería aproximadamente la explicación, ¿no?

Los Mailey asintieron.

—Pues bien; probablemente, sus amigos y parientes muertos están también al otro lado y conocen el estado de ignorancia en que se encuentran esas almas. Sabiendo la verdad, ¿no podrían atender las necesidades de los afligidos mucho mejor que nosotros?

—Es una pregunta muy lógica —respondió Mailey—. A nosotros también se nos ocurrió, y se la planteamos a ellos. Su respuesta, que debemos aceptar, es la siguiente: al parecer, esos espíritus se encuentran anclados a la superficie de esta Tierra porque son demasiado pesados y grandes como para elevarse. Presumiblemente, los demás se encuentran en un nivel espiritual, muy alejados de ellos. Nos explican que están mucho más cerca de nosotros, y saben de nosotros, pero no de los que están en niveles superiores. Por lo tanto, somos nosotros los mejor situados para ponernos en contacto con ellos.

—Hemos hablado con un alma infeliz sumida en las tinieblas…

—Mi mujer siente amor por todos y por todo. Es capaz de hablar del pobre y querido diablo —dijo Mailey a modo de aclaración.

—¡Naturalmente que hay que compadecerlos y amarlos! —exclamó la dama—. Este pobre hombre al que me refiero recibió nuestros cuidados durante semanas y semanas. Verdaderamente, había salido de la profundidad. Entonces, un buen día, exclamó extasiado: «¡Ha venido mi madre! ¡Mi madre está aquí!». Como es natural, nosotros dijimos: «¿Por qué no ha acudido antes?». «¿Cómo iba a venir —respondió él—, cuando este lugar estaba tan oscuro que no podía verme?».

—Muy bien —dijo Malone—, según he deducido observando sus métodos, algún guía, control o espíritu superior lo regula todo y les trae a los que sufren. Si él sabe de su existencia, sería de esperar que otros espíritus superiores también estuvieran al corriente.

—No, porque es su misión específica —dijo Mailey—. Para demostrarle lo claras que son las divisiones, se me ocurre el caso de un alma sumida en las tinieblas con la que hemos tenido contactos. Recibimos la visita de nuestros espíritus, que no repararon en que el otro se encontraba allí hasta que llamamos su atención sobre ello. Cuando le dijimos al alma atormentada: «¿No ves a nuestros amigos junto a ti?», él respondió: «Veo una luz, pero nada más».

En aquel momento, la conversación se vio interrumpida por la llegada del señor John Terbane, de la estación Victoria, donde cumplía con sus

obligaciones terrenales. Iba vestido con ropa de calle, y resultó ser un hombre pálido y taciturno, sin barba, de mirada soñadora y pensativa, pero sin ninguna característica que revelara la extraordinaria función que cumplía.

—¿Tienen mi informe? —preguntó al entrar.

La señora Mailey, sonriendo, le tendió un sobre.

—Lo tenemos todo preparado para que lo lea en casa. Verán —explicó a los demás—, el pobre señor Terbane entra en trance y no se entera de nada del maravilloso trabajo del que es instrumento, de modo que después de cada sesión mi marido y yo redactamos una relación de los hechos para él.

—Y yo me quedo perplejo cuando las leo —dijo Terbane.

—Y muy orgulloso, ¿no? —añadió Mason.

—Eso, no sé —respondió Terbane humildemente—. No creo que sea motivo de orgullo para una herramienta el hecho de que el trabajador decida utilizarla. No obstante, es un privilegio, naturalmente.

—¡Querido Terbane! —exclamó Mailey posando la mano en el hombro del ferroviario—. Cuanto mejor es el médium, menos egoísta. Por lo menos, eso es lo que he visto en mis experiencias. Un médium es una persona que se entrega para que otros la utilicen, y eso es incompatible con el egoísmo. Creo que será mejor que nos pongamos a trabajar, porque, si no, el señor Chang nos va a regañar.

—¿Quién es? —preguntó Malone.

—¡Ah, enseguida conocerá al señor Chang! No es necesario que nos sentemos alrededor de la mesa. Un semicírculo en torno al fuego sirve perfectamente. Así está bien. Póngase cómodo, Terbane. Échese sobre los cojines.

El médium se sentó en un extremo de un sofá e inmediatamente se sumió en una especie de sopor. Mailey y Malone prepararon sus cuadernos esperando los acontecimientos.

No tardaron en producirse. De repente, Terbane se incorporó; su aire distraído se transformó; adoptó una actitud atenta y dominante. En su cara se había operado un cambio sutil. Esbozó una sonrisa ambigua. Sus ojos parecían más oblicuos y menos abiertos, y su rostro, más afilado. Había metido las manos en el interior de las mangas de su chaqueta.

—Buenas tardes —dijo, hablando en tono seco y entrecortado—. ¡Caras nuevas! ¿Quiénes son?

—Buenas tardes, Chang —dijo el dueño de la casa—. Ya conoce al señor Mason. Éste es el señor Malone, que estudia nuestra ciencia. Y éste es lord Roxton, que hoy me ha ayudado.

A medida que los iba nombrando, Terbane hacía majestuosos movimientos de salutación al modo oriental, llevándose la mano a la frente. Su porte majestuoso no tenía nada que ver con el del humilde hombrecillo que acaba de sentarse hacía unos pocos minutos.

—¡Lord Roxton! —repitió—. ¡Un milord inglés! Yo conocí a lord…, lord Macart… No…, no puedo pronunciarlo. ¡Es una pena! Entonces le llamaba «diablo extranjero». Chang también tenía mucho que aprender.

—Se refiere a lord Macartney[95]. Ocurrió hace más de cien años. Por entonces, Chang vivía y era un gran filósofo —explicó Mailey.

—¡No pierda el tiempo! —exclamó el control—. Tenemos mucho que hacer. Hay una multitud esperando. Unos son nuevos y otros ya han venido. Capto a gente muy rara con mi red. Ahora me voy.

Volvió a recostarse en los cojines.

Transcurrió un minuto, y de pronto se incorporó.

—Quiero darles las gracias —dijo, hablando en un inglés perfecto—. Vine hace dos semanas. He estado pensando en todo lo que me dijeron. El camino es más llevadero.

—¿Es el espíritu que no creía en Dios?

—Sí, sí. La ira me impulsó a decirlo. Estaba tan fatigado…, tan fatigado. ¡Oh, el tiempo, el tiempo sin fin, la niebla gris, la pesada niebla del remordimiento! ¡Desamparado! ¡Desamparado! Y ustedes me dieron consuelo; ustedes y ese gran espíritu chino. Eran las primeras palabras amables que recibía desde mi muerte.

—¿Cuándo murió?

—¡Ah! A mí me parece una eternidad. Nosotros no medimos el tiempo como ustedes. Es como un sueño largo y horrible sin cambios ni pausas.

—¿Quién reinaba en Inglaterra?

—La reina Victoria. Había adaptado mi mente a la materia, y quedó apegada a ella. No creía en la vida después de la muerte. Ahora sé que estaba completamente equivocado, pero no conseguía adaptar mi mente a las nuevas circunstancias.

—¿Es malo el sitio en el que está?

—Es completamente… completamente gris. Eso es lo peor. Todo lo que me rodea es horrible.

—Pero hay muchos como usted. No está solo.

—No, pero ellos saben tan poco como yo. También ellos se mofan, dudan y sufren.

—Saldrá muy pronto de ahí.

—¡Por el amor de Dios, ayúdenme a conseguirlo!

—¡Pobre alma! —dijo la señora Mailey con su voz dulce y acariciadora, una voz que era capaz de atraer a los animales a sus pies—. Ha sufrido mucho. Pero no piense en sí mismo. Piense en los demás. Intente traer a uno y así se favorecerá a sí mismo.

—Gracias, señora, lo haré. He traído a alguien. Les ha oído. Avanzaremos juntos. Quizá algún día encontremos la luz.

—¿Le gusta que recen por usted?

—¡Sí, naturalmente!

—Rezaré por usted —dijo Mason—. ¿Puede rezar el padrenuestro ahora?

Pronunció la oración universal, pero antes de que hubiese terminado, Terbane se desplomó de nuevo sobre los cojines. Volvió a sentarse otra vez como Chang.

—Está progresando —dijo el control—. Ha renunciado a su tiempo para que puedan venir los demás que esperan. Eso está bien. ¡Aquí tengo un caso difícil! ¡Oh!

Lanzó un cómico grito de desaprobación y volvió a recostarse.

Al cabo de un momento volvió a levantarse con una expresión lánguida y solemne y las manos unidas por las palmas.

—¿Qué es esto? —preguntó con voz pedante y afectada—. Estoy perplejo y no comprendo por qué este caballero chino ha requerido mi presencia. Quizá ustedes puedan aclarármelo.

—Lo ha hecho porque quizá nosotros podamos ayudarle.

—Mire, caballero, cuando yo quiero ayuda, la solicito. En este momento no la deseo. Toda esta maniobra me parece un atrevimiento intolerable. Por lo que este chino me ha explicado, entiendo que soy espectador involuntario de una especie de servicio religioso.

—Somos un grupo espiritista.

—Una secta sumamente perniciosa de prácticas blasfemas. Como humilde cura de parroquia, protesto contra tales profanaciones.

—La estrechez de sus miras le impide acceder a la verdad, amigo. Es usted quien sufre. Queremos darle alivio.

—¿Que yo sufro? ¿Qué insinúa, señor?

—¿Es consciente de que ha fallecido?

—¡No diga disparates!

—¿Es consciente de que está muerto?

—¿Cómo voy a estar muerto si estoy hablando con usted?

—Porque está utilizando el cuerpo de este hombre.

—Veo claramente que he ido a parar a un sanatorio.

—Sí, un sanatorio para casos difíciles. Me temo que es usted uno de ellos. ¿Se siente feliz donde está?

—¿Feliz? No, señor. Mi actual paradero me parece completamente inexplicable.

—¿Recuerda usted haber estado enfermo?

—Sí, estuve muy enfermo.

—Tan enfermo, que murió.

—No cabe duda de que está usted loco.

—¿Por qué sabe que no está muerto?

—Mire, caballero, tengo que darle unas lecciones de religión. Cuando morimos después de haber llevado una vida honorable, asumimos el cuerpo glorioso y nos unimos a los ángeles. Actualmente tengo el mismo cuerpo que poseía en vida, y estoy en un lugar sumamente monótono y triste. Los seres que me acompañan no se parecen a los que acostumbraba a tratar en vida, y no creo que nadie pueda considerarlos ángeles. Por lo tanto, debo rechazar su absurda conjetura.

—No siga engañándose. Queremos ayudarle. No podrá mejorar hasta que sea consciente de su situación.

—Le aseguro que está acabando con mi paciencia. ¿No le he dicho…?

El médium se reclinó entre los almohadones. Al cabo de un instante, el control chino, con su sonrisa juguetona y las manos metidas en las mangas, se dirigió al grupo.

—Él es un buen hombre…, hombre inocente. Pronto cobrar buen sentido. Tráiganle otra vez. No es pérdida de tiempo. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Socorro! ¡Piedad! ¡Socorro!

Había caído cuan largo era en el sofá, boca arriba, y sus gritos eran tan terribles que todos se pusieron en pie.

—¡Una sierra! ¡Una sierra! ¡Traigan una sierra! —aulló el médium antes de que su voz se ahogara en un gemido.

Incluso Mailey se había puesto nervioso. Los demás se sentían horrorizados.

—Alguien le ha obsesionado. No lo comprendo. Debe de ser alguna entidad maligna poderosa.

—¿Puedo hablar con él? —preguntó Mason.

—¡Espere un momento! Que se manifieste. Dentro de un momento veremos.

El médium se retorcía de dolor.

—¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no traen una sierra? —gritó—. Se me está clavando en el pecho. ¡Se está rompiendo! ¡Lo estoy notando! ¡Hawkin! ¡Hawkin! ¡Sácame de aquí abajo! ¡Hawkin! ¡Quítame de encima la viga! ¡No, no, así es peor! ¡Y está ardiendo! ¡Oh, es horrible! ¡Es horrible!

Sus gritos eran espeluznantes. Todos estaban sobrecogidos de horror. Pero al cabo de un momento, el chino volvía a parpadear ante ellos con sus ojos oblicuos.

—¿Qué le ha parecido, señor Mailey?

—Ha sido terrible, Chang. ¿Qué era?

—Era para él —respondió mientras señalaba a Malone con la cabeza—. Quiere algo para contar en el periódico, y yo se lo doy. Comprenderá. Ahora no hay tiempo para explicar. Demasiados esperan. Viene un marinero. ¡Aquí está!

El chino se marchó y una sonrisa jovial y perpleja iluminó el rostro del médium. Se rascó la cabeza.

—Que me aspen —dijo—. En mi vida pensé que fuera a obedecer órdenes de un chino, pero cuando dice «¡chist!» hay que callarse por narices, sin explicaciones que valgan. Bueno, aquí estoy. ¿Qué querían?

—Nosotros no queríamos nada.

—Pues al parecer el chino opinaba lo contrario, porque me ha dejado aquí tirado.

—Era usted quien quería algo. Quería saber.

—Bueno, la verdad es que estoy desorientado, eso es cierto. Sé que estoy muerto porque he visto al lugarteniente de artillería, que quedó destrozado por un disparo ante mis propios ojos. Si él está muerto, yo estoy muerto, y los demás también, porque estamos aquí todos los hombres, hasta el último. Pero nosotros estamos mejor que nuestro piloto del cielo, que está tan perplejo como nosotros. Yo le llamo pobre piloto. Todos nos estamos devanando los sesos, tratando de comprender.

—¿Cuál era su barco?

—El *Monmouth*.

—¿El que participó en la batalla contra los alemanes?

—En efecto. En aguas de Sudamérica. Fue un verdadero infierno. Sí, era el infierno —dijo muy emocionado—. Bueno —añadió con más jovialidad—, he oído que nuestros compañeros les ajustaron las cuentas después. ¿Es cierto eso, señor, o no?

—Sí, se hundieron todos.

—Pues por aquí no los hemos visto. Quizá sea lo mejor, porque no hemos olvidado nada.

Pero deben olvidar —dijo Mailey—. Eso es lo que les ocurre. Por eso los ha traído el control chino. Estamos aquí para decírselo. Transmita el mensaje a sus compañeros.

—Dios le bendiga, señor; están todos aquí, detrás de mí.

—En ese caso, le digo a usted y a ellos que el rencor y las contiendas terrenales ya pasaron. Deben volver sus ojos hacia lo alto, no hacia atrás. Que abandonen esta Tierra, que todavía les ata con los lazos del pensamiento, y que su único deseo sea liberarse del egoísmo y ser dignos de una vida más alta, más pacífica y más hermosa. ¿Lo comprende?

—Le estoy escuchando, señor. Ellos también. Necesitamos que nos guíen, pues el hecho es que nos han dado malas instrucciones y nunca pensamos que nos veríamos abandonados de esta manera. Habíamos oído hablar del cielo y del infierno, pero esto no encaja con ninguna de las dos cosas. El caballero chino dice que es la hora, que podremos seguir hablando la semana que viene. Le doy las gracias, señor, en mi nombre y en el de mis compañeros. Volveré.

Hubo un silencio.

—¡Qué conversación tan increíble! —exclamó Malone—. Si escribo que algunos espíritus hablan en la jerga de los marineros, ¿qué van a decir los lectores?

Mailey se encogió de hombros.

—¿Y qué importancia tiene lo que digan los lectores? Cuando yo empecé era muy sensible a todas las opiniones, y ahora los ataques de los periódicos me producen el mismo efecto que los impactos de bala de una pistola en un tanque. Francamente, ni siquiera me interesan. Debemos aferrarnos con fuerza a la verdad, o lo más cercano a ella que podamos, y dejar que los demás encuentren su camino.

—No es que yo sepa mucho de estas cosas —dijo Roxton—, pero lo que más me llama la atención es que hemos hablado con personas decentes y normales, ¿no? ¿Por qué vagan en la oscuridad y el chino los trae aquí si, en realidad, no han hecho ningún mal en la vida?

—Es el fuerte apego a la Tierra y la ausencia de nexo espiritual lo que los ata —explicó Mailey—. Hemos visto a un sacerdote con la cabeza llena de fórmulas y rituales. Hemos visto a un materialista que se adaptó deliberadamente a la materia. Y, por último, a un marinero que rumia sus pensamientos vengativos. Los hay a millones.

—¿Dónde? —preguntó Malone.

—Aquí —respondió Mailey—. Sobre la superficie de la Tierra, para ser más exactos. Aunque, según tengo entendido, usted lo vio con sus propios ojos cuando estuvo en Dorsetshire. Eso era la superficie, ¿no? Se trataba de un caso muy grave, por eso era tan visible y tan obvio, pero no constituía una excepción a la ley general. Yo creo que el mundo entero está infestado de espíritus ligados a la Tierra y que, cuando se realice la gran purificación, como anuncian las profecías, ellos se beneficiarán tanto como los vivos.

Malone pensó en el extraño visionario Miromar y en su discurso en la iglesia espiritista la primera noche de su investigación.

—Entonces, ¿también usted cree que se avecina algún acontecimiento? —preguntó.

Mailey sonrió.

—Es una cuestión muy complicada —dijo—. Yo creo que… ¡Pero aquí está el señor Chang de nuevo!

El control se sumó a la conversación.

—Los he oído. Me he sentado a escuchar —dijo—. Hablan ahora de lo que va a suceder. ¡Olvídenlo! ¡Olvídenlo! Todavía no ha llegado la hora. Se les anunciará cuando les convenga saberlo. Y recuerden: todo será mejor. Suceda lo que suceda, será lo mejor. Dios no comete errores. Ahora tengo a otros que necesitan su ayuda. Los dejo.

Fueron llegando varios espíritus en rápida sucesión. Uno era un arquitecto que decía haber vivido en Bristol[96]. No había sido un mal hombre, pero se había despreocupado por completo del futuro. En aquel momento se encontraba sumido en las tinieblas y necesitaba orientación. Otro había vivido en Birmingham[97]. Se trataba de un hombre culto, pero materialista. Se negaba a aceptar las promesas de Mailey, y no creía que estuviera verdaderamente muerto. Luego compareció un hombre estrepitoso y violento de religiosidad tosca, ideas estrechas y gran intolerancia.

—¿Qué son esas tonterías irreverentes? —preguntó varias veces.

—No es ninguna tontería. Estamos aquí para ayudarle —dijo Mailey.

—¿Quién quiere la ayuda del diablo?

—¿Le parecería normal que el diablo deseara ayudar a las almas atribuladas?

—Es otra de sus mentiras. ¡Le digo que es cosa del diablo! ¡Se lo advierto! No quiero seguir participando en esto.

El plácido y simpático chino volvió veloz como un rayo.

—Buen hombre. Hombre inocente —repitió una vez más—. Ha agotado su tiempo. Algún día aprenderá. Ahora les traigo un caso difícil. ¡Oh!

Reclinó la cabeza en el almohadón y se volvió a levantar mientras surgía una voz femenina.

—¡Janet! ¡Janet! —hubo una pausa—. ¡Janet, oye! ¿Dónde está mi té del desayuno? ¡Janet! ¡Esto es intolerable! ¡Te he llamado mil veces! ¡Janet! —la forma se sentó, parpadeando y frotándose los ojos—. ¿Qué es esto? —gritó la voz—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Quién les ha dado permiso para entrar aquí? ¿Se dan cuenta de que ésta es mi casa?

—No, amiga, ésta es mi casa.

—¡Su casa! ¿Cómo va a ser su casa si estoy en mi alcoba? ¡Salga de aquí inmediatamente!

—No, amiga. No comprende su situación.

—Haré que los echen. ¡Qué insolencia! ¡Janet! ¡Janet! ¿Es que nadie se ocupa de mí esta mañana?

—Mire a su alrededor, señora. ¿Es ésta su alcoba?

Terbane miró en torno a sí con los ojos espantados.

—Es una habitación que no había visto en mi vida. ¿Dónde estoy? ¿Qué significa esto? Parece usted una dama agradable. Dígame, por el amor de Dios, ¿qué significa esto? ¡Oh, estoy aterrorizada, aterrorizada! ¿Dónde están John y Janet?

—¿Qué es lo último que recuerda?

—Recuerdo haber regañado a Janet. Es mi doncella, ¿saben? Últimamente se ha vuelto muy descuidada. Sí, me enfadé muchísimo con ella. Me enfadé tanto, que me puse enferma. Cuando me metí en la cama me sentía muy mal. Me había dicho que no debía excitarme. Pero ¿qué puede hacer una para no excitarse? Sí, recuerdo que me faltaba el aliento. Ocurrió después de que se apagara la luz. Intenté llamar a Janet. Pero ¿por qué estoy en otra habitación?

—Murió por la noche.

—¿Que he muerto? ¿Me está diciendo que estoy muerta?

—Sí, señora, usted ha muerto.

Hubo un largo silencio. Después se oyó un estridente grito.

—¡No, no, no! ¡Es un sueño! ¡Una pesadilla! ¡Despiértenme! ¡Despiértenme! ¿Cómo voy a estar muerta? Si estoy muerta, ¿por qué no estoy en el cielo o en el infierno? ¿Qué es esta habitación? Es una habitación de verdad.

—Sí, señora, la han traído hasta aquí y la han permitido utilizar el cuerpo de este hombre…

—¿Un hombre? —pasó sus manos convulsas por la chaqueta y por el rostro del médium—. Sí, es un hombre. ¡Oh, estoy muerta! ¡Estoy muerta!

¿Qué voy a hacer?

—Está aquí para que se lo expliquemos. Por lo que veo, usted ha sido una mujer de mundo…, una mujer de la alta sociedad. Siempre ha vivido dedicada a las cosas materiales.

—Yo iba a la iglesia. Acudía a Saint Saviour todos los domingos.

—Eso no significa nada. Lo que cuenta es la vida interior de todos los días. Usted estaba apegada a lo material, y por eso ahora está retenida en el mundo. Cuando abandone el cuerpo de este hombre volverá a su cuerpo y a su antiguo entorno. Pero nadie la verá. Permanecerá allí, sin poder hacerse notar. Su cuerpo mortal estará enterrado, pero usted persistirá, como siempre.

—¿Y qué debo hacer? ¡Oh!, ¿qué puedo hacer?

—Aceptará lo que venga de buen grado y comprenderá que es por su bien, para su purificación. Sólo a través del sufrimiento logramos desvincularnos de la materia. Todo saldrá bien. Rezaremos por usted.

—¡Sí, por favor, recen! ¡Lo necesito tanto! ¡Oh, Dios mío!…

La voz se perdió en la lejanía.

—Caso difícil —dijo el chino, incorporándose—. ¡Mujer egoísta! ¡Mujer mala! Vivió para el placer. Era dura con los que la rodeaban. Le queda mucho por sufrir. Pero la han puesto en el camino. Ahora, médium cansado. Muchos esperando, pero hoy ya no hay más.

—¿Lo hemos hecho bien, Chang?

—Muy bien. Muy bien.

—¿Dónde están todas esas personas, Chang?

—Ya se lo he dicho.

—Sí, pero queremos que lo escuchen estos caballeros.

—Siete esferas en torno al mundo, los más pesados abajo; los más ligeros arriba. La primera esfera en la Tierra. Esta gente es de esa esfera. Cada esfera está separada de las otras. Por eso ustedes hablan más fácilmente con éstos que con los de las otras esferas.

—¿Y para ellos es más fácil hablar con nosotros?

—Sí. Por eso mucho cuidado cuando no sepan con quien están hablando. Pongan a prueba a los espíritus.

—¿De qué esfera proviene usted, Chang?

—Yo me encuentro en la cuarta.

—¿Cuál es la primera esfera en la que existe felicidad real?

—La tercera. La Tierra del Verano. En la Biblia la llaman el tercer cielo. La Biblia está llena de sabiduría, pero la gente no la comprende.

—¿Y el séptimo cielo?

—¡Ah! Allí está Cristo. Todos lo alcanzamos al final: usted, yo, todo el mundo.

—¿Y después de eso?

—Demasiadas preguntas, señor Mailey. El pobre Chang no sabe tanto. ¡Adiós! ¡Que Dios los bendiga! Me voy.

La sesión del grupo de rescate había llegado al final. Al cabo de unos minutos, Terbane se había incorporado, sonriente y despierto, pero con aire de no recordar nada de lo sucedido. Tenía prisa y vivía lejos, de modo que tuvo que marcharse enseguida, sin recibir más pago que la bendición de aquellos a quienes había ayudado. ¿Qué lugar ocupará este hombrecillo modesto y desinteresado cuando todos encontremos nuestro verdadero puesto en el orden de la creación en el más allá?

El grupo no se disolvió de inmediato. Los visitantes querían hablar, y Mailey deseaba escucharlos.

—A mí me parece —dijo lord Roxton— que es tremendamente interesante y todo lo que ustedes quieran, pero yo sigo viéndole cierto aire de espectáculo de variedades. ¡Vaya! En una palabra, resulta difícil convencerse de que sea verdad.

—Yo también tengo esa sensación —dijo Malone—. Naturalmente, si se cree a pies juntillas, no puede explicarse. Es tan inmenso, que todos los acontecimientos ordinarios, a su lado, parecen triviales. En eso estoy de acuerdo. Pero la mente humana es muy extraña. He leído el caso estudiado por Moretón Prince, la señorita Beauchamp y otros; también las conclusiones de Charcot[98], de la gran escuela de hipnosis de Nancy. Pueden convertir a un hombre en cualquier cosa. Es como si la muerte fuera una cuerda que puede descomponerse en todas sus fibras. Cada fibra es una personalidad diferente que puede adoptar una forma dramática, y hablar y actuar como tal. El hombre que acaba de estar con nosotros es honrado, y en condiciones normales sería incapaz de producir los efectos que hemos visto. Pero ¿cómo sabemos que no se ha hipnotizado a sí mismo y que, en esas condiciones, una parte de su personalidad se convierte en el señor Chang, otra, en un marinero, otra, en una dama de la alta sociedad, etcétera?

Mailey se echó a reír.

—Cada hombre es su propio Cinquevalli —dijo—, pero ha planteado una crítica razonable y merece una respuesta.

—Hemos comprobado algunos de nuestros casos —intervino la señora Mailey—. No cabe duda alguna: tenemos nombres, direcciones, todo.

—Bien; en ese caso, hemos de considerar la cuestión de lo que sabe Terbane. ¿Cómo pueden estar seguros de sus conocimientos? Yo diría que un mozo de estación tiene muchas posibilidades de acceder a ese tipo de información.

—Ha visto usted una sesión —respondió Mailey—. Si hubiera estado presente en tantas como nosotros y tuviera constancia de las pruebas acumuladas, no sería tan escéptico.

—Probablemente tiene usted razón —respondió Malone—. E imagino que mis dudas le contrarían. De todos modos, uno se siente obligado a ser brutalmente sincero en casos como éste. De todos modos, sea cual sea la causa última, pocas veces he vivido una experiencia tan emocionante. ¡Cielos! Si esto fuera cierto y existieran mil grupos en vez de uno, se conseguiría una regeneración extraordinaria.

—Eso llegará con el tiempo —dijo Mailey con su aire paciente y decidido —. Viviremos para verlo. Siento mucho que no hayan quedado del todo convencidos. De todas formas, deben volver.

Pero ya no fue necesaria otra experiencia. La convicción llegó de un modo extraño y pleno esa misma tarde. Malone acababa de llegar a la oficina y estaba sentado en su escritorio redactando una especie de relato de lo sucedido aquel día a partir de sus notas, cuando Mailey irrumpió en su despacho, muy agitado. Llevaba en la mano un ejemplar del *Evening News*. Sin decir palabra, se sentó junto a Malone y abrió el periódico. Luego empezó a leer:

ACCIDENTE EN LA CITY[99]

Esta tarde, poco después de las cinco, una casa antigua construida al parecer en el siglo XV, se hundió de repente. El inmueble estaba situado entre Lesser Colman Street y Elliot Square, junto a la sede de la Sociedad Veterinaria. Poco antes del siniestro, pudieron oírse unos crujidos que alertaron a los residentes del edificio, muchos de los cuales lograron ponerse a salvo a tiempo. Sin embargo, tres personas, James Beale, William Morson y una mujer que no ha sido identificada, quedaron atrapados entre los escombros. Dos de ellos perecieron en el acto, pero el tercero, James Beale, quedó atrapado debajo de una gran viga y gritó pidiendo socorro. Se consiguió una sierra y uno de los ocupantes de la casa, Samuel Hawkin, en un acto de valentía, trató de ayudar a la víctima, pero cuando estaba serrando la viga se declaró un incendio a su alrededor. No obstante, prosiguió en su empeño con valerosa perseverancia, hasta que las graves quemaduras que estaba sufriendo le impidieron salvar a Beale, que probablemente murió por asfixia. Hawkin fue trasladado al hospital de Londres, y esta noche se ha informado de que se halla fuera de peligro.

—¡Eso es todo! —exclamó Mailey mientras plegaba el periódico—. Y ahora, señor Thomas Didymus[100], saque sus conclusiones.

Y el entusiasta salió de la habitación tan precipitadamente como había entrado.

NOTA DEL AUTOR

Grupos de rescate

Las escenas de este capítulo están obtenidas con bastante exactitud de la experiencia personal o de los informes de experimentadores meticulosos y fidedignos. Entre estos últimos se cuentan el señor Tozer, de Melbourne, y el señor McFarlane, de Southsea[101]. Tanto uno como el otro han dirigido círculos metódicos con el fin de ofrecer ayuda a los espíritus apegados a la Tierra. Pueden encontrarse relatos detallados de experiencias mías personales en los anteriores grupos en los capítulos IV y V de mi obra *Wanderings of a Spiritualist*. Puedo añadir que en mi propio grupo doméstico, actuando mi esposa como médium, hemos tenido el privilegio de llevar esperanza y conocimiento a algunos de estos infelices seres.

Pueden hallarse reproducciones completas de algunas de estas dramáticas conversaciones en las últimas cien páginas de la obra *Glimpses of the Next State*, del fallecido almirante Usborne Moore. Hay que señalar que el almirante no se hallaba presente en persona en estas sesiones, pero que fueron llevadas a cabo por personas en las que confiaba plenamente y confirmadas mediante declaración jurada de los asistentes a la sesión. «El elevado carácter del señor Leander Fisher —dice el almirante— basta para justificar su autenticidad». Lo mismo puede decirse del señor E. G. Randall, que ha publicado muchos casos semejantes. Es uno de los abogados más importantes de Buffalo[102], mientras que el señor Fisher es profesor de música en esa misma ciudad.

Naturalmente, puede objetarse que, aparte de la honradez de los investigadores, la experiencia en su totalidad sea de alguna manera subjetiva y no tenga relación alguna con hechos reales. En relación con esto, el almirante dice: «Pregunté si algún espíritu, al que se le hubiera hecho comprender así que había entrado en un nuevo estado de conciencia, había

sido identificado satisfactoriamente. La respuesta fue que se habían descubierto muchos, pero que, como varios habían sido verificados, se consideraba inútil seguir buscando parientes y domicilios de la vida terrenal del resto. Dichas preguntas me llevaron mucho tiempo y trabajo, y siempre terminaban con el mismo resultado». En uno de los casos citados (*op. cit.*, pág. 524) está el prototipo de una mujer elegante que murió mientras dormía, tal y como se describe en el texto. En todos estos casos, el espíritu regresado no era consciente de que su vida terrenal había terminado.

El caso del clérigo y del marinero del libro *Monmouth* ocurrieron ambos en mi presencia en el círculo del señor Tozer.

El dramático caso en el que el espíritu de un hombre (en el original era el caso de varios hombres) se manifestaba en el mismo momento del accidente que le causó la muerte, cuyos nombres fueron posteriormente verificados en el informe del periódico, lo da el señor E. G. Randall. Puede añadirse, para consideración de quienes desconozcan la solidez de las pruebas y lo mucho que necesitamos replantearnos nuestras ideas sobre la muerte, otro ejemplo aportado por un caballero. Se trata de *The Dead Have Never Died* (pág. 104):

> Recuerdo un incidente que interesará a los materialistas puros. Yo era uno de los albaceas testamentarios de mi padre y, después del juicio sucesorio, cuando una noche me hablaba desde el siguiente nivel, me dijo que había pasado por alto un artículo del testamento que quería recordarme, a lo que yo respondí:
>
> —Durante tu vida sólo pensaste en acumular dinero. ¿Qué sentido tiene perder nuestro tiempo, tan limitado, hablando de tu fortuna? Ya está repartida.
>
> —Sí —respondió él—, ya lo sé, pero ya que he trabajado tanto para ganar mi dinero, no quiero que ahora se pierda. Quedan unos bienes en los que no has reparado.
>
> —Bueno —dije yo—, si es verdad, cuéntamelo.
>
> —Unos años antes de marcharme —me respondió—, presté una pequeña cantidad de dinero a Susan Stone, que residía en Pennsylvania**[103]**, y acepté a cambio un pagaré que me autorizaba, de acuerdo con las leyes de aquel estado, a aplicar directamente sentencia sin acción judicial previa. Yo estaba un poco preocupado por el préstamo, así que, antes de su vencimiento, presenté el pagaré al notario de Erie, Pennsylvania, y éste dictó sentencia: embargo preventivo de las propiedades de la deudora. En mis libros de cuentas no se hace referencia al pagaré ni a la sentencia. Si vas a ver al notario de Erie, encontrarás la sentencia en el registro. Cógela. Hay muchas cosas que no sabes; ésta es una de ellas.
>
> Muy sorprendido por la información recibida de este modo, ordené que fueran a buscar una copia de la sentencia. Descubrí que había sido registrada el 21 de octubre de 1896 y, gracias a aquella prueba de la deuda, obtuve del deudor por sentencia firme setenta dólares más intereses. Dudo mucho que nadie, aparte de los autores del pagaré y del notario de Erie, supiera de aquella transacción. Yo, desde luego, nada sabía de ella. No tenía razón alguna para sospecharlo. Los expertos psíquicos que presenciaron mi conversación no podían saber nada de ese asunto, y yo obtuve el dinero. En aquella ocasión, la voz de mi padre era perfectamente reconocible, como en tantos otros casos, pero quiero citar este ejemplo pensando en quienes lo miden todo desde el punto de vista del dinero.

Sin embargo, la más extraordinaria de estas comunicaciones póstumas puede hallarse en *Thirty Tears Among the Dead*, del doctor Wickland, de Los Ángeles. Éste, al igual que otros valiosos libros del mismo estilo, solamente pueden encontrarse en Gran Bretaña, en la Librería Psíquica de Victoria Street, S.W.

El doctor Wickland y su heroica esposa han realizado una labor de gran interés para los alienistas[104] de todo el mundo. Si consigue que se acepte su opinión, y el caso es contundente, no solamente revolucionará nuestras ideas acerca de la demencia, sino que transformará profundamente nuestras opiniones sobre criminología, y demostrará fácilmente que hemos estado castigando como a criminales a personas más dignas de conmiseración que de censura.

Una vez formulada la hipótesis de que muchos casos de manía[105] eran debidos a obsesiones originadas por entidades sin desarrollar y, tras haber descubierto, a partir de ciertos indicios que yo no veo claros, que tales entidades son sumamente sensibles a la electricidad estática cuando ésta atravesaba el cuerpo que habían invadido, ideó un tratamiento, basado en esta tesis, cuyos resultados eran espectaculares. El tercer factor de su sistema fue el descubrimiento de que tales entidades podían expulsarse con mayor facilidad si se proporcionaba un cuerpo vacante para su recepción temporal. Ahí reside el heroísmo de la señora Wickland, una encantadora dama, muy cultivada, que se sienta en trance hipnótico junto al sujeto, dispuesta a recibir al invasor cuando sea expulsado. A través de los labios de esta dama se determinan la identidad y el carácter del espíritu sin desarrollar.

Tras atar al sujeto a la silla eléctrica (es necesario atarlos, pues muchos son maníacos violentos) se acciona la corriente. Ésta no afecta al paciente, pues es de naturaleza estática, pero produce un agudo malestar en el espíritu parásito, que rápidamente se refugia en el cuerpo inconsciente de la señora Wickland. A continuación se producen las asombrosas conversaciones que reproduce esta obra. El doctor interroga al espíritu, le amonesta, le instruye y, finalmente, lo envía al cuidado de algún espíritu ayudante que supervisa los procedimientos, o bien lo relega a cargo de algún auxiliar más severo que lo mantenga a raya por si no se arrepiente.

El científico que no esté al corriente de la investigación psíquica, pensará que una exposición tan clara y sencilla es una extravagancia, y yo no afirmo que el doctor Wickland haya conseguido probar su caso de forma concluyente, pero sí afirmo que nuestra experiencia en círculos de rescate corrobora la idea general, y que está reconocido que ha curado muchos casos

que para otros eran intratables. De vez en cuando, surgen confirmaciones muy convincentes. Así, por ejemplo, en el caso de un espíritu femenino que se lamentaba amargamente de no haber tomado suficiente ácido carbólico la semana anterior, y había dado el nombre y la dirección correctos (*op. cit.*, pág. 39).

Aparentemente, no todo el mundo está abierto a esta invasión, sino sólo aquellos que son psíquicamente sensibles de alguna manera peculiar. Este descubrimiento, cuando se demuestre plenamente, será uno de los hechos fundamentales de la psicología y de la jurisprudencia del futuro.

XI

En el que Silas Linden recibe su merecido

Silas Linden, boxeador profesional y falso médium, había vivido algunos días buenos; días colmados de incidentes buenos y malos. En una ocasión, estando en el *oaks*[106], apostó cien a uno por una yegua llamada Rosalind, y celebró su victoria con una orgía que se prolongó durante veinticuatro horas. En otra ocasión, con su gancho derecho, su punto fuerte, golpeó de lleno en la mandíbula a Bull Wardell, de Whitechapel[107], con una precisión y un ritmo tan asombrosos que pudo optar por el Lonsdale Belt[108] y batirse en el campeonato. Pero nunca, en su azarosa vida, había tenido un día tan aciago como éste en el que le encontramos, por lo que merece la pena que le sigamos hasta su culminación. Los creyentes fanáticos advierten del peligro de interponerse en el camino del mundo espiritual cuando no se tiene el corazón limpio. El nombre de Silas Linden podrá añadirse a su lista de ejemplos, aunque su copa de pecados estaba llena a rebosar antes de que se pronunciara la sentencia.

Salió de la casa de Algernon Mailey con todos los motivos para pensar que lord Roxton no había perdido fuerza en las manos. Con la excitación de la pelea, no había notado apenas sus heridas, pero, una vez en la puerta, se llevó la mano a la dolorida garganta y empezó a jurar en voz alta. También le dolía el pecho, donde Malone le había apretado con la rodilla, e incluso notaba las consecuencias del potente puñetazo que le había propinado a Mailey con la mano, que le dolía y de la que le había hablado a su hermano. En una palabra, Silas Linden tenía muchos motivos para estar de un humor de perros.

—Ya os cogeré uno a uno —farfulló dirigiendo una mirada furibunda a la puerta de la casa—. ¡Esperad y veréis!

Después, con súbita resolución, echó a andar calle abajo.

Se dirigió directamente a la comisaría de Bardsley Square, donde encontró al jovial, rubicundo y bigotudo inspector Murphy sentado frente a su escritorio.

—¿Qué desea? —preguntó el inspector en tono desabrido.

—He oído que cogieron a ese médium con las manos en la masa.

—En efecto. Me he enterado de que era su hermano.

—Eso no viene al caso. Yo no apruebo esas cosas en nadie, sea quien sea. Ha conseguido que le condenen, ¿no? ¿Pues qué saco yo de eso?

—¡Ni un chelín!

—¿Qué? ¿No facilité yo la información? ¿Qué habrían hecho si no les hubiera hecho yo el favor?

—Si se le hubiese impuesto una multa, le habríamos dado a usted una parte, y otra nos la habríamos quedado, pero como el señor Melrose le ha mandado a la cárcel, no hay nada para nadie.

—Eso es lo que usted me dice. Estoy completamente seguro de que usted y esas dos mujeres han sacado algo de este asunto. ¿Es que cree que voy a delatar a mi propio hermano para beneficio de ustedes? La próxima vez tendrá que encontrar usted solito al pájaro.

Murphy era un hombre colérico, muy consciente de su importancia. Por lo tanto, no toleraba que le desafiaran en su despacho. Se levantó con el rostro congestionado.

—Voy a decirle una cosa, Silas Linden. Yo me busco los pájaros sin necesidad de salir de este despacho. Lo mejor será que se marche de aquí inmediatamente, no vaya a ser que tenga que quedarse más tiempo de lo que desea. Hemos recibido quejas de los vecinos; dicen que maltrata a sus dos hijos, y el departamento de protección de menores se está interesando por el caso. Tenga cuidado, no sea que también nosotros nos interesemos.

Silas Linden salió del despacho con peor genio que nunca, y las dos copas de ron con agua que se bebió de camino hacia su casa no contribuyeron a mejorarlo. Por el contrario, siempre había sido un hombre que se volvía peligroso después de beber. Muchos de sus compañeros de trabajo se negaban a beber con él.

Silas vivía en una de las casitas de ladrillo de una hilera que recibía el nombre de Bolton’s Court, detrás de Tottenham Court Road. Su casa era la última del callejón sin salida y estaba pegada a las enormes tapias de una destilería. Las viviendas eran sumamente pequeñas, razón por la cual, seguramente, tanto adultos como niños pasaban la mayor parte del tiempo en la calle. Había varias personas mayores en la acera, y cuando Silas pasó bajo la solitaria farola contemplaron con mala cara su silueta rechoncha, pues, aunque la moralidad de Bolton’s Court no era de primer orden, existían niveles, y la de Silas se hallaba en el cero. Una mujer judía, Rebecca Levi,

alta, delgada, de nariz aguileña y mirada feroz, vivía en la casa contigua a la del boxeador. En aquel momento estaba de pie en la puerta, con un niño agarrado a su delantal.

—Señor Linden —le dijo cuando pasaba—, sus hijos están muy mal atendidos. Hoy ha venido a casa la pequeña Margery, y creo que la criatura no come lo suficiente.

—¡No se meta donde no la llaman, maldita sea! —rugió Silas—. Ya le he dicho varias veces que no meta las narices en mis asuntos. Si fuera un hombre, se lo diría de otra manera.

—Si fuera un hombre, a lo mejor no se atrevería a hablarme de ese modo. Escuche, Silas Linden, le digo que es una vergüenza tratar así a los niños. Si alguna vez le denuncian, sabré lo que tengo que decir.

—¡Váyase al infierno! —gritó Silas, al tiempo que abría la puerta de su casa de una patada.

Una mujer grandullona, sucia y desgreñada, con los cabellos teñidos y vagas reminiscencias de una belleza ya marchita, le miró desde la puerta de la sala.

—¿Ah, eres tú?

—¿Quién iba a ser? ¿El duque de Wellington[109]?

—Creí que eras un toro furioso que andaba suelto por la calle y corneaba contra nuestra puerta.

—¡Muy graciosa!

—Puede que lo sea, aunque la verdad es que no tengo motivos. En la casa no hay ni un chelín, ni una pinta de cerveza, y esos malditos hijos tuyos se pasan el día incordiando.

—¿Qué han hecho, si se puede saber? —preguntó Silas con cara de malos amigos.

Cuando la ejemplar pareja no conseguía sacarse nada el uno al otro, normalmente unían sus fuerzas contra los niños. Silas entró en la sala y se dejó caer en un sillón de madera.

—Han vuelto a ver a la primera.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque les he oído cuchichear. El chico ha empezado a decir: «Madre estaba allí», y después le ha dado un ataque de sueño.

—Eso es cosa de familia.

—Ya —replicó la mujer—. Si tú no tuvieras ataques de sueño, a lo mejor trabajarías, como el resto de los mortales.

—¡Cierra el pico, mujer! Lo que te estoy diciendo es que a mi hermano Tom también le dan ataques de sueño, y dicen que mi chico es el vivo retrato de su tío. Entonces, ha tenido un trance, ¿no? ¿Y tú qué has hecho?

La mujer esbozó una malévola sonrisa.

—Lo mismo que tú.

—¿El qué? ¿Has vuelto a echarle cera de sellar?

—Pero no mucha. Justo lo suficiente para despertarle. Es la única manera de sacarle de ese estado.

Silas se encogió de hombros.

—¡Ándate con cuidado, nena! La policía está fisgoneando y, si ven las quemaduras, a lo mejor nos meten en chirona a los dos.

—¡No seas estúpido, Silas Linden! ¿Acaso los padres no pueden castigar a sus hijos?

—Sí, pero éste no es hijo tuyo y, además, las madrastras tiene mala fama, ¿o no? Y hay que tener en cuenta a la judía. El otro día te vio pegando a la pequeña Margery con la cuerda de tender. Me lo dijo, y hoy me ha contado lo de la comida.

—¿Qué pasa con la comida? ¡Tragones bastardos! Cuando he comido, les he dado un trozo de pan. No les hará daño saber lo que es pasar hambre de verdad. Así aprenderán que no tienen que insultarme.

—¿Por qué? ¿Es que Willie te ha insultado?

—Sí, al despertarse.

—¿Después de echarle la cera de sellar?

—Bueno, lo hice por su propio bien, ¿no? Era para corregirle esa mala costumbre.

—¿Qué te dijo?

—Me puso a caldo…, siempre con su madre… Lo que su madre me hará. ¡Estoy harta de su madre!

—No te metas con Amy. Era una mujer buena.

—Eso es lo que dices ahora, Silas Linden, pero, según cuentan, tenías una manera muy curiosa de demostrárselo cuando estaba viva.

—¡Calla la boca, mujer! Ya me han fastidiado bastante hoy para que encima ahora vengas tú con tus monsergas. Tienes celos de la tumba. Eso es lo que te pasa.

—¡Y sus mocosos pueden insultarme cuando les da la gana, a mí que te he cuidado durante estos cinco años!

—No, yo no he dicho eso. Si te ha insultado, yo me las entenderé con él. ¿Dónde está esa correa? ¡Tráemelo aquí!

La mujer se le acercó y le besó.

—No te tengo más que ti, Silas.

—¡Demonio! ¡Déjame en paz! No estoy de humor. Sal y tráeme a Willie. También puedes traer a Margery. No le vendrá mal un escarmiento, porque yo creo que, aunque no dice nada, lo piensa.

La mujer salió del cuarto pero, al cabo de un momento, volvió a aparecer.

—¡Ya está otra vez igual! —dijo—. Me ataca los nervios verle. ¡Ven aquí, Silas! ¡Mira!

Se dirigieron juntos a la cocina. En el hogar ardía un pequeño fuego. Junto a él, acurrucado en una silla, había un muchacho rubio de unos diez años. Tenía vuelto el delicado rostro hacia el techo, con los ojos medio cerrados, de manera que sólo se veían dos rendijas blancas. Su carita delgada y espiritual tenía una expresión beatífica. En un rincón, una niña pequeña, uno o dos años menor, lo miraba acobardada, con los ojos tristes y asustados.

—Qué cara pone, ¿verdad? —dijo la mujer—. No parece de este mundo. Cómo me alegraría que se fuera de una vez por todas al otro. Aquí no hace nada bueno.

—¡Venga, despierta! —gritó Silas—. ¡Deja ya de fingir! ¡Despierta! ¿Es que no me oyes?

Le sacudió violentamente por los hombros, pero el chico siguió dormitando. En el reverso de sus manos, que tenía apoyadas en las rodillas, se veían unas grandes marcas rojas.

—¡Pues sí que le has echado cera caliente! ¿No pretenderás decirme, Sarah, que hacía falta todo eso para despertarle?

—A lo mejor le eché más de la cuenta, por si las moscas. Me pone tan nerviosa que no puedo contenerme. Pero, si vieras lo poco que siente cuando está así, no lo creerías. Puedes chillarle al oído, que no oye nada. ¡Mira!

Agarró al muchacho por los pelos y le sacudió violentamente. El chico gimió y se estremeció. Después volvió a caer en su sereno trance.



—¡Vaya! —gritó Silas pasándose la mano por la barba de tres días y mirando con aire pensativo a su hijo—. Yo creo que, si sabemos hacerlo, tenemos una mina. Podríamos llevarle por las ferias. «El Niño Prodigioso, o Cómo se Hace». Quedaría impresionante en un cartel. Además, la gente conoce el nombre de su tío, y eso inspira confianza.

—Yo creí que ibas a meterte tú mismo en el negocio.

—No, eso ha sido un fracaso total —gruñó Silas—. No me hables de ello. Se ha terminado.

—¿Es que ya te han pillado?

—¡He dicho que no hables de ello, mujer! —gritó el hombre—. Precisamente hoy tengo un humor como para darte la paliza de tu vida, así que no me pongas nervioso, porque puedes arrepentirte —y se acercó entonces al niño y le pellizcó en el brazo con todas sus fuerzas—. ¡Caramba! Qué maravilla. Vamos a ver cuánto aguanta.

Se volvió hacia el fuego y sacó con las tenazas una brasa al rojo. La colocó sobre la cabeza del niño. Al cabo de un momento, empezó a oler a pelo chamuscado y a piel quemada. De pronto, con un grito de dolor, el muchacho recobró el sentido.

—¡Madre! ¡Madre! —gritó.

La niña rompió a llorar en su rincón. Parecían dos corderos balando a coro.

—¡Maldita sea tu madre! —gritó la mujer mientras sacudía a Margery por el cuello de su vestidito negro—. ¡Deja de berrear, apestosa!

Le dio un bofetón en plena cara. El pequeño Willie se abalanzó sobre ella y comenzó a patalearle las espinillas hasta que Silas lo lanzó contra el rincón de un golpe. La bestia agarró un palo y azotó a las dos acobardadas criaturas, que le pedían clemencia a gritos mientras trataban de proteger sus cuerpecillos de los crueles golpes.

—¡Déjelos ahora mismo! —gritó una voz desde el pasillo.

—¡Esa condenada judía! —dijo la mujer, acercándose a la puerta de la cocina—. ¿Qué diablos hace en nuestra casa? ¡Salga inmediatamente o se va a enterar!

—He vuelto a oír los gritos de los niños. Voy a buscar a la policía.

—¡Ni se le ocurra! ¡Le advierto que no lo haga!

La sucia madrastra se abalanzó sobre ella con todas sus fuerzas, pero la alta y flaca judía la hizo frente. Al instante se produjo el encontronazo. La señora Linden gritó y retrocedió con paso tambaleante y chorreando sangre de la cara, donde se veían las cuatro marcas rojas de las uñas de su contrincante.

Con una blasfemia, Silas quitó a su mujer de en medio de un empujón, agarró a la intrusa por la cintura y la lanzó con todas sus fuerzas a través de la puerta. La mujer quedó tendida en la acera, esparrancada e inerte como una gallina a medio matar. Sin levantarse, agitó el puño en el aire y se puso a lanzar maldiciones contra Silas, que cerró de un portazo y la dejó, mientras que los vecinos acudían de todos lados para enterarse de los detalles de la refriega. La señora Linden vio a través de la persiana, con cierto alivio, que su enemiga se levantaba y llegaba cojeando hasta su puerta, desde donde se la oyó gritar indignada. Los judíos no olvidan fácilmente los agravios, pues su raza se caracteriza por su gran capacidad de odio y de amor.

—Tiene razón, Silas. Tenía miedo de que la hubieras matado.

—Si es lo que quiere, esa maldita judía hipócrita. Con lo que se ha llevado, no se atreverá a poner los pies en esta casa nunca más. Voy a pegarle una buena paliza a Willie, porque ha sido el causante de todo. ¿Dónde está?

—Se han metido corriendo en su habitación. Los he oído cerrar con cerrojo.

—¡Ja! ¡De mucho les va a servir!

—Yo no los tocaría ahora, Silas. Todos los vecinos están pendientes de nosotros, y no debemos buscarnos problemas.

—¡Tienes razón! —gruñó él—. Lo dejaré para cuando vuelva.

—¿Dónde vas?

—Voy a pasarme por The Admiral Vernon. Tengo posibilidad de encontrar trabajo como pareja de entrenamiento de Long Davis. Empieza a entrenar el lunes y necesita un hombre de mi peso.

—Ya veremos a ver cómo vuelves. Estoy harta de esa taberna. Sé lo que significan las visitas a The Admiral Vernon.

—Pues es, ni más ni menos, el único sitio en este mundo de Dios en el encuentro un poco de paz y descanso —dijo Silas.

—Pues para mí es una pesadilla…, siempre lo ha sido desde que me casé contigo.

—Venga, venga, quéjate —rugió—. Si quejándose se consiguiera la felicidad, serías la campeona del mundo.

Cogió su sombrero y arrastró los pies calle abajo, haciendo resonar con sus pasos las trampillas de madrea que tapaban el sótano de la destilería.

En una oscura buhardilla, dos cuerpecitos, acurrucados en un jergón de paja, se abrazaban con las mejillas juntas, mezclando sus lágrimas. Tenían que llorar en silencio, pues cualquier ruido podría recordarle su existencia al

ogro del piso de abajo. De vez en cuando, uno de los dos rompía en sollozos incontrolables, y el otro susurraba:

—¡Chist! ¡Chist! ¡No hagas ruido!

De repente se oyó el ruido de la puerta de la casa al cerrarse de golpe y unos pasos que resonaban en las trampillas de madera. Se abrazaron de alegría. Quizá los mataría cuando regresara, pero por lo menos durante algunas horas estarían libres de él. En cuanto a la mujer, era rencorosa y cruel, pero no los aterrorizaba tanto como el hombre. Los dos sabían intuitivamente que había llevado a su madre a la tumba y que podría hacer lo mismo con ellos.

La habitación estaba completamente a oscuras, salvo por la luz que penetraba por un ventanuco sucio, que proyectaba una línea luminosa en el suelo. De repente, el niño se puso tenso, abrazó con más fuerza a su hermana y se quedó inmóvil, con la mirada fija en las sombras.

—¡Viene! —murmuró—. ¡Es ella!

La pequeña Margery le abrazó.

—Oh, Willie, ¿es mamá?

—Es una luz…, una preciosa luz amarilla. ¿No la ves, Margery?

Pero la niña carecía de visión, como casi todo el mundo. Para ella todo estaba a oscuras.

—Dime, Willie —susurró con voz solemne.

En realidad no tenía miedo, pues muchas veces su madre muerta volvía en las vigilias nocturnas para consolar a sus maltratados hijos.

—Sí, ya viene. ¡Oh, madre! ¡Madre!

—¿Qué dice, Willie?

—Oh, es preciosa. No llora. Sonríe. Es como ese cuadro que vimos del ángel. Parece muy feliz. ¡Madre, querida madre! Ahora habla: «Todo ha terminado. Todo ha terminado», dice. Lo dice otra vez. Ahora nos llama con la mano. Tenemos que seguirla. Va hacia la puerta.

—Oh, Willie, yo no me atrevo.

—Sí, sí, dice que sí con la cabeza. Nos dice que no debemos temer. Ahora ha cruzado la puerta. Vamos, Margery, vamos, no la perdamos de vista.

Las dos criaturas avanzaron cautelosamente por la habitación y Willie abrió la puerta. Desde el rellano de la escalera, la madre les hacía señas para que avanzaran. Peldaño a peldaño la siguieron hasta la cocina vacía. Al parecer, la mujer había salido. En la casa reinaba el silencio. El fantasma siguió haciéndoles señas de que siguieran avanzando.

—Debemos salir.

—Pero Willie, no llevamos el sombrero.

—Tenemos que seguirla, Madge. Nos sonríe y nos hace señas.

—Papá nos va a matar cuando se entere.

—Ella niega con la cabeza y dice que no debemos temer nada. ¡Ven!

Abrieron la puerta y salieron a la calle. Siguieron al ser grácil y resplandeciente por el patio desierto y por una maraña de callejones hasta llegar a la bulliciosa Tottenham Court Road. En una o dos ocasiones, en medio de aquel torrente ciego de humanidad, algún hombre o alguna mujer, dotados con el maravilloso don el discernimiento, los miraban sobresaltados, como si percibieran la presencia de un ángel y de dos criaturas pálidas que le seguían, el niño con la mirada fija y absorta, y la niña mirando hacia atrás con terror. Llegaron al final de la larga calle y volvieron a adentrarse por callejuelas más humildes hasta llegar a una tranquila hilera de casas grises. El espíritu se detuvo junto a la escalinata de una de ellas.

—Tenemos que llamar —dijo Willie.

—Pero Willie, ¿qué vamos a decir? No los conocemos.

—Tenemos que llamar —repitió él tercamente—. Está bien, Madge. Ahora está aplaudiendo y riendo.

Y así fue como la mujer de Tom Linden, que en aquel momento estaba sentada en su soledad pensando con pena en el mártir encarcelado, oyó de pronto la llamada en la puerta y encontró, al abrir, a dos criaturas que la miraban acobardadas. Después de unas pocas palabras, en un impulso maternal, los rodeó con sus brazos. Los barquitos maltratados que habían iniciado el viaje de su vida de un modo tan triste, acababan de encontrar un puerto de paz en el que no volvería a castigarlos ninguna tormenta.

Aquella noche sucedieron cosas extrañas en Bolton’s Court. Algunos creyeron que no guardaban relación entre sí. Pero uno o dos pensaron lo contrario. Las autoridades británicas no vieron nada ni dijeron nada al respecto.

En la segunda casa del callejón, empezando por el final, un rostro afilado y astuto atisbaba por una rendija de la persiana la oscura calle. Debajo de aquella cara horrenda, oscura como la muerte, inexorable como una tumba, temblaba una vela semitapada. Detrás de Rebecca Levi, de pie, había un joven cuyas facciones revelaban que procedía de la misma raza oriental. Durante una hora —la segunda—, la mujer había esperado sentada, sin pronunciar palabra, observando y observando… A la entrada del callejón había una

farola suspendida que arrojaba un círculo de luz amarilla. En aquella mancha luminosa tenía fijos sus ojos pensativos.

De repente vio lo que había estado esperando. Dio un respingo y susurró una palabra. El hombre joven salió rápidamente de la habitación a la calle y desapareció detrás de una puerta lateral de la destilería.

El borracho Silas Linden volvía a casa. Se hallaba en un estado de embriaguez mohína y melancólica. Se sentía derrotado. No había conseguido el trabajo que buscaba por culpa de la lesión en la mano. Después se había quedado en la taberna, esperando que alguien le invitara a alguna copa, y cayeron algunas, pero no las suficientes. En aquel momento se encontraba en un estado de ánimo peligroso. ¡Pobre del hombre, mujer, o niño que se cruzara en su camino! Pensó con rabia en los judíos que vivían en la oscura casa de al lado. Pensó con rabia en todos los vecinos. Se interpondrían entre sus hijos y él, ¿verdad? Ya les enseñaría. Mañana mismo, por la mañana, los sacaría en mitad de la calle y los azotaría con la correa hasta dejarlos medio muertos. Así se enterarían todos de lo que Silas Linden pensaba de sus opiniones. ¿Y por qué no mejor hacerlo ahora? Si despertaba a los vecinos con los gritos de los niños, aprenderían de una vez por todas que no podían desafiarle impunemente. La idea le pareció atrayente. Echó a andar con paso más decidido. Casi había llegado a su puerta cuando…

Nunca se supo con certeza por qué la trampilla del sótano no estaba bien sujeta aquella noche. El jurado se inclinó a culpar a la destilería, pero el juez señaló que Linden era un hombre corpulento, por lo que, de haber estado borracho, podía haber caído aunque se hubieran tomado todas las medidas de precaución oportunas. Cayó desde una altura de ocho metros sobre piedras melladas, rompiéndose la espalda. Hasta la mañana siguiente no lo encontraron, ya que, curiosamente, sus vecinos judíos no oyeron el accidente. El médico opinaba que la muerte no le había sobrevenido rápidamente. Había terribles indicios de su demora. Hundido en la oscuridad, vomitando sangre y cerveza, aquel hombre terminó su repugnante vida de un modo repugnante.

No merece la pena malgastar palabras ni compasión por su viuda. Libre de su terrible compañero, regresó al escenario de *music-hall* de donde él la había sacado y que ella abandonó atraída por su virilidad y su fuerza animal. Trató de recuperar su puesto de cantante entonando su grito de guerra:

¡Hola, qué tal! Soy el dernier cri[110]*,*
la chica de la pamela.

Este estribillo la había hecho famosa en su día, pero ya resultaba demasiado evidente que estaba lejos de ser el *dernier cri*, y que el regreso era ya imposible. Fue pasando gradualmente de las grandes salas de fiestas a las pequeñas, y de éstas a las tabernas, cayendo cada vez más bajo, tragada por las silenciosas arenas movedizas de la vida, que la arrastraron hasta que su necia cara pintada y su cabeza enmarañada dejaron de verse por ahí.

XII

Altas cumbres y simas profundas

El Institut Métapsychique era un imponente edificio de piedra, situado en la Avenue Wagram, cuya puerta parecía la de un castillo aristocrático. Allí llegaron los tres amigos a última hora de la tarde. Un lacayo los hizo entrar en una sala de recepción donde, al cabo de un rato, acudió a darles la bienvenida el doctor Maupuis en persona. La famosa eminencia en ciencias psíquicas era un hombre de baja estatura y constitución ancha, con una cabeza de considerable tamaño, sin barba y un rostro que delataba su profunda sabiduría mundana y su bondadoso altruismo. Charló en francés con Mailey y Roxton, que conocían el idioma, pero recurrió a su torpe inglés con Malone, que a su vez tuvo que contestarle en su francés aún más rudimentario. Les dijo que estaba encantado de su visita con la gracia única de los franceses, dedicó después unas palabras a las maravillosas cualidades de Panbek, el médium de Galitzia, y finalmente los condujo a la habitación en la que se iban a llevar a cabo los experimentos. Su aire de viva inteligencia y penetrante sagacidad habían demostrado a los visitantes lo absurdas que eran las teorías de quienes trataban de justificar sus maravillosos resultados con la suposición de que se trataba de un hombre víctima fácil de los impostores.

Descendieron por una escalera de caracol a una gran estancia que, a primera vista, parecía un laboratorio químico, pues las paredes estaban forradas de estanterías llenas de botellas, retortas, tubos de ensayo, escalas y otros aparatos. No obstante, la decoración era demasiado elegante como para tratarse de un taller, y en el centro de la estancia había una gran mesa de roble macizo, rodeada de butacas. En un extremo de la habitación había un gran retrato del profesor Crookes, flanqueado por otro de Lombroso, y entre ellos un cuadro bastante bueno que representaba una sesión de Eusapia Palladino. Alrededor de la mesa, unos cuantos caballeros charlaban en voz baja, tan absortos en su conversación, que no advirtieron la entrada de los recién llegados.

—Tres de ellos son distinguidos visitantes, como ustedes —dijo el doctor Maupuis—. Otros dos son mis ayudantes de laboratorio, el doctor Sauvage y el doctor Buisson. El resto son personajes importantes de París. Hoy, la prensa está representada por el señor Forte, de *Le Matin*[111]. Seguramente conocerán a ese caballero alto y moreno que parece un general retirado…, ¿no? Es el profesor Charles Richet[112], nuestro honorable decano, que ha demostrado un gran valor en esta cuestión, aunque no haya llegado a las mismas conclusiones que usted, señor Mailey. Pero eso es cuestión de tiempo. Hay que recordar que debemos ser prudentes y que, cuanto menos mezclemos esto con la religión, menos problemas tendremos con la Iglesia, que sigue siendo muy poderosa en este país. El caballero de aspecto distinguido y frente despejada es el conde de Grammont. El caballero con cabeza de Júpiter y barba blanca es Flammarion[113], el astrónomo. Y ahora, caballeros —agregó subiendo la voz—, si son tan amables de ocupar sus sitios, empezaremos a trabajar.

Se sentaron al azar en torno a la larga mesa, aunque los tres ingleses permanecieron juntos. En lo alto de la habitación, en un extremo habían situado una cámara fotográfica. También ocupaban una posición prominente dos cubos de cinc, colocados sobre una mesa auxiliar. La puerta estaba cerrada, y el profesor Richet tenía la llave. El doctor Maupuis estaba sentado en la cabecera de la mesa, y a su derecha tenía a un hombre menudo de mediana edad, calvo, con bigote y aire inteligente.

—Algunos no conocen al señor Panbek —dijo el doctor—. Permítanme presentárselo. El profesor Panbek, caballeros, ha puesto sus excelentes poderes a nuestra disposición para llevar a cabo investigaciones científicas, y todos tenemos una deuda de gratitud con él. Actualmente tiene cuarenta y siete años y está bien de salud, aunque con tendencia neuroartrítica[114]. Se observa una cierta hiperexcitabilidad de su sistema nervioso, y sus reflejos son exagerados, pero su presión sanguínea es normal. En sus miembros se registran zonas de acusada hiperestesia[115]. Su campo visual y reacción pupilar es normal. Creo que no hay que añadir nada más.

—Yo quisiera decir —añadió el profesor Richet—, que la hipersensibilidad es tanto moral como física. Panbek es un individuo impresionable y emotivo, con el temperamento del poeta y todas las pequeñas debilidades, si podemos llamarlas así, que el poeta debe sufrir a causa de sus dones. Un gran médium es un gran artista y debe ser juzgado con los mismos criterios.

—A mí me parece, caballeros, que nos está preparando para lo peor —dijo el médium con una sonrisa encantadora, entre las risas de aprobación del grupo.

—Abordamos esta sesión con la esperanza de que se renueven ciertas materializaciones extraordinarias que hemos tenido recientemente, de manera que podamos dejar constancia permanente de las mismas —anunció el doctor Maupuis en un tono seco y desprovisto de emoción—. Últimamente, estas manifestaciones han adoptado formas muy inesperadas, y rogaría a los presentes que reprimieran cualquier reacción de miedo, por extrañas que les parezcan estas formas, puesto que es indispensable un ambiente de calma y prudencia. Ahora apagaremos la luz blanca y comenzaremos con el menor grado de luz roja hasta que las circunstancias nos permitan una mayor iluminación.

Las luces se controlaban desde el asiento del doctor Maupuis, en la mesa. Durante un momento quedaron sumidos en la más absoluta oscuridad. Luego apareció un tenue resplandor rojizo en un rincón, apenas suficiente como para revelar el desdibujado perfil de los hombres que rodeaban la mesa. No había música ni ambientación religiosa de ningún tipo. El grupo charlaba en susurros.

—Este procedimiento es distinto al suyo, el inglés —dijo Malone.

—Sí, muy diferente —respondió Mailey—. Tengo la sensación de que estamos abiertos de par en par y podemos recibir cualquier cosa. Es un error. No son conscientes del peligro al que se exponen.

—¿Qué peligro puede haber?

—Desde mi punto de vista, es como sentarse al borde de un lago que puede estar lleno de ranas inofensivas o de cocodrilos devoradores de hombres. No puede predecirse lo que ocurrirá.

El profesor Richet, que hablaba un inglés excelente, oyó su conversación.

—Conozco sus opiniones, señor Mailey —dijo—. No crea que las tomo a la ligera. Por algunas cosas que he visto, comprendo su comparación con la rana y el cocodrilo. En esta misma habitación he sido consciente de la presencia de criaturas que, de estar movidas por la ira, podrían haber convertido nuestros experimentos en aventuras muy peligrosas. Estoy con usted en que la presencia de gente mala en esta sala puede atraer reflejos malévolos a nuestro grupo.

—Me alegro, caballero, de que avance en nuestra dirección —dijo Mailey, pues, al igual que todos, consideraba a Richet uno de los grandes hombres del mundo.

—Quizá esté avanzando, pero no puedo decir que esté todavía del todo con usted. Quizá los poderes latentes del espíritu humano encarnado sean tan maravillosos que puedan extenderse a regiones que actualmente parecen lejanas y fuera de su alcance. Como antiguo materialista, yo lucho por cada palmo de terreno, aunque reconozco que ya he perdido varias líneas de trincheras. Mi ilustre amigo Challenger todavía conserva intacto su frente, según tengo entendido.

—Sí, señor —dijo Malone—, pero tengo ciertas esperanzas…

—¡Silencio! —exclamó Maupuis con impaciencia.

Se hizo un silencio absoluto. A continuación se oyó un ruido, una especie de movimiento dificultoso acompañado de una vibración semejante a un batir de alas.

—¡El pájaro! —susurró alguien, con voz sobrecogida.

Se hizo de nuevo el silencio y después volvió a oírse el sonido del movimiento y el impaciente aleteo.

—¿Lo tiene todo preparado, René? —preguntó el doctor.

—Todo está preparado.

—¡Entonces dispare!

La luz del *flash* inundó la sala al tiempo que se disparaba la cámara. En aquella repentina explosión de luz los visitantes tuvieron una visión pasajera de una criatura maravillosa. El médium yacía con la cabeza sobre las manos, como desvanecido. Sobre sus redondeados hombros estaba encaramado un enorme pájaro de presa que parecía un halcón grande o un águila. Durante un instante, la extraña imagen quedó grabada en sus retinas como en una placa fotográfica. Después volvieron a quedar sumidos en la oscuridad, sólo rota por el resplandor de las dos lámparas rojas, que parecían los ojos de algún siniestro demonio que acechara desde el rincón.



—¡Caramba! ¿Lo han visto ustedes?

—Era un cocodrilo del lago —dijo Mailey.

—Pero inofensivo —señaló el profesor Richet—. Ese pájaro ha estado varias veces con nosotros. Mueve las alas, como han oído, pero por lo demás permanece inmóvil. Puede que tengamos otro visitante más peligroso.

Naturalmente, la ráfaga de luz había disipado el ectoplasma. Era necesario empezar de nuevo. Había transcurrido quizá un cuarto de hora cuando Richet tocó el brazo de Mailey.

—¿No siente un olor, señor Mailey?

Mailey olfateó el aire.

—Sí, y me recuerda claramente al de nuestro zoo de Londres.

—Existe otra analogía más ordinaria. ¿No ha estado nunca en una habitación caldeada con un perro húmedo?

—Exacto —dijo Mailey—. Es una descripción perfecta. Pero ¿dónde está el perro?

—No hay ningún perro. ¡Espere un poco! ¡Espere!

El olor a animal se hizo más acusado, hasta hacerse abrumador. Luego, de repente, Malone sintió que algo se movía alrededor de la mesa. La tenue luz roja le permitió distinguir una figura deforme, agazapada, mal formada, con cierto parecido a un hombre. Su silueta era abultada, ancha, de cabeza apepinada, cuello corto y hombros fuertes y pesados. Rodeó el grupo con la cabeza gacha. Luego se detuvo, y uno de los presentes lanzó un grito de sorpresa y de miedo.

—No se alarme —dijo el doctor Maupuis con su voz tranquila—. Es el pitecántropo[116]. Es inofensivo.

Los científicos se pusieron a hablar de ello con tanta calma como si se tratara de un gato que se hubiera colado en la habitación.

—Tiene zarpas muy largas. Me las ha puesto en el cuello —gritó uno de los presentes.

—Sí, sí, para él es como una caricia.

—¡Pues pueden quedarse con las caricias que me corresponden a mí! —replicó el caballero con voz temblorosa.

—No le rechace. Puede que se moleste. Tiene buena disposición. Pero también tiene sentimientos, sin duda, como todos nosotros.

La criatura había interrumpido su furtivo avance. Se volvió hacia el extremo de la mesa, detrás de los tres amigos, que sintieron los rápidos soplidos de su aliento en la nuca. De repente, lord Roxton profirió una escandalosa exclamación de asco.

—¡Silencio! ¡Silencio! —dijo Maupuis.

—¡Me está lamiendo la mano! —exclamó Roxton.

Al cabo de un instante, Malone percibió una cabeza lanuda que se introducía entre ellos. Palpó con la mano izquierda y tocó un pelaje largo y grueso. Se volvió hacia él, y tuvo que esforzarse al máximo para dominarse y mantener quieta la mano cuando sintió que una lengua suave y larga le lamía. Después se marchó.

—En nombre del cielo, ¿qué es? —preguntó.

—Nos ha pedido que no lo fotografiemos, pues probablemente la luz le enfurecería. La orden recibida a través del médium era categórica. Lo único que podemos decir es que se trata de un hombre simiesco o de un simio antropoide. En otras ocasiones lo hemos visto con mayor claridad que esta noche. La cara es de simio, pero la frente es recta; los brazos, largos; las manos, enormes, y tiene el cuerpo cubierto de vello.

—Tom Linden nos transmitía cosas mejores —susurró Mailey.

Aunque lo dijo en voz muy baja, Richet le entendió.

—Nuestra área de estudio es la naturaleza entera, señor Mailey. Nosotros no estamos en situación de elegir. ¿Sería correcto clasificar las flores y dejar de lado los hongos?

—Pero usted reconoce que es peligroso.

—Los rayos X también eran peligrosos. ¿Cuántos mártires perdieron los brazos, articulación a articulación, antes de que se conocieran sus peligros? Y, sin embargo, fue necesario. Nosotros no sabemos todavía qué estamos haciendo. Pero si logramos demostrar al mundo que este pitecántropo puede llegar a nosotros desde lo invisible, y marcharse de nuevo como vino, habríamos hecho un descubrimiento tan grandioso que, aunque nos desgarrara el cuerpo en pedazos con sus formidables zarpas, no obstante, sería nuestro deber seguir adelante con nuestros experimentos.

—La ciencia puede ser heroica —dijo Mailey—. Nadie puede negarlo. Y, sin embargo, los mismos científicos afirman que ponemos en peligro nuestra razón cuando tratamos de ponernos en contacto con las fuerzas espirituales. Nosotros sacrificaríamos alegremente nuestra razón o nuestras vidas si con ello ayudáramos a la humanidad. ¿Es que no debemos hacer por el avance espiritual tanto como ellos hacen por el material?

Se habían encendido unas luces y hubo una pausa de descanso antes de iniciar el gran experimento de la noche. Los hombres se dividieron en pequeños grupos, charlando en voz baja de sus recientes experiencias. Viendo la confortable habitación con sus modernos instrumentos, el extraño pájaro y

el monstruo furtivo parecían sueños. Y, sin embargo, habían sido perfectamente reales, tal y como demostró el fotógrafo, que había salido anteriormente y acababa de volver a toda prisa del cuarto oscuro contiguo con la placa que acababa de revelar y de fijar. La colocó a la luz y apareció, con toda claridad, la cabeza calva del médium hundida entre las manos y, agazapado sobre sus hombros, el contorno de aquella amenazadora figura. El doctor Maupuis se frotó las manos regordetas con júbilo. Como todos los pioneros, había sufrido la persecución de la prensa parisiense, y cada fenómeno nuevo constituía un arma más para su propia defensa.

—*Nous marchons! Hein! Nous marchons!*[117] —repetía y repetía sin cesar, mientras Richet, absorto, respondía mecánicamente:

—*Oui, mon ami, vous marchez!*[118]

El hombrecillo de Galitzia estaba sentado frente a él, mordisqueando una galleta con un vaso de vino tinto. Malone se le acercó y descubrió que había estado en Estados Unidos y hablaba un poco de inglés.

—¿Está cansado? ¿Le agota esto?

—Con moderación, no. Dos sesiones por semana. El médico no me permite más.

—¿Se acuerda de algo?

—Lo recuerdo como un sueño. Un poco de una cosa, un poco de otra…

—¿Siempre ha tenido este poder?

—Sí, sí, siempre. Desde niño. Y mi padre, y mi tío. Ellos hablaban de visiones. Yo iba a sentarme al bosque y me rodaban animales extraños. Me sorprendí mucho al darme cuenta de que los demás niños no los veían.

—*Est-ce que vous êtes-prêts?*[119] —preguntó el doctor Maupuis.

—*Parfaitment*[120] —respondió el médium, sacudiéndose las migas.

El doctor encendió una lamparilla de alcohol debajo de uno de los cubos de cinc.

—Caballeros, estamos a punto de participar en un experimento que convencerá de una vez por todas al mundo de la existencia de estas formas ectoplásmicas. Puede que su naturaleza sea discutible, pero su objetividad quedará fuera de toda duda de ahora en adelante si mis previsiones se cumplen. En primer lugar, les explicaré el propósito de estos dos cubos. Éste que estoy calentando, contiene parafina, que ahora está en proceso de licuefacción. Este otro contiene agua. Quienes no hayan estado presentes en anteriores sesiones deben entender que los fenómenos de Panbek se producen normalmente en el mismo orden, y que, a estas alturas de la velada debemos esperar la aparición del anciano. Esta noche esperamos al anciano, y espero

que lo inmortalicemos en la historia de la ciencia psíquica. Ahora me siento y acciono la luz roja, número tres, que nos permite una mayor visibilidad.

En aquel momento, se distinguía al grupo con bastante claridad. La cabeza del médium había caído hacia delante, y sus profundos ronquidos demostraban que ya estaba en trance. Todos los rostros estaban vueltos hacia él, pues el maravilloso proceso de materialización se estaba produciendo ante sus propios ojos. Al principio fue un remolino de luz, un vapor humeante que giraba alrededor de su cabeza. Luego se vio cómo algo ondeaba, como si hubiera unas blancas colgaduras diáfanas tras él. Se hizo más denso. Se fundió. Se solidificó en un contorno y tomó una forma definida. Surgieron una cabeza y unos hombros. Le salieron brazos. Sí, no había duda alguna: había un hombre, un hombre viejo, en pie, detrás de la silla. Movió lentamente la cabeza de un lado a otro. Parecía atisbar con indecisión al grupo. Parecía preguntarse: «¿Dónde estoy y para qué estoy aquí?».

—No habla, pero escucha y tiene inteligencia —dijo el doctor Maupuis, mirando por encima del hombro a la aparición—. Estamos aquí, señor, con la esperanza de que nos ayude en un experimento muy importante. ¿Podemos contar con su cooperación?

La figura asintió con un gesto.

—Le damos las gracias. Cuando haya conseguido toda su fuerza, sin duda se alejará del médium.

La figura volvió a asentir, pero permaneció inmóvil. A Malone le parecía que cada momento que pasaba se volvía más densa. Vislumbró varias veces su rostro. En efecto, se trataba de un anciano, de rostro abultado y nariz larga cuyo labio inferior sobresalía de un modo curioso. De repente, con un movimiento brusco, se alejó de Panbek y echó a andar por la habitación.

—Caballero —dijo Maupuis con su estilo claro—. Advertirá que hay un cubo de cinc a la izquierda. Tenga la amabilidad de acercarse y meter la mano derecha.

La figura fue hacia allí. Parecía interesado en los cubos, pues los examinó con cierta atención. Luego metió una mano en el que el doctor le había indicado.

—¡Excelente! —exclamó Maupuis, chillando de excitación—. Ahora, caballero, tenga la amabilidad de meter la misma mano en el agua fría del otro cubo.

Así lo hizo.

—Y ahora, caballero, contribuirá al éxito absoluto de nuestro experimento si coloca la mano sobre la mesa y, mientras reposa allí, se desmaterializa y

vuelve a introducirse en el médium.

La figura asintió. Se acercó lentamente a la mesa, se inclinó sobre ella, alargó la mano… y desapareció. El médium dejó de respirar acompasadamente y se removió, inquieto, como si estuviera a punto de despertar. Maupuis encendió la luz blanca y alzó las manos con una fuerte exclamación de asombro y alegría, que fue coreada por el resto de los asistentes.

Sobre la brillante superficie de madera había un delicado guante amarillo rosado de parafina, ancho por los nudillos, estrecho en la muñeca, y con dos de los dedos doblados hacia la palma. Maupuis estaba fuera de sí de alegría. Partió un trocito de cera de la muñeca y se la pasó a su ayudante, que salió corriendo de la habitación.

—¡Es definitivo! —gritó—. ¿Qué pueden objetar ahora? Caballeros, apelo a ustedes. Han visto lo ocurrido. ¿Pueden ofrecer alguna explicación racional del molde de parafina, salvo que es el producto de la desmaterialización de la mano en su interior?

—Yo no veo otra solución —respondió Richet—. Pero debe usted enfrentarse a gente muy obstinada y llena de prejuicios. Si no pueden refutarlo, seguramente lo desecharán.

—La prensa está presente, y la prensa representa al público —dijo Maupuis—. En representación de la prensa inglesa, el señor Malone —chapurreó en su inglés—. ¿Es que ve usted alguna respuesta?

—No veo ninguna —respondió Malone.

—¿Y usted, *monsieur*? —añadió dirigiéndose al representante de *Le Matin*.

El francés se encogió de hombros.

—Para nosotros, que hemos tenido el privilegio de estar presentes, parece verdaderamente convincente —dijo—, pero de todas formas, harán objeciones. No se darán cuenta de lo frágil que es esto. Dirán que el médium lo trajo consigo y lo colocó sobre la mesa.

Maupuis juntó las manos triunfalmente. Su ayudante acababa de traerle una hoja de papel de la habitación contigua.

—Su objeción ya tiene respuesta —gritó blandiendo el papel—. Yo lo había previsto y puse un poco de colesterina en la parafina del cubo de cinc. Habrán observado que he partido un trozo del molde. Fue con el fin de realizar análisis químicos. Acaban de terminar. Aquí está: se ha detectado la presencia de colesterina[121].

—¡Excelente! —exclamó el periodista francés—. Así queda eliminado el último atisbo de duda. Pero ¿qué pasará ahora?

—Podemos volver a repetir lo que hemos hecho una vez —respondió Maupuis—. Prepararé una serie de moldes como éste. Obtendré puños y manos. Luego haré vaciados en escayola de algunos. Introduciré la escayola en el molde. Es delicado, pero se puede hacer. Trataré del mismo modo decenas de ellos y los enviaré a todas las capitales del mundo para que la gente los vea con sus propios ojos. ¿No servirá para convencerlos por fin de la autenticidad de nuestras conclusiones?

—No abrigue demasiadas esperanzas, mi pobre amigo —dijo Richet poniendo la mano sobre el hombro del entusiasmado científico—. Todavía no se ha dado cuenta de la enorme *vis inertiae*[122] del mundo. Pero como ha dicho usted, *vous marchez, vous marchez toujours*[123].

—Y debemos regular nuestro avance —dijo Mailey—. Hay que dosificarlo para adaptarlo a la receptividad de la humanidad.

Richet sonrió y meneó la cabeza.

—¡Siempre tan trascendental, profesor Mailey! ¡Siempre viendo más allá del ojo humano y transformando la ciencia en filosofía! Me temo que es incorregible. ¿Es razonable su postura?

—Profesor Richet —dijo Mailey con mucha gravedad—, le ruego que responda a la misma pregunta. Respeto profundamente su talento y simpatizo plenamente con su prudencia, pero ¿no ha llegado al punto en que el camino se bifurca? Su postura actual consiste en reconocer, porque lo tiene que reconocer, que una aparición inteligente en forma humana, configurada a partir de la sustancia que usted mismo ha denominado ectoplasma, puede ir andando por la habitación obedeciendo instrucciones mientras el médium permanece inerte ante nuestros ojos y, sin embargo, todavía vacila en afirmar que el espíritu tenga existencia independiente. ¿Le parece eso razonable?

Richet sonrió y negó con la cabeza. Sin responder, se volvió y se despidió del doctor Maupuis, dándole la enhorabuena. Al cabo de unos minutos, el grupo se había disgregado y nuestros amigos se dirigían velozmente a su hotel en un taxi.

Malone estaba profundamente interesado por lo que había visto, y permaneció gran parte de la noche levantado redactando una relación pormenorizada de los hechos para la Agencia Central de Noticias, con los nombres de quienes habían ratificado los resultados, nombres honorables que nadie en el mundo podía relacionar con la locura o el fraude.

—Es seguro, seguro, que esto hará época y constituirá un punto de partida.

Eso soñaba. Al cabo de dos días buscó en todos los grandes diarios de Londres, uno detrás de otro. Había artículos sobre fútbol. Artículos sobre golf. Una página entera dedicada a las cotizaciones en bolsa. Una carta al director muy extensa y sesuda sobre los hábitos del avefría[124]. Y en ninguno de ellos, una sola palabra sobre las maravillas que él había visto y relatado. Mailey se echó a reír al ver su decepción.

—¡El mundo está loco, señores míos! —dijo—. ¡El mundo está loco! ¡Pero aún no hemos llegado hasta el final!

NOTA DEL AUTOR

Los experimentos del doctor Maupuis

El doctor Maupuis de mi narración es, como advertirán todos los estudiosos dedicados a la investigación psíquica, el difunto doctor Geley, cuyo espléndido trabajo sobre esta materia es garantía de fama perdurable. Poseía una inteligencia de primer orden, a la que se unía un coraje moral que le capacitaba para enfrentarse con ecuanimidad al cinismo y a la frivolidad de sus detractores. Dotado de un buen juicio fuera de lo común, nunca fue más allá de los hechos y, sin embargo, nunca retrocedió del punto extremo que su razón y la evidencia podían justificar. Gracias a la munificencia del señor Jean Meyer, dirigía el Institut Métapsychique, institución admirablemente equipada para las tareas científicas. Él aprovechó al máximo los medios de que disponía. Cuando aparezca un Jean Meyer británico, no rentabilizará su inversión si no elige un cerebro progresista para dirigir su máquina. La gran dotación dejada a la Universidad de Stanford, en California, se ha malgastado en su práctica totalidad porque las personas encargadas de administrarla no eran como Geley o Richet.

El relato del pitecántropo está tomado del *Bulletin de l’Institut Métapsychique*. Una dama muy conocida me ha descrito cómo la criatura se abría paso entre ella y su vecino, y cómo ella colocó la mano sobre su piel

peluda. Un relato de esta sesión puede encontrarse en la obra de Geley *L'Ectoplasmie et la Clairvoyance*, Felix Alcau, pág. 345. En la página 296 aparece una fotografía del extraño pájaro de presa sobre la cabeza de la médium. Habría que tener la credulidad de un MacCabe para imaginar que todo esto es un fraude.

Estos distintos tipos de animales pueden adoptar formas muy raras. En un manuscrito del coronel Ochorowitz que no está publicado y que he tenido el privilegio de consultar, se describen algunas formaciones no solamente formidables, sino distintas a cualquier criatura de la que tengamos noticia.

Puesto que las formas animales de esta naturaleza se han materializado cuando Kluski y Guzik actuaban como médiums, es de creer que su formación depende más de algún participante en la sesión que de uno de los médiums, a menos que podamos desconectarlos totalmente del grupo. Entre los espiritistas, generalmente se acepta como axioma que los visitantes espirituales de un círculo representan de algún modo la tendencia mental y espiritual del grupo. Así, en casi cuarenta años de experiencia, no he oído ni una sola palabra obscena o blasfema en una sesión, porque estas sesiones se han llevado a cabo con una actitud respetuosa y religiosa. Teniendo esto en cuenta, cabría preguntarse si las sesiones que se celebran con fines meramente científicos o experimentales, sin el menor reconocimiento de su importantísima significación religiosa, evocan manifestaciones de la fuerza psíquica menos deseables. No obstante, el carácter superior de hombres como Richet y Geley garantiza que la tendencia general será buena.

Puede argumentarse que es preferible no abordar una materia que presenta tales posibilidades. La respuesta es que estas manifestaciones son, afortunadamente, muy raras, mientras que el consuelo diario de las relaciones espirituales ilumina miles de vidas. No se abandona una exploración porque la tierra que se explora alberga criaturas peligrosas. Abandonar esta cuestión equivaldría a dejarla en manos de las fuerzas del mal que quieran explorarla y a privarnos de unos conocimientos que nos serían útiles para comprender y contrarrestar sus descubrimientos.

XIII

En el que el profesor Challenger se apresta a la batalla

El profesor Challenger estaba de muy mal humor y, en tales circunstancias, toda la casa se enteraba. Pero los efectos de su ira no se restringían a los que le rodeaban, pues la mayoría de las terribles cartas que aparecían de vez en cuando en la prensa despellejando y escaldando a algún infeliz adversario eran como los rayos y truenos lanzados por un Júpiter ofendido que se sentaba majestuosamente sombrío en el trono de su despacho en las cumbres de un piso de Victoria. A los criados les faltaba el valor necesario para asomarse a la habitación en la que, triste y ceñudo, el melenudo y barbudo rostro levantaba la vista de sus papeles como un león la levanta de su presa.

Solamente Enid se atrevía a tratar con él en tales circunstancias, pero incluso ella experimentaba la aprensión de los más valerosos domadores al abrir la puerta de la jaula. Ella no estaba a salvo de su lengua corrosiva, aunque por lo menos no temía la violencia física, que sí que entraba plenamente en el campo de posibilidades de los demás.

En algunas ocasiones, los ataques de furia del famoso profesor se debían a causas materiales.

—¡Hepático, señor, hepático! —solía explicar extenuado después de alguna agresión furibunda.

Pero en aquella ocasión, la causa de su descontento era una cosa muy concreta. ¡Se trataba del espiritismo!

No conseguía librarse de aquella maldita superstición, que iba en contra del trabajo y la filosofía de toda su vida. Intentó restarle importancia, reírse de ello, desestimarlo despectivamente, pero la endemoniada cosa seguía importunándole una y otra vez. El lunes lo borraba definitivamente de sus libros y antes del sábado volvía a encontrarse metido en ello hasta las orejas. ¡Y era algo tan absurdo! Tenía la sensación de estar apartando su mente de los

grandes problemas apremiantes del universo para desperdiciar su talento con cuentos de hadas de Grimm[125] o con los fantasmas de un novelista barato.

Las cosas fueron empeorando. Primero Malone, quien, a su modo simple, era el exponente del ser humano normal con la cabeza en su sitio, había sido endiablado de alguna manera por esa gente hasta el punto de declararse a favor de sus perniciosas opiniones. Después Enid, su corderita, su único lazo real con la humanidad, también había sido corrompida. Estaba de acuerdo con las conclusiones de Malone, hasta el punto de buscar un buen número de pruebas por su cuenta. En vano había investigado él mismo un caso, demostrando sin sombra de duda que el médium era un ladrón intrigante que transmitía mensajes del marido muerto de una viuda para conseguir dominar a la mujer. Se trataba de un caso claro y Enid lo reconoció. Pero ni ella ni Malone consintieron en generalizar.

—En todos los ámbitos de la vida hay sinvergüenzas sin escrúpulos —decían—. Debemos juzgar todos los movimientos por los mejores, no por los peores.

Aquello era ya bastante terrible, pero lo peor estaba todavía por llegar. Se había visto públicamente humillado por los espiritistas y, además, por un hombre que reconocía una carencia absoluta de cultura y que en cualquier otra cuestión del mundo habría tenido que sentarse como un niño a los pies del profesor. No obstante, en el debate público…, pero es necesario relatar lo sucedido.

Sépase, pues, que Challenger, desde su olímpico desdén a cualquier oposición y sin conocer la fuerza real del caso que recusaba, en un momento de fatalidad, había llegado a afirmar que estaba dispuesto a descender del Olimpo para enfrentarse en un debate al representante que el otro bando eligiera.

«Soy perfectamente consciente —escribió— de que, en virtud de semejante concesión, yo, como cualquier hombre de ciencia de la misma categoría, corro el riesgo de conferir a estas aberraciones grotescas y absurdas del cerebro humano una dignidad que de otro modo no podrían arrogarse, pero debemos cumplir con nuestro deber hacia el público y, ocasionalmente, abandonar momentáneamente nuestro trabajo serio con el fin de barrer estas efímeras telarañas para evitar que se acumulen hasta el punto de resultar agresivas si no las dispersa la escoba de la ciencia».

Así, con suma confianza en sí mismo, Goliat se abalanzó sobre su insignificante enemigo, un antiguo auxiliar de imprenta y, actualmente,

director de lo que Challenger habría descrito como una oscura imprenta dedicada a los asuntos del espíritu.

Los detalles del debate son del dominio público, por lo que no es necesario relatar minuciosamente el penoso incidente. Se recordará que el gran hombre de ciencia llegó al Queen's Hall acompañado por muchos simpatizantes racionalistas que deseaban la destrucción definitiva de los visionarios. También asistieron muchas de aquellas pobres criaturas embaucadas, esperando, en contra de toda esperanza, que su campeón no fuera del todo inmolado en los altares de la ultrajada ciencia. Entre ellos, las dos facciones llenaron la sala y se miraron con la misma animosidad que los Azules y los Verdes en el hipódromo de Constantinopla hace mil años[126]. A la izquierda del estrado se encontraban las apretadas filas de los racionalistas duros e inflexibles que consideran unos crédulos a los agnósticos Victorianos y refrescan su fe con la detenida lectura de la *Literary Gazette* y el *Freethinker*.

Se encontraba allí también el doctor Joseph Baumer, famoso profesor especializado en las absurdidades de la religión, junto con el señor Edward Mould, que había insistido con enorme elocuencia en la putrefacción definitiva del cuerpo y la extinción del alma. En otro extremo, la barba amarilla de Mailey refulgía como una oriflama. Su mujer se sentaba a su lado, y Mervin, el periodista, al otro, mientras que las densas filas de hombres y mujeres serios de la Alianza Espiritual de Queen Square, del Colegio Psíquico, del Stead Bureau y de otras Iglesias se congregaban con el propósito de alentar a su campeón en aquella tarea imposible. Bolsover, el tendero, tan bonachón como siempre, con sus amigos de Hammersmith; Terbane, el médium ferroviario; el reverendo Charles Mason, con sus ascéticas facciones; Tom Linden, felizmente libre del cautiverio; la señora Linden; el grupo de Crewe; el doctor Atkinson; lord Roxton, Malone y muchos otros rostros familiares se distinguían en aquel denso muro de humanidad. Entre los dos bandos, solemne, impasible y voluminoso, ocupaba su asiento el juez Gaverson, del Tribunal Supremo, que había consentido en presidir. Resultaba interesante y significativo el hecho de que, en aquel debate crítico, en el que se cuestionaba la esencia misma o meollo vital de la verdadera religión, las Iglesias organizadas brillaran por su ausencia, haciendo gala de una total indiferencia. La apatía y la inconsciencia les impedían ver que las fuerzas vivas de la intelectualidad de la nación estaban investigando en cuerpos para determinar si estaban destinados a la extinción hacia la que marchan

velozmente o si la resurrección a otras formas se encontraba dentro de las posibilidades del futuro.

En la parte delantera, a un lado, con sus sesudos discípulos a sus espaldas, se sentaba el profesor Challenger, portentoso y amenazador, con su agresiva barba de corte asirio, una media sonrisa en los labios y los insolentes párpados entornados sobre sus ojos grises de mirada intolerante. Al otro lado, en la misma posición, se encontraba un hombre de aspecto gris e insignificante, a quien el sombrero de Challenger le habría cubierto hasta los hombros. Estaba pálido, y de vez en cuando dirigía miradas melindrosas, como excusándose ante su leonino adversario. No obstante, quienes conocían mejor a James Smith no se sentían alarmados en lo más mínimo, pues eran conscientes de que, pese a su apariencia vulgar y sencilla, poseía unos conocimientos prácticos y teóricos de su especialidad que pocas personas vivas igualaban. Los sabios de la Sociedad de Investigación Psíquica son como niños en sus conocimientos psíquicos si se los compara con practicantes del espiritismo como James Smith, que consagran su vida entera a distintas formas de comunión con lo invisible. Estos hombres pierden a menudo el contacto con el mundo en el que habitan y son inútiles para sus exigencias diarias, pero la dirección de un periódico vivo y la administración de una comunidad vasta y dispersa habían mantenido los pies de Smith sólidamente posados en la tierra, mientras que sus excelentes facultades naturales, que no había corrompido con estudios inútiles, le permitían concentrarse en el único campo de conocimiento que ofrece en sí mismo una amplitud suficiente para un intelecto humano de primer orden. Aunque Challenger no era consciente de ello, en realidad la contienda iba a librarse entre un brillante y prolijo aficionado y un profesional plenamente dedicado y altamente especializado.

Todos los presentes reconocieron que la media hora inicial de Challenger fue una magnífica exhibición de oratoria y argumentación. La audiencia quedó cautivada por su voz profunda, con resonancias de órgano, una voz que solamente podía articular un hombre con una capacidad torácica de cincuenta pulgadas[127], modulada con una cadencia perfecta. Había nacido para conmover al público; era, obviamente, un líder de la humanidad. Además, era ameno, gracioso y convincente. Describió el surgimiento natural del animismo[128] entre los salvajes que vivían amedrentados con el cielo como techo, sin poder darle una explicación al azote de la lluvia o al estrépito de los truenos. Su ignorancia los impulsaba a buscar una inteligencia benévola o malévola detrás de aquellos fenómenos de la Naturaleza que, al cabo del tiempo, habían sido explicados y clasificados por la ciencia.

Por lo tanto, las creencias en espíritus o en seres invisibles exteriores a nosotros, creencia que volvía a surgir por un curioso atavismo en los tiempos modernos entre los estratos menos cultivados de la humanidad, estaban fundamentadas en premisas falsas. Era el deber de la ciencia resistirse a las tendencias retrógradas de ese género y, precisamente, consciente de ese deber, se veía apartado, en contra de su voluntad, de la intimidad de su despacho para ponerse frente al público, en aquel estrado. Describió brevemente el movimiento tal como lo representaban sus difamadores. Según su relato, se trataba de un repugnante montaje amenizado con crujidos de huesos, rechinar de dientes, pintura fosforescente y fantasmas de muselina; un sórdido y nauseabundo negocio a comisión a costa de los huesos de los muertos y de las lágrimas de las viudas. Los espiritistas eran hienas del género humano que se cebaban en los sepulcros. (Aclamaciones de los racionalistas y risas irónicas de los espiritistas). No todos eran bribones sin escrúpulos. («¡Gracias, profesor!», gritó un contrincante). Los que no eran bribones eran tontos (risas). ¿Quizá era exagerado llamar tonto a un hombre que creía que su abuela podía enviar absurdos mensajes mediante golpecitos con la pata de la mesa del comedor? ¿Conocían alguna tribu de salvajes que hubiera caído en una superstición tan grotesca? Aquella gente no respetaba la dignidad de la tumba y habían contaminado con su vulgaridad el olvido sereno del sepulcro. Era un negocio odioso. Sentía tener que hablar de un modo tan contundente, pero sólo a base de bisturí y cauterización podía atajarse semejante brote canceroso. Ciertamente, el hombre no debe atribularse con especulaciones grotescas sobre la naturaleza de la vida después de la muerte. Ya tenían bastantes ocupaciones en este mundo. La vida era maravillosa. El hombre que se entregaba a sus obligaciones y apreciaba la verdadera belleza de la vida no podía perder el tiempo en superficialidades pseudocientíficas basadas en fraudes demostrados ya un centenar de veces y que, pese a ello, seguían atrayendo a multitud de devotos necios cuya credulidad insensata y prejuicios irracionales los hacían inmunes a cualquier argumento.

Hasta aquí un resumen sumamente escueto y crudo de los contundentes argumentos que abrieron el debate. Los materialistas aplaudieron estrepitosamente; los espiritistas se mostraron encolerizados e incómodos, mientras su portavoz se levantaba, pálido, pero resuelto, para replicar a aquella violenta acometida.

Su voz y su aspecto carecían de todas las cualidades que conferían magnetismo a Challenger, pero se expresaba claramente y argumentaba sus opiniones de un modo preciso, como un obrero familiarizado con sus

herramientas. Al principio, era tan recatado y se afanaba tanto por disculparse que parecía acobardado. Sabía que era casi presuntuoso por parte de una persona con una formación tan poco aventajada medirse mentalmente con un oponente de tanto renombre, una persona a la que respetaba desde hacía mucho tiempo. No obstante, en su opinión, en la larga lista de los logros del profesor, logros que habían extendido su fama por todo el mundo, faltaba uno y, desgraciadamente, era precisamente de ése del que debía hablar. Acababa de escuchar su discurso con admiración por su elocuencia, pero también con sorpresa, e incluso se atrevería a decir que con desdén, si se analizaban las afirmaciones que contenía. Resultaba evidente que el profesor había preparado su argumentación leyendo toda la literatura antiespiritista que había caído en sus manos, una fuente de información sumamente sesgada, sin cuidarse de los trabajos de aquellos que hablaban desde la experiencia y la convicción.

Toda esa charlatanería sobre rechinar de dientes y otras tretas fraudulentas denotaba una ignorancia victoriana, y en cuanto a lo de la abuela que habla a través de la pata de la mesa él, personalmente, no lo reconocía como definición adecuada de ningún fenómeno espiritista. Sus comparaciones le recordaban el chiste de las ranas danzarinas, en el que se ridiculizaban los primeros experimentos eléctricos de Volta[129]. Eran indignas del profesor Challenger. Ciertamente, él debía saber que un médium falso era el peor enemigo del espiritismo; que se los denunciaba con nombres y apellidos en las revistas psíquicas cuando se los descubría, y que esos desenmascaramientos eran normalmente realizados por los propios espiritistas, que hablaban de las «hienas humanas» con la misma indignación que su contrincante hacía un momento. La gente no culpaba a los bancos porque los falsificadores los utilizaran para sus viles propósitos. Descender a tales niveles de argumentación era hacer perder inútilmente el tiempo a tan selecta audiencia. Si el profesor Challenger hubiera negado las implicaciones religiosas del espiritismo reconociendo la veracidad de los fenómenos, habría sido más difícil replicarle, pero, al negarlo todo, se había colocado en una situación absolutamente insostenible. Sin duda, el profesor Challenger había leído los trabajos recientes del profesor Richet, famoso fisiólogo, fruto de más de treinta años de investigación ininterrumpida. Richet había verificado todos los fenómenos.

Quizá el profesor Challenger podría exponer a la audiencia qué tipo de experiencia personal le autorizaba a hablar de Richet, Lombroso o Crookes como salvajes supersticiosos. Posiblemente, su adversario habría llevado a

cabo experimentos en privado que eran desconocidos para el mundo. En ese caso, debía informar al mundo de sus resultados. Hasta que así lo hiciera, resultaba poco científico e indecoroso mofarse de hombres cuyo prestigio científico no era menor que el suyo propio, y que habían realizado esos experimentos y los habían presentado al público.

Y en cuanto a la autosuficiencia de este mundo, un profesor de éxito con un cuerpo eupéptico[130] era muy libre de suscribir esa opinión, pero era natural que un enfermo de cáncer de estómago que viviera en un cuchitril de Londres se cuestionara la teoría de que no hay que anhelar otro estado del ser aparte del que poseemos.

Se trataba de una actividad concienzuda, ilustrada con hechos, fechas y cifras. Aunque no se prestaba al arte de la elocuencia, sí planteaba grandes interrogantes, cuya respuesta aún estaba por hallar. Desafortunadamente, era obvio que Challenger no estaba en condiciones de responder. Se había preparado su parte sin cuidarse de la de su adversario, aceptando demasiado pronto las presunciones fáciles y llamativas de autores incompetentes que se atrevían a tratar una materia que no habían investigado personalmente. En lugar de replicar, Challenger perdió los estribos. El león empezó a rugir. Agitó su negra melena, sus ojos se pusieron al rojo y su voz retumbó por toda la sala. ¿Quién era esa gente que se refugiaba detrás de unos cuantos nombres, no por respetables menos equivocados? ¿Qué derecho tenían a esperar que los hombres serios de ciencia dejaran de lado sus tareas para perder el tiempo en examinar sus locas conjeturas? Había ciertas cosas que se caían por su propio peso y no requerían demostración. La responsabilidad de la prueba residía en los que hacían las afirmaciones. Si aquel caballero, cuyo nombre no le resultaba familiar, afirmaba que podía invocar espíritus, que llamara inmediatamente a uno delante de aquella audiencia cuerda y libre de prejuicios. Si realmente recibía mensajes, que anunciara las noticias antes que las agencias de prensa. («¡Eso se ha hecho muchas veces!», gritó alguien desde el flanco de los espiritistas). Eso decía aquel caballero, pero él lo negaba. Ya conocía sus disparatadas afirmaciones y no podía tomarlas en serio. (Se produjo un clamoroso estruendo y el juez Garvison se puso en pie). Si afirmaba que tenía una inspiración más alta, que resolviera el asesinato de Peckham Rye. Si estaba en contacto con seres angelicales, que nos dé una filosofía más elevada que la que puede producir la mente humana. La falsa demostración científica, el camuflaje de la ignorancia, la charlatanería sobre el ectoplasma y otros productos míticos de la imaginación psíquica rayaba con el oscurantismo[131], brote bastardo de la superstición y la ignorancia.

Cada vez que se sometía a prueba la materia se descubría corrupción y putrefacción mental. Todos los médiums eran impostores premeditados. («¡Embustero!», gritó una mujer sentada cerca de los Linden). Las voces de los muertos sólo decían bobadas infantiles. Los manicomios estaban llenos de seguidores de ese culto, y más lo estarían si todos los espiritistas recibieran un tratamiento adecuado.

Fue un discurso violento, pero no eficaz. Evidentemente, el gran hombre se había puesto nervioso. Se daba cuenta de que tenía que enfrentarse a una opinión y de que no se había provisto de material para ello. Por eso se refugiaba en las palabras desagradables y en las afirmaciones dogmáticas, que sólo pueden hacerse con seguridad cuando no está presente un contrincante que pueda aprovecharse de ellas. En lugar de enfadarse, los espiritistas se divertían. Los materialistas se removían con inquietud en sus asientos. A continuación, James Smith se puso en pie para tomar la palabra en el último turno que le correspondía, con una sonrisa burlona y un sosegado porte amenazador.

Habría cabido esperar, dijo, una actitud más científica de su ilustre adversario. Resultaba curioso el modo en que muchos científicos, cuando se exacerbaban sus pasiones y sus prejuicios, mostraban una indiferencia absurda hacia sus propios principios. Entre dichos principios, ninguno más rígido que el que estipula que, antes de rechazar una hipótesis, debe ser examinada. En los últimos años hemos visto, en cuestiones tales como la telegrafía sin hilos y las máquinas más pesadas que el aire, que pueden llegar a suceder las cosas más inverosímiles. Resulta peligroso afirmar *a priori* que algo es imposible. Y, sin embargo, aquel era el error en el que el profesor Challenger había incurrido. Aprovechando la fama legítimamente obtenida en materias que dominaba, desacreditaba una materia que no conocía en absoluto. El hecho de que un hombre fuera un gran fisiólogo y psicólogo no lo convertía en una autoridad en ciencias psíquicas.

Había quedado patente que el profesor Challenger no había leído esas obras básicas sobre las que dogmatizaba como si fuera una autoridad en la materia. ¿Podía decirle al público el nombre del médium de Schrenck-Notzing? Quedó en silencio, esperando una respuesta. ¿Conocía, quizás, el nombre del médium del doctor Crawford? ¿No? ¿Sabía cuál era el tema de los experimentos que el profesor Zöllner había llevado a cabo en Leipzig?**[132]** ¡Cómo! ¿Se quedaba callado? Pero si aquellos eran los elementos esenciales de la discusión. Había procurado no personalizar, pero el enérgico lenguaje del profesor requería una franqueza equivalente por su parte. ¿Era consciente

el profesor de que el ectoplasma del que se mofaba había sido revisado últimamente por veinte profesores alemanes (por cierto, tenía los nombres, por si le interesaba a alguien) y que todos ellos habían dado fe de su existencia? ¿Cómo podía el profesor Challenger negar lo que aquellos caballeros afirmaban? ¿Alegaría que ellos también eran criminales o estúpidos? Lo cierto era que el profesor había acudido a aquel debate en la ignorancia más absoluta. Evidentemente, no estaba al corriente de que la ciencia psíquica se regulaba por unas determinadas leyes, pues en ese caso no habría formulado peticiones tan inconscientes como la de que una figura ectoplásmica se manifestara a plena luz, cuando cualquier estudiante sabía que el ectoplasma se disuelve en la luz. Y, en cuanto al asesinato de Peckham Rye, nadie había afirmado que el mundo de los ángeles fuera un departamento de Scotland Yard. Por parte del profesor Challenger aquello era un burdo intento de confundir y cegar al público…

En aquel momento se produjo la explosión. Challenger había estado retorciéndose en su asiento. Challenger se había tirado de la barba. Challenger había lanzado miradas fulminantes al orador. Pero, de repente, se colocó de un salto a un lado de la mesa del presidente con el ímpetu de un león herido. Dicho caballero se encontraba recostado y medio dormido con sus gordezuelas manos cruzadas sobre la amplia panza, pero, ante aquella repentina aparición, se incorporó con tal sobresalto, que estuvo a punto de precipitarse desde el estrado.

—¡Siéntese, caballero! ¡Siéntese! —gritó.

—Me niego a tomar asiento —rugió Challenger—. ¡Caballero, apelo a usted como presidente! ¿Es que va a tolerar que se me insulte? Esto es inaceptable. No estoy dispuesto a soportarlo ni un momento más. Si se atenta contra mi honor personal, tengo derecho a tomarme la justicia por mi mano.

Como muchos hombres que acostumbran a desautorizar las opiniones ajenas, Challenger era sumamente sensible cuando alguien se tomaba semejante libertad con las suyas. Cada una de las sucesivas frases incisivas de su adversario le habían herido como afiladas banderillas en la cerviz de un toro furioso. A continuación, mudo de rabia, blandió su enorme puño peludo por encima de la cabeza del presidente mirando a su adversario, cuya sonrisa burlona le incitó a saltar, más furioso todavía, persiguiendo al presidente por todo el estrado. En un momento, se organizó un tremendo guirigay entre el público. La mitad de los racionalistas estaban escandalizados, mientras que la otra mitad gritaba a media voz «¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!», para mostrar su apoyo a su campeón.



Los espiritistas proferían gritos burlones. Algunos se adelantaron para proteger a su adalid de un ataque físico.

—Tenemos que sacar de aquí a nuestro pobre amigo —dijo lord Roxton a Malone—, porque, si no, le van a condenar por homicidio. Lo digo porque no sabe lo que hace; va a pegar a alguien y acabará en la cárcel.

El estrado se había convertido en un hervidero, pero la situación del auditorio era algo mejor. Malone y Roxton se abrieron paso a codazos entre la multitud hasta que llegaron junto a Challenger y, gracias a varios empujones certeros y a un poco de hábil persuasión, lo sacaron del edificio, gritando todavía por los agravios que había sufrido. La asamblea se disolvió en medio del tumulto y la confusión. «Este episodio —comentaba *The Times* a la mañana siguiente— ha sido deplorable; ilustra claramente el peligro que entrañan los debates público cuyos temas de discusión pueden soliviantar los prejuicios de los oradores o del público. Apelativos tales como “microcéfalo[133] idiota” o “simio superviviente”, empleados por un profesor de renombre mundial contra un adversario, son ejemplo de los extremos a los que se llega en este género de discusiones».

Así, tras una larga interpolación, volvemos al hecho de que el profesor Challenger se encontraba de un pésimo humor mientras leía el mencionado ejemplar de *The Times* con la frente fruncida. Y, sin embargo, aquel fue

precisamente el momento elegido por el incauto Malone para plantearle la pregunta más íntima que un hombre puede formularle a otro.

No obstante, quizá seamos injustos con la diplomacia de nuestro amigo al afirmar que había «elegido» el momento. En realidad había ido a visitarle para asegurarse de que su amigo, a quien profesaba un profundo respeto y afecto, a pesar de sus excentricidades, había sufrido algún daño como consecuencia de los sucesos de la noche anterior. No tardó en quedar tranquilo con respecto a ese particular.

—¡Es intolerable! —rugió el profesor, en el mismo tono del día anterior, tan enfurecido como si hubiera pasado toda la noche gritando—. Usted lo presenció, Malone. A pesar de su inexplicable y disparatada simpatía por las fatuas opiniones de esas gentes, debe reconocer que la organización del acto era nefasta y que mi legítima protesta estaba más que justificada. Es posible que traspasara los límites del decoro cuando arrojé la mesa del presidente contra el presidente del Colegio Psíquico, pero la provocación había sido excesiva. Recordará que ese tal Smith o Brown, su nombre no viene al caso, se atrevió a acusarme de ignorante y de estar tratando de engañar a la audiencia.

—Así es —dijo Malone en tono apaciguador—. No tiene importancia, profesor. Usted también acertó uno o dos golpes bastante fuertes.

Challenger suavizó su rictus y se frotó las manos con regocijo.

—Sí, sí. Creo que algunos de mis golpes dieron en el blanco. Imagino que no los olvidarán. Cuando dije que los manicomios deberían estar llenos de esa gente vi la cara que ponían. Recuerdo que se pusieron a gritar todos como una jauría de cachorros. Su ridícula petición de que leyera su casquivana literatura me puso fuera de mí. Pero espero, muchacho, que haya venido para decirme que lo que dije anoche ha tenido algún efecto en su mente, y que se ha replanteado esas opiniones que son, debo confesarlo, una rémora para nuestra amistad.

Malone dio el paso decisivo como un hombre.

—La verdad es que he venido por otro motivo —dijo—. Debe saber usted que su hija Enid y yo hemos pasado mucho tiempo juntos últimamente. Señor, ella ha llegado a ser para mí la única mujer del mundo, y no sabré lo que es la felicidad hasta que se convierta en mi esposa. No soy rico, pero me han ofrecido un buen puesto de ayudante de director, con lo que puedo plantearme el matrimonio. Me conoce desde hace tiempo, y espero que no tenga nada contra mí. Por lo tanto, espero contar con su aprobación en lo que estoy dispuesto a hacer.

Challenger se mesó la barba mientras entornaba los párpados con aire peligroso.

—Muy embotados tendría que tener los sentidos como para no notar el tipo de relación que se ha establecido entre mi hija y usted. No obstante, ese asunto se ha enredado con el otro del que estábamos hablando. Me temo que los dos se han dejado atrapar por esa venenosa falacia a cuya extirpación cada vez estoy más dispuesto a dedicar mi vida. Aunque sólo sea por eugenesia[134], no puedo sancionar una unión que se ha establecido sobre semejantes bases. Por lo tanto, estoy obligado a preguntarle, para quedarme totalmente tranquilo, si sus opiniones se han hecho más cuerdas. A ella le preguntaré lo mismo.

Y así, Malone pasó a engrosar, en un momento, las filas del noble ejército de mártires. Era un dilema difícil, pero lo afrontó como el hombre que era.

—Estoy convencido, señor, de que usted no aprobaría que mi visión de la verdad, acertada o equivocada, estuviera influida por consideraciones materiales. Yo no puedo cambiar mis creencias, ni siquiera por Enid. Estoy convencido de que ella opina igual que yo.

—¿Le pareció que la razón estaba de mi parte anoche?

—Su discurso me pareció muy elocuente.

—¿Pero no le convencí?

—No, porque estaba en condiciones de contrastar su discurso con la certeza de mis sentidos.

—Cualquier conjurador es lo suficientemente hábil como para ofuscar sus sentidos.

—Me temo, señor, que ya tengo una opinión formada sobre esa posibilidad.

—Entonces yo también he tomado una decisión —rugió Challenger, que de pronto volvía a mirarle con aire feroz—. Saldrá de esta casa, caballero, y sólo volverá cuando haya recobrado la cordura.

—¡Un momento! —dijo Malone—. Le ruego que no se precipite, señor. Tengo en muy alta estima su amistad, y no quiero arriesgarme a perderla siempre que pueda evitarse de alguna manera. Posiblemente, si usted me orientara, comprendería mejor estas cosas que me dejan perplejo. En el caso de que consiga organizarlo, ¿estaría dispuesto asistir a una de esas demostraciones con el fin de que sus disciplinados poderes de observación arrojen algo de luz sobre cosas que me tienen confuso?

Challenger era muy sensible a los halagos. Desplegó las plumas como un pájaro gigantesco.

—Si puedo ayudarle, querido Malone, a eliminar de su organismo esa infección, *microbus spiritualensis*, estoy a su servicio. Con mucho gusto dedicaré parte de mi tiempo libre a descubrir esas falacias engañosas de las que ha sido víctima tan fácilmente. No creo que esté totalmente desprovisto de inteligencia, pero su buen natural le hace peligrosamente susceptible a todo género de influencias. Le advierto que seré un inquisidor severo y que aplicaré en la investigación los métodos de laboratorio en los que se me reconoce universalmente como un maestro.

—Ése es precisamente mi deseo.

—En ese caso, prepare usted todo y yo acudiré. Mientras tanto, comprenderá mi interés en que me prometa usted que su relación con mi hija no seguirá adelante.

Malone vaciló.

—Mantendré mi promesa durante seis meses —dijo por fin.

—¿Y qué hará al cabo de ese tiempo?

—Lo decidiré llegado el momento —respondió Malone diplomáticamente. De ese modo, escapó de una peligrosa situación mejor de lo que era de esperar.

Ocurrió que, cuando salía a la escalera, Enid, que regresaba de realizar sus compras de la mañana, apareció en el ascensor. La indulgente conciencia irlandesa de Malone le permitió pensar que los seis meses no tenían por qué empezar en aquel mismo instante, de manera que persuadió a Enid de que bajara con él en el ascensor. Era de esos ascensores sin ascensorista, así que Malone se las arregló para que se quedara parado entre los dos últimos pisos durante un cuarto de hora completo, a pesar de los impacientes timbrazos. Cuando volvió a ponerse en marcha y Enid pudo por fin entrar en su casa y Malone llegar a la calle, los enamorados estaban preparados para esperar seis meses con todas las esperanzas de que su experimento tuviera un exitoso final.

XIV

En el que Challenger conoce a un peculiar colega

El profesor Challenger no era hombre que hiciera amigos fácilmente. Para ser amigo suyo había que ser también subordinado. No admitía relaciones de igualdad. Pero como amo era extraordinario. Con su aire jupiterino, su condescendencia colosal, su sonrisa burlona, su porte de dios descendiendo junto a los mortales, podía ser de una amabilidad abrumadora. Pero a cambio exigía ciertas cualidades. La estupidez le desagradaba. La fealdad física le ofendía. La independencia le repelía. Codiciaba a los hombres dignos de la admiración de todo el mundo, pero que a su vez admiraran al superhombre que había en él. El doctor Ross Scotton era precisamente uno de aquellos hombres y, por ello, se había convertido en el alumno favorito de Challenger.

Pero había enfermado de muerte. Le atendía el doctor Atkinson, del hospital Saint Mary, que ya ha desempeñado un pequeño papel en este relato. Sus partes médicos eran cada vez más desalentadores. La enfermedad era el terrible mal de la esclerosis múltiple[135], y Challenger sabía que Atkinson no estaba siendo alarmista al afirmar que la curación era una posibilidad sumamente remota e improbable. Parecía un terrible ejemplo de la irracionalidad de las cosas el hecho de que un hombre de ciencia joven, capaz de producir antes de llegar a la madurez obras como *La embriología del sistema nervioso simpático* o *La falacia del índice obsónico* se disolviera en sus componentes químicos sin dejar residuo espiritual ni personal de ninguna clase. Y, sin embargo, el profesor encogía sus poderosos hombros, sacudía la cabezota y aceptaba lo inevitable. Cada noticia nueva era peor que la anterior y, finalmente, se produjo un ominoso silencio. Challenger visitó en una ocasión a su joven amigo en su casa de Gower Street. Fue una experiencia realmente atroz, y no la repitió. Los calambres musculares que caracterizan la dolencia estaban reduciendo a nudos al paciente, que se mordía los labios para ahogar los gritos que podrían haber aliviado su dolor a expensas de su

hombría. Se aferró a la mano de su mentor como un náufrago se aferra a una tabla.

—¿De verdad es como me ha dicho? ¿No hay esperanza más allá de los seis meses de tortura que me esperan? ¿Con toda su sabiduría y su conocimiento no ve ningún atisbo de luz en las tinieblas de la disolución eterna?

—¡Afróntelo, hijo mío, afróntelo! —le respondió Challenger—. Es preferible plantar cara a los hechos a consolarse con ilusiones.

Entonces, el enfermo entreabrió los labios y lanzó un grito largamente reprimido. Challenger se levantó y salió rápidamente de la habitación.

Pero iba a producirse un acontecimiento asombroso. Comenzó con la aparición de la señorita Delicia Freeman.

Una mañana sonaron unos golpecitos en la puerta del piso de Victoria. Cuando el austero y taciturno Austin miró a la altura de sus ojos, no vio nada en absoluto. Pero, al bajar la vista, descubrió a una dama de estatura insignificante, cuyo delicado rostro y brillantes ojos de pajarillo estaban levantados hacia él.

—Quiero ver al profesor —dijo buscando una tarjeta en su bolso.

—El profesor no puede recibirla —respondió Austin.

—De eso nada; claro que puede —respondió la pequeña dama con serenidad.

No había oficina de periódico, despacho de alto funcionario o cancillería política donde se le impidiera el paso cuando ella creía que era necesario hacer una buena obra.

—No puede recibirla —repitió Austin.

—Pero es que necesito hablar con él, ¿comprende? —dijo la señorita Freeman, y de pronto se agachó y esquivó al mayordomo. Con un instinto infalible se dirigió directamente a la puerta del sagrado santuario, llamó y entró.



El león alzó la cabeza de su escritorio repleto de papeles y le lanzó una mirada furiosa.

—¿Qué significa esta intrusión? —rugió.

A pesar de todo, la menuda mujer no se acobardó en absoluto. Miró con una dulce sonrisa el ceñudo rostro.

—Me alegro mucho de conocerle —dijo—. Me llamo Delicia Freeman.

—¡Austin! —aulló el profesor. El mayordomo asomó su rostro impasible por la rendija de la puerta—. ¿Qué es esto, Austin? ¿Cómo ha llegado hasta aquí esta persona?

—No he podido impedírselo —se lamentó Austin—. Vamos, señorita, ya está bien.

—¡No, no! No debe molestarse; de verdad, no se moleste —dijo la dama dulcemente—. Me han dicho que era usted una persona absolutamente terrible, pero veo que es encantador.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Se da cuenta de que soy uno de los hombres más atareados de Londres?

La señorita Freeman volvió a rebuscar en su bolso. Siempre estaba rebuscando en ese bolso, para sacar algunas veces un folleto sobre Armenia, otras, un panfleto de Grecia, otras, una nota sobre las misiones en Zenana, y a veces, algún manifiesto psíquico. En aquella ocasión se trataba de un manuscrito plegado.

—Es del doctor Ross Scotton —dijo.

Estaba doblado a toda prisa y toscamente garabateado, hasta el punto de que era difícilmente legible. Challenger se inclinó sobre él.

> Por favor, querido amigo, escuche a esta dama. Sé que va en contra de todas sus opiniones, pero tengo que hacerlo. Usted mismo dijo que no tenía esperanzas. Lo he probado y funciona. Sé que parece una locura y un disparate. Pero una esperanza cualquiera es preferible a ninguna. Si estuviera usted en mi lugar, habría hecho lo mismo. ¿Querrá desterrar sus prejuicios y verlo por sí mismo? El doctor Felkin llegará a las tres.

F. Ross Scotton

Challenger lo leyó dos veces y exhaló un suspiro. Evidentemente, estaba pensando en la enfermedad:

—Dice que debo escucharla. ¿De qué se trata? Explíquemelo con la mayor brevedad posible.

—Es un médico del espíritu —dijo la dama.

Challenger pegó un salto en su silla.

—Dios mío, ¡es que no voy a poder librarme de estos disparates! —gritó —. ¿No pueden dejar que este pobre hombre yazca tranquilo en su lecho de muerte en lugar de utilizarlo para sus trucos?

La señorita Delicia dio unas palmaditas y sus rápidos ojillos hicieron un guiño de alegría.

—No está en su lecho de muerte. Va a ponerse bien.

—¿Quién lo ha dicho?

—El doctor Felkin. Él nunca se equivoca.

Challenger hizo un gesto de desdén.

—¿Le ha visto últimamente? —le preguntó ella.

—Hace semanas que no le veo.

—Entonces, no lo reconocerá. Está prácticamente curado.

—¡Curado! ¿Curado de esclerosis difusa en unas semanas?

—Venga a verlo.

—Quiere que contribuya y apoye algún curanderismo infernal. Ya sólo me falta ver mi nombre estampado en un documento de apoyo a esos granujas. Conozco el tipo. Si fuera, le agarraría por el cuello y le tiraría escaleras abajo.

La dama se echó a reír de buena gana.

—Y como Aristides[136], él respondería: «Pégueme, pero escúcheme». De todos modos, estoy segura de que antes le escucharía. Su alumno es un digno discípulo suyo. Se muere de vergüenza por estar recuperándose de una manera tan poco ortodoxa. Fui yo quien llamé al doctor Felkin en contra de sus deseos.

—¿Ah, sí? Es usted muy atrevida.

—Estoy dispuesta a aceptar cualquier responsabilidad, siempre que me conste que tengo razón. Hablé con el doctor Atkinson. El posee ciertos conocimientos psíquicos. Tiene muchos menos prejuicios que la mayoría de ustedes, los científicos. Opina que, cuando un hombre va a morir sin remedio, cualquier método curativo es válido. Entonces vino el doctor Felkin.

—¿Y cómo trató el caso ese curandero?

—Eso es lo que el doctor Ross Scotton quiere que vea —miró un reloj que llevaba en las profundidades del bolso—. Estará allí dentro de una hora. Le dije a su amigo que usted acudiría. Estoy convencida de que no le decepcionará. ¡Ah! —exclamó volviendo a meter la mano en el bolso—. Aquí tengo una nota reciente sobre la cuestión de Besarabia[137]. Es mucho más grave de lo que la gente cree. Tendrá el tiempo justo para leerla antes de venir. ¡Adiós, profesor, y *au revoir!*[138]

Dirigió una sonrisa al ceñudo león y se marchó.

Su misión había resultado un éxito, como de costumbre. Había algo irresistible en el entusiasmo totalmente altruista de aquella personilla que, en cuestión de un momento, podía cautivar a cualquiera, desde un anciano mormón[139] a un bandolero albano, derrochando amor por los pecadores y deplorando los pecados. Challenger quedó hechizado y, poco antes de las tres, subía con paso enérgico la estrecha escalera que conducía a la puerta del humilde cuarto donde su discípulo predilecto yacía postrado. Ross Scotton se encontraba tendido en la cama con un camisón rojo, y su profesor comprobó con alegría que sus mejillas habían recuperado el buen color y que la luz de la vida y la esperanza había vuelto a sus ojos.

—¡Sí, estoy mejorando! —exclamó el joven—. Desde que Felkin celebró su primera consulta con Atkinson empecé a sentir que la fuerza de la vida volvía a penetrar en mí. ¡Oh, jefe, es espantoso pasar las noches en vela sintiendo cómo esos malditos microbios horadan las raíces mismas de la vida! Casi me parecía oírlos. Y los calambres, cuando mi cuerpo, como un esqueleto mal articulado, se retorcía convertido en una maraña rígida. Pero ahora, salvo por una leve dispepsia y una urticaria[140] en las palmas de las manos, me he librado del dolor. Y todo gracias a la ayuda de este querido compañero.

Hizo un ademán, como señalando a una persona presente. Challenger miró en derredor con los ojos centelleantes, esperando encontrar a un charlatán presuntuoso tras él. Pero allí no había ningún médico. Una joven con una larga melena castaña, de aspecto frágil, que parecía la enfermera, callada y discreta, dormitaba en mi rincón. La señorita Delicia, con una sonrisa recatada, estaba de pie, junto a la ventana.

—Me alegro de que esté mejor, mi querido muchacho —dijo Challenger—. Pero no se engañe. Esta dolencia tiene su sístole natural y su diástole.

—Háblele, doctor Felkin. Aclárele las ideas —dijo el inválido.

Challenger miró hacia la cornisa y a lo largo del rodapié. Era evidente que buscaba con la vista algún médico que estuviera escondido en un rincón, pero allí no había nadie. Los sentidos de su discípulo no podían estar tan alterados como para hacerle ver apariciones que, flotando en el aire, dirigían su curación.

—En efecto, se imponen ciertas aclaraciones —dijo una voz profunda y viril a la altura de su codo.

Se volvió rápidamente. Era la joven de aspecto frágil quien hablaba.

—Permítame presentarle al doctor Felkin —dijo la señorita Delicia con una sonrisa burlona en los labios.

—¿Qué disparate es éste? —gritó Challenger.

La joven se puso de pie y buscó algo en la parte lateral del vestido. Luego hizo un gesto de impaciencia.

—Hubo una época, estimado colega, en que, en mi instrumental, una caja de rapé tenía la misma categoría que el maletín de flebotomía[141]. Viví antes de la época de Laënnec; entonces no llevábamos estetoscopio[142]; disponíamos de un reducido instrumental quirúrgico. La caja de rapé era una ofrenda de paz y yo estaba a punto de ofrecérsela, pero, desgraciadamente, ya ha pasado a la historia.

Challenger escuchó aquel pequeño discurso con los ojos fijos y las ventanas de la nariz dilatadas. Luego se volvió hacia la cama.

—¿Pretende decirme que éste es su médico…, que sigue los consejos de esta persona?

La joven se puso muy tiesa.

—Caballero, no voy a replicarle. Percibo claramente que es usted de los que se hallan tan inmersos en el conocimiento material que no han tenido tiempo de dedicarse a las posibilidades del espíritu.

—Por supuesto que no tengo tiempo para esas tonterías —espetó Challenger.

—¡Mi querido jefe! —gritó una voz desde la cama—. Le ruego que tenga presente lo mucho que el doctor Felkin ha hecho por mí. Usted vio cómo estaba hace un mes, y está viendo cómo estoy ahora. No querrá ofender a mi mejor amigo.

—Mucho me temo, profesor, que le debe una disculpa al doctor Felkin —dijo la señorita Delicia.

—¡Esto es un manicomio privado! —exclamó Challenger desdeñosamente.

A continuación, asumiendo su papel, adoptó la mastodóntica y enfática ironía, una de sus armas más eficaces para enfrentarse a sus alumnos recalcitrantes.

—Quizá, señorita, ¿o debo decir anciano y venerable profesor?, permitirá usted a un inexperto estudiante terrenal, que no tiene más conocimientos que los que este mundo puede darle, sentarse humildemente en un rincón para tratar de aprender algo de sus métodos y de su escuela.

Pronunció estas palabras hundiendo exageradamente la cabeza entre los hombros, entornando los párpados y extendiendo ante sí las palmas de las

manos, de modo que parecía el vivo retrato del sarcasmo. El doctor Felkin recorría la habitación con paso enérgico e impaciente, sin prestarle demasiada atención.

—¡Así es! ¡Así es! —dijo con indiferencia—. Váyase a un rincón y quédese ahí. Ante todo, deje de hablar, pues este caso requiere el ejercicio de todas mis facultades —dijo volviéndose con aire majestuoso hacia el paciente —. Bien, bien, va usted progresando. Dentro de dos meses volverá a sentarse en el aula.

—¡No, eso es imposible! —sollozó Ross Scotton.

—En absoluto. Yo se lo garantizo. Y no hago nunca promesas falsas.

—Yo respondo de ello —dijo la señorita Delicia—. Vamos, querido doctor, cuéntenos quién era cuando estaba vivo.

—¡Ah! Las mujeres, siempre igual. Les gustaba cotillear en mi época y siguen cotilleando ahora. ¡No! ¡No! Echaremos un vistazo a nuestro joven amigo. ¡Pulso! El latido intermitente ha desaparecido. Ya hemos ganado algo. Temperatura: obviamente, normal. Presión sanguínea: todavía más elevada de lo que yo quisiera. Digestión: deja mucho que desear. Lo que ustedes, los modernos, llaman huelga de hambre no estaría fuera de lugar. Bien, el estado general es pasable. Veamos el centro local del mal. ¡Bájese la camisa, señor! Póngase boca abajo. ¡Excelente! —pasó los dedos con gran fuerza y precisión por la parte superior de la espina dorsal y después apretó los nudillos con repentina energía, arrancando un aullido de dolor del enfermo—. ¡Así está mejor! Como ya he explicado con anterioridad, detecto un ligero defecto en la alineación de las cervicales que, en mi opinión, provoca la reducción de los *foramina*[143] a través de los cuales emergen las raíces nerviosas. Esto ha provocado una compresión, y, como estos nervios son los verdaderos conductores de la fuerza vital, ha alterado el equilibrio global de todas las zonas abastecidas. Mis ojos tienen las mismas facultades que sus chapuceros rayos X, y puedo percibir con claridad que la posición correcta está prácticamente restablecida y que ha desaparecido la constricción fatal. Espero, caballero —añadió dirigiéndose a Challenger—, que mi explicación de la patología de este interesante caso le resulte inteligible —Challenger expresó su hostilidad y desacuerdo generales con un gruñido—. Aclararé cualquier dificultad de entendimiento que le surja. Entre tanto, querido muchacho, usted me honra con su mejora, y yo me alegro de su progreso. Quiero que transmita mis cumplidos a mi colega terrenal, el doctor Atkinson, y que le diga que no puedo aconsejarle nada más. La médium está un poco fatigada, pobre niña, y hoy no me quedaré más tiempo.

—Pero prometió decirnos quién es usted.

—La verdad es que hay poco que decir. Yo era un facultativo bastante mediocre. En mi juventud fui discípulo del gran Abernethy[144], y quizá aprendí algo de sus métodos. En mi primera madurez proseguí mis estudios y se me concedió la posibilidad de hacer algo para ayudar a la humanidad cuando encontrara algún canal de expresión adecuado. Naturalmente, como podrán comprender, la única manera de ascender en el mundo superior es mediante el servicio y la abnegación. Éste es mi servicio, y sólo puedo agradecerle al destino benévolo el que haya encontrado en esta muchacha un ser cuyas vibraciones se corresponden de tal modo con las mías que puedo controlar fácilmente su cuerpo.

—¿Y dónde está ella mientras tanto? —preguntó el paciente.

—Espera junto a mí y dentro de un momento volverá a entrar en su estructura. En cuanto a usted, caballero —añadió dirigiéndose a Challenger—, es un hombre de carácter y de cultura, pero, evidentemente, está inmerso en el materialismo, azote de su era. Permítame asegurarle que la profesión médica, que es suprema en el mundo gracias al trabajo desinteresado de sus miembros, se ha basado demasiado en el dogmatismo de los hombres como usted y ha dejado de lado, indebidamente, el elemento espiritual del hombre, mucho más importante que sus hierbas y sus minerales. Existe una fuerza vital, caballero, y en el control de esta fuerza vital reside la medicina del futuro. Si se niega a admitirlo, sólo logrará que la gente confíe únicamente en quienes estén dispuestos a adoptar todos los medios de curación, cuenten o no con la aprobación de sus autoridades.

El joven Ross Scotton nunca podría olvidar aquella escena. El profesor, el maestro, el jefe supremo, a quien había que dirigirse con temor reverencial, se había incorporado a medias en su asiento, y escuchaba con la boca entreabierta y la mirada fija, mientras, frente a él, la delicada joven, sacudiendo su melena castaña y agitando admonitoriamente el índice, le hablaba como un padre dirigiéndose a un hijo rebelde. Tan intenso era su poder, que Challenger, por un instante, se vio obligado a aceptar la situación. Se removía y gruñía, pero de sus labios no salía réplica alguna. La muchacha se volvió y se sentó en una silla.



—Se marcha —dijo la señorita Delicia.

—Pero todavía no me he ido —replicó la joven con una sonrisa—. Sí, debo irme, porque tengo muchas cosas que hacer. Éste no es mi único medio de expresión, y debo estar en Edimburgo dentro de unos minutos. Pero ten valor, joven. Mandaré a mi ayudante con dos baterías suplementarias para aumentar tu vitalidad hasta donde tu sistema lo permita. Y en cuanto a usted, caballero —dijo dirigiéndose a Challenger—, le ruego que se guarde del egotismo y de la autocomplacencia intelectual. Almacene lo viejo, pero permanezca siempre receptivo a lo nuevo, y no lo juzgue según lo que usted desearía que fuera, sino tal y como Dios lo concibe.

Exhaló un profundo suspiro y se dejó caer en la silla. Hubo un minuto de absoluto silencio mientras permanecía con la cabeza sobre el pecho. Luego, con otro suspiro y un escalofrío, abrió un par de ojos azules muy desconcertados.

—Y bien, ¿ha venido? —preguntó con una voz dulce y femenina.

—¡Sí, ciertamente! —exclamó el paciente—. Ha sido estupendo. Dice que podré volver a clase dentro de dos meses.

—¡Espléndido! ¿Alguna instrucción para mí?

—El mismo mensaje especial de antes. Pero va a poner dos baterías más si puedo aguantarlo.

—¡Caramba, no tardará!

De repente, los ojos de la muchacha se toparon con los de Challenger y se quedó callada, confundida.

—Ésta es la enfermera Ursula —dijo la señorita Delicia—. Enfermera, permítame presentarle al famoso profesor Challenger.

Challenger gastaba unos modales especiales con las mujeres, sobre todo si la mujer en particular era una muchacha joven y guapa. Se adelantó como Salomón se habría adelantado hacia la reina de Saba**[145]**, le cogió la mano y le dio unas palmaditas en la cabeza con serenidad patriarcal.

—Querida mía, es usted demasiado joven y encantadora para prestarse a este fraude. No lo vuelva a hacer. Conténtese con ser una buena enfermera y renuncie a cualquier pretensión sobre la ciencia más alta de los médicos. ¿Puede decirme de donde ha sacado esa jerga sobre las vértebras cervicales y los *foramina* posteriores?

La enfermera Ursula miró a su alrededor con impotencia, como si de pronto se encontrara entre las zarpas de un gorila.

—¡No entiende ni una palabra de lo que dice! —gritó el joven desde la cama—. ¡Oh, jefe, debe hacer un esfuerzo para comprender la verdadera situación! Yo sé lo que significa un reajuste. Porque yo, modestamente, también he tenido que sufrirlo. Pero, créame, lo estará viendo todo a través de un prisma en lugar de verlo a través de un cristal plano hasta que comprenda el factor espiritual.

Challenger prosiguió con sus atenciones paternales, aunque la asustada señorita había empezado a apartarse de él.

—Dígame —añadió él—, ¿quién era el inteligente médico para quien trabajaba de enfermera y que le enseñó todas esas bonitas palabras? Dese cuenta de que es inútil engañarme. Se quedará mucho más tranquila, pequeña, cuando haya descargado su conciencia del todo y podamos reírnos juntos de la lección que me ha obligado a escuchar.

Una inesperada interrupción vino a detener la exploración de Challenger en la conciencia o los motivos de la joven. El enfermo se incorporó apoyándose en los blancos almohadones y empezó a hablar con una energía que era, en sí misma, una indicación de su próximo restablecimiento.

—¡Profesor Challenger! —gritó—. Está insultando a mi mejor amiga, a quien, aunque sólo sea bajo este techo, quiero mantener a salvo de los comentarios despectivos fruto de los prejuicios científicos. Le ruego que salga de la habitación si no puede dirigirse a la enfermera Ursula de una manera más respetuosa.

Challenger le dirigió una mirada furibunda, pero, en ese momento, la pacificadora Delicia entró en acción.

—¡No se precipite, querido doctor Ross Scotton! —exclamó—. El profesor Challenger no ha tenido tiempo de comprender todo esto. Usted era igualmente escéptico al principio. ¿Cómo puede culparle?

—Sí, sí, eso es verdad —dijo el joven médico—. Me parecía como si estuviera abriendo la puerta al curanderismo, y así era, en realidad, pero los hechos son los hechos.

—«Sólo sé una cosa, y es que antes era ciego y ahora veo»[146] —citó la señorita Delicia—. Ah, profesor, puede que enarque las cejas y se encoja de hombros, pero esta tarde hemos cambiado algo en su gran mente, que crecerá y crecerá hasta que ningún hombre sea capaz de ver su fin —buceó en su bolso—. Tengo aquí un folletito que se titula *Cerebro versus Alma*. Espero, querido profesor, que lo lea y después se lo pase a alguien.

XV

En el que se tienden trampas a una gran presa

Malone había dado su palabra de honor de no hablar de amor a Enid Challenger, pero las miradas son elocuentes, de tal suerte que la comunicación entre ambos no quedó del todo interrumpida. En todos los demás aspectos, cumplía escrupulosamente su promesa, aunque la situación era difícil. Resultaba aún más difícil porque era visitante asiduo del profesor y, pasada la irritación del polémico debate, un visitante muy bienvenido. El único objeto de la vida de Malone era conseguir que el gran hombre aceptara las teorías psíquicas que tanto le habían cautivado a él. Trató de conseguirlo con tenacidad, pero también con mucha cautela, pues sabía que el volcán estaba aún en activo y que siempre era posible una violenta explosión. Ocurrió en una o dos ocasiones, por lo que Malone evitó cualquier referencia al asunto durante una semana o dos, hasta que el terreno le pareció un poco más firme.

Malone desarrolló un ingenio notable en su manera de abordar la cuestión. Una de sus tretas favoritas era consultar a Challenger sobre alguna cuestión científica, como la importancia zoológica del estrecho de Banda[147], por ejemplo, o los insectos del archipiélago malayo, e insistía e insistía hasta que a Challenger no le quedaba más remedio que decir que los conocimientos sobre esa materia se debían al trabajo de Alfred Russell Wallace[148].

—¿De verdad? ¡Wallace, el espiritista! —exclamaba Malone inocentemente, consiguiendo que Challenger le lanzara una mirada iracunda y cambiara de tema.

Otras veces era a Lodge a quien Malone utilizaba como trampa.

—Supongo que tendrá un alto concepto de él.

—Es el primer cerebro de Europa —decía Challenger.

—Es la mayor autoridad sobre el éter, ¿verdad?

—Sin ninguna duda.

—Naturalmente, yo sólo le conozco por sus trabajos psíquicos.

Challenger se quedaba entonces callado como un muerto. Entonces Malone esperaba unos cuantos días para después comentar como por casualidad.

—¿Conoce personalmente a Lombroso?

—Sí, le conocí en el congreso de Milán.

—He estado leyendo un libro suyo.

—Sobre criminología, supongo.

—No, se llamaba *Después de la muerte, ¿qué?*

—No he oído hablar de él.

—Trata de la cuestión psíquica.

—Ah, un hombre de inteligencia penetrante, como Lombroso, despachará en un abrir y cerrar de ojos las falacias de esos charlatanes.

—No, lo ha escrito para manifestar su apoyo.

—Bueno, hasta la mente más grande tiene debilidades inexplicables.

Y así, con infinita paciencia e ingenio, Malone fue sembrando paulatinamente sus razonamientos, con la esperanza de desgastar poco a poco su coraza de prejuicios, aunque sin que se apreciaran efectos visibles. Convencido de que debía adoptar medidas más enérgicas, Malone optó por la demostración directa. Pero ¿cómo, cuándo y dónde? Puesto que aquéllas eran cuestiones de suma importancia, decidió consultar a Algernon Mailey. Una tarde de primavera se presentó de nuevo en el salón en el que había rodado por la alfombra enzarzado con Silas Linden. Se encontraban allí el reverendo Charles Mason y Smith, el héroe del debate del Queen’s Hall, enfrascados con Mailey en una discusión sobre un asunto que a nuestros descendientes parecerá mucho más importante que otros que hoy se presentan al público como cruciales. Hablaban en concreto de si el movimiento psíquico de Gran Bretaña estaba destinado a seguir una orientación unitaria o trinitaria. Smith siempre había estado a favor de la primera, al igual que los antiguos dirigentes del movimiento y las actuales Iglesias espiritistas organizadas. Por su parte, Charles Mason, hijo fiel de la Iglesia anglicana y portavoz de muchos otros, incluidos nombres prestigiosos, como Lodge o Barrett entre los seglares, o Wilbeforce, Haweis y Chambers entre el clero, todos ellos firmemente aferrados a las viejas doctrinas, aunque admitieran la existencia de la comunicación espiritual. Mailey se encontraba entre los dos bandos y, cuan celoso árbitro que en un combate de boxeo separa a los dos contendientes, se exponía a recibir golpes de ambas partes. Malone se conformaba con escuchar, pues, ahora que comprendía que el futuro del mundo podía estar ligado a ese movimiento, cualquiera de sus fases le

resultaba sumamente interesante. Cuando entró, Mason estaba disertando con su aire grave y a la vez afable.

—La gente todavía no está preparada para un gran cambio. No es necesario. Si enriquecemos con nuestros conocimientos vivos y nuestra comunión directa con los santos la espléndida tradición y la liturgia de la Iglesia, conseguiremos una fuerza impulsora que revitalizará toda la religión. No puede arrancarse algo de raíz de esa manera. Incluso los primeros cristianos descubrieron que no podían, y por eso hicieron todo tipo de concesiones a las religiones que tenían alrededor.

—Y fue precisamente eso lo que los llevó a la ruina —dijo Smith—. Significó el fin de la fuerza y pureza originales de la Iglesia.

—Pero, de todos modos, duró.

—Sí, pero no ha vuelto a ser la misma desde que el malvado Constantino, puso sus manos en ella.

—¡Oh, vamos! —exclamó Mailey—. ¡No deben tachar de malvado al primer emperador cristiano!

Pero Smith era un difícil antagonista, intransigente y porfiado.

—¡Ah, no! ¿Qué otro apelativo emplearía para designar a un hombre que asesinó a la mitad de su familia?[149]

—Su carácter personal no viene al caso. Estamos hablando de la organización de la Iglesia cristiana.

—¿Me permite serle franco, señor Mason?

Mason sonrió con su acostumbrada jovialidad.

—Mientras reconozca la existencia del Nuevo Testamento, puede hacer lo que quiera. Si pretendiera demostrar que Nuestro Señor es un mito, tal y como pretendieron los *Drews* alemanes, no me afectaría lo más mínimo, siempre que pudiera referirme a ese compendio de enseñanzas sublimes. Tiene que haber surgido de alguna parte; yo lo adopto y digo: «Es mi credo».

—Bueno, en eso no discrepamos tanto —dijo Smith—. No sé si existirá una doctrina más válida; en todo caso, yo no la conozco. De cualquier modo, sus enseñanzas son lo suficientemente buenas como para seguirlas. Pero es necesario que prescindamos de adornos y cosas superfinas. ¿De dónde salieron? De la transigencia con muchas religiones, para que nuestro amigo Constantino pudiera conseguir uniformidad en su imperio universal. Hizo de él una colcha de retazos. Adoptó el ritual egipcio: vestiduras, mitra, báculo, tonsura, anillo de matrimonio…, todas esas cosas son egipcias. Las ceremonias orientales son paganas y hacen referencia al equinoccio de invierno. La confirmación está en el mitraísmo[150]. También el bautismo, con

la diferencia de que ellos utilizaban sangre en vez de agua. Y en cuanto al sacrificio de la cena…

Mason se tapó los oídos.

—Ésa es una vieja conferencia suya —dijo echándose a reír—. Alquile un auditorio, pero no nos la imponga en una casa particular. En serio, Smith, todo eso está fuera de lugar y, desde luego, no influye lo más mínimo en mi convicción de que contamos con un magnífico corpus doctrinal que funciona y que muchos veneran, incluido su humilde servidor, y que sería una equivocación y una estupidez discutir. Probablemente, estará usted de acuerdo.

—No —respondió Smith con determinación—. Tiene demasiada consideración hacia los sentimientos de sus benditos feligreses. También debe pensar en las nueve personas de cada diez que no pisan la iglesia, decepcionados por cosas que a ellos, y a este humilde servidor, les parecen irracionales y fantásticas. ¿Cómo va a convencerlos si les ofrece lo mismo, con el añadido de las enseñanzas espirituales? Si, por el contrario, se acerca a los agnósticos y a los ateos y les dice: «Estoy de acuerdo en que todo esto es irreal y está viciado por una larga historia de vilezas y reacción. Pero aquí tenemos algo puro y nuevo. ¡Venid a examinarlo!». De ese modo podríamos convencerlos para que creyeran en Dios y en todos los fundamentos de la religión sin que la aceptación de su teología violentase su razón.

Mailey se mesaba la barba mientras escuchaba la expresión de aquellas ideas contradictorias. Como conocía a ambos, sabía que, en realidad, pocas cosas tenían en común fuera del terreno de las simples palabras, pues Smith reverenciaba a Cristo como hombre divino y Mason como dios humano, lo que, a fin de cuentas, era prácticamente lo mismo. También sabía que sus opiniones más extremas estaban verdaderamente alejadas, por lo que el acuerdo se hacía imposible.

—Lo que no comprendo —dijo Malone— es por qué no plantean estas cuestiones a sus amigos espirituales y se atienen a lo que ellos les digan.

—No es tan sencillo como usted cree —respondió Mailey—. Todos arrastramos nuestros prejuicios terrenales más allá de la muerte y nos encontramos con un ambiente que más o menos los representa. Por eso, al principio, todos repiten sus viejas opiniones. Luego, con el tiempo, el espíritu se abre y termina aceptando un credo universal que solamente contempla la hermandad del hombre y la paternidad de Dios. Pero lleva su tiempo. Yo he oído hablar a través del velo a fanáticos furiosos.

—Yo también —dijo Malone— y en esta misma habitación. Pero ¿qué me dice de los materialistas? Al menos ellos tienen que cambiar.

—Yo creo que su mente influye en su condición y que a veces permanecen inertes durante siglos, sometidos a la obsesión de que no puede ocurrir nada. Luego se despiertan al fin, se dan cuenta del tiempo que han perdido y finalmente, en muchos casos, se ponen a la cabeza de la procesión, pues por lo general son hombres de buen carácter y se mueven por motivaciones elevadas, aunque estén equivocados en sus opiniones.

—Sí, con frecuencia, ellos son la sal de la tierra —dijo el sacerdote con vehemencia.

—Y son los mejores seguidores de nuestro movimiento —añadió Smith—. Reaccionan de tal modo cuando descubren con sus propios sentidos que existe realmente una fuerza inteligente fuera de nosotros, que su entusiasmo los hace ser los mejores misioneros. Ustedes, que teniendo una religión le han sumado este conocimiento, no pueden imaginar siquiera lo que significa para un hombre que vive con un vacío absoluto y de pronto encuentra algo que lo llena. Siempre que conozco a una persona buena y sincera que tantea en la oscuridad, anhelo ponerle la verdad al alcance de la mano.

En aquel momento, la señora Mailey entró con el té, pero la conversación no decayó. Los investigadores psíquicos se caracterizan por lo fascinante de sus discusiones e intercambios de ideas, dado que la materia tiene tantos aspectos y su interés es tan intenso. No sin dificultades, Malone consiguió llevar la conversación al objetivo central de su visita. No podría haber dado con un grupo que pudiera aconsejarle mejor; además, todos estaban muy interesados en que un gran hombre como Challenger tuviera lo mejor.



En cuanto al escenario, hubo unanimidad. La gran sala de sesiones del Colegio Psíquico era la más selecta, la más confortable y, en todos los aspectos, la mejor equipada de Londres. ¿Cuándo sería? Cuanto antes mejor. Todos los espiritistas y médiums aplazarían gustosos cualquier otro compromiso para colaborar en una ocasión tan especial.

¿Quién podría ser el médium? ¡Ah! Ahí estaba el problema. Naturalmente, el grupo de Bolsover habría sido el ideal. Era particular y no tenía ánimo de lucro, pero Bolsover tenía mucho carácter y cabía la seguridad de que Challenger adoptara un aire insultante y molesto. La reunión podía acabar en un tumulto y en un fiasco, y no debían correr ese riesgo. ¿Merecía la pena llevarle a París? ¿Quién asumiría la responsabilidad de dejar suelto a ese elefante en la cacharrería del doctor Maupuis?

—Probablemente agarraría al pitecántropo por el cuello y pondría en peligro la vida de todos los presentes —dijo Mailey—. No, eso es imposible.

—No cabe duda de que Banderby es el médium físico más potente de Inglaterra —dijo Smith—. Pero todos conocemos su carácter personal. No puede confiarse en él.

—¿Por qué no? —preguntó Malone—. ¿Qué ocurre con él?

Smith se llevó la mano a la boca, con la palma abierta, de forma muy expresiva.

—Ha seguido el mismo camino que muchos médiums.

—Pero entonces —dijo Malone—, ése es un poderoso argumento contra nuestra causa. ¿Cómo puede ser bueno algo que tiene semejantes consecuencias?

—¿Considera buena la poesía?

—¡Sí, naturalmente!

—Y, sin embargo, Poe era un borracho, Coleridge un drogadicto, Byron un libertino y Verlaine un degenerado[151]. Hay que distinguir al hombre de las cosas. El genio paga su condición de genio con la inestabilidad de su temperamento. Un gran médium es más sensible que un genio. Muchos llevan una vida perfectamente normal. Otros, no. Tienen una gran excusa. Desempeñan una profesión sumamente agotadora y necesitan estimulantes. Luego pierden el control. Pero, a pesar de todo, conservan su condición de médium físico.

—Eso me trae a la memoria una anécdota de Banderby —dijo Mailey—. Quizá usted no le haya visto, Malone. Es un personaje extraño en cualquier situación, menudo, chaparro y fanfarrón que hace años que no se ve las puntas de los pies. Y cuando bebe se vuelve todavía más extraño. Hace unas pocas

semanas recibí un mensaje urgente en el que se me decía que se encontraba en el bar de cierto hotel, demasiado ido como para llegar a su casa sin ayuda. Un amigo y yo nos dirigimos hacia allí para rescatarle. Le llevamos a casa después de varios incidentes desagradables, y el hombre se empeñó en celebrar una sesión. Tratamos de contenerle, pero la trompeta estaba en una mesa auxiliar y de repente apagó la luz. Al cabo de un momento, comenzaron los fenómenos. Nunca habían sido tan potentes. Pero Princeps, su control, los interrumpió agarrando la trompeta y apaleándolo con ella. «¡Sinvergüenza! ¡Borracho sinvergüenza! ¿Cómo te atreves?». La trompeta quedó abollada con los golpes. Banderby salió de la habitación aullando y nosotros nos marchamos.

—Eso es una prueba de que aquello no podía ser, de ninguna manera, un truco del médium —dijo Mason.

—Pero con el profesor Challenger… no convendría arriesgarse.

—¿Y Tom Linden? —preguntó la señora Mailey.

Mailey negó con la cabeza.

—Tom no es el mismo desde que estuvo en la cárcel. No contentos con procesar a nuestros mejores médiums, esos estúpidos también acaban con sus poderes. Si se deja una cuchilla en un sitio mojado, no puede esperarse que siga estando afilada.

—¡Cómo! ¿Es que ha perdido sus poderes?

—Yo no diría tanto. Pero ya no son tan buenos como antes. Ve policías disfrazados en todos los asistentes a las sesiones y eso le distrae. Aun así, sigue siendo serio dentro de sus limitaciones. Sí, considerando todas las posibilidades, creo que lo mejor será llamar a Tom.

—¿Y los participantes?

—Espero que el profesor Challenger quiera traer a uno o dos amigos suyos.

—Formarán un horrible bloque de malas vibraciones. Necesitamos a nuestros partidarios para contrarrestarlo. Vendrá Delicia Freeman. Yo también. ¿Usted vendrá, Mason?

—Naturalmente que sí.

—¿Y usted, Smith?

—¡No, no! Tengo que ocuparme de mi periódico, tres celebraciones, dos entierros, una boda y cinco reuniones, todo ello la semana que viene.

—Bien, podremos traer fácilmente a alguien más. Ocho es el número preferido de Linden. Bueno, Malone, lo único que le queda por conseguir es el consentimiento del gran hombre y la fecha.

—Y la confirmación del espíritu —dijo Mason muy serio—. Debemos consultar a nuestros compañeros.

—Naturalmente que sí, padre. En eso reside el secreto del éxito. Bien, Malone, todo arreglado. Ahora sólo cabe esperar el acontecimiento.

Pero a Malone le esperaba un acontecimiento muy diferente aquella noche; a sus pies se abrió un abismo de los que aparecen inesperadamente en el camino de la vida. Cuando llegó, como de costumbre, a la oficina de la *Gazette*, el conserje le avisó de que el señor Beaumont deseaba verle. El inmediato superior de Malone era el simpático subdirector escocés, el señor McArdle, y resultaba verdaderamente extraordinario que el superdirector, encaramado a la cumbre desde la que vigilaba los reinos del mundo, bajara la vista para darse por enterado de la existencia de los humildes subordinados de las estribaciones bajas de su cordillera. El gran hombre, de rostro lampiño, orondo y seguro de sí mismo en su santuario palatino rodeado de ricos y antiguos muebles de roble, leía una carta cuando Malone entró, y sólo se dignó a levantar sus ojos grises y perspicaces transcurridos unos minutos.

—¡Ah, señor Malone, buenas tardes! Hace tiempo que quería verle. ¿No se sienta? Es con respecto a los artículos sobre asuntos psíquicos que ha escrito últimamente. Comenzó la serie en un tono de sano escepticismo sazonado de buen humor, muy aceptable, tanto para mí como para nuestro público. Pero he observado con disgusto que su opinión ha cambiado paulatinamente hasta llevarle a adoptar una postura que parece tolerar algunas de esas prácticas. No es necesario que le diga que no es ésa la política de la *Gazette*. De hecho, habríamos dejado de publicar los artículos de no ser porque teníamos anunciada una serie realizada por un investigador imparcial. Continuaremos con ellos, pues, pero usted debe cambiar de tono.

—¿Qué quiere que haga, señor?

—Tiene que volver a buscar el lado divertido. Eso es lo que le gusta a nuestro público. Trate el asunto de un modo humorístico. Invoque, por ejemplo, el espíritu de una tía solterona que diga cosas graciosas. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Mucho me temo, señor, que este tema ya no me parece gracioso. Por el contrario, cada vez me lo tomo más en serio.

Beaumont sacudió la cabeza con solemnidad.

—Por desgracia, eso mismo está ocurriendo con nuestros suscriptores —en el escritorio había una pila de cartas. Cogió una de ellas—. Escuche esto: «Siempre había considerado su periódico una publicación temerosa de Dios; por eso quiero recordarles que las prácticas que su corresponsal tolera están

expresamente prohibidas en el Levítico y en el Deuteronomio[152]. Si siguiera siendo suscriptor, participaría en su pecado».

—¡Fanático imbécil! —murmuró Malone.

—Puede que lo sea, pero el penique de un fanático vale tanto como cualquier otro penique. Aquí hay otra carta: «Ciertamente, en esta era de libertad de pensamiento y discernimiento no puede usted apoyar un movimiento que trata de volver a inculcarnos la vieja idea de la existencia de inteligencias angelicales y demoníacas fuera de nosotros. Ya que lo hace, le ruego cancele mi suscripción».

—Sería divertido, señor, encerrar a esos sujetos en una habitación y dejar que ventilen la cuestión entre ellos.

—Puede que sí, señor Malone, pero yo tengo que pensar en la tirada de la *Gazette*.

—¿No cree, señor, que quizá está subestimando la inteligencia del público y que, además de los extremistas de diversas tendencias, existe una gran corriente de opinión impresionada por las explicaciones de tantos testigos honorables y prestigiosos? ¿No es deber nuestro mantenerlos informados de los hechos reales sin hacer burla de ellos?

El señor Beaumont se encogió de hombros.

—Que los espiritistas libren su batalla. Éste no es un periódico de propaganda, y no pretendemos inducir al público a adoptar creencias religiosas.

—No, no. Yo me refiero exclusivamente a los hechos reales que se silencian sistemáticamente. ¿Cuándo, por poner un ejemplo, hemos tenido la oportunidad de leer un buen artículo sobre el ectoplasma en algún periódico londinense? ¿Quién iba a imaginar que esta importantísima sustancia ha sido examinada, descrita y autentificada por hombres de ciencia que cuentan con innumerables fotografías que atestiguan sus palabras?

—Eso está muy bien —dijo el señor Beaumont con impaciencia—. Pero me temo que estoy demasiado ocupado para dedicarme a discutir sobre esa cuestión. El motivo de esta entrevista es que he recibido una carta del señor Cornelius en la que me dice que debemos cambiar de tendencia inmediatamente.

El señor Cornelius era el propietario de la *Gazette*, no por mérito personal, sino porque su padre le dejó en herencia unos cuantos millones, parte de los cuales había empleado en aquella compra. Casi nunca se le veía por la oficina, pero de vez en cuando aparecía en el periódico la noticia de que su yate había hecho escala en Menton[153] o que se le había visto jugando en las mesas de

Montecarlo, o que se le esperaba en Leicestershire[154] aquella temporada. Carecía de inteligencia y de carácter, aunque, ocasionalmente, opinaba sobre asuntos públicos en unas columnas que aparecían con un tipo de letra más grande que el habitual en la primera página de su publicación. Sin ser disoluto, era un vividor, rodeado de lujos que le situaban siempre en la frontera del vicio o incluso más allá de la frontera. Malone sintió una oleada de indignación al pensar que un personaje frívolo e insignificante como aquél podía impedir que llegara a la humanidad el mensaje de sabiduría y consuelo procedente del más allá. Y, sin embargo, con sus manos torpes e infantiles, podía interrumpir la corriente divina, que, a pesar de todo, se filtraba en otros lugares.

—De manera que es definitivo, Malone —dijo Beaumont, con aire de dar por terminada la discusión.

—Absolutamente —respondió Malone—. Tanto, que supone el fin de mi relación con su periódico. Actualmente, tengo un contrato de seis meses. ¡Cuando finalice, me marcho!

—Como usted guste, señor Malone —respondió el señor Beaumont, reanudando seguidamente su tarea.

Malone, rodaría acalorado por la discusión, entró en el despacho de McArdle y le contó lo ocurrido. El viejo subdirector escocés se inquietó mucho.

—Vamos, chico, es por la sangre irlandesa que corre por tus venas. Yo siempre digo que hace falta ponerle a la vida un toque escocés, si no en las venas, por lo menos en el vaso. ¡Vuelve, chico, y dile que lo has pensado mejor!

—¡No! Sólo de pensar en ese Cornelius, con su panza y su cara enrojecida y…, bueno, ya sabe usted cómo es su vida privada… ¡Cuando pienso que un hombre así influye en las creencias de la gente y además pretende que me burle de lo más sagrado!

—¡Chico, será la ruina para ti!

—No importa; mejores hombres que yo se han arruinado por esta causa. Conseguiré otro trabajo.

—No podrás si Cornelius se lo propone. Si corre la voz de que eres un insubordinado, nadie te querrá en Fleet Street.

—¡Pues qué pena! —gritó Malone—. Es una vergüenza para el periodismo la manera en que se está llevando este asunto. Y no sólo es en Gran Bretaña. En Estados Unidos es peor. Se diría que los periodistas son los hombres más bajos y desalmados del mundo…; también los hay de buen

corazón, pero materialistas hasta la médula. ¡Los líderes del pueblo! ¡Qué horror!

McArdle colocó una mano paternal sobre el hombro del joven.

—Vamos, vamos, muchacho, tenemos que aceptar el mundo tal y como lo encontramos. Nosotros no lo hicimos y no somos culpables. ¡Dele tiempo! ¡Dele tiempo! Somos demasiado impacientes. Ahora, váyase a casa y piénselo bien. Piense en su carrera profesional, en esa dama amiga suya, y luego vuelva y acepte el trago amargo que todos hemos tenido que aceptar para conservar nuestro lugar en el mundo.

XVI

En el que Challenger vive la experiencia de su vida

Una vez tendidas las redes, excavado el hoyo y prestos los cazadores para atrapar la gran presa, faltaba saber si ésta se dejaría llevar en la dirección adecuada. Si le hubieran dicho a Challenger que en realidad la reunión se celebraba con la esperanza de presentarle pruebas convincentes que apoyaran la veracidad de las relaciones espirituales, con el único fin de conseguir con ello su conversión, habría tenido una reacción intermedia entre la ira y la mofa. Pero el astuto Malone, ayudado e inspirado por Enid, le sugirió que su presencia era una garantía contra el fraude, ya que nadie como él podía indicarles cómo y por qué habían sido engañados. Considerado así el asunto, Challenger consintió, siempre despectivo y condescendiente, a la propuesta de honrar con su presencia un acto que, en su opinión, se adecuaba más a la choza de piedra de un salvaje del Neolítico que a la consideración seria de un representante de la cultura y la sabiduría acumuladas por el género humano.

Enid fue con su padre, que llegó con un extraño acompañante desconocido para Malone y el resto del grupo. Se trataba de un joven escocés grandullón y huesudo con el rostro cubierto de pecas, muy alto y con un aire taciturno e impenetrable. A pesar de sus preguntas no lograron descubrir la razón de su interés por la investigación psíquica; la única información positiva que pudieron sonsacarle fue que se llamaba Nicholl. Malone y Mailey acudieron juntos a la cita en Holland Park, donde los esperaban Delicia Freeman, el reverendo Charles Mason, el señor y la señora Ogilvy, del Colegio, el señor Bolsover, de Hammersmith, y lord Roxton, que se había convertido en un asiduo de los estudios psíquicos y progresaba rápidamente en su conocimiento. Eran nueve en total, un grupo heterogéneo y poco armonioso, del que ningún investigador con experiencia habría esperado buenos resultados. En la sala donde se realizaban las sesiones los aguardaba Linden, sentado en un sillón, con su mujer al lado; fue presentado al resto del

grupo, aunque la mayoría ya lo conocían. Challenger adoptó enseguida el aire del hombre que no estaba dispuesto a tolerar ninguna tontería.

—¿Es él el médium? —preguntó, mientras dirigía a Linden una mirada de total desaprobación.

—Sí.

—¿Le han registrado ya?

Todavía no.

—¿Quién le registrará?

—Han sido elegidos dos hombres del grupo.

Challenger hizo un gesto de desconfianza.

—¿Qué hombres? —preguntó.

—Se ha propuesto que sean usted y su amigo, el señor Nicholl. Hay un dormitorio al lado.

El pobre Linden fue escoltado por los dos de un modo que le trajo desagradables recuerdos de sus experiencias en la cárcel. Ya estaba nervioso antes, pero aquel suplicio y la actitud insolente de Challenger le irritaron todavía más. Cuando volvió a aparecer, agitó tristemente la cabeza mirando a Mailey.

—No creo que consigamos nada hoy. Quizá lo más prudente fuera aplazar la sesión —dijo.

Mailey se le acercó y le dio unas palmaditas en el hombro, mientras la señora Linden le cogía la mano.

—No te preocupes, Tom —le dijo Mailey—. Ten presente que tus amigos estamos aquí y no permitiremos que te suceda nada malo —acto seguido, Mailey se dirigió a Challenger con especial severidad—. Caballero, le ruego que tenga presente que un médium es un instrumento tan delicado como cualquiera de los que tiene en sus laboratorios. No lo maltrate. Supongo que no habrá encontrado nada comprometedor en su persona, ¿verdad?

—No, señor. No he encontrado nada. Por eso él asegura que hoy no va a conseguir nada.

—Dice eso porque su actitud le ha perturbado. Debe tratarle con más suavidad.

La expresión de Challenger no auguraba propósito de enmienda. Miró fijamente a la señora Linden.

—Supongo que esta mujer es la esposa del médium. A ella también habría que registrarla.

—Naturalmente —dijo el escocés Ogilvy—. Mi esposa y su hija la llevarán fuera. Pero le ruego, profesor Challenger, que procure no alterar la

armonía y que recuerde que estamos todos tan interesados como usted en los resultados, por lo que todo el grupo se vería afectado si usted alterara las condiciones.

El señor Bolsover, el tendero, se levantó con mucha dignidad, como si estuviera presidiendo su templo preferido.

—Propongo que se registre al profesor Challenger —dijo.

A Challenger se le erizaron las barbas de indignación.

—¡Registrarme a mí! ¿Qué insinúa, caballero?

Bolsover no iba a dejarse intimidar.

—Usted no ha venido como amigo nuestro, sino como enemigo. Si demostrara la existencia de fraude sería un triunfo personal para usted, ¿no? Por lo tanto, yo propongo que sea usted registrado.

—¿Insinúa, caballero, que soy capaz de hacer trampas? —bramó Challenger.

—Perdone, profesor, pero todos nosotros hemos sido acusados de ello —dijo Mailey con una sonrisa—. Al principio, nos indignábamos tanto como usted, pero al cabo de un tiempo se acostumbra uno. A mí me han llamado mentiroso, lunático y Dios sabe cuántas cosas más. ¿Y qué importancia tiene?

—Es una insinuación monstruosa —dijo Challenger lanzando miradas centelleantes en derredor.

—Bueno, caballero —dijo Ogilvy, que era un escocés especialmente pertinaz—. Naturalmente, en cualquier momento puede salir de la habitación y dejarnos. Pero, si participa en la sesión, debe hacerlo sometiéndose a las condiciones que nosotros consideramos científicas. No es científico que un hombre cuya abierta hostilidad hacia el movimiento es de sobra conocida se siente con nosotros en la oscuridad sin que podamos revisar lo que lleva en los bolsillos.

—¡Vamos, vamos! —exclamó Malone—. Con toda seguridad podemos confiar en el honor del profesor Challenger.

—Todo eso está muy bien —dijo Bolsover—. Pero a mí no me ha parecido que el profesor Challenger confiara tanto en el honor del señor y la señora Linden.

—Tenemos motivos para ser cautos —dijo Ogilvy—. Puedo asegurarles que, del mismo modo que los médiums pueden ser fraudulentos, hay casos en que los médiums son objeto de fraudes. Lo siento, caballero, pero no tendremos más remedio que registrarlo.

—No tardaremos ni un minuto —dijo lord Roxton—. Lo que yo digo es que el joven Malone y yo podemos revisarle en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Así es, vamos! —dijo Malone.

Finalmente, sacaron de la sala a Challenger, que se dejó llevar como un toro furioso, con los ojos inyectados en sangre y las aletas de la nariz dilatadas. Al cabo de unos pocos minutos, una vez finalizados todos los preliminares, se sentaron en círculo y la sesión dio comienzo.

Pero las condiciones ya habían sido destruidas. Aquellos meticulosos registradores que insisten en atar al médium como si el pobre hombre fuera un pollo en el espetón listo para asar, o que le miran con suspicacia antes de que se atenúen las luces, no se dan cuenta de que no puede mezclarse la pólvora con agua y esperar que explote. Echan a perder los resultados, y, cuando éstos no se producen, piensan que ha sido gracias a su sagacidad, y no a su falta de comprensión.

Por eso, en las humildes reuniones que se celebran en todo el mundo en un ambiente propicio y respetuoso, suceden cosas que los hombres de ciencia nunca tienen el privilegio de presenciar.

Todos los asistentes estaban alterados por culpa del incidente inicial y, más que ninguno, el centro sensible de todo. Él percibía una infinidad de corrientes y remolinos conflictivos de fuerza psíquica que bullían y se agitaban en la sala, dificultando su navegación como si se encontrara en los remolinos del Niágara[155]. Gimió de desesperación. Todo estaba entremezclado y confuso. Como siempre, comenzó con su clarividencia, pero los nombres zumbaban en sus oídos etéreos sin orden ni concierto. La palabra «John» parecía predominar, de modo que preguntó si John significaba algo para alguien. La risa cavernosa de Challenger fue la única respuesta. Luego percibió el apellido Chapman. Sí, Mailey había perdido a un amigo que se llamaba Chapman. Pero aquello sucedió años atrás y no veía la razón de su presencia. Tampoco recordaba su nombre de pila. «Budworth»; no, nadie tenía un amigo que se llamara Budworth. Llegaron algunos mensajes claros, pero, al parecer, no guardaban relación con los presentes. Todo iba mal, y Malone se desanimó por completo. Challenger lanzó una exclamación despectiva tan fuerte, que Ogilvy le reprendió.

—Si manifiesta así sus sentimientos, sólo conseguirá empeorar las cosas, caballero —dijo—. Le aseguro que en diez años de experiencias constantes nunca había visto a un médium tan confuso, y lo atribuyo íntegramente a su conducta.

—Naturalmente —dijo Challenger con satisfacción.

—Me temo que no hay nada que hacer, Tom —dijo la señora Linden—. ¿Cómo te sientes ahora, querido? ¿Quieres dejarlo ya?

Pero Linden, a pesar de su aspecto débil, era un luchador. Aunque no lo pareciera, tenía las mismas cualidades que habían dejado a su hermano a las puertas de ganar el Lonsdale Belt.

—No, creo que solamente está confusa la parte mental. Si entro en trance se me pasará. Puede que las condiciones físicas sean mejores. De todos modos, lo intentaré.

Atenuaron las luces hasta que quedaron reducidas a un mero resplandor rojo. La cortina del armario estaba echada. Fuera, a un lado, la audiencia apenas percibía el contorno de Tom Linden que respiraba estentóreamente en su trance, recostado en una butaca de madera. Su mujer observaba, vigilante, desde el otro extremo.

Pero no ocurrió nada.

Transcurrió un cuarto de hora. Después, otro cuarto de hora. El grupo esperaba pacientemente, pero Challenger había empezado a removerse en su asiento. Parecía que todo se había quedado frío y muerto. No sólo no ocurría nada, sino que, en cierto modo, se había esfumado la expectación de que pasara algo.

—¡Es inútil! —exclamó al fin Mailey.

—Eso me temo —dijo Malone.

El médium se removió y gimió; se estaba desesperando. Challenger bostezó ostensiblemente.

—¿No estamos perdiendo el tiempo? —preguntó.

La señora Linden pasó la mano por la cabeza y la frente del médium, que había abierto los ojos.

—¿Ha habido algún resultado? —preguntó éste.

—Es inútil, Tom. Tendremos que aplazarlo.

—Eso creo yo —opinó Mailey.

—Las condiciones adversas le han puesto muy tenso —comentó Ogilvy, mirando ofuscado a Challenger.

—Eso diría yo —corroboró este último con una sonrisa de complacencia.

Pero Linden no se daba por vencido.

—Las condiciones son malas —dijo—. Todas las vibraciones son negativas. Pero probaré dentro del armario. Allí se concentra la fuerza.

—Bueno, es la última posibilidad —dijo Mailey—. Podemos intentarlo.

Trasladaron la butaca al interior del compartimiento y allí se sentó el médium, cerrando a continuación la cortina.

—Así se condensan las emanaciones ectoplásmicas —explicó Ogilvy.

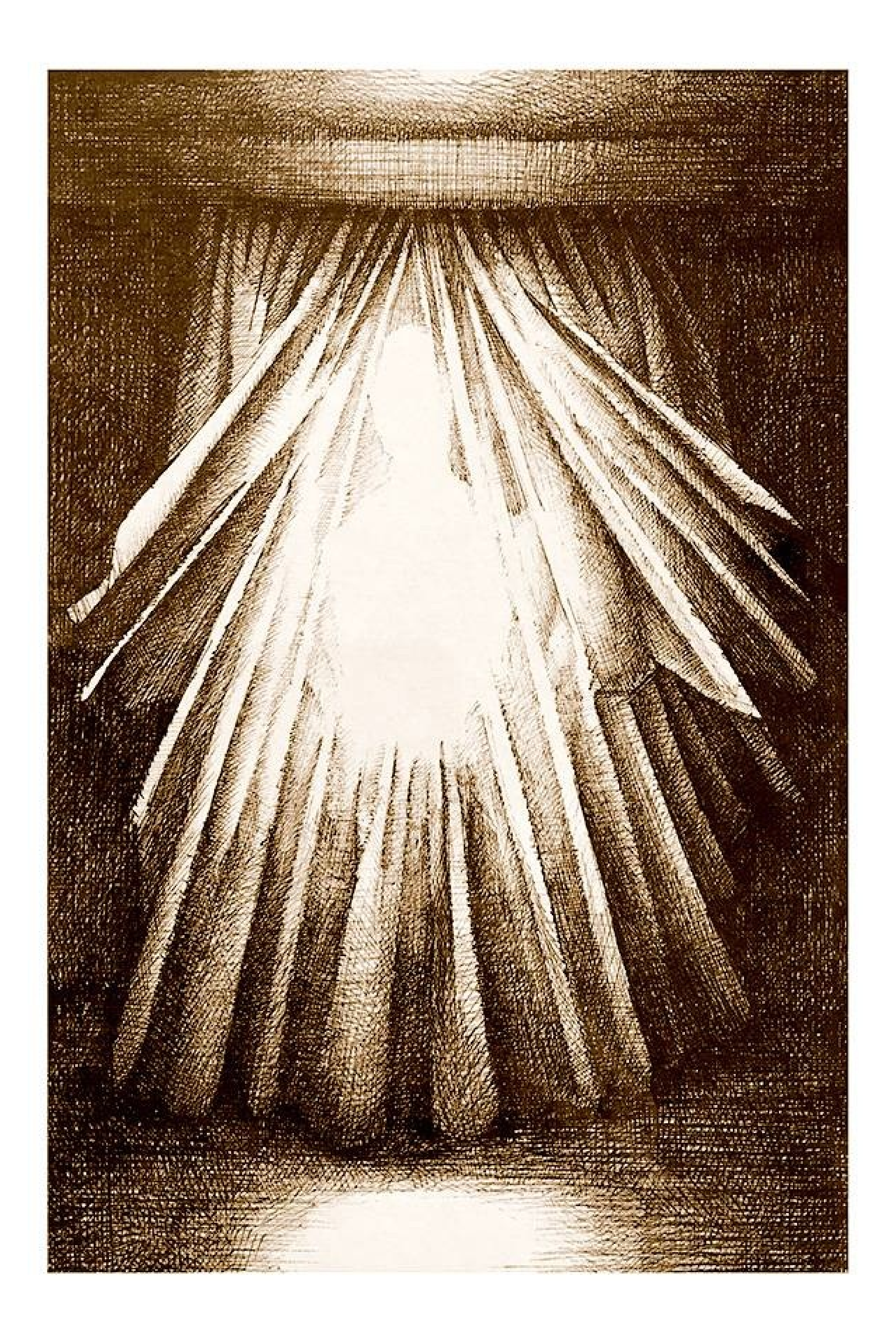
—Sin duda —dijo Challenger—. Al mismo tiempo, y para ser francos, quiero señalar que es lamentable que el médium deba desaparecer.

—Por el amor de Dios, no empiece a enredar otra vez —exclamó Mailey con impaciencia—. Consigamos primero algún resultado, y después ya tendremos tiempo de discutir su valor.

Se produjo otra prolongada espera. Luego salieron del armario unos quejidos cavernosos. Los espiritistas se incorporaron con aire expectante.

—Es el ectoplasma —dijo Ogilvy—. Siempre causa dolor cuando se produce la emisión.

Apenas había pronunciado estas palabras, las cortinas se abrieron con repentina violencia, haciendo tintinear las argollas. En la oscura abertura se distinguía la vaga silueta de una figura blanca. Avanzó lentamente, con paso vacilante, hasta el centro de la habitación. El resplandor rojizo borraba su contorno, dándole la apariencia de una mancha blanca que se movía en la oscuridad. Con medrosa lentitud se acercó paso a paso hasta situarse frente al profesor.



—¡Ahora! —gritó éste con voz estentórea.

Se oyó un grito, un alarido y, por último, un fuerte golpe.

—¡Ya lo tengo! —exclamó alguien.

—¡Enciendan las luces! —gritaron.

—¡Tengan cuidado! ¡Pueden matar al médium! —dijo alguien.

El círculo se rompió. Challenger corrió hacia el interruptor y encendió todas las luces. Un resplandor tal inundó la habitación que transcurrieron algunos segundos hasta que los desconcertados y medio cegados espectadores distinguieron con nitidez lo que había ocurrido.

Cuando recobraron la visión y el equilibrio, apareció ante sus ojos un espectáculo deplorable para la mayoría. Tom Linden, pálido y aturdido, con el aspecto de un enfermo, estaba sentado en el suelo. Junto a él, de pie, se hallaba el gigantesco joven escocés que le había derribado por tierra, mientras que la señora Linden, arrodillada junto a su marido, dirigía una mirada fulminante a su atacante. Quedaron un instante contemplando la escena en absoluto silencio, roto al cabo de un momento por el profesor Challenger.

—Bien, caballeros, presumo que no hay nada más que decir. Su médium ha sido desenmascarado, tal y como merecía. Aquí pueden ver de qué están hechos sus fantasmas. Quiero darle las gracias al señor Nicholl, famoso jugador de fútbol, ahora puedo decirlo, por la prontitud con que ha llevado a cabo mis instrucciones.

—Le he cogido por el cuello y le he derribado —dijo el fornido joven—. No se ha defendido.

—Lo ha hecho con mucha eficiencia. Ha realizado un servicio público al desenmascarar a un tramposo sin escrúpulos. No es necesario decir que presentaré la denuncia oportuna.

Pero Mailey intervino en aquel momento con tal aire de autoridad, que Challenger se vio obligado a escuchar.

—Su error es natural, caballero, aunque las consecuencias de su ignorancia podrían haber sido fatales para el médium.

—¡Mi ignorancia! Si me habla de esa manera, le advierto que dejaré de considerarlos víctimas y los acusaré como cómplices.

—Un momento, profesor Challenger. Voy a formularle una pregunta directa, y le pido una respuesta igualmente directa. ¿No era blanca la figura que hemos visto todos?

—Sí, en efecto.

—Ahora está viendo que el médium está vestido enteramente de negro. ¿Dónde está la prenda blanca?

—Me trae sin cuidado donde esté. Sin duda él y su mujer están preparados para cualquier eventualidad. Utilizarán alguna artimaña para esconder la sábana, o lo que quiera que fuera. Esos detalles ya los aclararan en el tribunal.

—Examínelo ahora. Busque algo blanco en la habitación.

—Yo no sé nada de la habitación. Solamente puedo utilizar mi sentido común. Este hombre ha sido descubierto cuando se hacía pasar por un espíritu. En qué rincón o hendidura haya metido su disfraz es un detalle insignificante.

—Por el contrario, es una cuestión vital. Lo que usted ha visto no ha sido una impostura, sino un fenómeno muy real —Challenger se echó a reír—. Sí, señor, un fenómeno muy real. Ha visto una transfiguración, que es un estado de materialización a medias. Sepa que los espíritus guía, que son los que llevan a cabo estas cosas, no se preocupan lo más mínimo de sus dudas y sospechas. Se aplican a la consecución de ciertos resultados, y, si las flaquezas del círculo les impiden conseguirlo de una manera, lo consiguen de otra, sin tener en cuenta sus prejuicios ni su concepto de lo que es aceptable. Como en este caso, debido a las malas condiciones que usted mismo ha creado, no han sido capaces de constituir una forma ectoplásmica, han envuelto al médium inconsciente en ectoplasma y lo han enviado fuera del armario. Él es tan inocente de impostura como usted.

—Juro por Dios —dijo Linden— que, desde el momento en que entré en el armario hasta que me encontré en el suelo, no he sido consciente de nada.

Se había incorporado con dificultad y temblaba de pies a cabeza, agitado hasta tal punto que apenas podía sostener el vaso de agua que su mujer le había dado.

Challenger se encogió de hombros.

—Sus excusas —dijo— sólo sirven para abrir nuevos abismos de incredulidad. Tengo muy claro mi deber y lo llevaré a término sin vacilar. Lo que tengan que decir recibirá la oportuna consideración del juez —dicho aquello, el profesor Challenger se volvió para marcharse con aire de haber conseguido triunfalmente lo que se proponía—. ¡Vamos, Enid! —dijo.

En aquel momento sucedió algo tan repentino, inesperado y dramático, que todos los presentes lo tendrán siempre vivo en la memoria.

No hubo respuesta alguna a la llamada de Challenger. Todos los demás se habían puesto en pie. Sólo Enid seguía en su silla. Tenía la cabeza caída sobre el hombro, los ojos cerrados, y el pelo se le había soltado…; se hubiera dicho que estaba posando para un escultor.



—Se ha quedado dormida —dijo Challenger—. Despierta, Enid. Me marcho.

La muchacha no respondió. Mailey se inclinó sobre ella.

—¡Silencio! ¡No la molesten! Está en trance.

Challenger se adelantó corriendo.

—¿Qué le han hecho? Por culpa de su maldito truco se ha asustado y se ha desmayado.

Mailey enarcó las cejas.

—No, no, tiene los ojos vueltos hacia arriba. Está en trance. Caballero, su hija es una médium muy potente.

—¡Una médium! ¡Usted delira! ¡Despierta, hija! ¡Despierta!

—¡Por el amor de Dios, déjela! Se arrepentirá toda la vida si no lo hace. Es peligroso interrumpir bruscamente el trance de un médium.

Challenger se quedó de pie, desconcertado. Por una vez, su presencia de ánimo le había abandonado. ¿Era posible que su hija se encontrara en el borde de un misterioso precipicio y que él pudiera empujarla?

—¿Qué puedo hacer? —preguntó con aire de impotencia.

—No tenga miedo. No pasará nada. ¡Siéntense! ¡Siéntense todos! ¡Ah! ¡Está a punto de hablar!

La muchacha se había removido. Se sentó derecha en la silla. Le temblaban los labios. Tendió una mano.

—¡Para él! —gritó señalando a Challenger—. No debe hacer daño a mi Medi. Es un mensaje. Para él.

Las personas que se habían congregado alrededor de la muchacha la miraron en silencio, sobrecogidos.

—¿Quién habla? —preguntó Mailey.

—Habla Victor. Victor. No hará daño a mi Medi. Tengo un mensaje. ¡Para él!

—Sí, sí. ¿Cuál es el mensaje?

—Su esposa está aquí.

—¡Sí!

—Dice que ya ha estado una vez. Que vino a través de esta muchacha. Fue después de la cremación. Llamó y él escuchó sus llamadas, pero no comprendió.

—¿Le dice eso algo, profesor Challenger?

Frunciendo sus pobladas cejas, paseó una mirada furibunda, recelosa e inquisitiva por toda la sala. Era un truco…, un truco vil. Habían sobornado a su propia hija. Era detestable. Los descubriría a todos, a cada uno de ellos.

No, no tenía ninguna duda. Lo veía muy claro. La habían persuadido. Nunca lo habría creído de ella y, sin embargo, así era. Lo hacía por Malone. Una mujer es capaz de cualquier cosa por el hombre que ama. Sí, era detestable. Pero en lugar de aplacarse, sintió mayores deseos de venganza. Su determinación se traslucía en la expresión furiosa de su rostro y en su voz entrecortada.

Una vez más, la muchacha extendió el brazo y le señaló.

—¡Otro mensaje!

—¿Para quién?

—Para él. El hombre que quería hacer daño a mi Medi. No debe hacer daño a mi Medi. Un hombre de aquí, dos hombres, quieren transmitirle un mensaje.

—Sí, Victor, dínoslo.

—El nombre del primer hombre es… —la muchacha inclinó la cabeza, como si se esforzara en escuchar—. Sí, sí. ¡Lo tengo! Es Al…, Al…, Aldridge.

—¿Le dice algo?

Challenger titubeó. En su rostro se reflejó un asombro absoluto.

—¿Quién es el segundo hombre? —preguntó.

—Ware. Sí, eso es. Ware.

Challenger se sentó de repente. Se pasó la mano por la frente. Estaba pálido como un muerto y tenía la cara empapada en sudor.

—¿Los conoce?

—Conocí a dos hombres que se llamaban así.

—Tienen un mensaje para usted —dijo la muchacha.

Challenger se encogió como si fuera a recibir un golpe.

—Y bien, ¿qué es?

—Demasiado íntimo. No hablar, toda esa gente aquí.

—Esperaremos fuera —dijo Mailey—. Vamos, amigos, dejemos que el profesor oiga su mensaje.

Se dirigieron hacia la puerta, dejando al hombre sentado frente a su hija. De pronto, parecía que un nerviosismo inusitado se había apoderado de él.

—¡Malone, quédese conmigo!

La puerta se cerró y los tres quedaron solos.

—¿Cuál es el mensaje?

—Es algo sobre un polvo.

—Sí, sí.

—Un polvo gris.

—Sí, sí.

—¿Un polvo gris?

—Sí.

—El mensaje que ese hombre quiere que le transmita es: «Usted no nos mató».

—Entonces pregúntales…, pregúntales cómo murieron.

Tenía la voz quebrada y su corpachón temblaba de emoción.

—Murieron de enfermedad.

—¿Qué enfermedad?

—Neu…, neu… ¿Cómo?… Neumonía.

Challenger se hundió en su asiento con un inmenso suspiro de alivio.

—¡Dios mío! —gritó enjugándose la frente, y a continuación añadió—: Avise a los demás, Malone.

Los que se habían quedado esperando en el pasillo entraron en tropel en la habitación. Challenger se había levantado para recibirlos. Sus primeras palabras fueron para Tom Linden. Hablaba como un hombre conmocionado cuyo orgullo hubiera quedado anulado por un instante.

—Caballero, quiero que sepa que no me atrevo a juzgarle. Me ha ocurrido una cosa tan extraña, y al mismo tiempo tan cierta, ya que lo he constatado con mis propios sentidos, que se hallan en perfecto estado, que no puedo negar ninguna explicación que pueda darse a su conducta de antes. Quiero retirar todas las expresiones injuriosas que pueda haber utilizado —Tom Linden, que era un verdadero cristiano, le perdonó inmediata y sinceramente —. No puedo dudar de que mi hija tiene algún poder extraño que corrobora gran parte de lo que usted, señor Mailey, me ha dicho. Mi escepticismo científico estaba justificado, pero hoy me ha ofrecido usted una prueba incontrovertible.

—Todos hemos pasado por la misma experiencia, profesor. Dudamos, y después los demás dudan de nosotros.

—No puedo concebir que se dude de mi palabra en este extremo —dijo Challenger con dignidad—. Puedo decir sinceramente que, esta noche, he obtenido una información que ninguna persona viva de esta tierra podría haberme facilitado. Hasta ahí no hay ninguna duda.

—La joven está mejor —dijo la señora Linden.

Enid se había incorporado y miraba a su alrededor aturdida.

—¿Qué ha pasado, padre? Tengo la sensación de que me he quedado dormida.

—No pasa nada, querida. Ya lo hablaremos más tarde. Ahora vámonos a casa. Tengo muchas cosas en que pensar. Quizá quiera regresar usted con nosotros, Malone. Creo que le debo una explicación.

Cuando el profesor Challenger llegó a su piso, dio órdenes a Austin de que no le molestaran bajo ningún concepto y fue directamente a su biblioteca, donde se sentó en su gran sillón con Malone a su izquierda y su hija a la derecha. Alargó su manaza y apretó la pequeña mano de Enid.

—Querida mía —dijo tras un largo silencio—, no puedo poner en duda que estás poseída por un extraño poder, pues esta noche me ha sido mostrado con una amplitud y una certeza concluyentes. Puesto que lo tienes, no puedo negar que otros lo posean también; el concepto general de médium ha entrado a formar parte de mi concepción de lo posible. No quiero hablar de ello, pues mi mente está aún ofuscada; tendré que charlar largo y tendido con usted, joven Malone, y con sus amigos antes de hacerme una idea más definida. Solamente diré que mi mente ha recibido una fuerte impresión y que ante mí se ha abierto una nueva vía de conocimiento.

—Será un orgullo para nosotros —dijo Malone— poder ayudarle. Challenger esbozó una sonrisa un poco irónica.

—Sí, no me cabe duda de que un titular en su periódico que dijera «Conversión del profesor Challenger» sería un triunfo. Le advierto que todavía no he llegado tan lejos.

—Puede estar seguro de que no obraremos a la ligera y de que respetaremos sus opiniones como algo privado.

—Nunca me ha faltado coraje moral para proclamar mis opiniones cuando están formadas, pero todavía no ha llegado el momento. No obstante, esta noche he recibido dos mensajes, y solamente puedo adscribirlos a un origen extracorpóreo. Doy por sentado, Enid, que tú estabas verdaderamente inconsciente.

—Te aseguro, padre, que no sabía nada.

—Lo sé. Siempre has sido incapaz de mentir. Primero llegó un mensaje de tu madre. Me aseguraba que había sido ella realmente la autora de los ruidos que oí y de los que ya os he hablado. Ahora veo claramente que tú eras la médium y que no dormías, sino que estabas en trance. Es increíble, inconcebible, paradójicamente maravilloso…, pero parece verdad.

—Son prácticamente las mismas palabras que empleó Crookes —dijo Malone—. Escribió que era «perfectamente imposible y absolutamente cierto».

—Le debo una disculpa. Quizá debo disculpas a una gran cantidad de gente.

—Nunca le pedirán ninguna —dijo Malone—. No es propio de esta gente.

—Lo que les explicaré es el segundo caso —dijo el profesor removiéndose inquieto en su asiento—. Se trata de un asunto sumamente reservado, al que nunca he aludido y del que nadie en este mundo podía tener noticias. Puesto que oyó gran parte de ello, es justo que lo sepa todo. Ocurrió cuando yo era un médico joven, y no exagero al afirmar que ensombreció mi vida, y que esas sombras no se han levantado hasta esta noche. Otros podrían tratar de explicar lo ocurrido con la telepatía, por acción del subconsciente, por lo que quieran, pero a mí no me cabe duda, puesto que cualquier duda es imposible, de que se trata de un mensaje que me ha llegado del mundo de los muertos.

»En aquella época se estaba sometiendo a discusión un nuevo fármaco. Es inútil entrar en detalles que no podrían comprender. Baste con decir que procedía de la familia de la *Datura*[156], de la que se obtienen venenos mortales y poderosas medicinas. Yo había recibido una de las primeras muestras, y deseaba que mi nombre se asociara con la primera exploración de sus propiedades. Se la administré a dos hombres, Ware y Aldridge. Les di lo que yo consideraba una dosis sin riesgos. Eran pacientes a mi cargo en un hospital público. Los dos fueron hallados muertos a la mañana siguiente.

»Como se la había administrado en secreto, su muerte pareció natural. Pero yo, en mi fuero interno, tenía miedo. Creía que los había matado. Ha sido siempre un trasfondo oscuro en mi vida. Vosotros mismos habéis oído esta noche que murieron por la enfermedad, y no por efectos de la droga.

—¡Pobre papá! —susurró Enid dando palmaditas sobre la manaza hirsuta —. ¡Pobre papá! ¡Cuánto debes de haber sufrido!

Challenger era un hombre demasiado orgulloso para tolerar la compasión, aunque fuera la de su propia hija. Retiró la mano.

—Trabajaba para la ciencia —dijo—. La ciencia debe correr riesgos. No creo que yo sea el culpable. Y, sin embargo…, sin embargo…, esta noche me he quitado un gran peso del corazón.

XVII

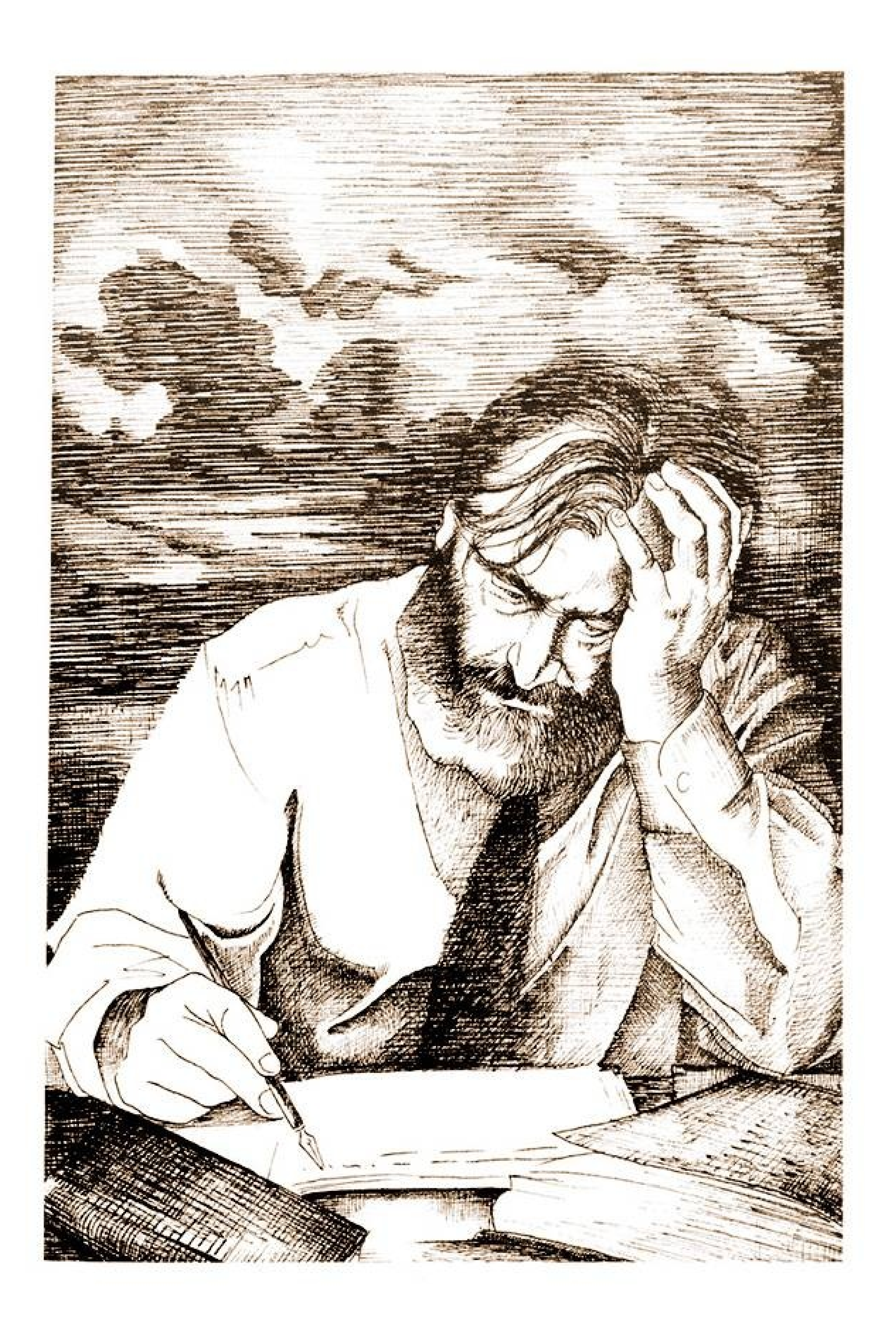
En el que se disipa la bruma

Malone perdió su trabajo y encontró todas las puertas de Fleet Street cerradas porque se había propalado el rumor acerca de su conducta independiente. Su puesto en la plantilla había sido ocupado por un joven judío borracho que demostró inmediatamente su valía con una serie de artículos sumamente humorísticos sobre cuestiones psíquicas, condimentados con aseveraciones de que abordaba la materia con una actitud perfectamente abierta e imparcial. Su última estratagema, consistente en ofrecer cinco mil libras a los espíritus de los muertos que adivinaran los nombres de los caballos ganadores del próximo derbi y su demostración de que el ectoplasma era, en realidad, espuma de cerveza negra de botella hábilmente escondida por el médium, fueron algunas de las tretas publicitarias del periódico que el lector recordará.

Pero el camino que se le cerraba en una dirección se le abrió por otra. Challenger, inmerso siempre en sus osados proyectos y en sus ingeniosos experimentos, necesitaba desde hacía tiempo un hombre activo y de ideas claras que dirigiera sus negocios y que controlara sus patentes mundiales. Muchos de los ingenios que había ido creando en una vida entera de trabajo generaban ingresos, pero también requerían seguimiento y protección. Su alarma automática para barcos en aguas poco profundas; su dispositivo para desviar torpedos; su nuevo y económico método de separar el nitrógeno del aire; sus decisivas mejoras en la telegrafía sin hilos y su novedoso tratamiento de la mezcla de brea eran fuentes de dinero. Indignado por la actitud de Cornelius, el profesor puso la dirección de todos ellos en manos de su futuro hijo político, que se consagró con diligencia a la protección de sus intereses.

Challenger ya no era el mismo. Sus colegas, y quienes le rodeaban, observaron el cambio sin adivinar la causa. Se convirtió en un hombre más delicado, más humilde y más espiritual. En lo más profundo de sí mismo, llegó a la convicción de que él, adalid del método científico y de la verdad,

durante mucho tiempo no había sido científico en sus métodos, convertido en formidable obstáculo al avance del alma humana a través de la jungla de lo desconocido. Este reproche, que él mismo se hacía, cambió su carácter. Asimismo, con su característica energía, se sumergió en la lectura de la maravillosa bibliografía sobre la materia y al leer, libre de los prejuicios que anteriormente nublaban su cerebro, los reveladores testimonios de Hare, de Morgan, de Crookes, de Lombroso, de Barrett, de Lodge y tantos otros grandes hombres, se maravillaba de haber sido capaz de creer que semejante consenso de opiniones pudiera fundarse sobre un error. Su carácter impetuoso y entusiasta le llevó a abordar la causa psíquica con la misma vehemencia y, en ocasiones, con la misma intolerancia con la que antes la había denunciado; el viejo león empezó a enseñar los dientes y a amedrentar con sus rugidos a quienes antes eran sus compañeros.



El extraordinario artículo que publicó en *The Spectator*[157] empezaba así: «La obtusa incredulidad y la terca sinrazón de los prelados que se negaron a mirar a través del telescopio de Galileo y a observar las lunas de Júpiter quedan superadas en nuestros días, con creces, por la de los ruidosos polemistas que expresan a la ligera opiniones radicales sobre cuestiones psíquicas que nunca han tenido la inclinación ni el tiempo de examinar»; en la frase final expresaba su convicción de que sus contrincantes «no representaban en realidad el pensamiento del siglo XX, sino que debían considerarse fósiles mentales de algún primitivo horizonte del Plioceno». Como de costumbre, los críticos se llevaron las manos a la cabeza con horror ante los rotundos términos del artículo, aunque durante muchos años hubieran perdonado sistemáticamente sus violentos ataques contra lo que ahora defendía.

Así dejaremos a Challenger, mientras su negra cabellera va tornándose gris y su gran cerebro va ganando en fuerza y valor al enfrentarse a problemas que le depara el futuro, un futuro sin los límites del estrecho horizonte de la muerte, inmenso, lleno de posibilidades y creaciones infinitas gracias a la conciencia de la supervivencia de la personalidad, el carácter y el trabajo.

Finalmente, se celebró la boda. Fue una ceremonia sencilla, si bien ningún profeta habría sido capaz de predecir jamás los invitados que el padre de Enid reunió en los salones de Whitehall. Eran una multitud feliz, unidos frente a la oposición del mundo y por el conocimiento común. Estaba el reverendo Charles Mason, que había oficiado la ceremonia; si alguna vez las bendiciones de un santo habían consagrado una unión, así había ocurrido aquella mañana. Más tarde, con su traje negro y su alegre sonrisa se movía entre la multitud llevando con él paz y bondad. Mailey, con su barba rubia, viejo guerrero, marcado por muchos combates y ansioso de batirse de nuevo, estaba junto a su mujer, dulce escudera que portaba sus armas y animaba su brazo. Estaba el doctor Maupuis, de París, tratando de hacer entender al camarero que quería café y recibiendo a cambio unos palillos de dientes[158], mientras el adusto lord Roxton presenciaba sus esfuerzos con aire cínico y burlón. Estaba también el bueno de Bolsover, acompañado de varios miembros del grupo de Hammersmith, y Tom Linden con su mujer, y Smith, el valeroso luchador del Norte, y el doctor Atkinson, y Marvin, el editor psíquico, con su amable esposa, y los Ogilvy, y la pequeña señorita Delicia con su bolso y sus panfletos, y el doctor Ross Scotton, ya del todo restablecido, y el doctor Felkin, que le había curado, y cuya presencia estaba representada por la enfermera Ursula. Todos estos y muchos más eran visibles

en nuestro espectro de colores de dos pulgadas y eran audibles a nuestras cuatro octavas de sonido. Quién sabe cuántos más, fuera de estas estrechas limitaciones, se sumaban con su presencia y sus bendiciones…

Una última escena antes de acabar el relato. Tuvo lugar en el salón del Hotel Imperial de Folkestone[159]. Junto a la ventana se hallaban el señor y la señora Malone, contemplando las aguas del Canal, hacia poniente, y el tenebroso cielo de la tarde. Grandes brazos purpúreos, como amenazadores presagios de lo que se ocultaba, desconocido, más allá del horizonte, se retorcían en ascensión hacia el cénit. En el mar, el barco de Dieppe[160] se dirigía lentamente a su destino. A lo lejos, los grandes barcos permanecían inmóviles en el centro del Canal como si intuyeran el inminente peligro. La vaga amenaza de aquel cielo ominoso se dejó sentir, de forma inconsciente, en sus pensamientos.



—Dime, Enid —dijo Malone—, de todas nuestras maravillosas experiencias psíquicas, ¿cuál es la que guardas más viva en tu mente?

—Es curioso que me lo preguntes, Ned, porque estaba pensando en ello en este momento. Supongo que ha sido una asociación de ideas con este cielo terrible. Pensaba en Miromar, aquel hombre extraño y misterioso, y en su terrible profecía.

—Yo también.

—¿Has vuelto a saber de él desde entonces?

—Sólo he vuelto a verle una vez. Fue un domingo por la mañana, en Hyde Park. Estaba hablando a un reducido grupo de personas. Yo me sumé a ellos y escuché. Se trataba de la misma advertencia.

—¿Cómo se lo tomaron? ¿Se rieron?

—Bueno, tú le has visto y le has oído. No podrías reírte, ¿verdad?

—La verdad es que no. Pero tú no le tomas en serio, Ned, ¿verdad? Mira la querida y sólida tierra de Inglaterra. Mira este gran hotel y a la gente que se

alberga en él, los periódicos matutinos, repletos de noticias, y todo el orden establecido de una tierra civilizada. ¿De verdad piensas que podría ocurrir algo que destruyera todo?

—¿Quién sabe? Miromar no es el único que lo dice.

—¿Lo llama el fin del mundo?

—No, es el renacimiento del mundo, del verdadero mundo, el mundo tal y como Dios lo había pensado.

—Es un mensaje tremendo. Pero ¿qué pasa? ¿Por qué hemos de sufrir un juicio tan terrible?

—Según él, las causas son el materialismo, los formalismos acartonados de las Iglesias, la alienación de los impulsos espirituales, la negación de lo invisible, la ridiculización de esta nueva revelación…

—Pero yo estoy segura de que el mundo era peor antes.

—Sí, pero nunca contó con las mismas ventajas; nunca con la educación, los conocimientos y la llamada civilización que debería conducirlo a cosas más altas. Mira cómo todo se ha vuelto hacia el mal. Sabemos construir aviones, y bombardeamos ciudades con ellos. Aprendemos a navegar debajo del agua y asesinamos a los marinos con nuestro descubrimiento. Aprendemos a dominar las sustancias químicas, y las convertimos en explosivos y gases venenosos. Vamos de mal en peor. En el momento actual, todas las naciones de la Tierra idean tramas secretas para encontrar la manera de envenenar mejor a las demás. ¿Ha creado Dios el planeta para eso? ¿Permitirá que siga de mal en peor?

—¿Quién está hablando, Miromar o tú?

—La verdad es que he meditado sobre este asunto y no puedo evitar estar de acuerdo con sus conclusiones. He leído un mensaje espiritual escrito por Charles Mason en el que decía lo siguiente: «Lo más peligroso para un hombre o para una nación es llegar a un estado de mayor desarrollo intelectual que espiritual». ¿No corresponde exactamente al estado actual del mundo?

—Y ¿cómo llegará?

—En ese punto, sólo tengo las palabras de Miromar. Él habla de una ruptura de todas las redomas. Guerra, hambre, peste, terremotos, riadas, maremotos… y, al final, la paz y la gloria indecibles.

Las grandes serpentinas purpúreas cruzaban el ciclo. Por poniente se extendía un monótono resplandor carmesí y un colérico y cárdeno arrebol. Contemplándolo, Enid se estremeció.

—Una cosa hemos aprendido —dijo él—: que dos almas en las que existe el verdadero amor siguen adelante sin separarse a través de todas las esferas. ¿Por qué, entonces, hemos de temer tú y yo la muerte o cualquier cosa que la vida o la muerte nos puedan deparar?

Ella sonrió y, tomando su mano, repitió:

—Es cierto, ¿por qué?

Apéndice

La época: Los locos años 20

Política y sociedad

Durante el primer tercio del siglo XX, en Gran Bretaña aún se sostenía el inmenso armazón construido en la época victoriana. Su prestigio internacional permanecía intacto en apariencia.

El país había participado en una guerra (la Primera Guerra Mundial) en la que no tenía mucho que ganar y para la que estaba mal preparado psicológica y materialmente. Las consecuencias se dejaron sentir una vez finalizada la contienda. La sociedad británica había iniciado un proceso de transformación irreversible, que se verá culminado entonces.

Durante el tiempo que duró aquella guerra, la idea imperialista alcanzó sus cotas más altas. En efecto, los tratados secretos entre los países involucrados garantizaban que, cuando se restableciera la paz, el sistema de mandato u otras estratagemas dejarían a Gran Bretaña con un dominio territorial más grande que nunca, con vastas posesiones nuevas en Oriente Medio y en el golfo Pérsico. Pero la realidad fue que cada vez resultaba más impracticable el mantenimiento de esa situación. Mucho antes de 1914, las restricciones militares y financieras que impedían la aplicación de una política colonial eficaz fueron haciéndose más evidentes, sobre todo en la India, debido a la creciente influencia del Congreso Nacional Indio. Había que contar con los recientes levantamientos nacionalistas contra el dominio británico, cada vez más preocupantes.

Problemas económicos

En el interior se planteaban problemas desestabilizadores, consecuencia de la pérdida de mercados exteriores y de la venta de inversiones de ultramar para cubrir los gastos de la guerra, además de la creciente deuda exterior con los Estados Unidos, país que, como bien señala Doyle, no se portó

precisamente como el amante hermano menor, sino más bien como un acreedor implacable.

Problemas políticos

En otro orden de cosas, en enero de 1922 se creó el Estado libre de Irlanda, compuesto por veintiséis condados católicos de la parte oriental de Irlanda. Sólo quedaron dentro del Reino Unido los seis condados protestantes de Ulster, en el Noroeste.

La Sociedad de Naciones

El Imperio participó en la Sociedad de Naciones, antecedente de las Naciones Unidas, organismo supranacional cuya primera finalidad era la de restañar las heridas abiertas de la guerra y que, en su corta existencia, se mostró incapaz de poner fin a los resentimientos internacionales. La rivalidad y la desconfianza entre las diferentes naciones permaneció como una poderosa corriente subterránea que iba minando los buenos propósitos de la Sociedad, frágiles y, sin duda, ingenuos. Gran Bretaña había iniciado una política conciliadora con la República Democrática Alemana de Weymar, al ser ambas aliadas en el comercio y para hacer frente al peligro que suponía el avance comunista, más amenazador desde el triunfo de la revolución bolchevique (por cierto, Gran Bretaña había intervenido en la guerra civil rusa apoyando al ejército contrarrevolucionario).

Sus utópicos ideales nunca se revelaron más ineficaces que con el fracaso del pacto Briand-Kellog de 1926, cuyo propósito era acabar con las guerras. La Sociedad había sido promovida por el presidente norteamericano, Premio Nobel de la paz, Thomas Woodrow Wilson, pero posteriormente éste vio limitados sus proyectos al imponerse en el Congreso tendencias aislacionistas provocadas, sin duda, por la incipiente crisis económica, que suscitaron las primeras tensiones importantes en el seno de la Sociedad de Naciones.

El pago de las deudas de guerra fue otro elemento desestabilizador; en Alemania esta obligación impidió la recuperación económica y fue causa del malestar social en el que germinaron las ambiciones totalitarias de Hitler.

El fin de una hegemonía

En el plano económico, los cambios fueron profundos. Todavía se sentía cercana la época dorada en la que Gran Bretaña era la primera potencia imperial, comercial e industrial. Sin embargo, hacía ya tiempo que las islas habían perdido su papel de taller del mundo, pues si bien fueron las pioneras de la Revolución Industrial en su primera fase (la del carbón, la siderurgia, la industria textil y los astilleros) no consiguieron engancharse a la segunda, y llegaron tarde al tren de la tecnología moderna.

A este retraso vino a sumarse el parón productivo y comercial provocado por la guerra. El poderío imperial de la nación se basaba en el intercambio comercial con las colonias, y habían sido precisamente los buques mercantes los primeros objetivos de las flotas enemigas. Rotos sus vínculos con la metrópoli, los países importadores de productos británicos, como Australia o Canadá, crearon su propia industria y cortaron para siempre los lazos de dependencia. Paralelamente, mientras Europa se arruinaba, surgían con empuje las nuevas potencias económicas: Japón y Estados Unidos, las cuales aprovecharon el conflicto para fortalecer su posición.

Política deflacionista

El Reino Unido logró mantener estable la situación interna gracias a su política deflacionista: como el precio del dinero era alto, la nobleza mantuvo su posición desahogada y no sintió la necesidad de buscar alternativas al sistema democrático. Asimismo, la clase obrera británica estaba protegida por los poderoso sindicatos, que, con su empeño por preservar el empleo y los salarios, pusieron muchas trabas a la reconversión industrial. La suma de estos factores, combinada con la escasez y pujanza de su moneda, detendría el crecimiento y las inversiones, pero por otro lado mantendría una precaria estabilidad social impermeable a las influencias del comunismo y del fascismo en el Reino Unido.

En definitiva, Gran Bretaña ya no era la primera potencia mundial. Su decadencia, que había comenzado antes de 1914, se manifiesta en el período de entreguerras y culmina con la II Guerra Mundial.

«Tanta fe se tiene en la vida, en la vida en su aspecto más precario, en la vida real, naturalmente, que al fin esta fe acaba por desaparecer». (André Breton).

La guerra, la miseria y la falta de valores dieron al traste con los anteriores ideales ilustrados y acallaron las odas al progreso ilimitado, las aleluyas al positivismo que todo lo explicaba con leyes, el triunfalismo evolucionista que concebía a la humanidad marchando en vía directa a la sociedad científica. Se trataba, sin duda, de una muerte anunciada: las naciones de Europa acababan de sufrir la guerra más devastadora de toda la historia de la Humanidad. Una guerra que demostraba de manera harto contundente que ciencia y técnica sirven sobre todo para destruir. La idea del progreso se tambaleó por el empuje de 105 aviones, los tanques, los submarinos y las armas químicas.

Arte y cultura en la posguerra

La respuesta fue el triunfo de la filosofía vitalista: se desechó el racionalismo por inservible y se ensalzó la intuición, la voluntad y la fuerza atributos del Superhombre de

Nietzsche, como único medio de supervivencia en un mundo que definitivamente había dejado de ser un lugar seguro.

Todo esto preparó un caldo de cultivo ideal para el desarrollo de doctrinas políticas y filosóficas de corte autoritario, como el fascismo, y de corrientes artísticas absolutamente novedosas que se dieron en llamar las Vanguardias.

Se trataba, en definitiva, de la decadencia de Occidente, que como todos los apocalipsis contó con sus profetas: Spengler, con su visión organicista de la sociedad, o Jasper y Heidegger, que destacaban la impotencia del hombre, mero engranaje en la máquina del progreso.

Por lo que respecta a la literatura y las artes plásticas, se produjo la misma confusión y renovación que hemos comentado en el campo de la filosofía. Las artes estaban cada vez más imbricadas unas en otras, definidas por un credo común (así, existía el surrealismo pictórico, pero también el literario). Se intentaba, sobre todo, denunciar el absurdo de la sociedad, de contribuir al desmoronamiento de unos presupuestos que se habían demostrado inútiles.

Los 20 fueron unos años, más que locos, desenfrenados: triunfaron por encima de todo el consumismo, la productividad incesante, el hedonismo exacerbado. Se trataba de salvarse, como se pudiera, del barco naufragado de los valores tradicionales, aunque para ello fuera necesario sumergirse en el mar de lo superficial, lo novedoso y lo excitante.

Las artes plásticas habían iniciado ya su renovación antes de la guerra; fue la época de florecimiento de turbadoras formas de expresión que chocaban a los burgueses bienpensantes, tremendamente impresionados por la nueva e impactante forma de entender el mundo que se expresa en el cubismo o en el expresionismo con colores y composiciones realmente inquietantes.

Psicología, religión, espiritismo: el caballero británico al borde del ataque de nervios

Para comprender el auge del espiritismo en aquellos años hay que tener en cuenta que, poco antes, Europa se había visto invadida de hipnotizadores, espiritistas y telepáticos; que fue entonces cuando Freud descubrió la entrada secreta a una especie de desván, sótano o, mejor, catacumba, que llamamos inconsciente. Si consideramos, finalmente, que en las puertas del siglo XXI siguen sin definirse las fronteras de la mente, ¿qué no sería en la época de esos balbuceos de la ciencia psicológica?

En este caldo de cultivo, la religión, desprovista ya del ideal de trabajo y ahorro que la habían llenado de significado en los años pujantes de la Revolución Industrial, golpeada por el horror de la guerra, queda circunscrita a una serie de «sectas acartonadas y sin vida» que no satisfacen las exigencias

vitalistas de hombres anhelantes de esperanza como A. C. Doyle. ¿Qué mejor solución en ese caso que aplicar la psicología a la religión y la religión al espiritismo? De este modo, el yo psicológico recibe dignidad espiritual y corrobora la naturaleza inmortal del hombre. Elemental, querido Watson. La guerra, pues, no ha sido más que una advertencia de la endeblez de la materia. Pero el hombre es algo más que materia, ya lo dijo Doyle por mediación de Challenger: ¿cómo un ser tan maravilloso podía diluirse en un puñado de sales y unos cuantos cubos de agua? En el último tramo de una vida ordenada y lógica, repentinamente sacudida por el cataclismo de la Gran Guerra, Doyle quiere creer, a toda costa, que el hermano, el amigo, el hijo, no han desaparecido de una forma tan absurda e inútil, perdidos en el anonimato de la más grande masacre universal. Tenía que haber algo más allá del caos y del absurdo. Doyle, caballero defensor del Imperio y amante de la vida y de la razón, no concibe el caos por el caos y el absurdo por el absurdo, y, con la tenacidad de Holmes, pero sin su sagacidad, trata de desenmarañarlos, convencido de que tiene que haber otra solución. Sigue viviendo después de la guerra, pero su mente está anclada en el esplendoroso pasado de la época victoriana; tratando de huir del caos, se tropieza con lo disparatado. En una época de mesías e iluminados con Hitler y Mussolini, él quiere ser el mesías de la nueva religión espiritista: los muertos no han muerto; su voz no ha quedado silenciada para siempre. El hombre es demasiado grande para morir.

Historia del movimiento espiritista

Los espiritistas creen que a lo largo de la existencia humana los espíritus se han mantenido en comunicación con los mortales. Afirman que la Biblia es un gran compendio de fenómenos espiritistas, como tantas veces se cita en el relato. Declaran, por ejemplo, que Pentecostés fue «la mayor sesión de la historia».

En la Edad Media, la Iglesia reconoció la existencia de brujas y magos, y prohibió las relaciones con ellos, pero hasta el siglo XIX no surgió el espiritismo como religión organizada. En 1848, dos muchachas, Margaret y Kate Fox, en Hydesville, un pueblo de la parte occidental de Nueva York, oyeron unos golpecitos extraños en la casa de campo en la que vivían. Hablaron con el espíritu que los ejecutaba, le propusieron un código y empezaron a recibir mensajes. Unos años antes de estos sucesos, también en el estado de Nueva York, Andrew Jackson Davis escribió un libro titulado *Divine Revelations,* basado en sus experiencias con los espíritus. Fueron Fox y las hermanas Davis los impulsores del espiritismo en su forma organizada.

En los años siguientes, muchas personas, tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, descubrieron que tenían poderes, que eran médiums, y se convirtieron en el centro de grupos. Estos grupos fueron formándose en iglesias locales, y, posteriormente, de las iglesias surgieron varios organismos regionales y nacionales de carácter congregacional. La mayoría de estas organizaciones eran pequeñas y duraron poco. Según un anuario basado en los informes de las propias organizaciones, el número de miembros en los Estados Unidos en 1956 era de 200.000, cifra probablemente demasiado elevada para el número real de miembros, y demasiado baja para el número de personas realmente interesadas en el espiritismo.

Los espiritistas afirman que las organizaciones espiritistas se formaron en más de cuarenta naciones. Muchos de esos grupos nacionales se han unido para formar la Federación Internacional de Espiritistas, con sede en Gran Bretaña, fundada en 1923.

Los espiritistas más tradicionales, que no desean cambiar su filiación religiosa, han creado la Hermandad de Fronteras Espirituales, en Estados Unidos, y la Hermandad de Iglesias para el Estudio Psíquico y Espiritual, en el Reino Unido.

El interés por los fenómenos Espiritistas adoptó otra forma organizada. En 1882 se fondo en Inglaterra la Sociedad para la Investigación Psíquica. Sus fines eran la investigación objetiva, y no el culto ni el consuelo espiritual. Los miembros de la sociedad no reconocían ni reconocen necesariamente la explicación espiritista de los fenómenos psíquicos. Entre ellos se contaban personajes tan notables como sir William Crookes, sir Arthur Conan Doyle, F. W. H. Myers y sir Oliver Lodge. En 1885 se fondo una organización paralela, la Sociedad Americana para la Investigación Psíquica. Entre sus miembros más conocidos cabe citar a William James, J. H. Hyslop, J. B. Rhine y Gardner Murphy. En Francia, Camille Flammarion, Henri Bergson y Gabriel Marcel se destacaron por su interés en los fenómenos psíquicos. Entre los médiums famosos cuyas manifestaciones han despertado el interés de los investigadores cabe citar a D. D. Home, las señoras Leonore E. Piper, Gladys Osborne Leonard y Eileen Garret.

Arthur Conan Doyle: su vida

Sus años de formación

Arthur Conan Doyle nació en Edimburgo el 22 de mayo de 1859 y murió en el condado de Sussex el 7 de julio de 1930. Su familia, de procedencia irlandesa, le dio una

educación católica en un colegio de jesuitas de Lancashire, y, aunque pronto abandonó esa confesión, llevaría siempre esa etiqueta en una Gran Bretaña protestante en la que ser católico podía ser motivo de discriminación. Tras los años de férrea disciplina en el internado, inició sus estudios de medicina en la Universidad de Edimburgo. En la facultad conoció al profesor Rutherford, que habría de servirle de modelo para el personaje de Challenger. Era un tipo extravagante y escandaloso, apasionado de la vivisección, que tenía por costumbre iniciar sus clases antes de entrar en el aula, para regocijo de los alumnos, que oían su voz atronadora procedente del pasillo. Mientras estudiaba, la escasez de dinero le llevó a aceptar varios trabajos como ayudante de médico de pueblo y como médico en un ballenero que pasó tres meses en el Ártico, experiencia esta última inolvidable para Doyle, amante siempre de la acción. También por aquella época escribió y vendió un par de relatos cortos.

Abandona la medicina y comienza a escribir

Cuando ya ejercía en su consulta particular de Southsea, escribió su primer cuento de Sherlock Holmes, que vendió por 25 libras esterlinas. Al cumplir los treinta años, ya casado, decidió abandonar definitivamente la medicina y dedicarse de pleno a la tarea que más le apasionaba: escribir.

Durante la última década del siglo XIX, Conan Doyle se convirtió en una de las figuras más influyentes de su generación. Profesaba una fe ciega en el Imperio y siempre estaba dispuesto a participar en los asuntos públicos.

Su interés por el espiritismo

Como a tantos intelectuales de su generación, le preocupaba mucho la verdad de la religión. Siendo aún un adolescente había perdido su fe católica. Posteriormente, en Southsea, participó en experiencias que le convencieron de que el pensamiento telepático y por transferencia era posible. Investigó asimismo las creencias y religiones orientales, y se sintió atraído por el credo teosófico, según el cual las verdades de la naturaleza son más profundas que las de la ciencia empírica. En 1893 ingresó en la Sociedad de Investigación Psíquica, y poco a poco fue venciendo su escepticismo y adquiriendo interés por el movimiento espiritista.

Conan Doyle, que había sido un hombre convencional en su tiempo, no tenía ninguna paciencia con aquéllos que deseaban cambiar el modelo social, y nunca, ni en sueños, puso en duda la idea de que el Imperio británico era una gran fuerza orientada al bien moral, aunque su mapa estuviera bañado en sangre. Pero existía otro Conan Doyle oculto tras el hombre práctico y escéptico, un hombre profundamente insatisfecho con las realidades prácticas

de este mundo y fascinado por la certeza de que debía existir algo más allá. Este otro Doyle empezó a interesarse cada vez más por el espiritismo, mientras a su alrededor el mundo cambiaba a una velocidad vertiginosa sin que él comprendiera ni pudiera seguir aquellos cambios.

La Primera Guerra Mundial

Con el estallido de la Gran Guerra, en 1914, Doyle inició sus actividades de apoyo al ejército británico, escribiendo panfletos patrióticos y asistiendo incluso al frente. Pero la guerra habría de traerle también sus pesares. Primero fue la muerte del hermano de su mujer y, posteriormente, la de dos sobrinos y varios amigos y parientes. Después le tocaría a Kingsley, el único hijo varón de su primer matrimonio, y a su queridísimo hermano lunes. A éstas habría que sumar la de su madre, ocurrida dos años después.

Fue en aquella época, quizás como consecuencia de la pérdida de tantos seres queridos, cuando las creencias espiritistas de Doyle se agudizaron. Al principio de la guerra todavía no era más que un simple simpatizante, pero, tal y como declaró más tarde en *La nueva revelación* (1918), todas las muertes y los sufrimientos de la guerra le convencieron de que los seres queridos tenían que seguir viviendo después de la muerte.

Su conversión

Ya en 1916 había anunciado su conversión en la revista psíquica *Light*. Poco después, declaró que estaba en contacto con trece madres que se comunicaban a través de médiums espiritistas con sus hijos muertos.

A partir de 1917, se dedicó activamente a la tarea de lograr que la humanidad reconociera la verdad de la nueva revelación, y recorrió Gran Bretaña, Europa, Estados Unidos y Australia dando charlas y conferencias sobre espiritismo.

Totalmente apartado del mundo artístico de los años 20, que se le antojaba detestable, pasó los últimos años de su vida dedicado al espiritismo, a la literatura y a los negocios, hasta su muerte.

El credo espiritista: *El país de la bruma*

El libro que nos ocupa, obra tardía de A. C. Doyle, es un detallado desglose de las creencias, las prácticas y los avatares de los espiritistas británicos a mediados de los años 20. No se trata de una novela, ni mucho menos, ni siquiera de un auténtico trabajo de ficción, puesto que los personajes fantásticos que aparecen están al servicio de un único propósito: explicar la doctrina espiritista y convencer de su veracidad. Quizá el único

que conserva hasta un cierto punto su personalidad literaria es el profesor Challenger, que se mantiene inflexible, genio y figura, hasta que los acontecimientos del último capítulo le transforman en un defensor convencido del movimiento.

Como recordarán los lectores de El *mundo perdido* (n.º 9 de esta Colección), *La zona envenenada*, *Cuando la Tierra lanzó alaridos* y *La máquina desintegradora* (n.º 129), Challenger, lord Roxton, Malone y el profesor Summerlee vivieron juntos extraordinarias aventuras llenas de fantasía, amenizadas con la chispa socarrona y humorística de las eternas polémicas entre los dos sabios del grupo. Sin embargo, el mismo autor reniega en cieno modo de ellas al principio de *El país de la bruma*, tachándolas de inverosímiles invenciones de un escritor oportunista. No deja de ser ingeniosa esta referencia del autor a sí mismo en su propia obra como si de otra persona se tratara, recurso ya utilizado con pasmosa maestría por Cervantes en su *Quijote*. En este caso, la intención del recurso no es literaria, sino objetivamente aclaratoria: nos advierte el autor de que no nos disponemos a leer un divertido y trepidante cuento, sino un relato serio construido a base de hechos auténticos. El resultado es, en efecto, un panfleto novelado en el que aparecen personajes que han perdido la esencia de su identidad y han quedado reducidos a bustos parlantes.

Buena pluma y relato extravagante y disparatado

Con semejante presentación, podría pensarse que se trata de un libro aburrido y farragoso. Pues bien, no es así. Dos ingredientes lo salvan: la buena pluma de su autor, de todos bien conocida, y el carácter extravagante y disparatado de lo que se cuenta (con todos mis respetos y mil perdones a los espiritistas). Pero para que el lector juzgue por sí mismo, revisemos someramente las principales creencias de este movimiento, muchas de las cuales aparecen relatadas en el libro que nos ocupa.

Espíritu, alma y cuerpo

Según los espiritistas, el hombre se compone de tres elementos, a saber: espíritu, alma y cuerpo. El cuerpo alberga el alma, y el alma es el receptáculo del espíritu. En la muerte, el cuerpo muere, pero su alma y su espíritu siguen viviendo. Al parecer, el alma está hecha de elementos más refinados que los del cuerpo, y en la vida futura desempeña las mismas funciones con respecto al espíritu que el cuerpo con respecto al alma en la vida terrenal. Los animales poseen alma, pero no espíritu.

Las esferas que rodean la Tierra

Los espiritistas creen que el espíritu humano existe eternamente como parte del espíritu universal, y, por tanto, es

anterior a la creación del cuerpo y del alma. Afirman que el alma, al igual que el cuerpo, está constituida de elementos materiales, como alimentos, agua y aire, pero más refinados que los elementos corporales. La estructura del alma es un duplicado de la del cuerpo. Al morir, se cree que el alma y el espíritu suben a una de las siete esferas que rodean la Tierra. La esfera inferior está ocupada por hombres que fueron malos, ignorantes y estuvieron dominados por deseos materiales. Al producirse la muerte del cuerpo, muchos hombres van a la Tercera Esfera, llamada también Summerland. Allí la vida es muy similar a la de la Tierra, sólo que «mejor» y desprovista de maldad y de dolor. Según dicen, los espíritus de Summerland van vestidos, viven en casas y tienen animales de compañía. Todos los espíritus encuentran a su alma gemela y se casan con ella (a la que han sido unidos antes del nacimiento terrenal), pero el carácter de la relación conyugal en las esferas celestiales es meramente platónico.

Más allá de las siete esferas terrestres hay esferas más altas y universales: rodean planetas, soles e incluso sistemas solares. Más allá, las esferas son todavía más enormes. Dios, definido como la Inteligencia Infinita, es el centro del Universo.

Salvación para todos: no existe el infierno

Se supone que las almas de los niños que han muerto se hacen adultas al cabo de un tiempo. Las personas de las esferas inferiores, con el tiempo, van ascendiendo a las esferas más altas, donde se vive con una felicidad desconocida en la Tierra. Por lo tanto, los espiritistas son universalistas, o lo que es lo mismo: creen en la salvación de todos. No existe el infierno en el sentido tradicional, aunque las personas que hayan vivido vidas esencialmente perversas deben sufrir antes de progresar a esferas más altas. La ley de la progresión se aplica a todos. Sea cual sea la esfera en la que se halle una persona, siempre está trabajando para llegar más arriba. Pero asciende sólo a través de su propio esfuerzo, y con los consejos de espíritus más sabios que él.

Todos somos médiums potenciales

Los espiritistas afirman que estas proposiciones son constataciones de hechos verdaderos. Declaran tener «pruebas irrefutables» de la pervivencia del hombre después de la muerte. Las pruebas les llegan de los espíritus a través de los médiums. Según su teoría, todos los seres humanos son médiums, pero la mayoría no aprovechan su potencial. Los poderes más sencillos pueden adquirirse simplemente con que la persona concentre su mente en cuestiones espirituales. Se dice, por lo tanto, que los fenómenos

mentales están al alcance de muchas personas, o lo que es lo mismo, que la gente puede recibir y recibe ideas e información de los seres queridos que han muerto. Entre los fenómenos mentales se cuentan los espectaculares mensajes que reciben los médiums cuando están en trance. A través de médiums en trance se han hecho profecías, se han escrito libros, se han dado instrucciones a cirujanos para realizar operaciones difíciles y se han realizado intrincados experimentos para demostrar la naturaleza extraterrenal de las comunicaciones. Todos estos casos están recogidos en *El país de la bruma*, son el médico que cura milagrosamente a través de la enfermera Ursula o la criatura prehistórica que se pasea por la sala del instituto de investigación de París.

Según ellos, los médiums también pueden provocar fenómenos físicos. Afirman que a veces hablan voces independientes de la del médium, normalmente amplificadas por una trompetilla, que los objetos levitan y flotan en el aire sin apoyo físico. También se supone que los espíritus se materializan y se hacen visibles al ojo físico; como ejemplos se alegan las apariciones de ángeles en la Biblia.

El ectoplasma

Se dice que los médiums exudan una sustancia llamada ectoplasma. Se cree que se trata de una forma de materia rarificada que los espíritus pueden utilizar para realizar fenómenos físicos.

Los espíritus guías

Creen que Dios es un ser impersonal, un Alma Superior infinita, eterna distante. No obstante, la posibilidad de lograr una relación personal estrecha con los poderes sobrehumanos está presente en el espiritismo; lo que en otras religiones es el ángel de la guarda, en el espiritismo es la presencia cercana de nuestros espíritus guías, almas más avanzadas que la nuestra y que se preocupan mucho por nuestro bienestar, nuestra salud y nuestra seguridad.

Para los espiritistas, Jesucristo fue un hombre igual a nosotros, no más divino que los demás. Lo único que le distingue son sus logros. Según los espiritistas, fue el médium más importante de la Historia.

Nuria Hernández de Lorenzo

Bibliografía

Con «s. a.» indicamos «sin año» aunque la publicación castellana es próxima a la edición original.
[1] Prepublicados en «Lippincott’s».
[2] Prepublicados en «Comhill».
[3] Prepublicados en «Strand».
[4] Prepublicados en «Harper’s».
[5] Prepublicados en «Idler».
[6] Prepublicadas en «Strand» sólo algunas de las historias de que está compuesto el volumen.
[7] Prepublicados en «Cassell’s».

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
1887	*A Study in Scarlet*	*Estudio en rojo* (s. a.)*
1889	*The Mystery of Cloomber*	*El misterio de Cloomber* (s. a.)*.
1889	*Micah Clarke*	*Miguel Clarke* (s. a.).
1889	*Mysteries and Adventures*	*Misterios y aventuras*.
1890	*The Sign of Four*[1]	*El signo de los cuatro* (s. a.).
1890	*The Captain of the Polestar and Other Tales*	*El capitán de la estrella polar y otros relatos* (s. a.).
1890	*The Firm of Girdlestone*	*La casa Girdlestone* (s. a.).
1891	*The White Company (3 vols.)*[2]	*La guardia blanca* (1896).
1892	*The Doings of Raffles Haw*.	Los hechos de Raffles Haw.
1892	*The Great Shadow*	*La sombra grandiosa (Napoleón el Grande)* (1908).
1892	*Beyond the City*	Más allá de la ciudad.
1892	*The Adventures of Sherlock Holmes*[3] —Contiene: *A Scandal in Bohemia; The Red-headed League; A Case of dentity; The Boscombe Valley Mystery; The five Orange Pips; The Man with the Twisted Lip; The Blue Carbuncle; The Speckled Band; The Engineer’s Thumb; The Noble Bachelor; The Beryl Coronet; The Cooper Beeches*	*Las aventuras de Sherlock Holmes* (s. a.). —Contiene: *Un escándalo en Bohemia; La liga de los pelirrojos; Un caso de identidad; El misterio del valle Boscombe; Las cinco semillas de naranja; El hombre del labio retorcido; El carbunclo azul; La banda de lunares; El dedo pulgar del ingeniero; El solterón aristocrático; La diadema de berilos; La finca de Cooper Beeches*
1893	*The Refugees* (3 vols.)[4]	Los refugiados.

1894	*The Memoirs of Sherlock Holmes*[3] —Contiene: *Silver Blaze; The Yellow Face; The Stockbroker's Clerk; The «Gloria Scott»; The Musgrave Ritual; The Reigate Squires; The Crooked Man; The Resident Patient; The Greek Interpreter; The Naval Treaty; The Final Problem*	*Memorias íntimas de Sherlock Holmes* (s. a.). —Contiene: *Estrella de plata; La cara amarilla; El escribiente del corredor de bolsa; La «Gloria Scott»; El ritual de Musgrave; Los hidalgos de Reigate; El jorobado; El enfermo interno; El intérprete griego; El tratado naval: El problema final*.
1894	*Round the Red Lamp: being facts and fancies of medical life*	La lámpara roja (Memoria de un médico) (s. a.).
1894	*The Parasite*	El parásito.
1895	*The Stark Munro Letters*[5]	Cartas completas de Munro.
1896	*The Exploits of Brigadier Gerard*[3]	*Las hazañas del Brigadier Gerard* (s. a.).
1896	*Rodney Stone3*	*Rodney Stone* (1908).
1897	*Uncle Bernac: a memory of the Empire*	*El protegido de Napoleón (Uncle Bernac)* (1900).
1898	*Songs of Action*	Canciones de acción.
1898	*The Tragedy of the Korosko*[1]	*La tragedia del Korosko* (s. a.).
1899	*A Duet with and Occasional Chorus*	Un dúo con un coro accidental (s. a.)
1900	*The Great Boer War*	La gran guerra bóer.
1900	*The Green Flag and Other Stories of War and Sport* —Contiene: *The Green Flag, Captain Sharkey; The Crime of the Brigadier: The Croxley Master; The «Slapping-Sal»; The lord of Chateau Noir; The Striped Chest; A Shadow Before; The King of the Foxes; The Three Correspondents; The New Catacomb; The Debut of Hilarie Joyce; A Foreign Office*	La bandera verde (*Historias de guerra y de amor*) (s. a.). —Contiene: La bandera verde; *El capitán Sharkey*; El crimen del brigadier: El golpe de Croxley; *El «Slapping-Sal»*; El lord del Castillo Negro; El golpe desgarrado; Una sombra antes; *El rey de los zorros; Los tres corresponsales; La nueva catacumba; La primera proeza de Hilario Joyce*; Una oficina extranjera.
1902	*The Hound of the Baskervilles*[3]	*El sabueso de los Baskerville* (s. a.).
1902	*The War in South África: its cause and conduct*	*La guerra en Sudáfrica: sus causas y modo de hacerla* (1902).
1903	*Adventures of Gerard*[6] —Contiene: *How the Brigadier Lost his Far; How the b. Captured Saragosa; How the b. Slew the Fox; How the b. Saved an Army; How the b. Triumphed in England; How the b. Rode to Minks; How the b. Bore Himself at Waterloo; The Last Adventure of the b.*	*Aventuras de Gerard* (s. a.). —Contiene: *De cómo el brigadier perdió su oreja; De cómo… tomo Zaragoza; De cómo… salvó un ejército; De cómo… triunfó en Inglaterra; De cómo… fue a Minks; De cómo… se condujo en Waterloo; La última aventura del brigadier*.
1905	*The Return of Sherlock Holmes* [1] —Contiene: *The Empty House; The Norwood Builder; The Dancing Men; The Solitary Cyclist; The Priory School; Black Peter; Charles Augustus*	*Reaparece Sherlock Holmes* (s. a.). —Contiene: *La av. de la casa deshabitada; La av. del constructor de Norwood; La av. de los bailarines; La av. del ciclista solitario; La av. del*

	Milverton; The Six Napoleons; The Three Students; The Golden Pince-Nez; The Missing Three-quarter; The Abbey Grange; The Second Stain	*colegio Priory; La av. del «negro» Peter; La av. de Charles Augustus Milverton; La av. de los seis Napoleones; La av. de los tres estudiantes; La av. de los lentes de oro; La av. del Trescuartos desaparecido; La av. de la granja Abbey; La av. de la segunda marcha*.
1906	sir *Nigel*[3]	sir *Nigel* (s. a.).
1907	*Through the Magic Door*[7]	A través de la puerta mágica.
1908	*Round the Fire Stories*	Historias junto a la lumbre.
1909	*The Crime of the Congo*	El crimen del Congo.
1911	*The Last Galley*	La última galera.
1911	*Songs of the Road*	Canciones del camino.
1912	*The Lost World*[3]	*El mundo perdido* (1927).
1912	*The Poison Belt*[3]	*El circulo de la muerte* (1950).
1914	*The German War: sidelights and reflections*	La guerra alemana: detalles incidentales y reflexiones.
1915	*The Valley of Fear*[3]	El valle del terror (s. a.).
16/19	*The British Campaign in France and Flanders* (6 vols.)	La campaña inglesa en Francia y Flandes.
1916	*A Visit to Three Fronts*	Una visita a tres frentes.
1917	*His Last Bow*[6] —Contiene: *Wisteria Lodge; The Cardboard Box; The Red Circle; The Bruce-Partington Plans; The Dying detective; The Disappearance of* Lady *Frances Carfax; The Devil's Foot; His Last Bow*	*Su último saludo en el escenario* (1953). —Contiene: *La av. del pabellón Wisteria; La av. de la caja de cartón; La av. del círculo rojo; La av. de los planos del «Bruce-Partington»; La av. del detective moribundo; La desaparición de* Lady *Frances Carfax; La av. del pie del diablo; Su último saludo en el escenario*.
1918	*Danger! and Other Stories*	¡Peligro! y otras historias.
1918	*The New Revelation: or What is Spiritualism?*	La nueva revelación: o ¿qué es el espiritismo?
1919	*The Guards Came Through, and Other Poems*	Los guardias vinieron y otros poemas.
1919	*The Vital Message*	El mensaje vital.
1921	*The Wanderings of a Spiritualist*	Las andanzas de un espiritista.
1922	*The Case for Spirit Photography*	El proceso por fotografía del espíritu.
1922	*The Coming of the Fairies*	La llegada de los hados.
1923	*Our American Adventure*	Nuestra aventura americana.
1923	*Three of Them*	Tres de ellos.
1924	*Memories and Adventures*	Memorias y aventuras.
1924	*The Mystery of Joan of Arc*	El misterio de Juana de Arco.
1924	*Our Second American Adventure*	Nuestra segunda aventura americana.
1924	*The Spiritualist's Reader*	La antología del espiritista.

1926	*The History of Spiritualism* (2 vols.)	*El espiritismo. Su historia. Sus doctrinas. Sus hechos* (1927).
1926	*The Land of Mist*	*El país de la bruma* (1929).
1927	The Case-Book of Sherlock Holmes[6] —Contiene: *The Illustrious Client; The Blanched Soldier; The Mazarin Stone; The Three Cables; The Sussex Vampire; The Three Carridebs; Thor Bridge; The Creeping Man; The Lion's Mane; The Veiled Lodger; Shoscombe Old Place; The Retired Colourman*	El archivo de Sherlock Holmes (1953) —Contiene: *La av. del cliente ilustre; La av. del soldado de la piel decolorada; La av. de la piedra preciosa de Mazarino; La av. de los tres sabletes; La av. del vampiro de Sussex; La av. de los tres Garridebs; El problema del puente de Thor; La av. del hombre que reptaba; La av. de la melena de león; La av. de la inquilina del velo; La av. de Shoscombe Old Place; La av. del fabricante de colores retirado*.
1927	*Pheneas Speaks*	Habla Pheneas.
1929	*The Maracot Deep and Other Stories* —Contiene: *The Maracot Deep; The Desintegration Machine; The story of Spedegue's Dropper; When the World Screamed*	*El abismo de Maracot y otras historias* (1953-54). —Contiene: El abismo de Maracot; La máquina desintegradora; La zona ponzoñosa; Cuando la Tierra lanzó alaridos.
1929	*Our African Winter*	Nuestro invierno africano.



ARTHUR CONAN DOYLE nació el 22 de mayo de 1859 en Edimburgo y estudió en las universidades de Stonyhurst y de Edimburgo. De 1882 a 1890 ejerció la medicina en Southsea (Inglaterra).

Conan Doyle tuvo tanto éxito al principio de su carrera literaria que en cinco años abandonó la práctica de la medicina y se dedicó por entero a escribir.

Estudio en Escarlata, el primero de los 68 relatos en los que aparece Sherlock Holmes, se publicó en 1887. El autor se basó en un profesor que conoció en la universidad para crear al personaje de Holmes con su ingeniosa habilidad para el razonamiento deductivo. Igualmente brillantes son las creaciones de los personajes que le acompañan: su amigo bondadoso y torpe, el doctor Watson, que es el narrador de los cuentos, y el archicriminal profesor Moriarty.

Los mejores relatos de Holmes son *El signo de los cuatro* (1890), *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1892), *El sabueso de Baskerville* (1902) y *Su último saludo en el escenario* (1917), gracias a los cuales se hizo mundialmente famoso y popularizó el género de la novela policíaca.

Surgió, y todavía pervive, el culto al detective Holmes. Gracias a su versatilidad literaria, Conan Doyle tuvo el mismo éxito con sus novelas históricas, como *Micah Clarke* (1888), *La compañía blanca* (1890), *Rodney Stone* (1896) y *sir Nigel* (1906), así como con su obra de teatro *Historia de*

Waterloo (1894). Durante la guerra de los bóers fue médico militar y a su regreso a Inglaterra escribió *La guerra de los Bóers* (1900) y *La guerra en Sudáfrica* (1902), justificando la participación de su país. Por estas obras se le concedió el título de *sir* en 1902. Durante la I Guerra Mundial escribió *La campaña británica en Francia* y *Flandes* (6 volúmenes, 1916-1920) en homenaje a la valentía británica. La muerte en la guerra de su hijo mayor le convirtió en defensor del espiritismo, dedicándose a dar conferencias y a escribir ampliamente sobre el tema. Su autobiografía, *Memorias y aventuras*, se publicó en 1924.

Murió el 7 de julio de 1930 en Crowborough (Sussex).

Notas

[1] Calle comercial y residencial del centro de Londres, cercana a Knightsbridge, famosa por sus elegantes establecimientos comerciales. <<

[2] Calle de la City londinense en la que se encuentran las redacciones de muchos diarios y publicaciones de prensa. <<

[3] La presente obra fue publicada en 1926. Por tanto, la guerra a la que se hace referencia es la Primera Guerra Mundial (1914-1918), cuyas consecuencias se mencionan en el Apéndice de esta edición. <<

[4] Céntrica calle de Londres situada junto a un pequeño parque, a orillas del Támesis, cerca del Parlamento, en la zona conocida como Westminster. **<<**

[5] La *abadía de Westminster*, fundada en el siglo VIII, ha sido el escenario de la coronación e inhumación de los reyes de Inglaterra, y es asimismo panteón nacional de hombres ilustres. La *Alta Iglesia*, traducción literal del inglés *High Church*, es un sector de la Iglesia anglicana de tendencia tradicionalista. La iglesia anglicana, procedente de la Iglesia de Inglaterra, es una de las tres principales organizaciones religiosas que se separaron del control jurisdiccional y doctrinal del papado en la Reforma del siglo XVI. Se compone de una familia de sectas con pocas normas escritas y muchos acuerdos de palabra. La une la lealtad común al arzobispo de Canterbury en Inglaterra, considerado el dirigente titular. Conserva las formas exteriores del culto y la jerarquía eclesiástica del catolicismo, y, del protestantismo, los grandes principios doctrinales. La *Baja Iglesia*, traducción literal del inglés *Low Church,* es un sector de la Iglesia anglicana de tendencia más protestante. La *presbiteriana* es una secta protestante que no reconoce la autoridad episcopal (de los obispos) sobre los presbíteros o sacerdotes, y sostiene que la suprema autoridad eclesiástica reside en el sínodo de laicos y ministros. El *unitarianismo* es una secta protestante que no reconoce en Dios más que una sola persona. El *espiritismo* es una ciencia oculta que provoca la manifestación de seres inmateriales o espíritus, y entra en comunicación con ellos mediante medios ocultos o a través de personas en trance hipnótico (médiums), que son sensibles a las vibraciones procedentes del mundo de los espíritus y capaces de transmitir mensajes entre el otro mundo y éste, y de producir fenómenos espiritistas. <<

[6] Sir Oliver Joseph *Lodge* (1851-1940) fue un físico británico que contribuyó con sus descubrimientos al avance de los primeros receptores de radio. Fue profesor en varias universidades y rector de la Universidad de Birmingham. En 1894 indicó por primera vez que el sol podía ser una fuente de ondas de radio, hecho que no se confirmó hasta 1942. A partir de 1910 se convirtió en un destacado investigador de las ciencias psíquicas y se comprometió seriamente en la tarea de reconciliar ciencia y religión. Sir William *Crookes* (1832-1919) fue un físico y químico británico descubridor del talio y de los rayos catódicos. <<

[7] Creencia profesada por pueblos de cultura primitiva según la cual los seres orgánicos e inorgánicos y los fenómenos de la naturaleza poseen voluntad propia y capacidad de acción. Además, adoran a dichos seres y fenómenos. <<

[8] La fisiología es la ciencia que estudia las funciones de los seres orgánicos y los fenómenos de la vida. <<

[9] «Voz del pueblo», «rumor popular». (En latín en el original). <<

[10] Distrito del sector oeste del Gran Londres. <<

[11] Facultad paranormal de percibir cosas lejanas o no perceptibles por el ojo; también, la de adivinar hechos futuros u ocurridos en otros lugares. <<

[12] En la jerga espiritista, se denomina «sesión» a una reunión, normalmente reducida, celebrada en torno a un médium, para captar los mensajes de los espíritus. <<

[13] Al mencionar la «tradicional actitud británica» el autor se refiere, quizá, a la chimenea, presente en todos los salones británicos y, por consiguiente, lugar en torno al cual el anfitrión recibe tradicionalmente a sus invitados. <<

[14] Charles Bradlaugh (1833-1891), publicista y político británico. Ateo y librepensador de ideas radicales, apóstol de una total libertad de expresión, fundó el periódico *National Reformer*. <<

[15] Región del Reino Unido, situada entre el mar de Irlanda, los canales de san Jorge y Bristol, e Inglaterra. Poblada por los celtas, los britones se refugiaron en este país a raíz de la invasión anglosajona del resto de la isla a mediados del siglo V. Gales fue incorporado a la Corona británica por Enrique VIII en 1536. <<

[16] Estado en que un médium manifiesta fenómenos paranormales. <<

[17] Recibe el nombre de control el espíritu que sirve de intermediario entre su médium y los espíritus que quieran transmitir algún mensaje. El médium, seguidamente, los comunica a los hombres y mujeres de la Tierra. <<

[18] Natural de la Atlántida, hipotética isla sumergida del océano Atlántico que, desde la época de Platón, ha dado lugar a múltiples leyendas. <<

[19] Ciudad del Reino Unido situada en Inglaterra, en Lancashire, junto al estuario del Mersey. <<

[20] San Pablo (entre 5 y 15-*c.* 67), llamado el Apóstol de las gentes. Su formación farisea le llevó a perseguir a los cristianos, pero la aparición de Jesucristo en el camino de Damasco le convirtió en un apóstol suyo. En su primera *Epístola* a los Corintios, capitulo 12 (Nuevo Testamento), enumera los dones del Espíritu Santo: «A uno le es dada por el Espíritu la palabra de sabiduría; a otro, la palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro, fe en el mismo Espíritu; a otro, don de curaciones en el mismo Espíritu; a otro, operaciones milagrosas; a otro, profecía; a otro, discreción de espíritus; a otro, diversidad de lenguas; a otro, interpretación de lenguas» (1 Cor 12, 8-10). <<

[21] Después de la Primera Guerra Mundial, el presidente de los Estados Unidos, Thomas Woodrow Wilson (1856-1924), de tendencias pacifistas, promovió la creación de la Liga de la Paz, pero en el Congreso se impusieron las ideas aislacionistas, por lo que, a pesar de su iniciativa, el país no formó parte de esta sociedad. <<

[22] Los *cristadelfianos* pertenecen a una secta religiosa fundada por John Thomas hacia 1848. Su único credo es la Biblia, y, para ingresar, deben bautizarse por inmersión. Los *ruselianos* son los integrantes de la Asociación internacional de estudiantes de la Biblia, es decir, los Testigos de Jehová, fundada por Charles Taze Russell. <<

[23] *Blackburn* es una ciudad del condado de Lancashire, al noroeste de Manchester. *Doncaster* se halla en el condado de Yorkshire, sobre el Don. **<<**

[24] Ciudad de Bélgica, a orillas del Mosa, en la confluencia del Ourthe. <<

[25] «Razón de ser». (En francés en el original). <<

[26] Sustancia misteriosa que dicen se desprende del cuerpo de algunos médiums durante el trance y que, a cierta distancia, se materializa para formar miembros, rostros, organismos completos (fantasmas), e incluso objetos diversos. <<

[27] Alusión al emperador romano Constantino I el Grande (*c.* 280-337), que, en el año 313, proclamó el edicto de Milán, que establecía la libertad para ser cristiano. <<

[28] Extirpación quirúrgica, total o parcial, de un órgano o un tejido. <<

[29] Se refiere a los relatos *El mundo perdido* (n.º 9 de esta Colección) y *La zona envenenada*, *Cuando la Tierra lanzó alaridos* y *La máquina desintegradora* (n.º 129), de sir Arthur Conan Doyle, protagonizados por el profesor Challenger, Edward Malone, Summerlee y lord John Roxton. **<<**

[30] William Makepeace Thackeray (1811-1863) escritor británico que criticó la hipocresía de la sociedad contemporánea de su país. Su obra más importantes es *La feria de las vanidades*. <<

[31] Moneda de oro británica cuyo valor era equivalente a 21 chelines. Se retiró de la circulación en 1813. No obstante, su nombre siguió empleándose para designar dicha cantidad, equivalente a su vez a poco más de una libra esterlina, principalmente en los contextos profesionales, para expresar los honorarios. <<

[32] La religión *católica* es la revelada por Jesucristo y conservada por la Santa Iglesia Romana. El papa es la cabeza visible, en quien los católicos ven al sucesor de san Pedro. Recoge las enseñanzas del Antiguo Testamento, las predicaciones y vida de Jesucristo (Evangelio), la tradición y la autoridad de los Padres de la Iglesia y sus escritos. La doctrina *evangélica* es el resultado de la fusión del culto luterano y del calvinista. En los países de habla inglesa el término se emplea desde el renacimiento evangélico del siglo XVIII (Evangelismo) para designar a los seguidores de las doctrinas de la infalibilidad de la Biblia, la justificación por la fe y la conversión personal o salvación. Normalmente, son hostiles al catolicismo romano y al anglocatolicismo o anglicanismo. <<

[33] Barrio del East End londinense. <<

[34] Los *rosacruces* pertenecen a la asociación mística conocida como Rosacruz, universalmente extendida y exenta de toda alianza religiosa. Su filosofía, metafísica y física tiene por objeto despertar todas las facultades del hombre y enseña a sus miembros la importancia y la aplicación de las leyes cósmicas y naturales. La *Gran Pirámide* de Egipto es una de las Siete Maravillas del mundo. Es la mayor de las pirámides de Gizeh, erigidas en una plataforma rocosa de la orilla occidental del Nilo. Fue construida por Keops, segundo faraón de la IV Dinastía, para albergar su propio cuerpo en una cámara mortuoria protegida por un intrincado laberinto. <<

[35] Se refiere a Victoria Embankment, calle que bordea el río Támesis a su paso por Londres entre los puentes de Blackfriars y de Westminster. <<

[36] La cita a la que hace referencia es el Capítulo 14 de la Primera Epístola a los Corintios: «El don de lenguas y el de profecía». <<

[37] Individuo de la plutocracia, régimen político en el que el gobierno del estado está mayoritariamente en manos de los ricos. <<

[38] El guía es un espíritu colaborador que ayuda a otros espíritus a comunicarse con los vivos. Normalmente, el médium intenta ponerse en contacto con un espíritu guía en las sesiones de espiritismo. <<

[39] Tejido de lana grueso y nudoso típico de Harris, isla del archipiélago de las Hébridas, situado en la costa occidental escocesa. <<

[40] Medida de longitud equivalente a 1.609,30 metros. <<

[41] Rembrandt Harmenszoon Win Rijn (1606-1669) es no solo el mayor genio de la pintura holandesa, sino uno de los más excepcionales e innovadores artistas de todos los tiempos. Excelente retratista, además de paisajista, es un maestro a la hora de combinar las luces y sombras. <<

[42] Influencia, verdadera o supuesta, que una persona puede ejercer sobre otra por medio de determinados movimientos, y que se creyó que tenía propiedades terapéuticas. El magnetismo animal fue iniciado por los trabajos del médico alemán Franz Anton Mesmer (1734-1815), quien estableció la doctrina de que era posible curar a los enfermos mediante los pases con el «fluido animal». Mesmer magnetizaba en grandes habitaciones, medio oscuras, en las que situaba a bastantes enfermos, tocándose todos con las manos, y él, a su vez, directamente o por medio de algún instrumento metálico, tocaba a alguno de ellos. <<

[43] En griego en el original inglés. <<

[44] En las sesiones espiritistas pueden producirse los llamados fenómenos físicos, como, por ejemplo, la manipulación de objetos sin que medie una acción observable, o la aparición misteriosa de objetos traídos de lejos, que recibe el nombre de aportación. <<

[45] Juego de palabras intraducible. Mailey ha dicho: *It’s a sort of arrested development* («Es una especie de atrofia del crecimiento»), a lo que la niña responde, pues ha entendido mal: *That’s me,* «*Rested Envelopment*» («Ésa soy yo: “Envoltura Reposante”»). Se refiere a su naturaleza de espíritu, cuyo cuerpo (o envoltura) ya reposa entre los muertos. Como se verá, las dos frases tienen un gran parecido fonético, que provoca la ingeniosa confusión. **<<**

[46] La niña, con su media lengua, dice *England* («Inglaterra»), cuando en realidad quiere decir *English* («inglés»). <<

[47] «Señor» y «pecamos». (En latín en el original). <<

[48] Se llama materialización a la aparición de un espíritu en forma material. <<

[49] El Pentecostés es una fiesta cristiana que conmemora el descendimiento del Espíritu Santo sobre los apóstoles en forma de lenguas de fuego, símbolo de la inspiración divina. <<

[50] Unidad de peso inglesa, equivalente a 453,59 gramos. <<

[51] Unidad de longitud usada en muchos países, aunque con diferente valor en cada uno de ellos. En Gran Bretaña y Estados Unidos equivale a 0,3048 metros. <<

[52] Fenómeno parapsicológico que consiste en el desplazamiento de objetos sin causa física observable. <<

[53] *Sir William Crookes* (1832-1919), químico y físico británico notorio por su descubrimiento del talio y por sus estudios de los rayos catódicos, fundamentales para el desarrollo de la física atómica. *Sir Oliver Joseph Lodge* (1851-1940), físico británico que perfeccionó un detector de ondas radiofónicas que constituye el principio fundamental del actual receptor de radio. A partir de 1910 destacó en la investigación psíquica, con la firme creencia en la posibilidad de comunicarse con los muertos. Luchó activamente para lograr la reconciliación entre ciencia y religión. Cesare *Lombroso* (1835-1909), antropólogo y penalista italiano que inició la rama de la antropología criminal, creando una tipología criminal basada en caracteres biológicos y psiquiátricos y el tópico del «delincuente nato». Charles *Riebet* (1850-1935), médico francés descubridor, en colaboración con Paul Portier, de la anafilaxia, y premio Nobel de medicina en 1913. Era pacifista y aficionado a la metafísica y al ocultismo. De *Sir William Barrett* no hemos conseguido información. <<

[54] *Galileo* Galilei (1564-1642), matemático, físico y astrónomo italiano. Profesor de matemáticas en Pisa y Padua. Descubrió las leyes del péndulo, su aplicación a la medida del tiempo, y la ley de la caída de los cuerpos, fundamento de la mecánica clásica. Inventó la balanza hidrostática, el termobaroscopio y el anteojo. Realizó investigaciones y descubrimientos en el campo de la Astronomía. Defendió el sistema de Copérnico frente al de Ptolomeo. En su obra *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo* (1632) expuso el sistema heliocéntrico, que la curia romana denunciaba como herético, por lo que fue obligado a dejar de defenderlo y a pronunciar, de rodillas, la abjuración de sus creencias ante la Inquisición. La tradición cuenta que, al levantarse, golpeó con el pie el suelo y exclamó la célebre frase: *Eppur, si muove!* («¡Y sin embargo, se mueve!»). William *Harvey* (1578-1657), médico inglés que, a partir de los trabajos parciales de Miguel Servet, de Colombo y de Aranzio, comprobó escrupulosamente la teoría completa de la circulación de la sangre. <<

[55] La *telepatía* es una facultad psíquica clasificada en la categoría de la percepción extrasensorial que consiste en el conocimiento de los pensamientos ajenos. La *Royal Society* es una asociación fundada en Inglaterra por Carlos II en 1660 para fomentar la investigación científica. <<

[56] Charles Robert Darwin (1809-1882), naturalista y científico inglés. Participó en la expedición científica del *Beagle*, que dio la vuelta al mundo (1831-1836). Expuso la teoría de la evolución biológica (darvinismo) en *El origen de las especies*. <<

[57] La masonería es una asociación, en parte secreta, extendida por diversos países, cuyos miembros profesan principios de fraternidad, se reconocen entre sí mediante signos y emblemas y se dividen en grupos denominados logias. Sus orígenes parecen basarse en las asociaciones de albañiles no agremiados. Sobre esta primera base fueron añadiéndose elementos no pertenecientes al oficio, y cuya relación con la construcción no pasaba de ser meramente simbólica. En España existían logias ya en 1727. <<

[58] John Nevil Maskelyne (1839-1917), mago británico cuyos inventos y mecenazgo de nuevos artistas contribuyó al desarrollo de la prestidigitación. Consumado relojero, en sus espectáculos empleaba cajas trucadas y autómatas. <<

[59] La frase latina completa es *Populus vult decipi, ergo decipiatur,* es decir, «El pueblo desea ser engañado, luego sea engañado», atribuida por el estadista francés Jacques-Auguste de Thou (1553-1617), en su obra *Historiae sui temiporis,* al cardenal Gian Piero Carafa (1476-1559), más tarde papa con el nombre de Paulo IV. <<

[60] Fundado en 1753, su núcleo principal lo constituyó la colección de objetos artísticos comprados ese año al médico y naturalista británico Hans Sloane (1660-1753), aumentado después con importantes colecciones. El edificio, construido entre 1823 y 1847, es obra del arquitecto británico Robert Smirke (1781-1876), y alberga riquísimas colecciones de arqueología egipcia (piedra Rosetta), antigüedades asirías y babilónicas, esculturas griegas y romanas (Deméter de Gnido, esculturas del Partenón, Diana de Éfeso), etc., además de una importantísima biblioteca. <<

[61] Ciudad de Gran Bretaña, en la costa septentrional de Kent, cerca del cabo Fortland. Comenzó a desarrollarse como centro de reposo a finales del siglo XVIII y es una de las principales estaciones balnearias de Gran Bretaña. <<

[62] Un boxeador profesional de peso welter pesa entre 66,678 y 68,853 kilogramos. <<

[63] Se realiza aquí un juego de palabras con el adjetivo «espiritoso», que puede referirse bien a los espíritus como seres inmateriales, con los que trabaja el médium, o bien al espíritu exhalado por las «bebidas espiritosas», vapor sutilísimo que se desprende del vino y los licores. <<

[64] National Sporting Club, es decir, el Club Nacional de Boxeo. <<

[65] Abreviatura de la voz inglesa *knock-out*, que significa «fuera de combate». <<

[66] Conocimiento de una persona o un acontecimiento que obtiene un médium a través del contacto con un objeto relacionado con ellos. <<

[67] Nombre valón de la ciudad belga de Ieper, en la provincia de Flandes Occidental, que en la Primera Guerra Mundial fue escenario de numerosos asedios y batallas, pero sus célebres monumentos fueron reconstruidos. <<

[68] Así en el original inglés. <<

[69] Jorge II (1683-1760) rey de Gran Bretaña y de Irlanda y elector de Hannover. <<

[70] En Gran Bretaña, abogado de categoría superior. <<

[71] Moneda británica de bronce cuyo valor es la centésima parte de una libra.
<<

[72] Moneda británica de plata y posteriormente de cuproníquel cuyo valor era la veinteava parte de una libra. En 1970 se sustituyó por una moneda de 5 peniques. <<

[73] Ana Estuardo (1665-1714), reina de Gran Bretaña e Irlanda. Aunque su padre era católico, se convirtió al protestantismo a instancias de su tío, el rey Carlos II. A su muerte dejó asegurada la continuidad protestante. <<

[74] Personas capaces de adivinar datos sobre las personas leyendo las líneas de la palma de la mano. <<

[75] Alfred Charles William Harmsworth, vizconde de *Northcliffe* of Saint Peter, (1865-1922). Fue el editor de periódicos de mayor éxito de la prensa británica, además de creador del periodismo popular moderno. En 1896 fundó, junto a su hermano Harold, el *Daily Mail*, diario de la mañana londinense considerado como independiente, que tuvo un éxito inmediato, y cuya tirada excedía el millón de ejemplares en 1900. <<

[76] Referencia al célebre establecimiento de St. James’s Street regentado por William Crockford (1775-1848). Se trataba de un local de juego que se puso de moda y fue frecuentado por todas las celebridades de la época, empezando por el mismísimo duque de Wellington. <<

[77] La voz inglesa *Churchman* significa «clérigo». <<

[78] «Librepensador». <<

[79] «Éxito de execración». (En francés en el original). <<

[80] «Palabra por palabra», «literalmente», «al pie de la letra». (En latín en el original). <<

[81] Condado de Gran Bretaña, a orillas del canal de la Mancha. <<

[82] Condado de Gran Bretaña, situado al sur del curso superior del río Támesis. <<

[83] También denominada Grand National Handicap Steeplechase, es una carrera de caballos que se celebra anualmente en el circuito de Aintree, Liverpool, a finales de marzo o principios de abril. Se caracteriza por sus dificultades y peligros. <<

[84] Rito de imprecación contra el demonio, realizado para conjurar su influencia. En la actualidad no puede hacerse ningún exorcismo sin el permiso del obispo. <<

[85] Ciudad del distrito de Mendip, en el condado de Somerset, Inglaterra. <<

[86] Victoria I (1819-1901), reina de Gran Bretaña e Irlanda, y emperatriz de las Indias. <<

[87] La Cruz de Victoria (*Victoria Cross*) es la más alta condecoración en reconocimiento del valor mostrado frente al enemigo que se concede a las fuerzas armadas del Reino Unido y la Commonwealth. Fue creada en 1856 por la reina Victoria. <<

[88] Antigua ciudad de Inglaterra, actualmente integrada a Torbay, ciudad del condado de Devon, en el canal de la Mancha. **<<**

[89] La taumaturgia es la facultad de hacer milagros. <<

[90] Se entiende por brujería el daño producido a las personas a través de métodos mágicos o psíquicos. <<

[91] Antigua provincia del imperio austrohúngaro que, a partir de 1923, forma parte de Polonia. <<

[92] Para los británicos, la expresión «el Continente» designa la parte continental de Europa, distinguiéndola del Reino Unido. Se utiliza también el adjetivo «continental». <<

[93] Hechos de los Apóstoles, capítulo XXIV. <<

[94] «Desde lo profundo». Primeras palabras del Salmo 129, que suelen decirse en las plegarias por los difuntos: *De profundis clamavi ad te Domine*, «Desde lo profundo clamé a ti, Señor». (En latín en el original). <<

[95] George Macartney (1737-1806), conde de Macartney entre otros títulos, fue el primer emisario británico en Pekín. Miembro de una antigua familia escocesa e irlandesa, ocupó varios cargos políticos, entre ellos el de gobernador de las islas del Caribe. <<

[96] Ciudad de Gran Bretaña, capital del condado de Avon, al oeste de las Costwold Hills. **<<**

[97] Ciudad de Gran Bretaña, capital de los West Midlands, junto al Rea. **<<**

[98] Jean Martin Charcot (1825-1893), médico francés, fue uno de los precursores de la moderna psiquiatría, y el verdadero iniciador de la neurología. <<

[99] Nombre abreviado con el que se denomina *The City of London*, asentamiento original de Londres, en la ribera norte del Támesis. Además de núcleo histórico, actualmente es el centro financiero de la ciudad. <<

[100] Alusión a Didimo el Ciego, o de Alejandría, (*c*. 311-398). Teólogo de la Iglesia de Oriente, dirigió la influyente escuela de Alejandría. Sus comentarios bíblicos solamente han llegado hasta nosotros en fragmentos. Es probable que sea autor de un tratado sobre el Espíritu Santo. <<

[101] South-on-Sea, ciudad de Gran Bretaña, en el condado de Essex, en la orilla septentrional del estuario del Támesis. <<

[102] Ciudad y puerto del estado de Nueva York, en la extremidad nordoriental del lago Erie. <<

[103] Estado del nordeste de los Estados Unidos, entre el lago Erie y el río Delaware. La ciudad de Erie, que se cita unas líneas más adelante, se halla en la orilla meridional del lago homónimo. <<

[104] Médico especialista en enfermedades mentales, es decir, psiquiatra. <<

[105] Enfermedad mental que constituye uno de los aspectos de la psicosis maníaco-depresiva y que se caracteriza por una gran exaltación psíquica y un fondo de alegría, de euforia y de turbulencia, que no tienen motivación real alguna. <<

[106] Carrera para yeguas de tres años. Es la carrera más importante del mundo para yeguas, y fue instituida por lord Derby en 1777. La primera edición se disputó en 1779, en Epson, donde sigue celebrándose anualmente. <<

[107] Barrio del este de Londres, residencia de una comunidad judía. <<

[108] «Cinturón Lonsdale», premio pugilístico creado en 1909 por lord Lonsdale, presidente del National Sporting Club. <<

[109] Arthur Colley Wellesley, duque de Wellington, (1769-1862), general y político británico que luchó contra los franceses en Portugal y España. Jefe de las fuerzas aliadas contra Napoleón, lo derrotó definitivamente en Waterloo (1815). Destacó en la política como conservador y antirreformista. <<

[110] «Último grito». (En francés en el original). <<

[111] Periódico fundado por el político y periodista francés Geoges Clemenceau (1841-1929). <<

[112] Charles Richet (1850-1935), médico francés, precursor de la moderna medicina aeronáutica y estudioso de los fenómenos de la metapsíquica. Obtuvo el Premio Nobel de medicina en 1913. <<

[113] Camille Flammarion (1843-1925), astrónomo francés, autor de un importante trabajo sobre la rotación de los cuerpos celestes, y de obras como *Los mundos imaginarios y los mundos reales*, *Dios en la naturaleza*, *La muerte y su misterio*, entre otras. <<

[114] Lesiones articulares. <<

[115] Sensibilidad excesiva y dolorosa. <<

[116] Individuo de un grupo de homínidos arcantropos. Utilizó el fuego, al menos desde hace 700.0000 años, cocía alimentos, se cubría con pieles y vivía probablemente en núcleos familiares. Clasificado actualmente como *Homo erectus*, fue descubierto en Java, y vivió en el Pleistoceno. **<<**

[117] «¡Vamos bien! ¡Eh! ¡Vamos bien!». (En francés en el original). <<

[118] «Sí, amigo mío, va usted bien». (En francés en el original). <<

[119] «¿Están ustedes preparados?». (En francés en el original). <<

[120] «Perfectamente». (En francés en el original). <<

[121] Colesterol. <<

[122] «Fuerza de la inercia». (En latín en el original). <<

[123] «Va usted bien; va usted bien siempre». (En francés en el original). <<

[124] Ave de la familia de los carádridos, caracterizada por presentar un copete de plumas largas y finas que sobresale de la parte posterior de la cabeza. Camina con el tronco casi horizontal y corre con gran rapidez, y se alimenta de moluscos, gusanos e insectos. <<

[125] Los hermanos Jacob (1785-1863) y Wilhelm (1786-1859) Grimm, filólogos y escritores alemanes, autores de obras como *Poesías de los maestros cantores*. *Leyendas alemanas*, *Historia de la lengua alemana* y *Cuentos de niños y del hogar*, publicados estos últimos en la colección «Laurin», de esta misma editorial. Emprendieron la redacción de un *Diccionario alemán*, del que sólo se publicó una parte en vida de sus autores. Jacob publicó, además, una *Floresta de romances españoles*. <<

[126] Los Azules y los Verdes eran demos o facciones de Constantinopla y de las grandes ciudades del Imperio bizantino, correspondientes a los grupos en que se dividía el pueblo en el hipódromo y que tomaron el nombre del color de las casacas de los aurigas. Organizados en partidos, con sus jefes elegidos o demarcas, constituidos incluso en verdaderas milicias ciudadanas, estas facciones correspondían a barrios urbanos y a grupos sociales mucho más que a sociedades deportivas. En la época de su apogeo los Azules representaban el partido aristocrático, favorable a la ortodoxia; los Verdes, por el contrario, representaban al pueblo bajo, fácilmente seducido por herejías. Toda la población se encontraba agrupada alrededor de dichas facciones oficiales, de tal forma que la rivalidad entre los Azules y los Verdes, convertida en lucha política, se extendió por todo el Imperio y agitó profundamente a la monarquía bizantina durante los siglos VI y VII. Debido al hecho de que el emperador enarbolaba uno de los colores (con mayor frecuencia el verde), el partido menos favorecido se encontraba situado en la oposición. De esta forma estallaban al menor pretexto luchas en el hipódromo y en la ciudad, dando pie en ocasiones a temibles sublevaciones, como la sedición de Nika en el año 532, en el transcurso de la cual el emperador Justiniano I estuvo a punto de perder el trono. <<

[127] Medida de longitud que, en los países anglosajones, equivale a 2,54 centímetros. <<

[128] Creencia que atribuye a todos los seres (orgánicos e inorgánicos) y a todos los fenómenos de la naturaleza la presencia de un espíritu, al que hay que adorar para aplacar, halagar o dominar. <<

[129] Alessandro, conde de Volta (1745-1827), físico italiano, inventor del electróforo y del electroscopio condensador. Hacia 1792 comenzó unos trabajos sobre la singular observación de Galvani sobre los movimientos excitados que hacía una rana si se interponía un arco metálico entre dos partes distintas de su tronco. Estableció su «teoría de serie de tensiones» para los metales, y esto lo condujo al descubrimiento de la pila eléctrica en 1880. <<

[130] Dícese de la sustancia o medicamento que facilita la digestión. <<

[131] Oposición sistemática a la difusión de la cultura entre las clases populares. <<

[132] Creemos que se trata de Karl Freiherr von *Schrenck-Notzing* (1806-1884), primer ministro de Maximiliano II José, rey de Baviera, que introdujo importantes reformas, como la separación del poder judicial del ejecutivo, e impulsó un nuevo código criminal. Adair *Crawford*, físico y químico londinense que, en 1790, descubrió el estroncio, obteniéndolo de un mineral procedente de una mina de plomo de Strontiam, en Escocia. Friedrich *Zöllner* (1834-1882), profesor de astronomía física en la Universidad de Leipzig. En 1859 inventó un astrofotómetro, con el que determinó diversas magnitudes estelares, y estableció un primer catálogo fotométrico de las estrellas. <<

[133] Animal que tiene la cabeza de tamaño menor del normal de la especie a que pertenece; y en general, que tiene la cabeza desproporcionada, por lo pequeña, con relación al cuerpo. <<

[134] Aplicación de las leyes biológicas de la herencia al perfeccionamiento de la especie humana. <<

[135] Endurecimiento patológico de un órgano o tejido, debido a la hipertrofia del tejido conjuntivo que contiene. <<

[136] Caudillo ateniense durante las guerras Médicas (siglo V a. C.). Organizó la llamada Confederación de Delos, liga marítima que incluía a gran número de ciudades e islas egeas y jónicas bajo la dirección de Atenas. <<

[137] Región del sudeste de Europa, entre los Cárpatos, el mar Negro, el Dniester y el Pruth. Ocupada por los tártaros en el siglo XIV, quedó anexionada a Rusia por la Paz de Bucarest (1812), pasando a Rumania por el Tratado de Versalles (1919). Finalizada la Segunda Guerra Mundial, fue repartida entre las repúblicas de Ucrania y de Moldavia de la antigua Unión Soviética. <<

[138] «Hasta la vista». (En francés en el original). <<

[139] El mormonismo es un movimiento religioso fundado en 1830 por Joseph Smith, quien declaraba haber sido objeto de una revelación contenida en el *Libro del mormón*, según la cual, los indígenas americanos eran descendientes de una tribu israelita emigrada a América en el siglo IV a. C. En un principio eran partidarios de la poligamia, a la que renunciaron públicamente en 1890. <<

[140] La *dispepsia* es un trastorno de carácter doloroso, especialmente de tipo gástrico, que no va acompañado de alteraciones orgánicas del estómago. La *urticaria* es una enfermedad eruptiva de la piel, caracterizada por una comezón parecida a la que producen las ortigas. <<

[141] Arte de sangrar a un enfermo. <<

[142] Rene Théophile Hyacinthe *Laënnec* (1781-1826), médico francés inventor del *estetoscopio*, instrumento médico a modo de trompetilla acústica que sirve para auscultar. <<

[143] Agujeros de conjunción. <<

[144] John Abernethy ((1764-1831), cirujano británico, primero en realizar, en 1796, la ligadura de un aneurisma de la arteria ilíaca externa. Lleva su nombre la aponeurosis que cubre dicha arteria. <<

[145] Según el Antiguo Testamento (1 Re, 10), la reina de Saba, atraída por la sabiduría y la fama del rey Salomón (*c*. 970-*c*. 931), marchó a Israel acompañada de un gran séquito; después de una entrevista con Salomón y un intercambio de regalos, volvió a sus estados. Los abisinios se apropiaron de esta historia y le dieron otra versión: la reina, llamada Makeda, procedía de Abisinia, volvió a su país encinta y dio a luz un hijo, Menelik, al que envió a Jerusalén al lado de su padre. Cuando llegó al poder, Menelik implantó la religión de los judíos en su país. No se sabe con seguridad si la historia tiene alguna autenticidad, y si fue realmente reina de los sabeos. <<

[146] Alusión a la curación de un ciego de nacimiento por parte de Jesús (Jn, 9, 25). <<

[147] Mar de Indonesia, comprendido en el arco formado por la parte oriental de las pequeñas islas de la Sonda. <<

[148] Alfred Russell Wallace (1823-1913), viajero y naturalista británico. Durante una exploración por Australia concibió, independientemente de Darwin, el principio de la selección natural. Puso de manifiesto la influencia de la separación histórica de las tierras emergidas y de la distribución de los mares sobre la genealogía de las especies, y criticó las teorías de Darwin. <<

[149] Constantino, enemistado con su suegro, el emperador Maximiano, lo obligó a suicidarse, o mandó matarlo directamente, en el año 310. Por otro lado, la familia imperial no estaba unida: Crispo, hijo de Constantino, era envidiado por sus hermanastros y por su madrastra Fausta. En el año 326, ésta logró que Constantino lo mandara ejecutar; pero, poco después, Fausta fue acusada de adulterio, y su esposo la hizo matar también. <<

[150] Doctrina cuyos seguidores adoraban al dios Mitra, divinidad de origen indio, que luego pasó a los persas bajo Darío I. Convertido en el centro de una religión mistérica, fue rápidamente adoptado por el mundo romano, y su culto se difundió en el siglo II por los puertos, las grandes ciudades y las guarniciones del occidente romano. El sentido moral de su culto, la esperanza en una redención, suponían en el más allá una vida puramente espiritual, razones por las que fue el mayor rival del cristianismo durante los primeros siglos. Los iniciados en su culto se beneficiaban con la inmortalidad gracias al sacrificio de un toro. <<

[151] Edgard Allan *Poe* (1809-1849), poeta y novelista norteamericano. Adicto al alcohol y al juego, la muerte de su esposa en 1847 fue un duro golpe para él, que se hallaba enfermo y sufría ataques de *delirium tremens*; sin embargo, cuando parecía haberse recuperado y se disponía a contraer matrimonio por segunda vez, se le encontró moribundo a la puerta de una taberna de Baltimore. Su atormentado genio se halla reflejado en gran parte de sus obras, de las que esta Colección ha publicado *El escarabajo de oro y otros cuentos* (n.º 1), *La narración de Arthur Gordon Pym* (n.º 19) y *El gato negro* (n.º 25). Samuel Taylor *Coleridge* (1772-1834), poeta, crítico y filósofo británico. Hacia 1801 contrajo el hábito del opio, que arruinaría de un modo casi total su carrera poética, y los últimos años de su vida se vieron ensombrecidos por gravísimos desequilibrios nerviosos. En colaboración con el poeta Wordsworth publicó las *Baladas líricas*, que contienen *El cantar del viejo marino*, y entre sus mejores poemas destacan *Christabel* y *Kubla Khan*. Poeta de lo fantástico y de lo insólito, su aportación al romanticismo inglés fue de primera magnitud. George Gordon, lord *Byron*, (1788-1824), poeta británico, figura representativa del romanticismo inglés. Expulsado de su país en 1815, por las presiones de la opinión pública a causa de la separación de su esposa, pasó primero a Bélgica, y de allí a Suiza, donde mantuvo relaciones amorosas con Claire Clairmont, hermanastra de la segunda esposa de Shelley. En 1819, se iniciaron sus relaciones con la condesa Guicciolini, con la que vivió en Venecia, y más tarde en Ravena. Recorrió toda Italia, hasta fijar su residencia en Venecia, donde permaneció tres años, llevando una vida fastuosa que a veces suscitaba escándalo. En 1823 emprendió viaje a Grecia, para ayudar a este país en su lucha contra Turquía, muriendo de la peste al año siguiente en Missolonghi. Su obra posee un arrebato pasional, que, junto con lo escandaloso y singular de su personalidad, deslumbró a sus contemporáneos y le hizo ejercer una enorme influencia sobre su época, convirtiéndole en prototipo del héroe romántico. De su vasta producción destacan *La peregrinación de Childe Harold*, *El corsario*, *Lara*, *El sitio de Corinto*, *Manfredo* y *Don Juan*, entre otras. Paul *Verlaine* (1844-1896), poeta francés. Fue víctima de trastornos nerviosos y sexuales, cayendo en el alcoholismo. Amigo de Rimbaud, disparó contra él, quien le había amenazado con abandonarle, siendo condenado a dos años de cárcel. Bajo los efectos del alcohol, intentó también estrangular a su madre, iniciando a partir de este

momento una peregrinación de hospital en hospital. Partiendo del parnasianismo fue uno de los más influyentes precursores del simbolismo, por su melancólico sentimiento de la naturaleza y la musicalidad del lenguaje. Entre sus obras cabe resaltar *Poemas saturnianos*, *Fiestas galantes*, *La buena canción*, *Romanzas sin palabras* y *Cordura*. **<<**

[152] Tercer y quinto libro del Pentateuco de Moisés, que tratan de los sacrificios, ceremonias y oficios de los levitas y de las leyes contenidas en los primeros. <<

[153] Ciudad de Francia, en el departamento de Alpes-Maritimes, en la Costa Azul, cerca de la frontera italiana. Antigua posesión de los Grimaldi de Mónaco, república independiente en 1848, fue anexionada por Francia en 1860. Es uno de los grandes centros turísticos de la Costa Azul. <<

[154] Condado de la región central de Inglaterra, cuyo centro administrativo es la ciudad de Leicester. <<

[155] Río de América del Norte que une los lagos Erie y Ontario. Forma frontera entre Canadá y Estados Unidos. Salva la diferencia de nivel de ambos lagos con unas cataratas de 49 metros de altura. <<

[156] Género de plantas herbáceas o arbustivas, de flores blancas o violáceas, entre las que destacan la *Datura stramonium*, o estramonio, cuyo fruto es venenoso, y la *Datura ferox*, o cardo loco. Con sus semillas se prepara también un tinte y un extracto de estramonio o de datura, y con las hojas, cigarrillos antiasmáticos. <<

[157] Periódico británico fundado por los escritores Addison y Steele en 1711. Estaba formado por ensayos sobre literatura y moral práctica, y sus redactores trataban de contribuir a los avances de la revolución burguesa mediante la crítica de las costumbres. El modelo fue seguido en toda Europa, y en España el ilustrado Clavijo y Fajardo lo imitó en *El pensador*. <<

[158] En inglés, existe una analogía fonética entre las palabras *coffee* («café») y *toothpick* («palillo de dientes»), que se pronuncian «kofi» y «tuzpik», respectivamente; de ahí la confusión del camarero. <<

[159] Ciudad y puerto de Gran Bretaña, en el condado de Kent, en el paso de Calais. Asegura una parte importante del tráfico de viajeros a través del canal de la Mancha. <<

[160] Ciudad de Francia, en el departamento de Seine-Maritime, en el canal de la Mancha. Es uno de los grandes puertos de pesca franceses, y puerto comercial de viajeros. <<